AGATHA CHRISTIE

LA SEÑORA McGINTY HA MUERTO

Selecciones de Biblioteca Oro

La señora McGinty aparece asesinada. James Bentley, su inquilino, es acusado del crimen y condenado a la horca, pero el superintendente Spence de Scotland Yard no cree que sea el verdadero culpable y, para demostrarlo, pide ayuda a Hércules Poirot. El detective belga conseguirá desentrañar una verdad que las pistas más superficiales habían ocultado.

Agatha Christie

La señora McGinty ha muerto

Hércules Poirot - 30

ePub r1.1
Titivillus 10.06.16

Título original: *Mrs McGinty's Dead*
Agatha Christie, 1952
Traducción: Guillermo López Hipkiss
Ilustración de portada: Tom Adams

Editor digital: Titivillus
Primer editor: Ormi (EPG r1.0) & Poe (EPL r1.0)
ePub base r1.2

A Peter Saunders, en agradecimiento
a su amabilidad con los autores.

Guía del Lector

En un orden alfabético convencional relacionamos a continuación los principales personajes que intervienen en esta obra:

BENTLEY, James: Condenado como asesino de *mistress* McGinty, de la que era huésped.

BURCH, Bessie: Sobrina de la asesinada McGinty.

CARPENTER, Eve: Bella y joven esposa de Guy.

CARPENTER, Guy: Rico financiero, gerente de los grandes Talleres de Construcciones Carpenter y esposo de Eve.

EDNA: Empleada de la Estafeta de Correos.

GRAYBROOK: Abogado defensor de Bentley.

HENDERSON, Deirdre: Hija de *mistress* Wetherby.

HORSEFALL, Pamela: Redactora del *Sunday Comet*.

KIDDLE, *Mistress*: Señora que actualmente ocupa la vivienda donde apareció asesinada *mistress* McGinty.

McGINTY, *Mistress*: Asistenta en distintas casas de la población en que fue asesinada.

OLIVER, Ariadne: Célebre autora de novelas policíacas.

POIROT, Hércules: Célebre detective, protagonista de esta novela.

RENDELL: Licenciado en Medicina.

RENDELL, Shelagh: Esposa de este médico.

SCUTTLE: Componente de la firma Breather & Scuttle, en la que estuvo empleado Bentley.

SPENCE: Superintendente de Policía de Kilchester y viejo amigo de Poirot.

STANISDALE: Juez del distrito.

SUMMERHAYES, Johnnie: Comandante retirado y esposo de Maureen.

SUMMERHAYES, Maureen: Patrona de una modesta pensión, en la que se aloja Poirot.

SWEETIMAN: Encargada de la Estafeta de Correos.

UPWARD, Laura: Acaudalada señora, que también es asesinada.

UPWARD, Robin: Hijo de la anterior y notable dramaturgo.

WETHERBY, Edith: Casada en segundas nupcias con Roger y madre de Deirdre Henderson.

WETHERBY, Roger: Esposo de Edith y padrastro de *miss* Henderson.

WILLIAMS, Maude: Mecanógrafa de la firma Breather & Scuttle y buena amiga de Bentley.

Capítulo I

HÉRCULES POIROT salió del restaurante Vieille Grand'mere, en Soho. Se alzó el cuello del abrigo por prudencia más bien que por necesidad, puesto que la noche no era fría. «Pero, a mi edad —solía decir Poirot—, uno no corre riesgos».

Estaba abstraído, pensativo, soñoliento y satisfecho. Los escargots de la Vieille Grand'mere le habían resultado deliciosos. ¡Verdadero hallazgo aquel figón! Se pasó la lengua por los labios como perro bien alimentado. Sacó un pañuelo del bolsillo y se lo frotó por los exuberantes bigotes.

Sí; había comido bien… Y ahora… ¿qué?

Un taxi aminoró la marcha, invitador, al pasar por su lado. Poirot vaciló un instante, pero no hizo señal alguna. ¿A qué tomar un taxi? Aun a pie, llegaría demasiado temprano a casa para acostarse.

«¡Qué lástima —murmuró para sus mostachos— que uno sólo pueda comer tres veces al día!». Porque el té era una comida a la que nunca se había aclimatado. «Quien toma el té a las cinco —decía— no aborda la cena con los jugos gástricos a la expectativa, como la ocasión exige. Y la cena, no lo olvidemos, ¡es la comida suprema del día!».

Tampoco era partidario del café a media mañana. No. Chocolate y croissants para desayuno. Déjeuner a las doce y media, a ser posible, y, desde luego, nunca más tarde de la una. Y, por último, la culminación: ¡Le diner!

Estos eran los momentos cumbre del día de Poirot, que cosechaba a la vejez el premio de haber tomado siempre muy en serio el estómago.

El comer se había convertido para él no solo en placer físico,

sino en verdadera búsqueda, o investigación intelectual. Porque, entre comida y comida, dedicaba gran parte de su tiempo a posibles fuentes de nuevos y deliciosos alimentos para catarlos cuando la oportunidad se presentara. La Vieille Grand'mere era el resultado de una de estas búsquedas. Y a La Vieille Grand'mere acababa de estamparla con el sello, de su aprobación gastronómica. Pero ahora, por desgracia, le quedaba la noche por matar. Hércules Poirot exhaló un suspiro. «Si al menos —pensó— tuviese a mano a Hastings…». Se entregó con placer al recuerdo de amigo. «El primer amigo que tuve en este país, y el más querido de todos todavía. Cierto que con frecuencia me enfurecía. Pero ¿acaso me acuerdo de eso ahora? No. Recuerdo tan solo su incrédulo asombro, su boquiabierta apreciación de mis talentos… la facilidad con que le engañaba sin decir una sola palabra que no fuera cierta, su frustración, su estupenda sorpresa, cuando, por fin, percibía una verdad que, para mí, había resultado clara desde el primer instante. ¡Ce cher ami! Es mi debilidad, siempre ha sido mi debilidad lucirme, darme importancia… Esa debilidad, Hastings nunca la comprendió. Pero un hombre de mis habilidades necesita admirarse y que le admiren… Y para ello precisa de un estímulo exterior. No puedo, en verdad que no puedo, pasarme el santo día sentado en una silla pensando en lo admirable que soy. Es necesario el amigo, el aguijón que espolee, la vaina, el contraste…».

Exhaló otro suspiro y torció por Shaftesbury Avenue.

¿Debería cruzar la avenida, seguir hasta Leicester Square y pasar la velada en un cine? Sacudió la cabeza, frunciendo levemente el entrecejo. La mayor parte de las veces, el cinematógrafo le enfurecía por lo mal hilvanado de las tramas, la falta de continuidad lógica en los argumentos… Hasta la fotografía, que arrancaba exclamaciones de admiración a algunos, no pasaba de ser generalmente para Poirot una simple representación de escenas y objetos, hecha de tal suerte, que parecían totalmente distintos de lo que en realidad eran.

«Hoy en día —decidió Poirot— todo resulta demasiado artístico. Por ninguna parte se observa ese amor al orden y al método que yo tengo en tanta estima. Y rara vez sabe la gente apreciar las sutilezas».

Las escenas crudas, de violencia y brutalidad, estaban a la orden

del día. Y Poirot, antiguo funcionario policíaco, estaba hastiado ya de brutalidades. Las había conocido en abundancia en sus primeros tiempos. Habían constituido estas más bien la regla que la excepción. Y las encontraba fatigantes y poco inteligentes.

«La verdad es —reflexionó Poirot al encaminar los pasos hacia la casa— que no me encuentro en sintonía con el mundo moderno. Y soy, aunque en nivel superior, un esclavo… como esclavos son otros hombres. Me ha esclavizado mi trabajo, como los esclaviza a ellos el suyo. Nada tienen con qué llenar la hora de ocio cuando esta llega… El hacendista retirado se dedica a jugar al golf. El comerciante siembra bulbos en su jardín. Y yo… yo como. Pero ahí está: vuelvo al mismo punto otra vez. *Uno sólo puede comer tres veces al día*. Y entre medias quedan huecos».

Pasó por delante de un vendedor de periódicos y echó una mirada al cartel anunciador: *Resultado del juicio McGinty. Fallo*.

No despertó interés alguno en él. Recordó vagamente un párrafo muy corto al que diera publicidad la Prensa. Como asesinato, era de lo más vulgar. Una vieja infeliz, muerta de un golpe en la cabeza para quitarle unas cuantas libras esterlinas. Simple pieza del mosaico de brutalidad cruda y sin sentido que caracteriza los tiempos modernos.

Poirot entró en el atrio de la casa de vecindad donde tenía su domicilio. Y, como siempre, se le ensanchó el corazón. Porque estaba orgulloso de su casa, de aquel edificio espléndido y simétrico. El ascensor le condujo al tercer piso, donde ocupaba una vivienda grande, de lujo, con impecables aplicaciones cromadas, sillones cuadrados y varios adornos rectangulares. Podía decirse sin mentir que no había una sola curva en todo el lugar.

Al abrir la puerta con el llavín y entrar en el cuadrado y blanco vestíbulo, su ayuda de cámara, George, le salió al encuentro.

—Buenas noches, señor. Hay un… caballero aguardándole.

Le quitó el abrigo con arte.

—¿Sí? —Poirot se había dado cuenta de la leve pausa que precediera a la palabra *caballero*. Como *snob* social, George era un verdadero experto—. ¿Qué nombre ha dado?

—El de Spence, señor.

—Spence…

De momento, el nombre no le dijo nada a Poirot.

Sin embargo, sabía que algo debía decirle.

Se detuvo un instante ante el espejo para dejarse el bigote bien atusado, abrió la puerta de la sala y entró. El hombre que ocupaba uno de los grandes sillones cuadrados se puso en pie.

—Hola, *monsieur* Poirot. Espero que me recordará. Aunque hace ya mucho tiempo… El superintendente Spence.

—*¡Sí!*… claro. —Poirot le estrechó cordialmente la mano.

El superintendente Spence, de la Policía de Kilchester. Había resultado muy interesante el caso aquel… Como decía Spence, mucho tiempo llevaba transcurrido desde entonces.

Poirot apremió a su visitante para que tomara algo de beber. *¿Grenadine? ¿Crème de menthe? ¿Bénédictine? ¿Crème de cacao?*…

En aquel momento entró George con una botella de *whisky* y un sifón en una bandeja.

—O cerveza si la prefiere, señor —murmuró, dirigiéndose al visitante.

El ancho y colorado rostro del superintendente se animó.

—Cerveza para mí —dijo.

Poirot se maravilló una vez más de las habilidades de George. Él, personalmente, ni idea había tenido de que hubiese cerveza en casa. Y le parecía incomprensible que la pudiera preferir nadie a un licor dulce.

Cuando le trajeron a Spence la cerveza, Poirot se sirvió una minúscula copa de *Crème de menthe*.

—Es agradable que haya venido usted a verme —dijo—. Agradable. ¿Viene usted de…?

—De Kilchester. Me jubilaré dentro de unos seis meses. En realidad, me correspondía hace dieciocho. Pero me pidieron que permaneciera en activo y accedí.

—Hizo usted bien —dijo Poirot con calor—. Hizo usted *muy bien*…

—¿Lo cree usted así? No *estoy* tan seguro yo de eso.

—Sí, sí, hizo usted bien —insistió Poirot—. Las largas horas de *ennui*… usted no puede imaginárselas.

—¡Oh!, trabajo no me faltará cuando me retire. Nos mudamos de casa el año pasado, ¿sabe? Y el jardín, que es bastante grande por cierto, se encuentra en un estado lastimoso. Aún no he tenido tiempo de dedicarme en serio a arreglarlo…

—¡Ah, sí! Usted es uno de esos que se dedican a cultivar jardines. También yo decidí una vez vivir en el campo y cultivar calabazas. Pero fue un fracaso. No tengo temperamento.

—¡Si hubiera usted visto las calabazas que cultivé yo el año pasado! —exclamó Spence con entusiasmo—. ¡Colosales! Pues ¿y mis rosales? Soy muy aficionado a esas flores. Con decirle que…

Se interrumpió.

—No era de eso a lo que vine a hablar.

—No, no; usted vino a ver a un antiguo amigo, y yo le agradezco tanta amabilidad.

—Me temo que no es eso todo, *monsieur* Poirot. Voy a serie sincero: quiero algo.

Poirot murmuró con delicadeza:

—¿Tiene hipotecada la casa que…? ¿Desea solicitar un préstamo…?

Spence le interrumpió con voz horrorizada:

—¡Santo Dios! No; no se trata de *dinero*. ¡De ninguna manera!

Poirot se excusó con un gesto.

—Le pido mil perdones.

—Con franqueza… es una frescura lo que le vengo a pedir. Y tendrá muchísima razón si me manda a freír espárragos, pues me lo tendré bien merecido.

—No le mandaré a freír espárragos. Continúe.

—Se trata del caso McGinty. Quizá haya leído algo de él en los periódicos, ¿no?

Poirot movió negativamente la cabeza.

—No con la debida atención. *Mistress* McGinty… una anciana… en una tienda o en una casa… Ha muerto, sí. ¿Cómo murió?

Spence se le quedó mirando con asombro.

—¡Recristina! —exclamó—. ¡Eso me hace recordar! Es extraordinario. ¿Cómo no se me ocurriría antes?

—Usted perdone.

—Nada. Solo un juego. De niños. Lo jugábamos cuando éramos chiquillos. Nos poníamos en fila. Preguntas y respuestas corrían a lo largo de la hilera. *«¡Mistress McGinty ha muerto!». «¿Cómo murió?». «¡Con la rodilla en tierra, como yo!». «¿Cómo murió?». «Con la mano tendida, como yo»*. Y henos allí todos, con una rodilla en tierra y el brazo derecho alzado y tieso. Y, de pronto, la puntilla. *«Mistress*

McGinty ha muerto». «¿Cómo murió?». «¡Así!». ¡Paf! El primero de la fila caía de lado, derribándonos a todos como si fuéramos bolos —rio ruidosamente al recordarlo—. ¡Me siento niño otra vez!

Poirot aguardó, cortés. Aquel era uno de los momentos en que, a pesar de haberse pasado media vida en el país, encontraba a los ingleses incomprensibles. Él había jugado a *cache cache* en su infancia, pero no sentía el menor deseo de hablar de ello ni de recordarlo siquiera.

Cuando el superintendente hubo dominado su acceso de risa, Poirot preguntó de nuevo con leve hastío:

—¿*Cómo* murió?

A Spence se le borró la risa del rostro. Volvió a ser, de pronto, el de siempre.

—Le dieron un golpe en la nuca con un instrumento afilado y de peso… Le quitaron los ahorros… unas treinta libras esterlinas… después de haber registrado el cuarto. Vivía en una casita pequeña, sola, con un huésped: un tal Bentley… James Bentley.

—¡Ah, sí, Bentley!

—No se forzó la entrada en la casa. No se encontró señal de violencia en puertas ni ventanas. Bentley andaba mal de dinero, había perdido la colocación y debía dos meses de alquiler. El producto del robo se halló escondido debajo de una piedra detrás de la casa. Bentley tenía manchas de sangre en la manga y algunos cabellos adheridos… pelo de la misma clase que el de la víctima… sangre del mismo grupo… En su primera declaración aseguró que no se había acercado para nada al cadáver; por tanto, no pudo mancharse por descuido.

—¿Quién la encontró?

—El panadero se presentó con el pan. Era el día en que solía cobrar. James Bentley le abrió. Le dijo que había llamado a la puerta del dormitorio de *mistress* McGinty, sin obtener respuesta. El panadero sugirió la posibilidad de una indisposición repentina. Conque fueron en busca de la vecina para que subiera a investigar. *Mistress* McGinty no se encontraba en la alcoba, no había dormido en la cama. Alguien, no obstante, había registrado el cuarto y levantado las tablas del piso. Se les ocurrió entonces asomarse a la sala. Y allí la hallaron tendida en el suelo. La vecina, al verla, empezó a gritar como una loca. Luego avisaron a la Policía, como es

natural.

—¿Y detuvieron y juzgaron a Bentley?

—Sí. La causa se vio ayer. Un caso claro. El jurado solo estuvo ausente veinte minutos. Fallo: culpable. Condenado a muerte.

Poirot movió afirmativamente la cabeza.

—Y después del fallo, se metió usted en el tren, se presentó en Londres y vino a verme. ¿Por qué?

El superintendente Spence contemplaba, pensativo, la jarra de cerveza. Pasó el dedo, muy despacio, por el borde. Dijo:

—Porque yo no creo que Bentley sea el asesino…

Capítulo II

Reinó el silencio unos instantes.

—Vino usted a mí…

Poirot no terminó la frase.

El superintendente Spence alzó la mirada. El color se le había acentuado. Era su rostro típicamente provinciano, inexpresivo, de ojos perspicaces y francos: el rostro de un hombre de normas fijas, de principios bien definidos, que jamás dudaría de sí mismo y tendría siempre un concepto claro de lo que constituía el bien hacer y el mal obra.

—Llevo ejerciendo mi profesión mucho tiempo —dijo—. He tenido mucha experiencia de esto, de lo otro y de lo de más allá. Sé juzgar a un hombre tan bien como el que más. Durante mis años de servicio he investigado numerosos casos de asesinato… algunos sumamente sencillos, otros de no tanta sencillez. Uno de ellos lo conoce usted, *monsieur* Poirot.

Este movió afirmativamente la cabeza.

—Y bien retorcido que fue —prosiguió Spence—. De no haber sido por usted, es posible que no hubiéramos visto claro. Pero, gracias a su intervención, vimos con claridad… y no hubo duda alguna acerca de lo ocurrido. Lo propio sucedió con los otros de los que usted no tiene noticia. El del Silbador, por ejemplo. Ese recibió su merecido. El de los individuos aquellos que mataron al viejo Guterman. El de Verall y su arsénico. Tranter se libró, pero no cabe duda acerca de su culpabilidad. *Mistress* Courtland… esa sí que fue afortunada. Su marido era un mal bicho y un pervertido. Por eso la absolvió el jurado. No fue justicia, sino un simple acto de sentimentalismo. Cosas así suceden de cuando en cuando y hay que contar con ellas. A veces no hay pruebas suficientes… otras, el

sentimentalismo interviene… y no faltan aquellas en que un asesino logra engañar al jurado. Esto último no ocurre con frecuencia, pero puede ocurrir. En ocasiones se debe a la habilidad del abogado defensor; en otras es el fiscal quien equivoca el camino. ¡Ah, sí, yo he visto muchas cosas como esas!… Pero… pero… —Agitó el dedo índice, grueso y pesado—. Pero lo que nunca he visto… en ninguno de los casos en que yo he intervenido… es que se ahorcara a un hombre por un delito que no hubiese cometido. Y esa es cosa, *monsieur* Poirot, que no *quiero* que ocurra mientras viva.

Se quedó pensativo un momento. Después agregó:

—No en *este* país.

—Así, pues, cree —murmuró Poirot, mirándole, pensativo— que tal caso está ahora a punto de producirse. Pero… ¿por qué…?

Le interrumpió Spence:

—Sé algunas de las cosas que piensa decir. Y las contestaré sin que tenga usted que preguntarlas. Me encargaron a mí del caso. Se me encomendó que buscara pruebas de lo sucedido. Investigué a fondo el asunto. Fui recogiendo datos… todos los datos que pude. Y era una la dirección que todos ellos señalaban… una la persona a la que todos ellos comprometían. Cuando terminé las pesquisas, presenté el resultado a mi superior. Hecho esto, quedaba yo al margen del asunto, que pasaba a Fiscalía, para que el fiscal obrara según creyera procedente. Este decidió actuar contra Bentley. En realidad, no podía hacer otra cosa… no con las pruebas que yo había puesto en sus manos. Conque se detuvo y procesó a James Bentley. Oportunamente compareció ante los tribunales. Y fue hallado culpable. No hubieran podido hacer otra cosa que condenarle… no con las pruebas de que se disponía, puesto que son las pruebas las que ha de tener en cuenta el jurado. No creo que tuviera ninguno la menor duda. No; yo diría que todos ellos estaban convencidos de que Bentley *era* culpable.

—Pero… ¿usted no lo está?

—No.

—¿Por qué?

El superintendente exhaló un suspiro. Se frotó, pensativo, la barbilla con la mano.

—No lo sé. Es decir, no puedo explicarlo… no puedo dar una razón concreta. Al jurado le parecería Bentley un asesino. A mí me

ocurrió todo lo contrario… y yo tengo más experiencia que ellos de esas cosas.

—Sí, sí; usted es un experto en la materia.

—En primer lugar, ¿sabe?, no se pavoneaba… no se las daba de listo… no presumía de *guapo*, como sé por experiencia que suelen hacer los culpables. Siempre se muestran tan satisfechos de sí mismos… Siempre creen que a uno le están tomando el pelo. Siempre están convencidos de que lo han hecho todo con una habilidad inigualable. Están orgullosos de su pericia y, aun hallándose en el banquillo y sabiendo que no hay quien los libre de las consecuencias de su delito, siguen gozando, Dios sabe por qué, de las emociones que el momento les brinda, encontrándolas agradables. Todas las miradas convergen en ellos. Son la figura central… la estrella. Desempeñan el papel de protagonista quizá por primera vez en la vida. Se sienten… bueno, ya me comprende usted… *¡guapos!*

Spence pronunció la palabra con aire de finalidad.

—Usted comprenderá lo que quiero decir con eso, *monsieur* Poirot.

—Comprendo perfectamente. Bentley… ¿no era así?

—No. Estaba… bueno, medio muerto del susto. Tenía tal miedo, que no le llegaba la camisa al cuerpo. Desde el primer instante. Para algunos, ello sería prueba inequívoca de culpabilidad. Pero para mí… ¡no!

—No. Estoy de acuerdo con usted. ¿Cómo es ese Bentley?

—Tiene treinta y tres años. Estatura regular, tez cetrina, lleva gafas…

Poirot cortó el chorro.

—No; no me refiero a sus características físicas. ¿Qué clase de personalidad?

—¡Ah, eso! Un hombre poco atractivo. Nervioso, incapaz de mirarle a uno cara a cara. Suele hacerlo de soslayo. Lo peor que podía sucederle para enfrentarse con un jurado. A veces acobardado, rastrero otras, y truculento. Suelta alguna que otra bravata, pero de forma poco convincente y aún menos eficaz.

Hizo una pausa y agregó:

—En realidad, es un individuo muy tímido. Yo tuve un primo que se le parecía. Si esa clase de gente se encuentra en un apuro,

larga enseguida un embuste tan estúpido que no hay probabilidad de que lo crea nadie.

—No suena muy atractivo su James Bentley.

—Ni lo es. No creo que haya quien pueda encontrarle simpático. Lo que no es razón para que se le ahorque.

—¿Y cree usted que le ahorcarán?

—No veo cómo puede librarse. Podrá apelar su abogado; pero si lo hace, habrá de ser con muy poco fundamento… basándose en algún tecnicismo… y no creo que tenga éxito.

—¿Tuvo buen defensor?

—Le asignaron a Graybrook, que estaba de turno. Porque carecía de medios para buscarse abogado por su cuenta. Graybrook es joven, pero muy concienzudo, e hizo cuanto estaba en sus manos.

—Lo que quiere decir que se le juzgó con imparcialidad, bien defendido, y fue hallado culpable por un jurado.

—Así es. Por un buen jurado. Siete hombres y cinco mujeres… todos ellos honrados y razonables. Actuó de juez el viejo Stanisdale. Escrupulosamente justo, sin parcialidad de ninguna clase.

—¿De suerte que, según la ley, James Bentley no tiene nada de qué quejarse?

—¡Si le ahorcan por un delito que no ha cometido, vaya si tendrá algo de qué quejarse!

—Es muy justa esa observación.

—Y la acusación fue *mi* acusación… Fui *yo* quien reunió las pruebas y las eslaboné. Y como consecuencia de esa acusación y de esas pruebas se le ha condenado. Y no me gusta, *monsieur* Poirot, no me gusta ni pizca.

Hércules Poirot contempló durante un buen rato el colorado y agitado rostro del superintendente Spence.

—*¡Eh bien!* —dijo por fin—. ¿Qué propone usted?

Spence le miró incómodo.

—Supongo que ya adivina usted con bastante exactitud lo que voy a decir. El caso Bentley se da por liquidado. Estoy trabajando en otro asunto en estos instantes… uno de malversación. Tengo que ir a Scotland Yard esta noche. No estoy libre.

—Y yo… ¿sí?

Spence asintió con un gesto, algo avergonzado.

—Lo ha comprendido. Dirá usted que es una frescura. Pero no se

me ocurre ninguna otra solución. Hice todo lo que pude por entonces: examiné todas las posibilidades a mi alcance. Y no adelanté nada. No creo que adelantara nunca nada. Pero ¿quién sabe?, a lo mejor no le ocurre a usted lo mismo. Usted examina las cosas, y perdone que lo diga, de una manera muy rara. Quizá sea esa la manera como hay que mirarlas en este caso. Porque si Bentley no la mató, otro tiene que haber cometido el crimen. No se dio el golpe en la nuca ella solita. Tal vez encuentre usted algo que se me haya pasado por alto. No hay razón alguna para que se tome la menor molestia en este asunto. Es el colmo de la impertinencia que se me ocurra sugerir semejante cosa siquiera. Pero ahí tiene. Vine a verle porque fue lo único que se me ocurrió. Pero si usted no desea molestarse… ¿por qué ha de buscarse quebraderos de cabeza?…

Poirot le interrumpió:

—¡Ah, pero sí que hay razones! Tengo tiempo libre… demasiado tiempo libre. Y usted me ha interesado… sí, me ha interesado mucho. Es como un reto… a mis células cerebrales. Y además le aprecio. Le veo en su jardín dentro de seis meses, plantando, quizá, rosales. Y al plantarlos, no lo hace con la felicidad que debiera experimentar. Porque allá en el fondo de su cerebro hay una sensación desagradable… un recuerdo que intenta desterrar. Y yo no quiero que suceda eso, amigo mío. Y, por último… —Poirot se irguió en su asiento y agitó con vigor la cabeza—, hay que tener en cuenta los principios de ética. Si un hombre no ha cometido asesinato, no debe ahorcársele.

Hizo una pausa y agregó:

—Pero ¿y si después de todo resulta que la mató?

—En ese caso, quedaría tranquilo por haber adquirido el convencimiento.

—Y más ven cuatro ojos que dos, ¿verdad? *Voila*, todo queda decidido. Me precipito a encargarme de la investigación. No hay, eso es evidente, tiempo que perder. El rastro está frío ya. A *mistress* McGinty la mataron… ¿cuándo?

—El veintidós del pasado noviembre.

—Bien. Vayamos al grano entonces.

—Conservo las notas que tomé sobre el asunto, y se las daré.

—¡Magnífico! De momento, sólo necesitamos una ligera idea. Si

James Bentley no mató a *mistress* McGinty, ¿quién lo hizo?

Spence se encogió de hombros y repuso:

—Que yo vea, no hay nadie que pudiera hacerlo.

—Pero esa contestación no la aceptamos. Y puesto que todo asesinato requiere un móvil, ¿cuál puede ser en el caso de *mistress* McGinty? ¿Envidia, venganza, celos, temor, dinero? Tomemos el último y más sencillo. ¿Quién salía beneficiado con su muerte?

—Nadie gran cosa. Tenía doscientas libras esterlinas en la Caja de Ahorros. Su sobrina las hereda.

—Doscientas libras esterlinas no es mucho, pero en determinadas circunstancias pudiera bastar. Por tanto, consideremos a la sobrina. Le pido mil perdones, amigo mío, por seguirle las pisadas. Ya sé que usted habrá estudiado todo eso también. Pero es preciso que recorra en su compañía el terreno ya cubierto.

Spence movió afirmativamente la cabeza.

—Tuvimos en cuenta a la sobrina, claro está. Tiene treinta y ocho años. Está casada. El marido trabaja en el ramo de la construcción y del decorado: es pintor. Disfruta de buena fama, posee empleo fijo y no tiene nada de tonto… es bastante perspicaz, incluso. Ella es una joven agradable, un poco charlatana, y parecía querer a su tía. Ninguno de los dos necesitaba con urgencia doscientas libras, aunque seguramente les habrá encantado encontrarse con ellas.

—¿Y la casita? ¿La heredan también?

—No era de ella. La tenía alquilada. Como consecuencia del decreto restringiendo los alquileres, el casero no podía desahuciar a la vieja. Pero una vez muerta, no creo que hubiera podido sustituirla su sobrina. En cualquier caso, ni la muchacha ni el marido tenían el menor deseo de mudarse. Tienen una casita moderna de las que construyó el Municipio, y están muy orgullosos de su hogar —Spence suspiró—. Investigué bastante a fondo a la sobrina y a su esposo. Nos pareció la mejor pista, como comprenderá. Pero no pude descubrir nada.

—*Bien.* Ahora hablemos de la propia *mistress* McGinty. Descríbamela. Y no sólo en términos físicos, por favor.

Spence sonrió.

—No quiere una descripción policíaca, ¿eh? Bueno, pues tenía

sesenta y cuatro años. Viuda. El marido había estado empleado en la sección de pañería de los Almacenes Hodges, de Kilchester. Murió hace cosa de siete años. Pulmonía. Desde entonces, *mistress* McGinty asistía todos los días a varias casas de los alrededores. A hacer la limpieza y todo eso. Broadhinny es un pueblecillo que durante los últimos tiempos ha escogido mucha gente como residencia. Dos o tres jubilados, uno de los socios de una casa de ingeniería, un médico y gente así. Hay buen servicio de autobuses a Kilchester, y Cullenquay, que, como supongo sabrá ya, es un lugar veraniego bastante grande, se halla a doce kilómetros de distancia. Pero Broadhinny conserva su belleza rural y se encuentra a quinientos metros de la carretera de Drymouth y Kilchester.

Poirot asintió con un gesto.

—La casita de *mistress* McGinty era una de las pocas que forman el pueblo propiamente dicho. Hay una estafeta de Correos y una tienda, y en las otras casas viven trabajadores del campo.

—¿Y tomó un huésped?

—Sí. Antes que muriera su marido solía dar alojamiento a veraneantes; pero después tomó un solo huésped fijo. James Bentley llevaba viviendo allí algunos meses.

—Ya llegamos a James Bentley.

—La última colocación que tuvo Bentley fue en casa de un agente de fincas de Kilchester. Antes de eso vivía con su madre en Cullenquay. Estaba inválida. Él la cuidaba y salía muy poco. Luego murió y con ella, acabó la pequeña renta que recibía.

James vendió la casa y buscó trabajo. Es hombre de cultura, pero sin cualidades ni aptitudes especiales y, como ya he dicho, muy poco atractivo. No le fue fácil encontrar empleo. Por fin consiguió una plaza con Breather & Scuttle, casa de segunda categoría. No creo que se distinguiera por su eficiencia ni que destacara en ningún aspecto. Tuvieron que reducir el personal y a él le tocó marchar. No pudo encontrar otro empleo y se le acabó el dinero. Solía pagarle el alquiler del cuarto a *mistress* McGinty todos los meses. Ella le daba desayuno y cena, cobrándole tres libras esterlinas a la semana, precio razonable, teniéndolo todo en cuenta. Se retrasó dos meses en el pago y casi había llegado ya al final de sus recursos. No había conseguido trabajo, y ella le estaba apremiando para que pagase lo que le debía.

—¿Y estaba él enterado de que ella tenía treinta libras esterlinas en casa? A propósito, ¿cómo es que conservaba semejante cantidad allí, teniendo cuenta corriente en la Caja de Ahorros?

—Porque no se fiaba del Gobierno. Decía que este le había sacado ya doscientas libras esterlinas y que no le sacaría más. Era su intención guardar el dinero donde lo tuviese en todo momento a su alcance. Se lo dijo a dos o tres personas. Lo tenía metido debajo de una tabla del suelo de su alcoba… lugar bastante a la vista. James Bentley confesó saber que se encontraba allí.

—¡Cuánta amabilidad! ¿Y lo sabían sobrina y marido también?

—Sí.

—Así, pues, llegamos otra vez a la primera pregunta que le hice: ¿cómo murió *mistress* McGinty?

—Murió la noche del veintidós de noviembre. Según el forense, debió de ser entre siete y diez. Había cenado arenque y pan con mantequilla. Al parecer, solía hacerlo a eso de las seis y media. Si observó estrictamente su costumbre aquella noche, entonces, a juzgar por la digestión, la mataron a eso de las ocho y media o las nueve. James Bentley, según su propia declaración, estuvo paseando desde las siete y cuarto hasta las nueve. Salía a dar un paseo casi todas las tardes después de anochecer. Dice que regresó a eso de las nueve (tenía llavín), y se fue derecho a su cuarto. *Mistress* McGinty había hecho instalar lavabos en las habitaciones cuando alquilaba cuartos a los veraneantes. Bentley estuvo leyendo cosa de media hora, y luego se metió en la cama. Ni oyó ni vio nada anormal. A la mañana siguiente bajó la escalera y se asomó a la cocina; pero allí no había nadie ni se observaban muestras de que se estuviese preparando el desayuno. Dice que vaciló unos instantes y llamó luego a la puerta de la habitación de *mistress* McGinty, sin obtener contestación. Creyó que se le habrían pegado las sábanas; pero no se atrevió a continuar llamando. Entonces llegó el panadero, y James Bentley subió y volvió a llamar. Después de eso, como ya le dije, el panadero fue a la casa vecina y regresó con *mistress* Elliot, que fue quien acabó descubriendo el cadáver y sufriendo un ataque de nervios. *Mistress* McGinty yacía en el suelo de la sala. Le habían pegado en la nuca con algo parecido a una cuchilla de carnicero muy afilada. Murió instantáneamente. Los cajones estaban abiertos, las cosas tiradas por todas partes, la tabla

del suelo de la alcoba, alzada, y el escondite vacío. Todas las ventanas estaban cerradas y no tenían los postigos sujetos por dentro. No había vestigio de que se hubieran roto o tocado desde fuera.

—Por consiguiente —dijo Poirot—, o la mató James Bentley, o fue ella misma quien abrió la puerta a su asesino hallándose ausente su huésped, ¿no es eso?

—Justo. No se trataba de un atraco ni de un robo profesional. Ahora bien: ¿a quién pudo abrir la puerta? A uno de los vecinos, a su sobrina o al marido de esta. A eso se reduce todo. Eliminamos a los vecinos. La sobrina y su esposo se hallaban en el cine aquella noche. Es posible… nada más que posible… que uno u otro de ellos saliera del cine sin ser visto, recorriera en bicicleta cinco kilómetros, matara a la anciana, escondiese el dinero fuera de la casa y regresara al cine. Investigamos esa posibilidad, pero no pudimos descubrir nada que la confirmara. Y si de ellos se trataba ¿a qué esconder el dinero cerca de la casa de *mistress* McGinty? Les hubiese resultado difícil retirarlo más tarde. ¿Por qué no en cualquier otro sitio a lo largo de los cinco kilómetros de camino? No; la única razón para esconderlo donde se encontró…

Poirot se encargó de terminar rotundamente la frase diciendo:

—Era que el asesino se hallaba domiciliado en la casa y no quería esconderlo en su cuarto ni en ninguna otra parte del edificio. En otras palabras: James Bentley.

—Así es. En todas partes y en todo momento, va uno a topar con James Bentley. Por último, tenía manchas de sangre en la manga.

—¿Cómo explicó eso?

—Dijo que recordaba haber rozado el mostrador de un carnicero el día anterior. ¡Narices! No era sangre de animal.

—¿Y siguió manteniendo esa declaración?

—¡Quiá! Ante el tribunal dio una explicación distinta. Porque se le encontró un cabello pegado a la manga también… un cabello ensangrentado. Y era igual que los de *mistress* McGinty. Era preciso que justificara su presencia. Confesó entonces que había entrado en la habitación la noche antes al volver de su paseo. Había entrado, dijo, después de llamar, encontrándola allí muerta, en el suelo. Dice que se inclinó sobre ella y la tocó para asegurarse. Y que luego perdió la cabeza. Siempre le había afectado mucho el ver sangre.

Subió a su cuarto medio desmayado Y acabó perdiendo el conocimiento allí. Por la mañana no se atrevió a confesar que sabía lo ocurrido.

—Un relato la mar de sospechoso.

—En efecto. Y, sin embargo —dijo Spence, pensativo—, bien pudiera ser verdad. No es cosa que el hombre corriente… o un jurado… pueda creer. Pero yo he conocido a gente así. No me refiero a lo del desmayo. Quiero decir a gente que, al verse enfrentada con la necesidad de obrar con responsabilidad, ha sido incapaz de hacerlo. Gente tímida. Bentley entra, digamos, y la encuentra. Sabe que debe hacer algo… llamar a la policía, ir en busca de un vecino, hacer lo que las circunstancias exigen. Y no se atreve. Piensa: «No es preciso que yo sepa una palabra del asunto. No tenía necesidad de entrar aquí esta noche. Me iré a la cama, igual que si no hubiese entrado en la sala para nada». Tras esto, claro está, se oculta el temor, el temor de que se le crea complicado en el crimen. Piensa ponerse así al margen del asunto, y lo que el muy estúpido consigue, en realidad, es meterse en él hasta la coronilla.

Spence hizo una pausa.

—*Puede* haber sido así.

—Puede —asintió Poirot, pensativo.

—O puede haber sido la mejor explicación que se le ocurrió a su defensor. Pero no sé. La camarera del café de Kilchester, donde solía comer, dijo que siempre escogía una mesa desde la que pudiera estar mirando a la pared o a un rincón y no ver a la gente. Era de *estos*… un poco desequilibrados. Pero no lo bastante para ser un asesino. No sufría manía persecutoria ni nada que se le pareciera.

Spence miró, esperanzado, a Poirot. Pero este no respondió; estaba frunciendo el entrecejo.

Los dos hombres guardaron silencio un rato.

Capítulo III

Por fin salió Poirot de su abstracción con un suspiro.

—*Eh bien* —dijo—, hemos agotado el móvil del dinero. Pasemos a otras teorías. ¿Tenía *mistress* McGinty algún enemigo? ¿Temía a alguien?

—No hay ninguna prueba de ello.

—¿Qué dijeron sus vecinos sobre este particular?

—No gran cosa. Quizá no quisieron nada con la Policía; pero no creo que callasen detalle alguno. *Mistress* McGinty era reservada, dijeron. Pero eso se considera natural. Nuestros pueblos, *monsieur* Poirot, no son amistosos. Los evacuados descubrieron eso durante la guerra. *Mistress* McGinty daba los buenos días y las buenas noches a sus vecinos, pero no intimaba con ellos.

—¿Cuánto tiempo llevaba viviendo allí?

—Cosa de dieciocho o veinte años, creo.

—Y los cuarenta años anteriores, ¿dónde estuvo?

—No es ningún misterio. Hija de un granjero de North Devon, ella y su esposo vivieron una temporada cerca de Ilfracombe, y luego se trasladaron a Kilchester. Tenían una casa al otro lado de la población, pero encontraron demasiado húmedo el lugar y se fueron a vivir a Broadhinny. El marido, al parecer, era hombre callado, pacífico, decente, delicado; no iba mucho a la taberna. Todo muy respetable y a la vista de la gente. No hay misterio alguno en su vida, nada que esconder.

—Y, sin embargo, la mataron.

—Sí. La mataron.

—¿La sobrina no sabía de nadie que estuviera resentida con su tía?

—Dice que no.

Poirot se frotó la nariz con cierta exasperación.

—Comprenderá usted, amigo mío, que resultaría mucho más fácil si *mistress* McGinty no fuera, como quien dice, *mistress* McGinty. Si fuese lo que llaman una Mujer Misterio, una mujer con pasado.

—Pues no lo era —contestó con estolidez Spence—. Era simplemente *mistress* McGinty, mujer más o menos educada que alquilaba habitaciones y asistía a las casas. Hay millares como ella por toda Inglaterra.

—Pero no a todas las asesinan.

—No. Eso se lo concedo.

—Por tanto, ¿por qué habrían de asesinar a *mistress* McGinty? La respuesta evidente no la aceptamos. ¿Qué queda? Una sobrina nebulosa e improbable. ¿Hechos? Atengámonos a los hechos. ¿Cuáles son estos? Una anciana dedicada a las faenas domésticas muere asesinada. Un joven tímido y poco atractivo es detenido Se le acusa, se le juzga y se le condena ¿Por qué detuvieron a James Bentley?

Spence se le quedó mirando con sorpresa.

—Por las pruebas Ya le he dicho

—Sí. Las pruebas Pero dígame, Spence mío ¿eran las pruebas reales o fabricadas?

—¿Fabricadas?

—Sí. Admitiendo la premisa de que James Bentley es inocente, quedan dos posibilidades, o las pruebas se fabricaron deliberadamente, para que recayeran sobre él las sospechas, o es una simple y desgraciada víctima de las circunstancias.

Spence reflexionó.

—Sí. Comprendo adónde quiere ir usted a parar. No hay nada que demuestre que la primera de estas posibilidades sea cierta Pero tampoco hay nada que demuestre lo contrario El dinero fue escondido fuera de la casa en un lugar fácil de encontrar. Esconderlo en su propio cuarto hubiera resultado demasiado increíble para que se lo tragara la Policía. El asesinato se cometió mientras Bentley daba un paseo, cosa que solía hacer con frecuencia ¿Adquiriría la mancha de sangre tal como contó ante el tribunal, o fue esa una prueba fabricada también? ¿Rozaría alguien con él en la oscuridad para mancharle la manga?

—Creo que eso es llevar las cosas un poco lejos, *monsieur* Poirot

—Quizá, quizá Pero tenemos que llevarlas lejos. Yo creo que, en este caso, tenemos que llegar tan lejos, que la imaginación no puede ver aún claramente el camino Porque, ¿comprende usted, *mon cher* Spence?, si *mistress* McGinty no es más que una asistenta corriente, entonces es el *asesino* quien ha de ser extraordinario. Sí, eso se infiere claramente. Es en el asesino y no en la víctima en quien yace todo el interés de este caso. No es ese el caso en la mayoría de los crímenes. Por regla general, el eje de la situación se encuentra en la personalidad del asesinado. Son los muertos silenciosos los que suelen interesarme. Sus odios, sus amores, sus actos. Y cuando uno llega a conocer de verdad a la víctima, entonces ésta habla, y los labios muertos pronuncian un nombre, el nombre que uno quiere saber.

Spence experimentaba una fuerte sensación de incomodidad.

¡Estos extranjeros!, parecía estarse diciendo

—Pero aquí —continuó Poirot— sucede lo contrario. Aquí adivinamos la existencia de una personalidad velada, una figura aún oculta en las tinieblas. ¿Cómo murió *mistress* McGinty? ¿Por qué murió? La respuesta no se hallará estudiando la vida de *mistress* McGinty. La contestación ha de encontrarse en la personalidad del asesino. ¿Está usted de acuerdo conmigo en eso?

—Supongo que sí —respondió cautelosamente Spence.

—Alguien que deseaba, ¿qué? ¿Matar a *mistress* McGinty? O ¿asestarle el golpe a James Bentley?

El superintendente emitió un «¡hum!», dubitativo.

—Sí, ese es uno de los primeros puntos por decidir. ¿Quién es la verdadera víctima? ¿Contra quién iba dirigido el golpe?

Spence preguntó con incredulidad

—¿Es posible que usted crea que alguien haya sido capaz de matar a una anciana completamente inofensiva nada más que por conseguir que otro muera ahorcado como asesino?

—No se puede hacer una tortilla, dicen, sin romper huevos Así, pues, *mistress* McGinty puede ser el huevo, y James Bentley la tortilla. Por consiguiente, dígame ahora lo que sepa de este último.

—Muy poca cosa. El padre era médico. Murió cuando James tenía nueve años. Fue a una de las universidades menores. Le declararon inútil para el Ejército porque padecía del pecho. Estuvo

empleado en uno de los ministerios durante la guerra y vivió con una de esas madres que no dejan a sol ni a sombra a sus hijos.

—Hay ciertas posibilidades en eso… más de las que se encuentran en la historia de *mistress* McGinty.

—¿Cree usted seriamente en lo que está sugiriendo?

—No; no creo nada aún. Pero digo que hay dos vías distintas de investigación y que hemos de decidir muy pronto cuál de ellas cabe seguir.

—¿Cómo piensa abordar la tarea, *monsieur* Poirot? ¿Puedo hacer yo algo? .

—En primer lugar, quisiera una entrevista con James Bentley.

—Eso puede arreglarse. Me pondré al habla con sus abogados.

—Después de eso, y sujeto, claro está, al resultado, si es que lo hay… y tengo muy pocas esperanzas de que lo haya… iré a Broadhinny. Allí, y con ayuda de sus notas, recorreré lo más aprisa posible el mismo terreno que ha cubierto usted antes que yo.

—Por si algo se me ha escapado —dijo Spence con una sonrisa.

—Por si acaso, prefiero yo decir, veo alguna circunstancia de manera distinta a aquella en que usted la vio. Las reacciones varían según el individuo. Y la experiencia de los hombres también. El parecido de un acaudalado financiero con un fabricante de jabón a quien había conocido en Liege tuvo, en cierta ocasión, resultados muy satisfactorios. Pero no es necesario hablar de eso ahora. Lo que yo quisiera hacer es eliminar una u otra de las vías que mencioné hace unos instantes. Y eliminar la de *mistress* McGinty, vía número uno, resultará evidentemente más rápido y fácil que meterse por la vía número dos. ¿Dónde puedo alojarme en Broadhinny? ¿Hay algún hotel relativamente cómodo?

—El de Los Tres Patos, pero no proporciona alojamiento. Tiene La Oveja, en Cullavon, a cinco kilómetros de distancia y hay una especie de hospedería en el propio Broadhinny. No es, en realidad, una hospedería, sino una simple y decrépita casa rural cuyos propietarios, una pareja muy joven, admiten huéspedes. No creo —agregó, dubitativo, Spence— que sea muy cómoda.

Hércules Poirot cerró los ojos con angustia.

—Si sufro, sufro —anunció—. Ha de ser así. Ya está bien.

—No sé con qué identidad irá usted allí —continuó Spence, mirando con duda a Poirot—. Puede pasarse por cantor de ópera.

Que ha perdido la voz y que necesita reposo. Quizá eso sirva.

—Iré —afirmó Hércules con majestuoso tono— con la identidad del propio Hércules Poirot.

Spence escuchó estas palabras con los labios contraídos.

—¿Lo cree aconsejable?

—¡Yo creo que es *esencial*! Sí, esencial. Considere, *cher ami*, que luchamos contra el *tiempo*. ¿Qué sabemos? Nada. Por tanto, nuestra esperanza, nuestra *mejor* esperanza, es que me presente allí fingiendo saber mucho. Yo soy Hércules Poirot. Y yo, Hércules Poirot, no estoy satisfecho del fallo en el caso McGinty. Yo, Hércules Poirot, tengo una fuerte sospecha de *lo que ocurrió en realidad*. Hay una circunstancia que nadie más que yo ha sabido apreciar en su justo valor. ¿Comprende?

—¿Y luego?

—Y luego, habiendo lanzado la especie, observo las reacciones. Porque debe haberlas; forzosamente ha de haberlas.

El superintendente Spence miró con inquietud al hombrecillo.

—Escuche, *monsieur* Poirot —le dijo—. No meta usted demasiado las narices. No quiero que le suceda nada.

—Pero si algo me sucediese, quedaría demostrado, fuera de toda duda, que tenía usted razón, ¿no es cierto?

—No quiero que quede demostrado de una manera violenta.

Capítulo IV

Hércules Poirot miró con gran disgusto por el cuarto en que se hallaba. Era una habitación de majestuosas proporciones, pero ahí acababa su atractivo. Hizo una mueca elocuente al pasar el dedo por encima de una estantería. Como había supuesto, ¡polvo! Se sentó cuidadosamente en un desvencijado sofá, y los muelles rotos cedieron bajo su peso con deprimente facilidad. Los dos sillones descoloridos eran, y ya lo sabía, poco mejores. Un perro grande, de aspecto feroz, que a Poirot se le antojó sarnoso, gruñó echado en el cuarto asiento, una silla relativamente cómoda.

La estancia era espaciosa. El papel de las paredes descolorido. Colgaban de estas, de cualquier manera, grabados de acero de asuntos desagradables y dos o tres pinturas al óleo, buenas. Las fundas de los sillones estaban tan sucias como descoloridas; la alfombra, llena de agujeros, jamás había tenido un dibujo bonito. Se veían figurillas y antigüedades esparcidas sin orden ni concierto por el cuarto. Las mesas se bamboleaban peligrosamente por falta de ruedecillas en las patas. Una de las ventanas estaba abierta, y no había poder humano, al parecer, capaz de volver a cerrarla. La puerta, momentáneamente cerrada, no era fácil que permaneciera así mucho rato. El picaporte no enganchaba bien y cada ráfaga de aire la abría, inundando la habitación de fríos remolinos.

«Sufro —se dijo Hércules Poirot, compadeciéndose profundamente a sí mismo—. Sí, sufro».

Se abrió la puerta con violencia, y *mistress* Summerhayes y el viento entraron juntos. La dama miró en tomo suyo, y le gritó: «¿Cómo?», a alguien lejano, y volvió a marcharse.

Mistress Summerhayes era pelirroja, tenía un rostro pecoso atractivo, parecía perpetuamente aturdida y despistada, y se pasaba

la mayor parte de la vida soltando y buscando cosas.

Hércules Poirot se puso en pie de un brinco y cerró la puerta.

Un momento después se abrió de nuevo y reapareció *mistress* Summerhayes. Esta vez llevaba en la mano un cuenco grande de porcelana y un cuchillo.

Una voz masculina gritó desde lejos:

—Maureen, el gato ha vuelto a vomitar. ¿Qué hacemos?

Mistress Summerhayes repuso:

—¡Ahora voy, querido! ¡Aguárdame!

Soltó cuenco y cuchillo y volvió a marcharse.

Poirot se levantó otra vez y cerró la puerta. Dijo:

—Decididamente sufro.

Se oyó un automóvil. El perrazo saltó de la silla y alzó la voz en creciente ladrido. Brincó sobre una mesa pequeña que había junto a la ventana, y esta se hundió con estrépito.

—*En fin* —exclamó Hércules Poirot—. *¡Cest insupportable!*

La puerta se abrió. El viento se precipitó en el cuarto. El perro salió corriendo, ladrando aún. La voz de Maureen se oyó alta y clara.

—Johnnie, ¿por qué demonios dejaste abierta la puerta de atrás? Esas malditas gallinas se han metido en la despensa.

—¡Y para esto —dijo Poirot con calor— pago yo siete guineas a la semana!

La puerta se cerró con un ruidoso golpe. Llegó hasta él, por la ventana, el cacareo de gallinas enfurecidas.

Luego la puerta se abrió otra vez, y Maureen Summerhayes entró y se abalanzó sobre el cuenco con un grito de alegría.

—No tenía ni idea de dónde lo había dejado. ¿Le importa mucho, señor… ah… hum… quiero decir: le molestaría si me pusiese a cortar las judías y a quitarles los hilos aquí? Hay un olor demasiado desagradable en la cocina.

—*Madame*, me encantaría que lo hiciese.

Quizá no fuese esta la frase exacta; pero se aproximaba. Era la primera vez en veinticuatro horas que veía Poirot ocasión de conversar durante más de seis segundos seguidos.

Mistress Summerhayes se dejó caer en un sillón y se puso a cortar judías con frenética energía y considerable torpeza.

—Espero —dijo— que no se encontrará usted demasiado

incómodo. Si hay algo que desee usted que cambie, no tiene más que decirlo.

Poirot había llegado ya a la conclusión de que la única cosa que podía tolerar siquiera en Long Meadows era su propietaria.

—Es usted demasiado amable, *madame* —replicó con cortesía—. Lo único que hubiera deseado es que hubiese estado en mi poder proporcionarle a usted servidumbre apropiada.

—¡Servidumbre! —*Mistress* Summerhayes dio un chillido—. ¡Qué esperanza! Ni siquiera es posible conseguir una mujer que venga por horas. A la única buena que teníamos la asesinaron. ¡Mi suerte perra!

—Debe de referirse usted a *mistress* McGinty —se apresuró a decir Poirot.

—A ella me refería. ¡Dios! ¡*Cómo* echo de menos a esa mujer! Claro que resultó muy emocionante por entonces. Era el primer asesinato que se cometía dentro de la familia, como quien dice. Pero, como le dije a Johnnie, fue una verdadera mala suerte para nosotros. Sin McGinty no consigo dar abasto.

—¿Le tenía usted afecto?

—Mi querido amigo, *mistress* McGinty era *digna de confianza*. Se podía *contar* con ella. *Venía*. Los lunes por la tarde y los jueves por la mañana… como un reloj. Ahora utilizo a *mistress* Burch, de allá junto a la estación. Cinco hijos y marido. Ni que decir tiene que nunca está aquí. O no se encuentra bien el marido, o se halla delicada la madre, o uno u otro de los chiquillos ha cogido alguna vil enfermedad. Con la vieja McGinty sólo ella podía ponerse enferma, y la verdad es que casi nunca sufría una indisposición.

—¿Y la encontró siempre honrada y de confianza? ¿Se fiaba por completo de ella?

—¡Oh, no se le hubiera ocurrido llevarse nunca nada…, ni siquiera la comida! Claro que husmeaba un poco. Leía cuantas cartas encontraba y todo eso. Pero una ya se lo espera. Quiero decir que… ¡deben de llevar una vida tan aburrida, tan gris! ¿No le parece?

—¿Había llevado *mistress* McGinty una existencia gris?

—Una vida terrible, supongo —respondió vagamente *mistress* Summerhayes—. Siempre de rodillas, fregando suelos… y luego, las pilas de ropa ajena por lavar que se encontraría al llegar por la

mañana… Si yo tuviera que enfrentarme con una cosa así todos los días, experimentaría un verdadero alivio con que me asesinaran. De verdad que sí, señor.

El rostro del comandante Summerhayes apareció en la ventana. *Mistress* Summerhayes se puso en pie de un brinco, tirando las judías, y corrió hacia la ventana, que abrió de par en par.

—Ese maldito perro ha vuelto a comerse la comida de las gallinas, Maureen.

—¡Adiós! ¡Ahora será él quien vomite!

—Mira —John Summerhayes le enseñó una coladera llena de verdura—, ¿hay bastantes espinacas ya?

—¡Claro que no!

—A mí me parece una cantidad colosal.

—Quedaría reducida a una cucharada al cocerse. ¿Aún no sabes lo que pasa con las espinacas?

—¡Santo Dios!

—¿Han traído el pescado?

—No he visto ni rastro de él.

—¡Rayos! Tendremos que abrir una lata o algo. Podías encargarte tú de eso, Johnnie. Una de las que hay en la alacena del rincón. Esa que nos pareció un poco hinchada. Supongo que estará en bue nas condiciones, a pesar de todo.

—¿Y las espinacas?

—Ya las cogeré yo.

Saltó por la ventana, y marido y mujer se alejaron juntos.

—*¡Nom d'un nom d'un nom!* —exclamó Hércules Poirot.

Cruzó el cuarto y cerró todo lo que pudo la ventana. La voz del comandante Summerhayes llegó hasta él en alas del viento.

—¿Y ese recién llegado, Maureen? A mí se me antoja un tipo raro. ¿Cómo se llama?

—No pude recordarlo hace un momento, cuando hablaba con él. Tuve que decir señor Ah… hum… Poirot… ese es el apellido. Francés.

—¿Sabes una cosa, Maureen? Me parece haber visto ese nombre antes en alguna parte.

—Quizá en la revista *Ondulación Permanente*. Tiene aspecto de peluquero.

Poirot hizo una mueca.

—Nooo… Quizá sea en algo relacionado con conservas. No lo sé. Estoy seguro de que no me es desconocido. Más vale que le saques las primeras siete guineas cuanto antes.

Las voces se perdieron en la distancia.

Hércules Poirot recogió las judías del suelo, por el que se habían esparcido en todas direcciones. En el momento en que terminaba de hacerlo, *mistress* Summerhayes entró de nuevo por la puerta. Se las presentó cortésmente.

—*Voici, madame*.

—¡Oh!, muchísimas gracias. Oiga, ¿verdad que estas judías están un poco negras? Las almacenamos en ollas, ¿sabe?, con sal, para que se conserven. Pero a estas parece haberles pasado algo. Me temo que no van a estar muy buenas.

—Eso mismo me temo yo… ¿Permite que cierre la puerta? Hay corriente.

—¡Ah, sí!, ciérrela. Yo siempre me dejo las puertas abiertas.

—Ya lo he notado.

—De todas maneras, esa puerta nunca quiere quedarse cerrada. La casa casi se está cayendo a pedazos. Los padres de Johnnie vivían aquí, y andaban muy mal de dinero los pobres, y nunca hicieron reparaciones. Luego, cuando vinimos de la India a vivir aquí, tampoco pudimos permitirnos el lujo de arreglar nada. Es divertido para los niños durante las vacaciones, sin embargo. Hay espacio de sobra para correr y jardín y todo. El tener huéspedes nos ayuda a ir tirando, aunque he de confesar que hemos recibido algunas sorpresas desagradables…

—¿Soy yo el único huésped ahora?

—Tenemos a una anciana en el piso de arriba. Se metió en cama el día en que llegó y no ha vuelto a levantarse. No le pasa nada, que yo sepa. Pero ahí está, y le subo cuatro bandejas de comida al día. El apetito no lo ha perdido, por lo menos. Sea como fuere, se marcha mañana a casa de una sobrina o no sé qué pariente.

Mistress Summerhayes hizo una pausa, antes de continuar, con tono levemente artificial:

—El pescadero se presentará de un momento a otro. ¿Le daría a usted igual… ah… desembolsar la primera semana de pensión? Va usted a permanecer una semana aquí, ¿verdad?

—Tal vez más.

—Siento molestarle. Pero no tengo efectivo en casa, y ya sabe usted cómo es esa gente… siempre apremiando.

—Le ruego que no se excuse, *madame*.

Poirot sacó siete billetes de una libra esterlina y agregó siete chelines. *Mistress* Summerhayes recogió el dinero con avidez.

—Gracias mil.

—Quizá debiera, *madame*, decirle algo más acerca de mí mismo. *Yo soy Hércules Poirot*.

La revelación no le hizo a la señora el menor efecto.

—¡Qué nombre más lindo! —dijo bondadosamente—. Es griego, ¿verdad?

—Soy, como quizá sepa usted, detective —dijo Poirot y se golpeó el pecho—. Quizá el detective más famoso que existe.

Mistress Summerhayes aulló de risa.

—Veo que es usted un gran bromista, *monsieur* Poirot. ¿Qué anda usted *detectando*? ¿Ceniza de cigarrillos y huellas de pisadas?

—Estoy investigando el asesinato de *mistress* McGinty —dijo Poirot—, y yo no bromeo.

—¡Ay! —exclamó la señora—. ¡Me he cortado la mano!

Alzó un dedo y se lo examinó.

Luego miró a Poirot.

—Escuche —dijo—. ¿Habla en serio? Quiero decir que todo eso pasó ya. Detuvieron al pobre medio trastornado que se alojaba en su casa. Y ya le han juzgado y condenado y todo. Probablemente le habrán ahorcado ya.

—No, *madame* —le contestó Poirot—, no le han ahorcado, y no pasó todo eso ya. Le recordaré una frase de uno de sus poetas: «Una cuestión nunca queda zanjada hasta que queda zanjada… bien».

—¡Oooh! —dijo *mistress* Summerhayes, desviada la atención hacia el cuenco que tenía en la falda—. Estoy sangrando encima de las judías. Mal asunto, puesto que nos las hemos de comer al mediodía. De todas formas, no importará, en realidad, puesto que las meteré en agua hirviendo. Siempre son buenas y sanas las cosas cuando se las cuece, ¿verdad? Hasta las contenidas en las latas, ¿no lo cree usted así?

—Creo —le respondió Hércules Poirot suavemente— que no vendré a comer este mediodía.

Capítulo V

—La verdad es que no lo sé —dijo *mistress* Burch.

Lo había dicho ya tres veces. No era fácil vencer la desconfianza que le inspiraban instintivamente los caballeros de aspecto extranjero, con negros mostachos y gabanes forrados de piel…

—Bien desagradable que ha sido —prosiguió— que asesinaran a la pobre tía, y que vinieran los guardias y todo eso. Pisoteándolo todo, husmeando y haciendo preguntas… Con los vecinos alborotados. Al principio creí que nunca podríamos levantar la cabeza ya. Y la madre de mi marido se enfadó y todo. No hacía más que decir: «Nunca ha pasado una cosa así en la familia *mía*» y «¡Pobre Joe!», y cosas por el estilo. ¿Y yo? ¿Por qué no pobre yo también? Era tía *mía*, ¿verdad? Pero, la verdad, yo creí que eso se había liquidado ya.

—¿Y si James Bentley fuera inocente, después de todo?

—¡No diga tonterías! ¡Claro que no es inocente! Fue él quien la mató. Nunca me gustó su cara. Iba por ahí hablando solo. Ya se lo dije yo a tía, digo: «No deberías tener en casa a un hombre así. El día menos pensado pierde la chaveta del todo», dije. Pero ella contestó que era pacífico, que tenía muy buena voluntad, y no daba que hacer. No bebía, me dijo, ni fumaba siquiera. Bueno, supongo que se habrá desengañado ya a estas horas la pobre.

Poirot la miró pensativo. Era una mujer grandullona, rolliza, de color sano y humorística boca. La casita estaba limpia y ordenada, y olía a lustre para los muebles. Un leve y apetitoso aroma flotaba desde la cocina. Una buena esposa, que conservaba la casa limpia y se tomaba la molestia de hacerle la comida al marido. Poirot le concedió su aprobación. Estaba llena de prejuicios y era testaruda; pero, después de todo, ¿por qué no? Decididamente, no era aquella

la clase de mujer que pudiera uno imaginar capaz de atacar a su tía con una cuchilla de carnicero o de consentir que lo hiciera su esposo.

Spence no la había creído mujer de esa clase, y, de bien mala gana, Hércules Poirot se vio obligado a estar de acuerdo con él. Spence había investigado las finanzas de los Burch, sin hallar por aquel lado razón alguna para cometer asesinato, y Spence era un hombre muy concienzudo en sus pesquisas.

Suspiró y perseveró en su tarea de desvanecer la desconfianza que a *mistress* Burch le inspiraban todos los extranjeros. Desvió la conversación del crimen y la enfocó en la víctima del mismo. Hizo preguntas acerca de la «pobre tía», de su salud, de sus costumbres, de sus preferencias en cuestión de comidas y bebidas, de sus ideas políticas, de su difunto marido, de su actividad ante la vida, ante las cuestiones sexuales, ante el pecado, ante la religión, ante los niños y ante los animales.

No tenía idea de si habría algo entre toda aquella información que pudiera servirle. Registraba un pajar en busca de una aguja. Pero incidentalmente aprendía también algo de cómo era Bessie Burch.

Esta, en realidad, no sabía gran cosa de su pariente. Era un lazo familiar, y como tal se la honraba. Pero sin intimar. De cuando en cuando, un domingo al mes o cosa así, ella y Joe habían ido a comer con la tía. Y con menos frecuencia aún, la tía les había hecho una visita a ellos. Se felicitaban y se enviaban regalos por Navidad. Sabían que la anciana tenía ahorrado algo. Y también que a su muerte lo heredarían ellos…

—Pero eso no quiere decir que lo necesitásemos —explicó *mistress* Burch, sonrojándose—. Nosotros tenemos nuestros ahorrillos igualmente. Y la enterramos muy bien. Fue un entierro hermoso de verdad… con flores y todo.

A la tía le había gustado hacer ganchillo. No le gustaban los perros, porque ensuciaban y revolvían la casa; pero había tenido un gato canelo. Se le fue y no había vuelto a tener otro. Pero la encargada de la estafeta de Correos iba a darle un gatito. Conservaba muy limpia la casa y no le gustaba el desorden. Tenía los dorados que daba gusto verlos y fregaba el suelo de la cocina todos los días. No le iba mal asistir a casas particulares. Un chelín y

diez peniques por hora; dos chelines le daban en Holmeleigh, la residencia de *mister* Carpenter. Tenían el dinero a espuertas los Carpenter. Habían querido que tía fuese más veces a la semana, pero tía no quiso dejar plantadas a las otras señoras, porque las había servido antes de ir a casa de los Carpenter, y no hubiera estado bien.

Poirot mencionó a *mistress* Summerhayes, de Long Meadows.

—¡Ah, sí! Tía iba a su casa. Dos veces a la semana. Habían vuelto de la India, donde tenían la mar de servidumbre indígena, y *mistress* Summerhayes no tenía la menor idea de cómo llevar una casa. Intentaron cultivar la huerta para vender las hortalizas en el mercado; pero tampoco entendían una palabra de eso. Cuando los niños volvían a casa a pasar las vacaciones, aquello era un verdadero infierno. Pero *mistress* Summerhayes era una señora muy simpática y la anciana le había tomado afecto.

Así fue creciendo el retrato. *Mistress* McGinty hacía ganchillo y labor de punto, fregaba suelos, daba lustre a los dorados, era amante de los gatos, pero no de los perros. Le gustaban los niños, pero no demasiado. Era reservada. Iba a la iglesia los domingos; pero no tomaba parte en ninguna actividad parroquial. A veces, muy pocas, iba al cine. No era partidaria de los amoríos y había dejado de ir a trabajar a casa de un artista y su esposa al descubrir que no estaban casados como era debido. No leía libros; pero disfrutaba leyendo el periódico dominical Y le gustaban las revistas viejas cuando las señoras se las regalaban. Aunque no iba mucho al cine, le interesaba oír hablar de las estrellas de la pantalla y de sus actividades. La política no le interesaba; pero votaba a los conservadores, como lo hiciera siempre su esposo. Jamás gastaba gran cosa en vestir. Las señoras le daban mucha ropa. Y era ahorrativa por naturaleza.

En resumen, *mistress* McGinty resultaba haber sido aproximadamente lo que Poirot había supuesto. Y Bessie Burch, su sobrina, era la Bessie Burch descrita en las notas del superintendente Spence.

Antes que se despidiera Poirot, llegó Joe Burch a comer. Un hombrecillo perspicaz, del que podía estar uno mucho menos seguro que de su esposa. Observó en él cierto nerviosismo. Dio menos muestras de desconfianza y hostilidad que su mujer. Es más,

parecía tener viva ansiedad por crear la sensación de que deseaba cooperar con el detective.

Y eso, se dijo Poirot, estaba levemente fuera de carácter. Porque ¿a santo de qué había de tener Joe Burch tanta ansiedad por aplacar a un desconocido extranjero importuno? Solo podía haber una explicación: que el forastero se había presentado con una carta del superintendente Spence, del Cuerpo de Policía del condado.

¿Por qué razón Joe Burch quería estar bien con la Policía? ¿Sería porque él, al revés que su mujer, no podía permitirse el lujo de criticar a las autoridades?

Un hombre, quizá, con la conciencia intranquila. ¿Por qué? Muchas podían ser las razones, sin necesidad de que tuvieran cosa alguna que ver con la muerte de *mistress* McGinty. ¿O sería que la coartada del cine era falsa, que Joe era quien había llamado a la puerta de la casita y matado a la anciana? En tal caso, era de suponer que, si sacó cajones y registró cuartos, fue con el exclusivo propósito de hacer creer que se trataba de un robo. El dinero fue escondido en el exterior para comprometer a Bentley. Lo que a Joe le interesaba era el depósito de la Caja de Ahorros: las doscientas libras esterlinas que heredaría su esposa y que, por alguna razón, necesitaba con urgencia.

Nunca había llegado a encontrarse el arma, recordó Poirot. ¿Por qué no la habían dejado en el lugar del crimen? ¿Quién no sabe lo suficiente en estos tiempos para usar guantes o limpiar el mango para eliminar huellas dactilares? Teniendo esto en cuenta, ¿por qué se la habían llevado? Debía de ser pesada y con un filo muy cortante. ¿Se temía, acaso, que se la identificara fácilmente como propiedad de los Burch? ¿Se hallaba el arma en la casa en aquellos instantes?

Algo parecido a una cuchilla de carnicero, según el forense. Pero no necesariamente, tal herramienta. Algo quizá fuera de lo normal… algo que podría identificarse sin dificultad. Las autoridades lo habían buscado sin encontrarlo, a pesar de registrar bosques y dragar estanques. Nada faltaba de la cocina de *mistress* McGinty. Ninguno podía asegurar que hubiese tenido James Bentley arma que se le pareciera. Jamás logró descubrirse que hubiese comprado una cuchilla de carnicero o cosa semejante. Un detalle, aunque pequeño, a su favor. Ignorado entre el peso de las demás

pruebas. Detalle, no obstante…

Poirot echó una rápida mirada a su alrededor en la salita en que se hallaba. No estaría de más aquel vistazo. ¿Se encontraba el arma allí, en alguna parte de la casa? ¿Era eso el porqué de la inquietud y actitud conciliadora de Joe Burch? No lo sabía Poirot. No creía, en realidad, que lo fuese. Pero no estaba completamente seguro.

Capítulo VI

1

En las oficinas de Breather & Scuttle condujeron a Poirot al despacho del propio *mister* Scuttle después de vacilar unos instantes.

Mister Scuttle era un hombre dinámico y cordial.

—Buenos días, buenos días —se frotó las manos—. ¿Qué puedo hacer en su obsequio?

Miró con aire profesional a Poirot, intentando: clasificarle y haciendo, como quien dice, una serie de notas marginales.

Extranjero. Ropa de buena calidad. Rico, probablemente. ¿Propietario de un restaurante? ¿Gerente de hotel? ¿Películas?

—Espero que no estaré haciéndole perder un tiempo precioso. Deseaba hablar con usted ahora mismo acerca de su exempleado James Bentley.

Las expresivas cejas de *mister* Scuttle se enarcaron, para recobrar a renglón seguido su posición normal.

—James Bentley… ¿James Bentley? —hizo bruscamente otra pregunta—: ¿Prensa?

—No.

—Y no será usted de la Policía, claro.

—No. Por lo menos… no en este país.

—No en este país —*mister* Scuttle archivó rápidamente la frase, como para futura referencia—. ¿De qué se trata?

Poirot, que jamás había sentido tanto amor a la verdad que pudiera servirle de obstáculo, rompió a hablar:

—Me dispongo a iniciar una nueva investigación del caso Bentley… a instancias de ciertos parientes suyos.

—No sabía que los tuviese. Sea como fuere, ya le han hallado culpable y condenado a muerte.

—Pero aún no le han ejecutado.

—Mientras hay vida, hay esperanza ¿eh? —*mister* Scuttle sacudió la cabeza—. Lo dudo, sin embargo. Las pruebas fueron fuertes. ¿Quiénes son esos parientes?

—Sólo puedo decirle una cosa: que son ricos y poderosos. Inmensamente ricos.

—Me sorprende —*mister* Scuttle no pudo menos de deshelarse un poco. Las palabras «inmensamente ricos» tenían cierta cualidad atractiva e hipnótica—. Sí, en verdad que me sorprende.

—La madre de James, la difunta *mistress* Bentley, rompió por completo con su familia.

—Una de esas riñas de familia, ¿eh? Vaya, vaya… Y el joven Bentley sin un miserable penique. Lástima que esos parientes no acudieran antes en su ayuda.

—Hasta ahora no se han enterado de los hechos —explicó Poirot —. Me contrataron para que acudiese a toda prisa a este país e hiciera cuanto estuviese en mis manos.

Mister Scuttle se arrellanó en su asiento, abandonando su actitud de negociante.

—No sé qué va a poder hacer usted. Supongo que queda el recurso de alegar trastorno mental, ¿verdad? Un poco tarde resulta para eso… pero si consigue atraerse a los médicos de fama… Claro está que yo no estoy al tanto de esas cosas.

Poirot se inclinó hacia adelante.

—¡Ah, *monsieur*! James Bentley trabajó aquí. Usted puede hablarme de él.

—Bien poco hay que decir… bien poco. Era uno de nuestros escribientes. Nada contra él. Parecía buena persona, concienzudo y todo eso. Pero desconocía por completo el arte de vender. Ese es un inconveniente en esta sociedad. Si un cliente viene a nosotros con una casa que quiere vender, aquí estamos nosotros para vendérsela. Y si un cliente desea una casa, se la buscamos. Si se trata de una casa situada en un lugar solitario, sin amenidades, hacemos hincapié en su antigüedad y la llamamos «edificio de época». ¡Y no hablamos para nada de la instalación de fontanería! Y si una casa da a una fábrica de gas, hablamos de las amenidades y facilidades

sin mencionar las vistas. Aquí de lo que se trata es de hacer comprar al cliente a toda prisa. Recurrimos a toda clase de trucos. «Le aconsejamos, señora, que haga una oferta sin perder instante. Hay un miembro del Parlamento que se ha enamorado de la casa… que da muestras de vivo interés por ella. Va a ir a verla esta tarde otra vez». Este ardid nunca falla. Pican siempre. Lo del miembro del Parlamento es de buen efecto psicológico. ¡Dios sabe por qué! No hay miembro que viva nunca lejos del distrito que le votó. Supongo que es por lo buena y sonora que resulta la frase —rio de pronto, exhibiendo una brillante dentadura—. Psicología, *eso* es lo que es… buena psicología nada más.

Poirot se agarró a la palabra.

—Psicología. ¡Cuánta razón tiene usted! Veo que sabe usted juzgar con acierto a los hombres.

—Algo hay de eso, algo hay de eso… —asintió *mister* Scuttle con cierta modestia.

—Por tanto, vuelvo a preguntarle: ¿qué impresión le causó a usted James Bentley? Así para entre nosotros… en rigurosa confianza, ¿cree usted que mató a la anciana?

Scuttle le miró con sorpresa.

—Claro que sí.

—¿Y cree también que era cosa que podía esperarse de él… psicológicamente hablando?

—Hombre, si lo pone usted así… no; en realidad, no. Nunca le hubiera creído con redaños para hacerlo. Mire, si quiere que le dé mi opinión, estaba mal de la cabeza. Mírelo así y la cosa tiene sentido común. Siempre anduvo algo mal de la cabeza, y con eso de perder la colocación, estar preocupado y cosas por el estilo, se desequilibró por completo.

—¿No le despidieron ustedes por ningún motivo especial?

Scuttle negó con la cabeza.

—Mala época del año. El personal no tenía suficiente trabajo. Despedimos al menos competente de todos, que era Bentley. Y supongo que lo hubiera sido siempre. Le dimos buenas referencias y todo eso. No consiguió otra colocación, sin embargo. Le faltaba energía. Producía mala impresión en la gente.

Siempre se iba a parar a lo mismo, pensó Poirot al salir del despacho. James Bentley causaba mala impresión a la gente. Halló

consuelo pensando en varios asesinos que había conocido y a quienes la mayoría de las personas encontraban encantadores.

2

—Perdone, ¿tiene inconveniente en que me siente aquí y hable con usted unos minutos?

Poirot, sentado a una mesita de El Gato Azul, alzó la mirada con sobresalto de la minuta que estaba estudiando. Estaba algo oscuro en El Gato Azul, cuya gerencia procuraba dar al establecimiento un aspecto «mundo antiguo» a fuerza de viguería, zócalos y entrepaños de roble, y vidrios de colores en las ventanas. Pero la joven que acababa de sentarse frente a él se destacaba, brillante, del fondo oscuro.

Tenía el cabello decididamente dorado, y llevaba un vestido y jersey azul eléctrico. Hércules Poirot estaba convencido, por añadidura, de haberla visto en alguna parte no mucho tiempo antes.

Prosiguió ella:

—No pude evitar, ¿comprende?, oír algo de lo que estuvo usted diciendo a *mister* Scuttle en su visita.

Poirot asintió con un gesto. Se había dado cuenta ya de que los tabiques de las oficinas de Breather & Scuttle se habían alzado más bien con miras a la conveniencia que al aislamiento completo.

Ello no le había preocupado, puesto que era la publicidad lo que más deseaba.

—Escribía usted a máquina —le dijo—, a la derecha de la ventana del fondo.

Ella hizo un gesto afirmativo. Le brillaron, blancos, los dientes en una sonrisa. Una joven robusta que rebosaba salud y que Poirot halló digna de su aprobación. Tendría treinta y tres o treinta y cuatro años, a su juicio. Y por naturaleza, de cabello oscuro. Pero no era de las que permiten que la naturaleza les dicte su colorido…

—*Mister* Bentley —dijo—. ¿Qué pasa con *mister* Bentley?

—¿Piensa apelar contra el fallo? ¿Significa eso que se han descubierto otros indicios? ¡Oh, cuánto me alegro! No podía… me era completamente imposible creer que fuese culpable.

Poirot enarcó las cejas.

—¿Nunca creyó usted que hubiese cometido el asesinato? —preguntó, muy despacio.

—Al principio no. Pensé que sería un error. Pero luego las pruebas…

Se interrumpió.

—Sí, las pruebas —dijo Poirot.

—No parecía haber ninguna otra persona que pudiera haberlo cometido. Pensé que quizá se habría vuelto un *poco* loco.

—¿Le pareció a usted alguna vez un poco… como diré… raro?

—¡Oh, no! No en este sentido. Sólo era tímido y torpe como pudiese serlo cualquiera. La verdad es que no obtenía de sí mismo todo el provecho posible. No estaba convencido de sí propio.

Poirot la miró. A ella, desde luego, no le faltaba confianza en sí misma. Quizá tuviera bastante para dos.

—¿Le tenía usted afecto? —preguntó.

Se ruborizó ella.

—Pues sí. Amy, la otra muchacha del despacho, solía reírse de él y le llamaba estúpido. Pero yo le encontraba muy simpático. Era dulce y cortés… y sabía mucho. Cosas de libros, quiero decir.

—¡Ah, sí! Cosas de libros.

—Echaba de menos a su madre. Había estado enferma años y años, ¿sabe? Es decir, no enferma de verdad, sino delicada… Y él se había encargado de cuidarla, de hacerlo todo.

Poirot asintió con un movimiento de cabeza. Conocía a esa clase de madres.

—Y, claro está, ella le había cuidado a él también. Quiero decir que se había cuidado de su salud, y de su pecho en invierno, y de lo que comía y todo eso.

De nuevo hizo Poirot un gesto afirmativo. Preguntó:

—¿Y usted y él eran amigos?

—No lo sé… no en rigor. Solíamos hablar a veces. Pero después de marchar de aquí él… yo… no le vi gran cosa. Le escribí una vez amistosamente, pero no me contestó.

Poirot preguntó con dulzura:

—Pero ¿le tiene usted afecto aún?

Contestó ella con cierto dejo de desafío:

—Pues sí, señor.

—Eso —anunció Poirot— es excelente.

Acudió a su mente el recuerdo de su entrevista con el condenado. Le vio claramente. El cabello pardusco, el cuerpo delgado y desgarbado, las manos de abultados nudillos y muñecas, la nuez en la pellejuda garganta. Evocó la mirada furtiva, embarazada, casi de pillo. No parecía franco ni hombre de cuya palabra pudiera uno fiarse… sino un individuo reservado, astuto, engañador, que más que hablar mascullaba de una manera desagradable, falto de cortesía incluso… Tal era la impresión que hubiera dado James Bentley a la mayoría de los observadores superficiales. Era la impresión que había dado en el banquillo. La de hombre capaz de mentir, de robar, de golpear en la cabeza a una anciana.

Pero al superintendente Spence, que conocía a los hombres, no le había causado tal impresión.

Ni a Hércules Poirot. Ni a la muchacha aquella, por lo visto.

—¿Cuál es su nombre, *mademoiselle*? —le preguntó.

—Maude Williams. ¿Podría yo hacer algo… para ayudar?

—Creo que sí. Hay gente que cree, *miss* Williams, que James Bentley es inocente. Están trabajando para demostrarlo. Yo soy la persona a quien se le ha encargado esa investigación, y justo es decir que ya he hecho considerables progresos… sí, considerables progresos.

Dijo el embuste sin sonrojarse. A su modo de ver, se trataba de una mentira necesaria. Había que conseguir que alguien, en alguna parte, se sintiera intranquilo. Maude Williams hablaría. Y las palabras eran como piedra caída en estanque, en torno a la cual se van formando círculos concéntricos cada vez más anchos.

—Dice que usted y James Bentley sostenían conversaciones. Él le habló de su madre y de su vida en casa. ¿Mencionó alguna vez a alguien con quien él, o quizá su madre, no se hallara en buenas relaciones?

Maude Williams reflexionó.

—No…no lo que se puede decir malas relaciones. A su madre no

le gustaban las muchachas jóvenes, según tengo entendido.

—Las madres a quienes los hijos, se consagran por completo, nunca sienten simpatía por las muchachas jóvenes. No; me refiero a algo más que eso. A alguna enemistad de familia o algún enemigo. ¿Alguno que estuviera resentido?

Ella negó con la cabeza.

—Jamás mencionó nada de eso…

—¿Habló alguna vez de su patrona, *mistress* MacGinty?

Se estremeció la muchacha levemente.

—Llamándola por su nombre, nunca. Dijo una vez que le daba arenques con demasiada frecuencia. Y una vez dijo que su patrona estaba disgustada porque había perdido un gato.

—¿Mencionó alguna vez, y sea sincera, por favor, que sabía dónde guardaba *mistress* McGinty el dinero?

Se desvaneció en parte el colorido de la muchacha. Pero alzó la barbilla, retadora.

—Pues sí que lo hizo. Hablábamos de lo que desconfían algunas personas de los bancos, y él dijo que su patrona escondía el dinero debajo de una tabla del suelo. Dijo: «Podría apoderarme de él cualquier día durante su ausencia». No del todo en broma, porque no bromeaba nunca, sino más bien como si su descuido le preocupara.

—¡Ah! —murmuró Poirot—. Muy bien. Desde mi punto de vista quiero decir. Cuando James Bentley piensa en un robo, se representa la cosa como un acto que se lleva a cabo a espaldas de alguien. Hubiera podido decir: «El día menos pensado, alguien le dará un golpe en la cabeza para quitárselo», ¿comprende?

—Pero en ninguno de los dos casos lo diría con intención.

—¡Oh, no! Pero la charla, por ligera y por ociosa que sea, descubre inevitablemente la clase de persona que es uno. El criminal prudente nunca despega los labios. Pero los criminales rara vez son prudentes, y sí vanidosos, y hablan mucho… por eso a la mayoría los atrapan.

Maude Williams dijo bruscamente:

—Pero *alguien* tiene que haber matado a la anciana.

—Naturalmente.

—¿Quién? ¿Lo sabe? ¿Tiene alguna idea?

—Sí —mintió Hércules Poirot—. Creo que tengo una idea

bastante exacta. Pero no hemos hecho más que iniciar el camino.

La muchacha consultó su reloj.

—Tengo que volver al despacho. Sólo nos dan media hora. Población de mala muerte este Kilchester… Yo siempre había trabajado en Londres antes. ¿Me avisará si hay algo que pueda yo hacer… hacer *de verdad* quiero decir?

Poirot sacó una de sus tarjetas. Anotó en ella el nombre de Long Meadows y el número de teléfono.

—Aquí es donde me alojo.

Su nombre, observó Poirot, chasqueado, no le causaba la menor impresión. La nueva generación, hubo de decirse, andaba singularmente falta de conocimiento acerca de las celebridades más notables.

3

Hércules Poirot tomó el autobús para Broadhinny un poco más alegre que cuando llegara a Kilchester: Fuera como; fuese, había una persona que compartía su creencia en la no culpabilidad de James Bentley. Este no andaba tan huérfano de amistades como habían querido hacer creer.

Volvió nueva y mentalmente a la cárcel en que viera al acusado. ¡Qué entrevista más desanimadora había sido! No había logrado despertar es esperanzas, y apenas un levísimo interés.

—Gracias —le había dicho Bentley con voz opaca—; pero no creo que pueda hacer nadie nada.

No; estaba seguro de que no tenía enemigos.

—Cuando la gente apenas se da cuenta de que uno existe, es muy poco probable que se tenga enemigos.

—¿Su madre? ¿Tuvo algún enemigo?

—Claro que no. Todo el mundo la quería y respetaba.

Se observó en la voz un dejo de indignación.

—¿Y sus amistades?

Y James Bentley había dicho, o más bien murmurado:

—Yo no tengo amigos.

Lo cual no era del todo cierto. Porque amiga suya era Maude

Williams, su compañera de oficina.

«¡Cuán maravillosa previsión de la Naturaleza —pensó Poirot— que todo hombre, por muy poco atractivo que superficialmente resulte, sea el escogido de una mujer!».

Sospechaba que, a pesar del sensual aspecto de *miss* Williams, era esta, en realidad, una muchacha de tipo maternal. Poseía las cualidades de las que Bentley estaba falto: la energía, el empuje, el negarse a darse por vencida, la determinación de triunfar.

Suspiró.

¡Qué mentiras más monstruosas había dicho aquel día! Daba igual, eran necesarias.

«Porque en alguna parte —díjose Poirot, en apoteótica mezcolanza de metáforas— hay una aguja en el pajar. Y entre los perros que duermen, uno hay sobre el que plantaré yo el pie. Y cuando menos lo espere, a fuerza de dar palos de ciego acabaré pegando contra un tejado de vidrio[1]».

Capítulo VII

1

La casita en que había vivido *mistress* McGinty sólo se hallaba a unos pasos de la parada del autobús. Dos niños jugaban fuera. Uno de ellos comía una manzana bastante agusanada, y el otro daba gritos y golpeaba la puerta con una bandeja. Parecían muy felices. Poirot aumentó el ruido descargando también golpes sobre la puerta.

Una mujer asomó por la esquina de la casa. Llevaba puesto un mono de color e iba desgreñada.

—Basta ya, Ernie —ordenó.

—¡No me da la gana! —repuso Ernie, y continuó armando jaleo.

Poirot echó a andar hacia la mujer.

—No hay quien pueda hacer algo con los chiquillos, ¿verdad? —dijo ésta.

Poirot opinaba todo lo contrario, pero se abstuvo de decirlo.

Le condujeron hacia la puerta de atrás.

—Tengo siempre echado el cerrojo de la principal. Entre, ¿quiere?

Poirot cruzó un fregadero muy sucio y entró en una cocina más sucia aún.

—No la mataron aquí —dijo la mujer—. Fue en la sala.

Poirot parpadeó levemente.

—Para eso viene, ¿verdad? ¿No es usted el señor extranjero que vive con los Summerhayes?

—Veo que ha oído hablar de mí —murmuró Poirot, radiante el rostro—. En efecto, *mistress*…

—Kiddle. Mi marido es estuquista. Nos mudamos aquí hace cuatro meses, ¿sabe? Vivíamos antes con la madre de Bert. Algunos me decían: «No me digas que vas a meterte en una casa donde se ha cometido un asesinato»… pero era lo que yo les contestaba, una casa es una casa. Y más vale una casa que una sala y tener que dormir encima de las sillas. Es terrible esta escasez de pisos, ¿verdad? Y de todas formas, a *nosotros* no nos ha molestado nunca. Dicen que siempre vagan por la casa cuando mueren asesinados. Pero ella no hace tal cosa. ¿Le gustaría ver dónde ocurrió?

Poirot contestó afirmativamente, con la misma sensación que el turista a quien enseñan los lugares de interés.

Mistress Kiddle le condujo a una habitación pequeña, excesivamente amueblada con piezas de estilo jacobino. Al revés que el resto de la casa, no presentaba muestras de haber sido ocupada nunca.

—Ahí en el suelo estaba, y con la nuca abierta. ¡Menudo susto le dio a *mistress* Elliot! Fue ella quien la encontró… ella y Larkin, que viene de la Cooperativa con el pan. Pero el dinero se lo llevaron de arriba. Suba y le enseñaré de dónde.

Mistress Kiddle le guio escalera arriba hasta una alcoba en la que había una cómoda voluminosa, una cama de metal grande, unas sillas y, por último, una magnífica colección de ropa de niño, mojada y seca.

—Fue aquí —dijo *mistress* Kiddle con orgullo.

Poirot miró a su alrededor. Difícil resultaba imaginarse que aquel baluarte de desordenada fecundidad había sido en otros tiempos dominio bien fregado de una anciana que estaba orgullosa de su hogar. Allí había vivido y dormido *mistress* McGinty.

—¿Supongo que estos no son sus muebles?

—¡Oh, no! Su sobrina de Cullavon se los llevó todos.

No quedaba allí nada de *mistress* McGinty. Los Kiddle habían llegado, visto y vencido. La vida era más fuerte que la muerte.

Abajo sonó el feroz chillido de un niño de pecho.

—Es el nene, que se ha despertado —explicó innecesariamente *mistress* Kiddle…

Bajó corriendo la escalera y Poirot la siguió. Allí no había nada para él.

Se fue a la casa de al lado.

2

—Sí, señor; fui yo quien la encontró.

Mistress Elliot habló con dramatismo. Limpia casa aquella, limpia y ordenada. El único drama allí era el de *mistress* Elliot, mujer alta, delgada, morena, que contaba el único y glorioso momento de emoción en su existencia.

—Larkin, el panadero, vino y llamó a la puerta. «Se trata de *mistress* McGinty —dijo—. No conseguimos que conteste. Pudiera ser que se hubiese puesto enferma». Y bien creí yo que pudiera ser eso. No era joven, no, ni mucho menos y que había tenido palpitaciones lo sabía de cierto. Pensé que pudiera haberle dado un ataque de apoplejía. Por tanto, me apresuré a ir, en vista de que no estaban más que los dos hombres y, claro está, no se atreverían a entrar en la alcoba.

Poirot aceptó esta exposición de reparo y decencia con murmullo de asentimiento.

—Subí a toda prisa la escalera, eso es lo que hice. *Él* estaba en el descansillo, pálido como un cadáver, vaya si lo estaba. Y no es que pensara yo en eso por entonces… bueno, claro, entonces no sabía yo lo ocurrido. Llamé fuerte a la puerta y no me contestaron, por lo que hice girar el tirador. Todo el cuarto revuelto… y la tabla del piso alzada. «Un robo —dije—. Pero ¿dónde está la pobre infeliz?». Y entonces se nos ocurrió asomarnos a la sala. Y *allí estaba*… Tirada en el suelo, con la pobre cabeza deshecha. ¡Asesinato! Comprendí en seguida lo que era: ¡asesinato! ¡No podía ser otra cosa! ¡Robo y asesinato! Aquí, en Broadhinny. ¡Grité y grité! ¡Menudo trabajo tuvieron conmigo! Sentí que me desmayaba. Tuvieron que ir a buscarme coñac a Los Tres Patos. Y aun así, estuve temblando horas y horas. «No se ponga así, señora». Eso fue lo que me dijo el sargento cuando vino. «No se ponga así. Váyase a casa y hágase una taza de té». Y fue lo que hice. Y cuando Elliot llegó a casa, «Pero ¿qué es lo que ha pasado?», preguntó, mirándome. Aún estaba yo

temblando. Desde niña me han afectado siempre mucho las cosas.

Poirot interrumpió con destreza tan emocionante relato personal.

—Sí, sí, uno se da cuenta de eso en seguida. ¿Y cuándo había visto usted a *mistress* McGinty por última vez?

—Seguramente el día anterior, cuando salió al huerto a coger un poco de hierbabuena. Yo estaba dando de comer a los pollos.

—¿Le dijo a usted algo?

—Sólo me dio las buenas tardes y me preguntó si estaban poniendo mejor las gallinas.

—¿Y esa fue la última vez que la vio? ¿No la vio el día de su muerte?

—No. Pero le vi a *él* —*mistress* Elliot bajó la voz—. A eso de las once de la mañana. Caminando por la carretera. Arrastrando los pies, como tenía por costumbre.

Poirot aguardó; pero pareció ser que no había nada más que agregar.

Preguntó:

—¿Le sorprendió a usted que le detuvieran?

—Pues verá usted: sí y no. Fíjese; siempre le había creído un poco *tocado*. Y no cabe duda de que los que están *tocados* se vuelven agresivos, a veces. Mi tío tuvo un hijo débil de la cabeza, y era ofensivo a veces… al irse haciendo mayor, quiero decir. Ni conocía su propia fuerza. Sí; ese Bentley estaba mal de la cabeza, y nada me sorprendería que, llegado el momento, no le ahorcaran, sino que le metieran en un manicomio. ¡Fíjese en el sitio en que fue a esconder el dinero! Nadie hubiera escondido el dinero allí, a menos que quisiera que lo encontrasen. Estúpido y tonto, eso es lo que era.

—A menos que quisiera que lo encontrasen —murmuró Poirot —. ¿Y no echaría usted de me nos una cuchilla o un hacha, por casualidad?

—No, señor. Claro que *no*. La Policía me preguntó eso mismo. Nos preguntó a todos los de la vecindad. Aún sigue siendo un misterio con qué la mataron.

3

Hércules Poirot echó a andar hacia la estafeta de Correos.

El asesino había querido que se encontrase el dinero, pero no que se encontrara el arma. Porque el dinero señalaría a James Bentley, y el arma señalaría a… ¿quién?

Sacudió la cabeza. Había visitado las otras dos casitas. Sus ocupantes se habían mostrado menos exuberantes que *mistress* Kiddle y menos dramáticos que *mistress* Elliot. Se habían limitado a decir que *mistress* McGinty era una mujer muy respetable, reservada, que no se metía en nada, que tenía una sobrina en Cullavon, que nadie más que dicha sobrina se acercaba nunca a verla, que nadie que ellos supieran le tenía antipatía o estaba resentido con ella; y luego habían preguntado si era cierto que se estaba preparando una petición a favor de James Bentley, y que si les iba a pedir que la firmaran.

«No llego a ninguna parte… a ninguna parte —se dijo Poirot—. No hay nada… ni el más leve destello. Comprendo perfectamente la desesperación del superintendente Spence. Pero debiera ser distinto en el caso *mío*. El superintendente Spence es un policía bueno y concienzudo; pero yo… ¡yo soy Hércules Poirot! Para mí ¡debiera haber luz!».

Metió uno de los zapatos de charol en un charco e hizo una mueca.

Era el grande, el único, el inmarcesible Hércules Poirot; pero también era un hombre muy viejo, y le hacían daño los zapatos.

Entró en la estafeta.

El lado derecho estaba destinado a Correos. En el izquierdo se exhibía un variado surtido de mercancías, entre las que figuraban caramelos, comestibles, juguetes, ferretería, papel de escribir, tarjetas de felicitación, lana para hacer punto, perfumería y ropa interior de niños.

Poirot se puso a comprar, con toda la cachaza del mundo, sellos de correos.

La mujer que acudió a servirle era de edad madura y tenía ojos brillantes y perspicaces.

«He aquí —se dijo Poirot— el cerebro de Broadhinny, sin duda alguna».

Se llamaba Sweetiman.

—Y doce de a penique —dijo *mistress* Sweetiman, sacándolos de

una carpeta—; o sea, cuatro chelines y diez peniques en total. ¿Desea algo más, señor?

Le miró con cierta expectación. Por la puerta del fondo se veía la cabeza de una muchacha que escuchaba con avidez. Tenía desordenado el cabello y estaba acatarrada.

—Soy forastero en este pueblo —anunció Poirot con solemnidad.

—En efecto —asintió *mistress* Sweetiman—. Ha venido usted de Londres, ¿eh?

—Supongo que está usted tan enterada ya como yo de lo que he venido a hacer —le respondió Poirot con una sonrisa.

—¡Oh, no, señor!; no tengo la menor idea —dijo ella con cierta artificialidad.

—*Mistress* McGinty —dijo Poirot.

Mistress Sweetiman sacudió la cabeza.

—Fue un triste suceso… mucho.

—¿Supongo que la conocería usted bien?

—¡Oh, sí! Tan bien como cualquiera de Broadhinny seguramente. Siempre me saludaba cuando entraba aquí a comprar alguna cosita. Sí; fue una tragedia terrible. Y aún no se ha visto el fin, según he oído decir a la gente.

—Se tienen dudas en ciertos círculos de la culpabilidad de James Bentley.

—No sería la primera vez que se equivocara la Policía de hombre… aunque yo no diría que hubiese sucedido en este caso. Y no es que en realidad le creyera yo capaz de acto semejante. Un hombre tímido y torpe, pero no peligroso… o al menos no se le tenía por tal. Pero, después de todo, nunca se sabe, ¿verdad?

Poirot se decidió a pedir papel de escribir.

—Claro que sí, caballero. Cruce al otro lado, ¿quiere?

Mistress Sweetiman se apresuró a ocupar su sitio detrás del mostrador del lado izquierdo.

—Lo que resulta difícil de imaginar es quién puede haber sido el asesino, de no serlo *mister* Bentley —observó al ponerse de puntillas para alcanzar papel y sobres, que estaban en la estantería de arriba —. Sí que vemos por aquí a veces vagabundos mal encarados y es posible que uno de ellos viera abierta una ventana de la planta baja y saltara por ella. Pero no hubiera dejado el dinero atrás, ¿no le parece? No después de haber asesinado para apoderarse de él. Y lo

tenía en billetes que no estaban señalados. Aquí tiene, caballero. Un buen papel y sobres que hacen juego.

Poirot pagó la compra.

—¿No habló nunca *mistress* McGinty de tenerle miedo a alguien o de estar nerviosa?

—Conmigo, no. No era mujer nerviosa. Se quedaba a veces hasta tarde en casa de *mister* Carpenter… en Holmeleigh, allá en la cima de la colina. Tienen con frecuencia invitados a comer o gente que se aloja en su casa, y *mistress* McGinty subía de cuando en cuando al atardecer para ayudarles a fregar los platos. Bajaba la colina de noche cerrada, que es algo más de lo que me gustaría hacer a mí. Es muy grande la oscuridad en esa colina.

—¿Conoce usted a su sobrina *mistress* Burch?

—Ligeramente, Ella y su marido vienen aquí a veces.

—Heredaron algo de dinero al morir *mistress* McGinty.

Los penetrantes ojos negros le miraron con severidad…

—Hombre, eso es natural. Uno no se lo puede llevar consigo, y es lógico que vaya a parar a manos de quien pertenece a la familia.

—¡Oh, sí, sí!… Estoy completamente de acuerdo. ¿Le tenía afecto a su sobrina *mistress* McGinty?

—Mucho, así lo creo; aunque de una forma apacible.

—¿Y al marido de su sobrina?

Una expresión evasiva apareció en el rostro de *mistress* Sweetiman.

—Que yo sepa…

—¿Cuándo vio usted a *mistress* McGinty por última vez?

Mistress Sweetiman reflexionó.

—Deje que piense… ¿Cuándo fue, Edna?

Edna, allá en la puerta del fondo, se limitó a respingar.

—¿Fue el día en que murió? No; fue el día anterior… ¿o fue el otro? Sí. Fue el lunes. Eso es. La mataron el miércoles. Sí, fue el lunes. Entró a comprar un frasco de tinta.

—¿Quería un frasco de tinta?

—Supongo que querría escribir una carta —contestó la otra.

—Parece lo más probable. ¿Y era la misma de siempre? ¿No parecía diferente en forma alguna?

—¡Nooo! Me parece que no.

Edna entró en la tienda y tomó parte, de pronto, en la

contestación.

—Parecía diferente —aseguró—. Como si estuviera satisfecha por algo… bueno, no satisfecha… emocionada.

—Quizá tengas razón —dijo *mistress* Sweetiman—; y no es que lo notara yo por entonces. Pero, ahora que lo dices… estaba animada.

—¿Recuerdan ustedes algo de lo que dijo aquel día?

—Normalmente no lo recordaría; pero, entre el asesinato, la Policía y todo eso, parece como si las cosas adquirieran relieve. Nada dijo de James Bentley, de eso estoy segura. Habló de los Carpenter un poco. Y de *mistress* Upward… los sitios en que trabajaba, ¿sabe?

—¡Ah, sí! Precisamente iba a preguntarle para quiénes trabajaba aquí.

Mistress Sweetiman contestó ahora sin vacilar:

—Los lunes y los jueves iba a casa de *mistress* Summerhayes, a Long Meadows. Ahí es donde se aloja usted, ¿verdad?

—En efecto —asintió Poirot con un suspiro—. ¿Supongo que no hay ningún otro sitio en que alojarse?

—No en Broadhinny. No debe estar usted muy cómodo en Long Meadows, ¿verdad? *Mistress* Summerhayes es muy agradable, pero no sabe llevar una casa. Nunca lo saben las señoras que vienen del extranjero. Siempre había la mar de trabajo allí, según *mistress* McGinty. Sí, los lunes por la tarde y los jueves por la mañana, a casa de los Summerhayes. Luego, los martes por la mañana, al doctor Rendell, y por las tardes, a *mistress* Upward, de Laburnums. El miércoles se lo dedicaba a *mistress* Wetherby, de Hunter's Close, y el viernes a *mistress* Selkirk… que es ahora *mistress* Carpenter. *Mistress* Upward es una anciana que vive con su hijo. Tienen una doncella, pero se está haciendo vieja, y *mistress* McGinty solía ir una vez a la semana para hacer limpieza a fondo. Parece como si los Wetherby nunca pudieran tener mucho tiempo una criada… ella está delicada… Los Carpenter tienen una casa muy hermosa y dan muchas fiestas. Todos son muy buena gente.

Con este pronunciamiento final sobre la población de Broadhinny, Poirot salió a la calle.

Subió lentamente la colina en dirección a Long Meadows. Confiaba que el contenido de la lata hinchada y las judías

ensangrentadas se habrían consumido al mediodía y que no las habrían conservado para que cenara él aquella noche. Pero era posible que hubiese otras latas dudosas. La vida en Long Meadows tenía evidentemente sus peligros. En conjunto, el día había resultado desanimador ¿Qué había averiguado?

Que James Bentley tenía una persona amiga. Que ni él ni *mistress* McGinty contaban con enemigos. Que *mistress* McGinty había dado muestras de excitación dos días antes de su muerte y había comprado un frasco de tinta…

Se detuvo en seco… ¿Era aquello un indicio… un pequeño indicio por fin?

Había preguntado, sólo por preguntar, para qué querría McGinty un frasco de tinta. Y *mistress* Sweetiman le había respondido muy seria que suponía que para escribir una carta.

Ahí se ocultaba algo significativo, un algo que por poco se le había escapado, porque para él, como para la mayoría de la gente, escribir una carta era cosa corriente y diaria.

Pero no era así para *mistress* McGinty. Para ella; escribir una carta resultaba tan fuera de lo normal, que se veía precisada a salir y comprar tinta si quería hacerlo.

Mistress McGinty, pues, casi nunca escribía una carta. *Mistress* Sweetiman, como jefe de estafeta; estaba perfectamente enterada de ello. Pero *mistress* McGinty había escrito una carta dos días antes de su muerte. ¿A quién y por qué?

Pudiera carecer de importancia. Quizá hubiese escrito a su sobrina, o a una amiga ausente. Era absurdo darle tanto énfasis a una cosa tan sencilla como un frasco de tinta.

Pero no contaba con ningún otro indicio, así pues, lo pensaba seguir.

Un frasco de tinta…

Capítulo VIII

1

—¿Una carta? —Bessie Burch movió negativamente la cabeza—. No; no recibí ninguna carta de mi tía. ¿Para qué iba a escribirme?

Poirot sugirió:

—Tal vez quisiera decirle algo.

—Mi tía no era muy amiga de escribir. Andaba camino de los setenta, y en su niñez no se iba mucho al colegio.

—Pero ¿sabía leer y escribir?

—¡Oh, claro! No leía mucho, sin embargo… aunque le gustaba el periódico. Es decir, los dominicales: el *News of the World* y el *Sunday Comet*. Pero escribir le resultaba difícil siempre. Si algo tenía que decirme, como que no fuésemos a verla o que ella no podía venir a vernos, solía telefonear a *mister* Benson, el farmacéutico de la esquina. Y él se encargaba de darnos el recado. Es muy amable en ese sentido *mister* Benson. Estamos dentro del radio, ¿sabe?, conque solo cuesta dos peniques telefonearnos. Hay aparato en la estafeta de Correos de Broadhinny.

Poirot asintió con un gesto. Comprendía que siempre era una ventaja que costara dos peniques y no dos peniques y medio. Ya se había imaginado a *mistress* McGinty como ahorradora en grado sumo. Le había gustado mucho el dinero.

Insistió con dulzura:

—Pero su tía sí que le escribía a veces, ¿no es así?

—Las tarjetas de felicitación por Navidades.

—¿Y… quizá tendría amistades en otras partes de Inglaterra, a las que escribiría?

—No sé nada de eso. A su cuñada, quizá… pero murió hace dos años. Y a *mistress* Birdlip… pero ha muerto también.

—De suerte que si le escribió a alguien, lo más probable es que se tratara de una contestación a otra carta que hubiese ella recibido, ¿no es eso?

De nuevo pareció dudar Bessie Burch.

—La verdad, no sé a quién iba a ocurrírsele escribirle. Claro está que —agregó iluminándosele el semblante— siempre queda el recurso de que le escribiera el Gobierno.

Poirot asintió; en estos tiempos, las comunicaciones de lo que Bessie llamaba «Gobierno» constituían la regla más bien que la excepción.

—Y menudo jaleo suele ser —prosiguió *mistress* Burch—. Hojas que llenar y un sinfín de preguntas impertinentes que no debieran hacérsele a ninguna persona honrada.

—Así, pues, ¿pudo haber recibido *mistress* McGinty alguna comunicación del Gobierno que no tuviera más remedio que contestar?

—De haber sido así, hubiese venido con ella a Joe para que le ayudase a hacerlo. Todos esos formularios la hacían un lío y siempre se los traía a Joe.

—¿Recuerda usted si había alguna carta entre sus efectos personales?

—No se lo puedo decir con exactitud. Yo no me acuerdo de ninguna. Pero, después de todo, fue la Policía la que se hizo cargo de sus cosas al principio. Hasta mucho más tarde no me permitió que me las llevase.

—¿Qué fue de esas cosas?

—Esa cómoda de allá era de ella… bien sólida, de caoba… Y hay un armario arriba, y algunos utensilios de cocina. Vendimos lo demás, porque no teníamos sitio donde meterlo.

—Me refería a las cosas de uso personal: cepillos, peines, retratos, cosas de tocador, ropa…

—¡Ah, eso! Si quiere que le diga la verdad, lo metí todo en una

maleta y aún está arriba. No sé qué hacer con ello. Se me ocurrió que podría llevar la ropa al bazar de beneficencia de Nochebuena. Pero, a última hora, se me olvidó. No me pareció bien vendérsela a esa gentuza que se dedica a la venta de ropa de segunda mano.

—¿Podría ver el contenido de esa maleta?

—No hay inconveniente. Aunque no creo que encuentre nada que le ayude. La Policía lo repasó ya todo, ¿sabe?

—Ya lo sé. Sin embargo…

Mistress Burch le condujo a una minúscula alcoba de la parte de atrás que se empleaba principalmente, según dijo a Poirot, como cuarto de coser. Sacó una maleta de debajo de la cama. Dijo:

—Bueno, pues aquí tiene, y me perdonará que no me quede, pero tengo que atender al guisado.

Poirot le excusó de buena gana y oyó cómo bajaba otra vez la escalera. Tiró de la maleta y la abrió.

Una vaharada de naftalina le inundó el olfato.

No sin cierta compasión, extrajo el contenido tan elocuente como revelador, de una mujer muerta ya. Un gabán largo, negro, bastante usado. Dos jerseys de lana. Una chaqueta y una falda. Medias. Nada de ropa interior (seguramente se la habría apropiado Bessie para su uso). Dos pares de zapatos envueltos en periódicos. Un cepillo y un peine, muy usados, pero limpios. Un espejo antiguo, de abollado respaldo de plata. Una fotografía, con marco de cuero, de una pareja de novios, vestida al estilo de treinta años antes; retrato, sin duda, de *mistress* McGinty y de su esposo. Dos postales con vistas de Margate. Un perro de porcelana. Una receta para hacer mermelada de calabaza, arrancada de un periódico. Otro recorte que contenía una información sensacional sobre los «platillos volantes». Otro, con las profecías de Mother Shipton[2] y una Biblia y un devocionario. No encontró bolsos ni guantes. Bessie los habría tomado o regalado. Aquella ropa, juzgó Poirot, hubiera resultado demasiado pequeña para la robusta Bessie. *Mistress* McGinty había sido una mujer delgada.

Desenvolvió uno de los pares de zapatos. Eran estos de buena calidad y en muy buen uso. Decididamente demasiado cortos para Bessie Burch.

Se disponía a envolverlos de nuevo cuando se fijó en el nombre del periódico: el *Sunday Comet* del 19 de noviembre.

A *mistress* McGinty la habían asesinado el 22 del mismo mes.

Aquel era, pues, el periódico que comprara el domingo anterior a su muerte. Había estado tirado en su cuarto, habiéndolo aprovechado Bessie Burch más tarde para envolver con él los zapatos.

Domingo, 19 de noviembre y el lunes, *mistress* McGinty había entrado en la estafeta a comprar un frasco de tinta…

¿Podría obedecer eso a algo que leyera en el periódico dominical?

—Desenvolvió el otro par de zapatos. El periódico empleado era el *News of the World* de la misma fecha.

Los alisó y se los llevó a la silla, sentándose para leerlos. E hizo inmediatamente un descubrimiento. Se había recortado algo de una de las páginas del *Sunday Comet*. Se trataba de un trozo rectangular de la página central. El espacio era demasiado grande para los recortes que encontrara.

Examinó ambos periódicos, pero no halló ninguna otra cosa de interés. Envolvió en ellos los zapatos nuevamente, y volvió a dejar cerrada la maleta.

Bajó la escalera.

Mistress Burch estaba ocupada en la cocina.

—No habrá encontrado usted nada, ¿verdad?

—No, por desgracia. —Agregó, sin darle importancia—: Supongo que no habría ningún recorte de periódico en el portamonedas de su tía o en su bolso, ¿verdad?

—No recuerdo ninguno. Quizá se lo llevaron los guardias.

Pero los guardias no se habían llevado ninguno, lo sabía Poirot por las notas de Spence. Figuraba una lista del contenido del bolso de la anciana, y entre este no se hallaba recorte alguno.

«*¡Eh bien!* —se dijo Hércules Poirot—, el paso siguiente es fácil. O me llevo un chasco, o doy un avance».

2

Sentado muy quieto, con uno de los tomos de periódicos encuadernados del archivo ante sí, Poirot se dijo que, al darle

importancia al frasco de tinta, no le había engañado el corazón.

El *Sunday Comet* era muy dado a dramatizar de una forma romántica los acontecimientos del pasado.

El periódico que estaba mirando Poirot era el *Sunday Comet* del 19 de noviembre.

En la parte superior de la página central aparecían las palabras siguientes en tipos grandes:

MUJERES VÍCTIMAS DE
TRAGEDIAS DE ANTAÑO.
¿DÓNDE ESTÁN ESTAS
MUJERES AHORA?

Debajo de los titulares había cuatro reproducciones muy confusas de retratos sacados, evidentemente, muchos años antes.

Ninguna de ellas tenía aspecto trágico. Más bien parecían ridículas, puesto que casi todas vestían a la antigua, y no hay cosa más ridícula que las modas pasadas, aunque, dentro de otros treinta años o así, puede haber reaparecido su encanto o, por lo menos, haberse hecho aparente de nuevo. Debajo de cada retrato había un nombre.

Eva Kane, la «otra» en el famoso caso Craig.

Janice Courtland, la «esposa trágica» cuyo marido era un demonio con forma humana.

La pequeña Lily Gamboll, trágica criatura, producto de nuestra excesivamente poblada edad.

Vera Blake, esposa de un asesino sin sospecharlo.

Y luego la pregunta en letras muy grandes otra vez:

¿DÓNDE ESTÁN ESTAS
MUJERES AHORA?

Poirot parpadeó, y se puso a leer minuciosamente la romántica prosa que daba la historia de aquellas nebulosas heroínas.

El nombre de Eva Kane lo recordaba, porque el caso Craig había

sido muy célebre. Alfred Craig era secretario del Ayuntamiento de Parminster, hombrecito concienzudo, difícil de clasificar, correcto y agradable. Había tenido la desgracia de casarse con una mujer fastidiosa y apasionada que le obligó a contraer deudas, que le dominó por completo, que le hizo la vida imposible con su lengua viperina, y que padecía de dolencias nerviosas, las cuales, según amigos poco bondadosos, eran puramente imaginarias. Eva Kane era la institutriz, muchacha de diecinueve años, bonita, débil y bastante simple. Se enamoró perdidamente de Craig, y Craig de ella.

Un día, los vecinos supieron que a *mistress* Craig le «habían ordenado que marchase al extranjero» por motivos de salud. Así había dicho Craig, por lo menos. La llevó a Londres, primera etapa del viaje, en automóvil, un atardecer, partiendo ella desde allí para el sur de Francia. Regresó a continuación a Parminster anunciando, a intervalos, que, a juzgar por el contenido de sus cartas, su esposa no había mejorado. Eva Kane se quedó para gobernar la casa, y ello acabó por dar pábulo a las lenguas. Por fin, Craig recibió la noticia de que su mujer había muerto en el extranjero. Se marchó, regresando a la semana siguiente con el relato del entierro.

En algunas cosas, Craig era un poco inocente. Cometió el error de mencionar el lugar en que había muerto su mujer, una playa veraniega relativamente bien conocida en la Costa Azul. Sólo hizo falta que alguien que tenía familia o amistades allí les escribiera, descubriese que ni había muerto ni había sido enterrada persona alguna de tal nombre y, tras un período de comadreo, se lo comunicara a las autoridades.

Lo que sucedió a continuación puede resumirse en pocas palabras.

Mistress Craig no había marchado a la Costa Azul. Se la había cortado en trocitos y enterrado en el sótano de la casa. Y la autopsia llevada a cabo reveló la presencia de un alcaloide vegetal.

Se detuvo y procesó a Craig. A Eva Kane la acusaron de cómplice al principio, pero se retiró la acusación, puesto que se vio bien claro que no había tenido en ningún momento conocimiento de lo sucedido. Craig acabó por confesar, fue sentenciado a muerte y lo ejecutaron.

Eva Kane, que estaba encinta, abandonó Parminster y, según las palabras del *Sunday Comet*:

»Parientes bondadosos le ofrecieron en el Nuevo Mundo un hogar. Cambiando de nombre, la desdichada niña, seducida en su inocente adolescencia por un ser vil e inhumano, abandonó para siempre estas costas, con el fin de empezar de nuevo la vida y guardar eternamente encerrado en su pecho, y ocultárselo a su hija, el nombre de su padre.

»—Mi hija se criará feliz e inocente. No manchará su existencia el cruel pasado. Eso lo juro. Mis trágicos recuerdos continuarán siendo míos tan sólo.

«¡Pobre, frágil y confiada Eva Kane! ¡Conocer tan joven la villanía e infamia del hombre! ¿Dónde está ahora? ¿Habrá, quizá, en alguna población del Oeste Medio americano una mujer entrada en años, silenciosa y respetada por sus vecinos, de mirada triste tal vez?… ¿Y va a ver a "mamá" una muchacha joven, feliz y alegre, puede que con hijos propios, que le cuenta los pequeños sinsabores de la vida diaria, sin la menor idea de los sufrimientos que ha

—*¡Oh, la la!* —murmuró Hércules Poirot. Y pasó a la «trágica» víctima siguiente.

No cabía duda de que Janice Courtland, la «esposa trágica», había sido desgraciada en cuanto al marido. Sufrió durante ocho años sus singulares prácticas, a las que se hacía referencia con una cautela tal que despertara inmediatamente la curiosidad. Ocho años de martirio, aseguraba el *Sunday Comet* con firmeza. Y, entonces, Janice encontró un amigo, un joven idealista, desinteresado, quien, lleno de horror ante una escena entre marido y mujer que había presenciado por accidente, se abalanzó sobre el esposo con tal vigor, que este cayó al suelo, dándose con la cabeza contra un bordillo de mármol que había junto a la chimenea. El jurado halló la provocación intensa, decidió que el joven idealista no había tenido la menor intención de matar, y le sentenció a cinco años por homicidio.

La atormentada Janice, aterrada por la publicidad que le diera el asunto, marchó al extranjero a «olvidar».

Inquiría el *Sunday Comet*:

«¿Ha olvidado? Así lo esperamos. Quizá viva en estos instantes en alguna parte una esposa y madre feliz para quien los años de

sufrimiento y pesadilla, silenciosamente soportados, no parezcan ahora más que un sueño…».

—¡Vaya, vaya…! —dijo Poirot.

Y pasó a Lily Gamboll, la trágica criatura producto de nuestra excesiva poblada edad.

A Lily Gamboll al parecer le habían sacado de su excesivamente habitado hogar. Una tía suya asumió la responsabilidad de criarla. Lily quiso ir al cine, y la tía dijo: «*No*». Lily Gamboll cogió la cuchilla de picar carne, que yacía muy a mano sobre la mesa, y le descargó un golpe con ella a su tía. La mujer, aunque autócrata, era pequeña y frágil. El golpe la mató. Lily estaba muy desarrollada y tenía buena musculatura a pesar de sus doce años. Un reformatorio le había abierto sus puertas, desapareciendo Lily de escena…

»A estas alturas es ya mujer. Y se encuentra en libertad. Y puede ocupar un lugar en nuestra civilización. Su conducta durante los años de encierro y prueba se dice que fue ejemplar. ¿No demuestra esto que no es a la niña sino al sistema a quien se ha de echar la culpa? Criada en la ignorancia y la miseria, la pequeña Lily fue víctima del ambiente.

«Ahora, habiendo purgado su trágico error, vive en alguna parte, esperamos que feliz, buena ciudadana y buena esposa y madre. ¡Pobrecita Lily Gamboll!».

Poirot sacudió la cabeza. Una niña de doce años que le larga un golpe a su tía con una cuchilla de picar carne y le pega lo bastante fuerte para matarla, no era, en su opinión, una niña muy agradable. En este caso, sus simpatías se decantaban hacia la tía.

Pasó a Vera Blake.

Esta era, evidentemente, una de esas mujeres a las que todo les sale mal. Había empezado haciéndose novia de un muchacho que resultó ser un *gangster* reclamado por la Policía como autor del asesinato del vigilante de un Banco. Casó luego con un comerciante muy respetable que más tarde se supo traficaba en géneros robados. Las dos hijas, con el tiempo, habían llamado también la atención de la Policía. Acompañaban a mamá a los grandes almacenes y se

encargaban de llevarse lo que podían.

Por fin, sin embargo, había aparecido en escena un «hombre bueno», que ofreció a la trágica Vera un hogar en los Dominios. Ella y sus hijas abandonarían este viejo y agotado país.

«En adelante, una Nueva Vida le aguardaba. Por fin, tras largos años de repetidos golpes del Destino, las desdichas de Vera han terminado».

—¿Si será eso verdad? —murmuró Poirot con escepticismo—. ¡Nada me extrañaría que descubriese que se había casado con un timador o jugador con ventaja de los que se dedican a desplumar durante la travesía a los que hacen viajes transatlánticos!

Se retrepó en su asiento y contempló los cuatro retratos. Eva Kane, con revuelta cabellera rizada y un sombrero enorme, sostenía un manojo de rosas pegado a la oreja, como si fuera un teléfono. Janice Courtland llevaba un sombrerito de campana calado hasta por encima de las orejas, y la cintura del vestido a la altura de las caderas. Lily Gamboll era una muchacha más bien fea, cuya boca abierta daba la sensación de que tenía inflamación nasal y que usaba gafas de gruesos cristales. Vera Blake aparecía tan trágicamente blanca y negra, que no se distinguían las facciones.

Mistress McGinty había recortado aquel artículo, con fotografías y todo. ¿Por qué? ¿Porque le interesaban los relatos nada más? Lo dudaba. *Mistres* McGinty había conservado muy pocas cosas durante sus sesenta y tantos años de vida; eso lo había podido comprobar Poirot por las notas del superintendente.

Arrancó la anciana el artículo el domingo, y el lunes compró un frasco de tinta. De esto último parecía deducirse que ella, que nunca escribía cartas, estaba a punto de lanzarse a escribir una. De haberse tratado de una carta de negocios, probablemente le hubiera pedido a Joe Burch que la ayudase. Por tanto, no se había tratado de negocios, sino de… ¿qué?

La mirada de Poirot recorrió las cuatro fotografías otra vez.

«¿Dónde se encuentran estas mujeres ahora?», preguntaba el Sunday Comet.

«Una de ellas —pensó Poirot— pudiera muy bien haber estado en Broadhinny en noviembre pasado».

3

Hasta el día siguiente no logró Hércules Poirot hallarse frente a frente con *miss* Pamela Horsefall.

Miss Horsefall no podía concederle una entrevista muy larga porque, según dijo, tenía que marchar a Sheffield.

Miss Horsefall era alta, de aspecto masculino, gran bebedora y fumadora, y al mirarla se hubiese creído improbable que su pluma hubiera destilado tan pegajoso sentimentalismo en el *Sunday Comet*. Y, sin embargo, ella había sido.

—Escupa, escupa… —le dijo *miss* Horsefall a Poirot con impaciencia—. Tengo que marcharme.

—Se trata de su artículo publicado en el *Sunday Comet*. En noviembre. La serie de Mujeres Trágicas.

—¡Ah!, *esa serie*… Una porquería, ¿no le parece?

Poirot se negó a emitir opinión. Dijo:

—Me refiero, en particular, al artículo sobre mujeres Asociadas con el Crimen, que se publicó el diecinueve de dicho mes. Trataba de Eva Kane, Vera Blake, Janice Courtland y Lily Gamboll.

Miss Horsefall se echó a reír.

—*¿Dónde se hallan estas trágicas mujeres ahora?* Ya me acuerdo.

—Supongo que recibe usted a veces correspondencia después de escribir artículos semejantes.

—¡Y que lo diga! Hay gente que no parece tener otra cosa que hacer que escribir cartas. Alguien «vio una vez al asesino Craig caminando calle abajo». Otra quisiera contarme «la historia de su vida, mucho más trágica que cuanto pudiera yo imaginarme».

—¿Recibió usted alguna carta firmada por una tal *mistress* McGinty, de Broadhinny?

—Mi querido amigo: ¿cómo rayos quiere que lo sepa? Recibo las cartas a espuertas. ¿Cómo he de recordar un nombre en particular?

—Creí que pudiera usted recordarlo —dijo Poirot—, porque unos días más tarde asesinaron a esa señora.

—Eso es hablar —*miss* Horsefall olvidó su impaciencia por marchar a Sheffield y se sentó a horcajadas en la silla—. McGinty… McGinty… Me suena el nombre. Le pegó en la cresta su huésped. Un crimen muy poco interesante desde el punto de vista del público. Carecía de atractivo sexual. ¿Dice usted que me escribió esa mujer?

—Creo que escribió al *Sunday Comet*.

—Viene a ser lo mismo. Vendría a parar a mis manos. Y habiendo muerto asesinada… y publicando su nombre los periódicos… debiera recordar… —se interrumpió—. Escuche… No escribió desde Broadhinny, sino desde Broadway.

—Así, pues, ¿la recuerda usted?

—No estoy segura… Pero el nombre… Es un nombre cómico, ¿verdad? ¡McGinty! Sí… una letra atroz y de una semianalfabeta. Si hubiese caído yo en la cuenta… Pero estoy segura de que vino de Broadway.

—Usted misma asegura que la letra era infame. Broadway y Broadhinny… podrían parecer igual.

—Sí… tal vez sí. Después de todo, no es probable que conociese una esos nombres rurales tan raros. McGinty, sí. Recuerdo, definitivamente. Quizá el asesinato fijara el nombre en mi memoria.

—¿Recuerda usted lo que le decía en su carta?

—Algo relacionado con una fotografía. Ella sabía dónde se encontraba un retrato igual a uno de los publicados. ¿Estaríamos dispuestos a comprárselo? ¿Y por cuánto?

—Y… ¿ustedes contestaron?

—Mi querido amigo, no nos interesa nada de esa clase. Dimos la respuesta de ritual. Gracias cortésmente, pero no hay nada que tratar; y como la mandamos a Broadway, supongo que no la llegaría a recibir.

«Ella sabía dónde se encontraba un retrato…». A la mente de Poirot acudió el recuerdo de la voz de Maureen Summerhayes: «Claro que husmeaba un poco».

Mistress McGinty había husmeado. Era honrada. Pero le gustaba enterarse de las cosas. Y la gente solía guardar ciertas cosas tontas, sin significado, de tiempos pasados. Las guardaba por razones sentimentales o, simplemente, porque se olvidaba de su existencia…

Se puso en pie.

—Gracias, *miss* Horsefall. Me perdonará usted, pero ¿eran exactos los datos que publicó en el artículo? Observo, por ejemplo, que el año del procesamiento de Craig está equivocado… En realidad fue doce meses después de lo que usted dice. Y, en el caso de Courtland, el nombre del marido era Herbert, si mal no recuerdo, y no Hubert. La tía de Lily Gamboll tenía su residencia en Buckinghamshire, no en Bergshire.

Miss Horsefall agitó un cigarrillo.

—Mi querido amigo, la exactitud era totalmente innecesaria. El artículo no era más que una empalagosa y estúpida mezcolanza de romanticismo desde el principio al fin. Me empollé unos cuantos datos para liarme después a decir sandeces.

—Lo que yo quiero decir es que ni siquiera el carácter de sus heroínas sería acaso tal como usted lo representó.

Pamela soltó una risa que parecía un relincho.

—Claro que no. ¿Usted qué cree? No me cabe la menor duda de que Eva Kane era una perfecta ramera y no una inocente atropellada. En cuanto a la Courtland, ¿por qué sufrió en silencio ocho años con un sádico pervertido? Porque tenía dinero a espuertas y el amiguito romántico carecía de un penique.

—¿Y la trágica niña Lily Gamboll?

—Me haría muy poca gracia que anduviera haciendo cabriolas en torno mío con una cuchilla de carnicero[3].

Poirot fue contando las frases con los dedos:

—Abandonaron el país… se fueron al Nuevo Mundo… al extranjero… «a los Dominios»… «para empezar una vida nueva». Y no hay nada, ¿verdad?, que demuestre que no volvieron, andando el tiempo, a Inglaterra.

—Nada en absoluto —asintió *miss* Horsefall—. Y ahora… sí que tengo que salir corriendo…

Más tarde, aquella misma noche, Poirot llamó por teléfono a Spence.

—Me he estado preguntando qué habría sido de usted, Poirot. ¿Ha descubierto algo? ¿Algún detalle?

—He hecho pesquisas —contestó Poirot, sombrío.

—¿Bien?

—Y el resultado de ellas es el siguiente: la gente que vive en Broadhinny es, toda ella, muy buena gente.

—¿Qué quiere decir con eso, *monsieur* Poirot?

—¡Ah, amigo mío!, imagínese: «Muy buena gente». No sería esta la primera vez en que ese mero hecho fuera motivo de asesinato.

Capítulo IX

1

—Toda ella muy buena gente —murmuró Poirot, al entrar por la verja de Crossways, cerca de la estación.

Una lámina de bronce anunciaba que aquella era la residencia del doctor Rendell, licenciado en Medicina.

El doctor Rendell era un hombre corpulento y alegre, de unos cuarenta años de edad. Saludó a su visitante con verdadera solicitud.

—Nuestro tranquilo pueblo se siente honrado —dijo— con la presencia del gran Hércules Poirot.

—¡Ah! —murmuró Poirot, halagado—. Así, pues, ¿ha oído usted hablar de mí?

—Claro que hemos oído hablar de usted. ¿Quién no?

Responder a semejante pregunta hubiera resultado perjudicial para el amor propio de Poirot. Se limitó a decir con su exquisita cortesía:

—Me considero afortunado con haberle encontrado en casa.

No tenía la cosa nada de afortunada. En realidad, se trataba de puro y astuto cálculo. Pero el doctor Rendell replicó, cordialmente:

—Sí. Por poco no me pilla. Tengo que estar en la clínica dentro de un cuarto de hora. ¿Qué puedo hacer en su obsequio? Me devora la curiosidad por saber qué está usted haciendo aquí. ¿Una cura de

reposo? O… ¿se ha cometido entre nosotros un crimen?

—En pasado, no en presente.

—¿En pasado? No recuerdo…

—*Mistress* McGinty.

—Claro, claro. Olvidaba. Pero no me diga que se ocupa usted en eso… después de tanto tiempo.

—Permítame que le diga, en confianza, que ha solicitado mis servicios la defensa. Busco nuevos indicios sobre los que pueda basarse una apelación.

El doctor Rendell dijo vivamente:

—Pero ¿qué nuevos indicios puede haber?

—Eso, por desgracia, no soy libre de decirlo.

—Sí, comprendo. Le ruego que me perdone.

—Pero he descubierto ciertas cosas que son muy curiosas… muy… ¿cómo diré…?, ¿sugestivas? He venido a verle, doctor Rendell, porque tengo entendido que *mistress* McGinty trabajaba de cuando en cuando en esta casa.

—¡Ah, sí, sí! Era… ¿Por qué no toma usted algo? ¿Jerez? ¿*Whisky?* ¿Prefiere el jerez? Yo también.

Fue en busca de dos copas, y, sentándose junto a Poirot, prosiguió:

—Solía venir una vez a la semana para hacer limpieza extraordinaria. Tengo una buena ama de llaves… excelente… pero los dorados… y el fregar el suelo de la cocina… Bueno, *mistress* Scott no puede ya ponerse de rodillas. *Mistress* McGinty era una trabajadora excelente.

—¿Cree usted que fuese una persona adicta a la verdad?

—¿Adicta a la verdad? La pregunta es un poco rara. No me creo capaz de contestarla… No tuve oportunidad de saberlo. Que yo sepa, no mentía.

—Así, pues, si esa señora le dijo algo a alguien, ¿cree usted que su afirmación sería, probablemente, verídica?

El doctor Rendell pareció turbarse levemente.

—¡Oh!, no me gustaría decir tanto. En realidad sé muy poco de ella. Podría preguntárselo a *mistress* Scott. Lo sabrá mejor que yo.

—No, no. Prefiero no hacerlo. No me interesa.

—Está usted despertando mi curiosidad —anunció jovialmente el doctor Rendell—. ¿Qué era lo que iba diciendo por ahí? Algo que

fuera difamatorio, ¿es eso? Algo calumnioso quiero decir.

Poirot negó con la cabeza. Dijo:

—Usted comprenderá que de momento todo esto debe ser muy secreto. No he hecho más que dar principio a mi investigación.

El doctor murmuró con cierta sequedad:

—Tendrá usted que darse un poco de prisa, ¿verdad?

—Tiene usted razón. El tiempo a mi disposición es corto.

—He de confesar que me sorprende… Todos aquí hemos estado completamente seguros de que fue Bentley el culpable. No parecía posible la duda.

—Parecía un crimen vulgar y sórdido… nada interesante. ¿Es eso lo que diría usted?

—Sí… sí; creo que esa frase lo describe con exactitud.

—¿Conocía usted a James Bentley?

—Vino a verme en mi condición de médico una o dos veces. Le preocupaba su propia salud. Le mimó demasiado su madre, me imagino. Esos casos se ven con frecuencia. Tenemos otra igual aquí.

—¡Ah!, ¿sí?

—Sí. El de *mistress* Upward. Laura Upward. Quiere a su hijo con locura. Y le mantiene bien sujeto. Es un muchacho listo… no tanto como él se cree, y esto se lo digo en confianza… pero tiene talento, no obstante. Es un dramaturgo en ciernes nuestro buen Robin.

—¿Llevan aquí mucho tiempo?

—Tres o cuatro años. Nadie lleva mucho tiempo en Broadhinny. El primitivo pueblo no era más que un puñado de casitas agrupadas alrededor de Long Meadows. Tengo entendido que se aloja usted allí, ¿verdad?

—En efecto —asintió Poirot sin gran entusiasmo.

—El doctor pareció regocijado.

—¡Hostelería! —exclamó—. Esa joven no tiene la menor idea de cómo se gobierna un hotel. Ha vivido en la India toda su vida de casada, con criados por todas partes. Apuesto a que está usted bastante incómodo. Nadie para mucho allí. En cuanto al pobre Summerhayes, jamás ganará un ochavo cultivando hortalizas. Es un buen chico… pero no sabe una palabra de lo que es la vida comercial… y hay que ser comerciante hoy en día si quiere uno impedir que le llegue el agua al cuello… No vaya usted a creerse que yo curo a los enfermos. No soy más que un llenador de

formularios y firmador de certificados endiosado. Me son simpáticos los Summerhayes, sin embargo. Ella es encantadora, y él, aunque tiene un genio de mil demonios y se inclina hacia la taciturnidad, es de los buenos. De los de primera. ¡Si hubiese usted conocido al viejo coronel Summerhayes! Más orgulloso que el mismísimo Lucifer.

—¿Era el padre del comandante Summerhayes?

—Sí. No dejó mucho dinero el viejo al morir, y los derechos reales acabaron de arruinarles; pero están decididos a no abandonar la casa. Uno no sabe si admirarles o si decir: «… ¡Qué locos!».

Consultó el reloj.

—No quiero entretenerle —dijo Poirot.

—Aún me quedan unos minutos. Además, me gustaría que conociese usted a mi esposa. No sé dónde se habrá metido. Le interesó enormemente saber que se hallaba usted aquí. Los dos somos muy aficionados al crimen.

—¿Criminología, novela, o los periódicos dominicales? —inquirió Poirot, sonriendo.

—Las tres cosas.

—¿Descienden ustedes al nivel del *Sunday Comet* incluso?

Rendell se echó a reír.

—¿Qué sería el domingo sin él?

—Publicaron una serie de artículos interesantes hace unos cinco meses. Uno en particular, sobre mujeres que se habían visto complicadas en casos de asesinatos y la tragedia de su vida.

—Sí; lo recuerdo. Pura fantasía, sin embargo.

—¡Ah!, ¿cree usted eso?

—Hombre, verá, el caso Craig sólo lo conozco por lo que leí de él. Pero uno de los otros, el de Courtland… puedo asegurarle a usted que *esa* mujer no era una inocente trágica ni mucho menos… ¡Menudo bicho estaba hecha! Lo sé porque un tío mío asistió al marido. Él distaba mucho de ser un angelito; pero la mujer tenía muy poco que envidiarle. Atrapó a ese jovencito sin experiencia y le incitó a que cometiera el asesinato. Él fue a la cárcel por homicida, y ella, convertida en acaudalada viuda, se casó con otro.

—El *Sunday Comet* no mencionó ese detalle. ¿Recuerda usted con quién se casó?

Rendell negó con la cabeza.

—No creo haber oído nunca el nombre. Pero alguien me dijo

que había sido muy afortunada.

—Uno se preguntaba, al leer el artículo, dónde estarían ahora esas cuatro mujeres —musitó Poirot.

—Ya. Igual podía uno haber estado hablando con cualquiera de ellas la semana pasada en alguna reunión. Seguramente todas guardan celosamente el secreto de su pasado. Desde luego, no habría quien pudiera reconocerlas por las fotografías publicadas. ¡Lo feas que estaban!

El reloj dio la hora, y Poirot se puso en pie.

—No quiero entretenerle más. Ha sido usted muy amable.

—Me temo que no le he sido de gran ayuda. Un hombre apenas se da cuenta del aspecto que tiene la mujer que hace la limpieza. Pero aguarde un segundo. Es preciso que conozca a mi mujer. Jamás me perdonaría que le dejara marchar sin verla.

Salió al vestíbulo delante de Poirot, llamando:

—Shelagh… Shelagh…

Una voz repuso desde el piso superior.

—¡Baja! Tengo algo para ti.

Una mujer delgada, pálida, de cabello rubio, bajó rápidamente la escalera.

—He aquí a *monsieur* Hércules Poirot, Shelagh. ¿Qué te parece?

—¡Oh!

Mistress Rendell pareció demasiado sobresaltada para hablar. Los palidísimos ojos azules contemplaron a Poirot con alguna aprensión.

—*Madame* —dijo Poirot, inclinándose sobre la mano de la señora con el aire más extranjero de que fue capaz.

—Oímos decir que se hallaba usted aquí —dijo Shelagh Rendell —. Pero no sabíamos…

Se interrumpió y echó una rápida mirada al rostro de su esposo.

«Esta sigue siempre la pauta que su marido le da», pensó Poirot.

Soltó unas cuantas frases floridas y se despidió.

Se llevó consigo la impresión de un doctor Rendell jovial, y de una *mistress* Rendell aprensiva y de lengua trabada.

Tales eran los Rendell, a cuya casa había ido a trabajar *mistress* McGinty los martes por la mañana.

2

Hunter's Close era una casa ochocentista sólidamente construida a la que se llegaba por una larga y descuidada avenida llena de hierba. En tiempos pasados no se la había considerado una casa grande; pero ahora lo era lo bastante para resultar, domésticamente, muy poco conveniente. Poirot preguntó por *mistress* Wetherby a la joven de aspecto extranjero que abrió la puerta.

Se le quedó mirando, y luego dijo:

—No lo sé. Tenga la bondad de pasar. ¿Se referirá a *miss* Henderson, quizá?

Le dejó en pie en el vestíbulo. Estaba bien amueblado y lleno de curiosidades de varias partes del mundo. Nada parecía muy limpio ni daba la sensación de que se hubiera quitado bien el polvo.

A los pocos minutos volvió a presentarse la joven. Dijo:

—Haga el favor de venir.

Y le condujo a una habitacioncita muy fría, amueblada con un amplio escritorio. Encima de la repisa de la chimenea había una cafetera de cobre muy grande y de feo aspecto, con un pitorro curvo enorme que se asemejaba a una nariz ganchuda.

Se abrió la puerta tras Poirot, y una muchacha entró en el cuarto.

—Mi madre está echada —dijo—. ¿En qué puedo servirle?

—¿Es usted *miss* Wetherby?

—Henderson. *Mister* Wetherby es mi padrastro.

Era una joven más bien fea, de unos treinta años de edad, grande y desgarbada. Tenía una mirada muy alerta y vigilante.

—Deseaba preguntarles qué podían decirme ustedes de una tal *mistress* McGinty que había trabajado aquí.

Le miró con fijeza.

—¿*Mistress* McGinty? ¡Si ha muerto!

—Lo sé —respondió Poirot con dulzura—. No obstante, me gustaría que me hablase de ella

—¡Oh! ¿Es para algún seguro o algo así?

—No se trata de seguros, sino de indicios nuevos.

—Indicios nuevos. ¿Se refiere, pues a su muerte?

—Me han contratado los abogados defensores para hacer ciertas investigaciones a favor de James Bentley —dijo Poirot. Sin dejar de mirarle, preguntó ella:

—Pero ¿no fue él quien la mató?

—Eso creyó el jurado. Pero no sería la primera vez que un jurado se equivocase.

—Así, pues, ¿fue en realidad otra persona quien la mató?

—Puede haberlo sido. Preguntó ella bruscamente:

—¿Quién?

—Esa —murmuró dulcemente Poirot—, esa es la cuestión.

—No comprendo en absoluto.

—¿No? Pero puede decirme algo de *mistress* McGinty, supongo. La joven respondió de mala gana:

—Supongo que sí… ¿Qué es lo que quiere saber?

—En primer lugar… ¿qué opinaba usted de ella?

—¡Ah! Pues… nada en particular. Era como cualquier otra persona.

—¿Charlatana o taciturna? ¿Curiosa o reservada? ¿Agradable o repulsiva? ¿Una mujer simpática, o todo lo contrario?

Miss Henderson reflexionó.

—Trabajaba bien… pero hablaba mucho. A veces decía cosas muy raras… En realidad… a mí no me era muy… muy simpática.

Se abrió la puerta, y la criada extranjera dijo:

—*Miss* Deirdre, su madre dice: haga el favor de traer…

—¿Mi madre desea que conduzca a este caballero a su presencia?

—Si hace el favor… gracias.

Deirdre Henderson miró dubitativa a Hércules Poirot.

—¿Quiere subir a ver a mi madre?

—¡Pues no faltaba más!

Deirdre le condujo al vestíbulo y escalera arriba, dijo, sin que viniera a cuento:

—Una se cansa tanto de los extranjeros…

Puesto que era evidente que pensaba en la criada y no en la visita, Poirot no se ofendió. Estaba diciéndose que Deirdre Henderson parecía una muchacha simple y sencilla hasta el punto de ser torpe.

El cuarto de arriba estaba lleno de chucherías. Era la habitación

de una mujer que había viajado mucho y tenido el propósito de conservar un recuerdo de cuantos lugares visitara. La mayor parte de los recuerdos se habían fabricado, evidentemente, para delicia y explotación de turistas. Había demasiados sofás y mesas y sillas en la estancia, insuficiente ventilación y excesiva profusión de cortinajes. Y, en medio de todo, *mistress* Wetherby.

Mistress Wetherby parecía una mujer pequeñita, conmovedoramente pequeña, en una habitación muy grande. Tal era el efecto… Pero distaba mucho de ser tan pequeña como había decidido parecer. El tipo de mujer «pobrecita de mí» debe conseguir tal resultado muy bien, aun cuando sea en realidad de estatura regular.

Estaba reclinada muy cómodamente en un sofá, y cerca de ella se veían unos libros, labor de punto, un vaso de jugo de naranja y una caja de bombones. Dijo con animación:

—*Tiene* que perdonarme que no me levante; pero ¡se empeña tanto el médico en que he de reposar todos los días…! Y todo el mundo me regaña luego si no hago lo que me mandan.

Poirot tomó la mano que le tendían y se inclinó sobre ella con el debido murmullo de homenaje.

Detrás de él, inflexible, Deirdre dijo:

—Quiere saber algo de *mistress* McGinty.

La delicada mano que había yacido pasiva entre las suyas se contrajo, haciéndole pensar durante un instante en la garra de un pájaro. No era, en realidad, una pieza de delicada porcelana de Dresde, sino la garra de un ave de rapiña. *Mistress* Wetherby, con leve risa, susurró:

—¡Cuán absurda eres, Deirdre querida! ¿Quién es *mistress* McGinty?

—¡Oh!, mamá… sí que recuerdas. Trabajó en casa. Aquella a quien asesinaron, ¿sabes?

Mistress Wetherby cerró los ojos con un estremecimiento.

—Calla, querida. ¡Fue tan horrible! Estuve nerviosa semanas y semanas después del suceso. ¡Pobre anciana, pero qué estúpida! ¿A quién se le ocurre guardar dinero debajo del piso? Debiera haberlo metido en el Banco. Claro que me acuerdo de todo eso… solo que me había olvidado ya de su *nombre*.

Deirdre dijo, impávida:

—Quiere saber algo de ella.

—Por Dios, tenga la amabilidad de sentarse, *monsieur* Poirot. Me devora la curiosidad. *Mistress* Rendell acaba de telefonear diciéndome que teníamos un famoso criminalista aquí. Y le ha descrito a usted. Por eso, cuando esa idiota de Frieda describió a nuestro visitante, adquirí el convencimiento de que sería usted y le mandé recado para que subiera. Ahora, dígame, ¿qué *es* todo esto?

—Como ha dicho su hija, deseo saber algo de *mistress* McGinty. Trabajó aquí. Tengo entendido que venía a esta casa los miércoles. Y fue en miércoles cuando murió. Por consiguiente, creo que vendría aquí aquel día, ¿verdad?

—Supongo que sí. Sí; supongo que sí. En realidad, no puedo decírselo a ciencia cierta ahora. Hace tanto tiempo ya…

—Sí, varios meses. Y… ¿no dijo nada aquel día? ¿Nada especial?

—Esa clase de personas hablan siempre mucho —contestó *mistress* Wetherby con repugnancia—. Una no escucha en realidad. Y, en cualquier caso, no podía saber que iban a robarla y matarla aquella noche, ¿no le parece?

—Existe tal cosa como causa y efecto.

La señora frunció el entrecejo.

—No veo lo que quiere usted decir.

—Quizá no lo vea yo tampoco… todavía. Uno trabaja a través de la oscuridad hasta llegar a la luz. ¿Compran ustedes los periódicos dominicales, *mistress* Wetherby?

Abrió sus ojos azules de par en par.

—¡Oh, sí! Naturalmente. Estamos suscritos al *Observery* al *Sunday Times*. ¿Por qué lo dice?

—Por curiosidad. *Mistress* McGinty compraba el *Sunday Comet* y el *News of the World*.

Hizo una pausa; pero nadie dijo nada. *Mistress* Wetherby exhaló un suspiro y entornó los ojos. Dijo:

—Fue un trastorno. Ese horrible huésped suyo… No creo que pudiera estar del todo bien de la cabeza. Y al parecer era un hombre culto, por añadidura… Así resulta peor, ¿no le parece?

—¿Usted cree?

—¡Oh, sí!… Claro que lo creo. ¡Un crimen tan brutal! Una cuchilla de cortar carne. ¡Uf!

—La Policía no llegó a encontrar el arma homicida.

—La tiraría a algún estanque o al lago, seguramente.

—Dragaron los estanques —dijo Deirdre—. Los vi yo.

—Querida —suspiró la madre—, no seas morbosa. Bien sabes que odio pensar en esas cosas. Mi cabeza.

La muchacha se volvió hacia Poirot con ferocidad.

—No debe usted insistir sobre el particular —dijo—. Le hace daño. Es demasiado sensitiva. Ni siquiera puede leer novelas policíacas.

—Mil perdones —dijo Poirot. Se puso en pie—. Sólo tengo una excusa. A un hombre van a ahorcarle dentro de tres semanas. Si él no la asesinó…

Mistress Wetherby se incorporó sobre un codo.

—¡Claro que la asesinó él! —exclamó con voz chillona—. ¡Claro que la asesinó!

Poirot sacudió la cabeza.

—No estoy yo tan seguro, *madame*.

Salió apresuradamente del cuarto. Al bajar la escalera, la muchacha le siguió, alcanzándole en el vestíbulo.

—¿Qué quiere usted decir con eso? —le preguntó.

—Lo que he dicho, *mademoiselle*.

—Sí, pero…

Se interrumpió.

Poirot no despegó los labios.

Deirdre Henderson dijo, muy despacio:

—Ha trastornado usted a mi madre. No le gustan esas cosas… robos y asesinatos… y violencia.

—Así, pues, tiene que haber recibido una sacudida muy grande al enterarse de que una mujer que trabajaba en su propia casa había muerto asesinada.

—¡Ah!, sí… sí que la recibió.

—Quedó postrada… ¿no es cierto?

—Se negó a escuchar cosa alguna relacionada con el suceso. Nosotros… yo… intentamos… ahorrarle malos ratos… todo lo que sea desagradable.

—¿Y la guerra?

—Por suerte, nunca cayeron bombas por estos contornos.

—¿Qué papel desempeñó usted en la guerra, *mademoiselle*?

—¡Oh!, hice trabajos para la V. A. D., en Kilchester. Y conduje

para la W. V. S[4]. No hubiese podido marcharme de casa, claro. Mi madre me necesitaba. Aun así, le molestaba que estuviese ausente tanto. Me resultó todo muy difícil. Y luego, la cuestión de la servidumbre… Mi madre nunca ha hecho trabajo casero, claro… No está lo bastante fuerte. Y era tan difícil encontrar a nadie… Por eso nos pareció *mistress* McGinty una bendición. Fue entonces cuando empezó a venir a casa. Era una trabajadora magnífica. Pero, claro, nada… en ninguna parte… es lo que solía ser.

—¿Y no le importa eso tanto, *mademoiselle*?

—¿A mí? ¡Oh, no! —pareció sorprendida—. Pero con mamá es distinto. Ella vive en el pasado casi siempre.

—Hay alguna gente así —dijo Poirot.

Evocó mentalmente una imagen de la habitación en que había estado poco antes. Un cajón medio abierto de un buró… Un cajón lleno de chucherías… un acerico de seda, un abanico roto, una cafetera de plata; unas revistas antiguas. El cajón estaba demasiado lleno para que se pudiera cerrar del todo.

Agregó dulcemente:

—Y conservan cosas… recuerdos de otros tiempos… el programa de baile, el abanico, los retratos de amistades de antaño; hasta las minutas y los programas de teatro, porque, al mirar todas estas cosas, la memoria reverdece…

—Supongo que será eso —repuso Deirdre—; pero yo, personalmente, no lo comprendo. Yo nunca guardo nada.

—Usted mira hacia el futuro, no hacia atrás, ¿no es eso?

Deirdre contestó, muy despacio:

—No sé que mire en dirección alguna… Quiero decir que con el presente suele haber bastante; ¿no cree usted, señor, que estoy en lo cierto?

Se abrió la puerta de la calle y entró un hombre alto, delgado, de cierta edad. Se detuvo en seco al ver a Poirot.

Miró a Deirdre, enarcando las cejas en muda interrogación.

—Este es mi padrastro —dijo la joven—. No… no conozco su nombre, señor…

—Yo soy Hércules Poirot —contestó este con el natural aire de embarazo de quien anuncia un título real.

A *mister* Wetherby no pareció causarle la menor impresión.

Dijo «¡Ah!», y se volvió para colgar el abrigo en la percha.

Deirdre añadió:

—Vino a preguntar acerca de *mistress* McGinty.

Wetherby quedóse inmóvil un instante.

Luego terminó de ajustar el abrigo sobre el colgador.

—Eso se me antoja verdaderamente asombroso —dijo—. La mujer halló la muerte hace meses y; aunque trabajó aquí, no tenemos información alguna respecto a ella o su familia. De haberla tenido, se la hubiésemos dado ya a la Policía.

Era decidido el tono. Consultó el reloj.

—La comida, supongo, estará dispuesta dentro de un cuarto de hora…

Deirdre contestó secamente:

—Me temo que no esté hasta muy tarde hoy.

Mister Wetherby volvió a enarcar las cejas.

—¿De veras? ¿Me es lícito preguntar por qué?

—Frieda ha estado bastante ocupada.

—Mi querida Deirdre, siento tener que recordártelo, pero la labor de llevar la casa recae sobre ti. Agradecería un poco más de puntualidad.

Miró a su hijastra con antipatía y frialdad. Y algo muy parecido al odio brilló en la mirada que la joven le devolvió.

Poirot abrió la puerta y se fue.

Capítulo X

Poirot dejó la cuarta visita para después de comer. La comida se compuso de sopa a medio hacer, cola de buey, patatas acuosas y algo que Maureen fue lo bastante optimista para creer que serían buñuelos. Resultaron muy singulares, es verdad.

El detective subió lentamente la colina. No tardaría en encontrar, a la derecha, Laburnums, dos casitas convertidas en una y remodeladas para darles un estilo moderno. Era la residencia de *mistress* Upward y del aspirante a dramaturgo Robin Upward.

Se detuvo un momento ante la puerta del jardín para atusarse el bigote. En aquel instante, un automóvil serpenteó, muy despacio, cuesta abajo, y el corazón de una manzana que habían estado comiendo, dirigido con fuerza, le dio en la mejilla.

Poirot, sobresaltado, exhaló un grito de protesta. El coche se detuvo y una cabeza asomó por la ventanilla.

—Lo siento. ¿Le di a usted?

A punto de contestar, Poirot se contuvo. Contempló el rostro noble, la maciza frente, las desordenadas ondas de cabello gris, y despertó en su mente el recuerdo. El corazón de manzana también le ayudó a la memoria.

—Pero ¡si es *mistress* Oliver!

Y era, en efecto, la tan célebre autora de novelas policíacas.

—¡Si es *monsieur* Poirot! —exclamó ella a su vez, intentando salir del vehículo.

El coche era pequeño y *mistress* Oliver una mujer muy gruesa. Poirot corrió en su ayuda.

Murmurando como explicación «Estoy un poco entumecida del rato que llevo aquí dentro», *mistress* Oliver aterrizó, de pronto, en el camino, de una manera muy parecida a la de una erupción

volcánica.

Con ella salieron también grandes cantidades de manzanas, que rodaron alegremente colina abajo.

—¡Estalló la bolsa! —explicó *mistress* Oliver.

Se quitó algunos trozos de manzana a medio consumir de la saliente repisa del busto y se sacudió luego como un perro de Terranova. Una última manzana, oculta en las reconditeces de su seno, fue a unirse con las otras.

—Es una lástima que se me reventara la bolsa —dijo *mistress* Oliver—. Eran de Cox. Pero supongo que habrá manzanas en abundancia aquí, en el campo. ¿O no las hay? Quizá las manden todas fuera. ¡Ocurren cosas tan raras en estos tiempos! Bueno, ¿y cómo está usted, *monsieur* Poirot? No vive aquí, ¿verdad? No; estoy segura de que no. Así, pues, ¿se trata de un asesinato? Espero que no será la víctima mi huéspeda.

—¿Quién es su huéspeda?

—La que vive allí —contestó *mistress* Oliver, señalando con la cabeza—. Es decir, si esa casa es la llamada Laburnums, a medio camino, colina abajo, a la izquierda, después de pasar la iglesia. Sí; esa debe de ser. ¿Qué tal es?

—¿No la conoce?

—No. He venido por asuntos profesionales. Como quien dice, Robin Upward está convirtiendo uno de mis libros en obra de teatro. Vengo a reunirme con él por eso.

—La felicito, *madame*.

—¡Oh!, no hay motivo —le aseguró la dama—. Hasta la fecha, para mí es pura *agonía*. Que me ahorquen si sé por qué me dejé meter en jaleo semejante. Mis libros me dan ya dinero suficiente… es decir, los chupasangres se llevan la mayor parte, y si ganara más, más se llevarían; por tanto, no me mato demasiado. Pero no tiene usted idea de lo angustioso que resulta que se apropien de uno de sus personajes y les hagan decir cosas que jamás hubiesen dicho ellos, y hacer cosas que no hubieran hecho jamás. Y si una protesta, lo único que le dicen es que «es buen teatro». Robin Upward no piensa en otra cosa. Todo el mundo dice que es inteligente. Pero si tanto lo es, ¿por qué no escribe una obra teatral por su cuenta y deja en paz a mi pobre desgraciado finlandés? Ni siquiera es finlandés ya. Se ha convertido en miembro del movimiento de

resistencia noruego.

Se pasó las manos por el cabello.

—¿Qué he hecho de mi sombrero?

Poirot se asomó al coche.

—Creo, *madame*, que debió usted sentarse encima.

—Sí que lo parece —asintió *mistress* Oliver, contemplando los restos—. Bueno —agregó en tono alegre—; nunca me gustó gran cosa, después de todo. Pero pensé que acaso tuviera que ir a la iglesia el domingo, y, aunque el arzobispo ha dicho que no es necesario, sigo creyendo que los curas más anticuados esperan que una lleve sombrero. Pero háble me de su asesinato o lo que sea. ¿Se acuerda usted del asesinato *nuestro*?

—Me acuerdo muy bien.

—Fue la mar de divertido, ¿verdad? No el asesinato en sí… ese sí que no me gustó ni pizca. Quiero decir lo de después. ¿De quién se trata esta vez?

—No de un personaje tan pintoresco como *mister* Shaitana. Una mujer dedicada a la limpieza, a la que robaron y asesinaron hace cosa de cinco meses. Quizá leyera usted la noticia. *Mistress* McGinty. Procesaron a un joven y le condenaron a muerte…

—Y él no fue el culpable, pero usted sabe quién es y va a demostrarlo —dijo rápidamente *mistress* Oliver—. ¡Magnífico!

—Corre usted demasiado —respondió Poirot con un suspiro—. Aún no sé quién lo cometió, y, una vez descubierto eso, aún quedará mucho trecho por recorrer antes de poder demostrarlo.

—¡Son tan lentos los hombres! En seguida le diré yo quién ha sido. ¿Alguien de aquí, supongo? Déme un día o dos para echar una mirada a mi alrededor, y descubriré al asesino. La intuición de una mujer… eso es lo que usted necesita. Tuve razón en el caso de Shaitana, ¿verdad?

Poirot fue demasiado galante para recordarle a *mistress* Oliver la de veces que sus sospechas habían cambiado de blanco en dicha ocasión.

—¡Ustedes los hombres…! —dijo con indulgencia la dama—. Si una mujer fuese la directora de Scotland Yard…

Dejó la frase suspendida en el aire al saludarlos alguien desde la casa.

—¡Hola! —dijo una agradable voz de tenor ligero—. ¿Es *mistress*

Oliver?

—Aquí estoy —contestó la interpelada, y le murmuró a Poirot—: No se preocupe. Seré muy discreta.

—No, no, *madame*. No quiero que sea discreta. *Todo lo contrario*.

Robin Upward bajó por la senda y salió por la puerta del jardín. Iba con la cabeza descubierta y llevaba un pantalón de franela muy viejo y una chaqueta de deporte desastrada. De no haber sido por la tendencia a echar vientre, hubiera resultado bien parecido.

—¡Ariadne, preciosa! —exclamó, abrazándola cordialmente.

Retrocedió luego, posándole las manos en los hombros.

—Querida, he tenido una idea maravillosa para el segundo acto.

—¡Ah!, ¿sí? —contestó ella, sin entusiasmo—. Este caballero es *monsieur* Hércules Poirot.

—¡Magnífico! —dijo Robin, y volviéndose a *mistress* Oliver—: ¿Trae usted equipaje?

—Sí. Lo llevo atrás.

Robin sacó un par de maletas.

—¡Qué lata! —exclamó—. No tenemos lo que se pueda llamar servidumbre. Nada más que a la vieja Janet, y hay que ahorrarle todo el trabajo posible. Una verdadera pejiguera, ¿no le parece? ¡Cuánto pesan estas maletas! ¿Lleva, tal vez, bombas dentro?

Subió la senda tambaleándose… Por encima del hombro dijo:

—Entre a beber algo.

—A usted le dice —anunció *mistress* Oliver, recogiendo el bolso, un libro y un par de zapatos viejos del asiento delantero—. ¿Dijo usted hace unos momentos que deseaba que fuera indiscreta?

—Cuanto más indiscreta, mejor.

—Yo, en su lugar, no abordaría el problema así. Pero el asesinato es *suyo*. Le ayudaré todo lo que pueda.

Robin asomó a la puerta principal.

—¡Entren, entren…! —cantó—. Ya atenderemos al coche más tarde. Mi madre arde en deseos de conocerlos.

Mistress Oliver echó a andar camino arriba. Hércules Poirot la siguió.

La casa era encantadora por dentro. Poirot calculó que habían gastado una cantidad muy grande de dinero en arreglarla, no obstante lo cual tenía todo el encanto de la sencillez. Cada pieza de roble era auténtica.

Sentada en un sillón de ruedas junto a la chimenea de la sala, Laura Upward sonrió una bienvenida. Era mujer de aspecto vigoroso, con sesenta y tantos años de edad, cabello gris y mandíbula que expresaba determinación.

—Encantada de conocerla, *mistress* Oliver —dijo—. Supongo que detesta que la gente le hable de sus libros; pero estos han sido para mí un grato solaz desde hace años… sobre todo desde que estoy impedida.

—Es usted muy amable —dijo *mistress* Oliver con embarazo y retorciéndose las manos como una colegiala—. Este es *monsieur* Poirot, viejo amigo mío. Nos encontramos por casualidad junto a la verja. Mejor dicho, le pegué con el corazón de una manzana. Como Guillermo Tell, sólo que al revés.

—Tanto gusto, *monsieur* Poirot. ¡Robin!

—Di, *madre*[5].

—Trae algo de beber. ¿Dónde están los cigarrillos?

—Sobre la mesa de allá.

Mistress Upward preguntó:

—¿Es usted escritor también, *monsieur* Poirot?

—¡Oh!, no —contestó *mistress* Oliver por él—. Es detective… de los del tipo de Sherlock Holmes… gorra de caza, violines y todo eso[6]… Y ha venido aquí a hallar la solución de un asesinato, y no creo que le sea difícil dar con ella.

Se oyó un leve tintineo de vidrios rotos. *Mistress* Upward dijo vivamente:

—Robin, haz el favor de tener cuidado.

Y a Poirot:

—Es muy interesante todo eso, *monsieur* Poirot.

—Por lo visto, Maureen Summerhayes tenía razón —exclamó Robin—. Me largó un discurso muy extenso y retorcido en el que me dijo que tenía en casa un detective. Parecía antojársele la mar de cómico eso. Pero, al parecer, es cosa seria, ¿verdad?

—Claro que es cosa seria —aseguró *mistress* Oliver—. Tienen ustedes un criminal aquí.

—Sí, pero escuche: ¿a quién han asesinado? ¿O se trata de alguien a quien acaban de desenterrar y es el asunto un profundo secreto?

—No es un secreto —intervino Poirot—. Y el asesinato lo

conocen ustedes ya.

—*Mistress* Mc No Sé Cuántos… que se dedicaba a la limpieza,… en otoño pasado —explicó la autora.

—¡Oh! —exclamó Robin, que pareció chasqueado—. Pero ¡si eso se ha liquidado ya!

—No se ha liquidado ni mucho menos —anunció *mistress* Oliver —. Han detenido a un inocente y le ahorcarán si *monsieur* Poirot no descubre a tiempo al verdadero asesino. Es la mar de emocionante.

Robin repartió las copas.

—Dama Blanca para ti, *madre*.

—Gracias, querido.

Poirot frunció levemente el entrecejo. Robin les sirvió a *mistress* Oliver y a él.

—Bien —brindó Robin—; ¡por el crimen! —y bebió.

—Había trabajado aquí —observó.

—¿*Mistress* McGinty? —inquirió la escritora.

—Sí. ¿Verdad, *madre*?

—Con eso de trabajar aquí quieres decir que venía un día a la semana.

—Y alguna que otra tarde a veces.

—¿Cómo era? —preguntó *mistress* Oliver.

—La mar de respetable —contestó Robin—; y enloquecedoramente ordenada. Tenía la desagradable costumbre de recogerlo todo y de meter las cosas en los cajones, de suerte que uno no podía ni adivinar dónde se encontraban.

Mistress Upward, con cierto humorismo sombrío y agrio, dijo:

—Si alguien no pusiera las cosas en orden por lo menos una vez a la semana, pronto resultaría imposible moverse en esta casita.

—Lo sé, *madre*, lo sé. Pero, a menos que se dejen las cosas donde yo las pongo, no puedo trabajar. Quedan desordenadas mis notas.

—Es molesto verse tan incapacitada como yo —dijo *mistress* Upward—. Tenemos una doncella muy vieja y muy fiel; le cuesta trabajo cocinar un poco.

—¿De qué padece usted? —inquirió *mistress* Oliver—. ¿Artritis?

—Una variedad de ella. Pronto necesitaré una señorita de compañía, o enfermera permanente, me temo. Y es una lata. Me gusta ser independiente.

—Vamos, querida —intervino Robin—; no te excites.

Le dio unas palmaditas cariñosas en el brazo.

Ella le sonrió con repentina ternura.

—Robin es tan bueno como una hija para mí —dijo—. Lo hace todo… y piensa en todo. Nadie podría mostrarse mas considerado.

Se sonrieron mutuamente.

Hércules Poirot se puso en pie.

—Por desgracia —anunció— he de irme. Tengo que hacer otra visita y tomar luego el tren. *Madame*, le doy las gracias por su hospitalidad. *Mister* Upward, le deseo un éxito feliz a su obra de teatro.

—Y que tenga usted mucho éxito en su investigación —dijo *mistress* Oliver.

—¿De verdad va en serio, *monsieur* Poirot? —inquirió Robin—. ¿O se trata de una broma grotesca?

—Claro que no es una broma —contestó la escritora—. Se trata de algo mortalmente serio. Se niega a decirme quién es el asesino. Pero lo sabe. ¿Verdad que sí?

—No, no, *madame* —y la protesta de Poirot fue muy poco convincente—. Le dije que todavía no… No lo sé.

—Eso es lo que dijo. Pero yo creo que lo sabe en realidad. Solo que es tan reservado este señor…

Mistress Upward preguntó vivamente:

—¿Es cierto eso? ¿No se trata de una broma?

—No se trata de una broma, *madame*.

Hizo una reverencia y se fue.

Cuando cruzaba el jardín oyó la voz clara de tenor de Robin Upward:

—¡Ariadne, querida! —decía—. Todo eso está muy bien; pero, con ese bigote y todo, ¿cómo *puede* uno tomarle en serio? ¿Quieres decir con ello que es *bueno*?

Poirot sonrió para sí. Conque si era bueno, ¿eh?

A punto de cruzar el estrecho camino, retrocedió de un salto, justamente a tiempo.

La *rubia* de los Summerhayes pasó a toda velocidad, dando tumbos. Summerhayes iba al volante.

—Perdone —gritó—. Tengo que llegar al tren…

Y desde lejos:

—El mercado de Covent Garden…

Poirot también tenía la intención de tomar el tren, el que iba a Kilchester, donde había acordado celebrar una conferencia con el superintendente Spence.

Antes de tomarlo, tenía el tiempo justo para hacer una última visita.

Subió a la cima de la colina, franqueó la verja y recorrió la bien cuidada avenida hasta una casa moderna de cemento con tejado cuadrado y muchas ventanas. Aquella era la residencia de los Carpenter. Guy Carpenter, socio de los grandes Talleres de Construcciones Carpenter, poseía una cuantiosa fortuna y se había metido últimamente en política. Llevaba casado muy poco tiempo.

La puerta de los Carpenter no la abrió una criada extranjera ni una doncella anciana. Un imperturbable sirviente masculino se encargó de este menester, y se mostró muy poco dispuesto a permitirle a Poirot la entrada. En su opinión, Hércules Poirot era el tipo de visitante que ha de dejarse a la puerta. Evidentemente sospechaba que su visita tenía por objeto vender algo.

—Mis señores no se encuentran en casa.

—¿Quizá podría esperar entonces?

—No puedo decir cuándo estarán.

Cerró la puerta.

Poirot no bajó la avenida. En lugar de eso, dobló la esquina del edificio y casi tropezó con una mujer joven, alta, enfundada en un abrigo de visón.

—¡Hola! —gritó esta—. ¿Qué diablos quiere?

Poirot se quitó galantemente el sombrero.

—Confiaba —repuso— poder ver a *mister* o a *mistress* Carpenter. ¿Tengo el placer de estar hablando con *mistress* Carpenter?

—Yo soy *mistress* Carpenter.

Hablaba con voz áspera, pero se notaba un leve deje de apaciguamiento en la voz.

—Yo me llamo Hércules Poirot.

No hizo impresión. No sólo le era desconocido el gran, el único, el inmarcesible nombre, sino que le pareció que ni le reconocía siquiera como el huésped de Maureen Summerhayes. Allí, pues, no llegaba el comadreo del pueblo. Dato pequeño, pero quizá significativo.

—¿Bien?

—Pido hablar con *mister* o *mistress* Carpenter; pero usted, *madame*, resultará la persona más apropiada para lo que pretendo. Porque lo que he de preguntar se relaciona con asuntos domésticos.

—Ya tenemos un Hoover —dijo *mistress* Carpenter con desconfianza…

Poirot se echó a reír.

—No, no… interpreta usted mal. Solo deseo hacer unas preguntas acerca de cierto asunto doméstico.

—¡Ah!, se refiere usted a uno de esos cuestionarios domésticos. A mí se me antojan verdaderamente estúpidos —se interrumpió—. Quizá sea mejor que entre.

Poirot sonrió levemente. Se había parado a tiempo antes de hacer un comentario demasiado punzante. Dadas las actividades políticas de su marido, era conveniente ir con tiento antes de criticar al Gobierno.

Le condujo a una habitación bastante grande que daba a un jardín muy bien cuidado. Era un cuarto de aspecto muy nuevo, un tresillo grande tapizado con brocado, compuesto de sofá y dos sillones con orejas, tres o cuatro reproducciones de sillas Chippendale, un buró y una mesa de escritorio. No se habían ahorrado gastos, se habían empleado los servicios de las más renombradas compañías, y no se observaba ni vestigio de gusto individual. La novia había sido, pensó Poirot… ¿qué? ¿Indiferente? ¿Cautelosa?

La estudió al volverse. Una joven bien parecida, de aspecto caro. Cabello rubio platino, y maquillaje cuidadosamente aplicado; pero algo más: ojos muy abiertos, del colorido de la flor de azulejo… ojos en los que la expresión parecía haberse helado… bellos ojos ahogados.

Con amabilidad ahora, pero disimulando su hastío, dijo:

—Tenga la bondad de sentarse.

Se sentó, y dijo:

—Es usted muy amable, *madame*. Y ahora tenga la bondad de escuchar las preguntas que deseo hacerle. Se refieren a una tal *mistress* McGinty, que murió… mejor dicho, a quien mataron en noviembre pasado.

—¿*Mistress* McGinty? No sé lo que quiere usted decir.

Le estaba mirando fijamente, duros y desconfiados los ojos.

—¿Recuerda a *mistress* McGinty?

—No, señor. No sé una palabra de ella.

—¿Recuerda su asesinato? ¿O es tan corriente el asesinato aquí que ni siquiera se fijan en él?

—¡Ah!, ¿el *asesinato*? Sí, claro. Había olvidado el nombre de esa anciana.

—¿A pesar de que trabajó para usted en esta casa?

—No es cierto eso. Yo no vivía aquí entonces. *Mister* Carpenter y yo nos casamos hace tres meses escasos.

—Pero sí que trabajó para usted. Los viernes por la mañana, si no me equivoco. Se llamaba usted entonces *mistress* Selkirk, y vivía en Rose Cottage.

La mujer, en tono huraño, contestó:

—Si conoce la respuesta a todo, no veo por qué tiene necesidad de hacer preguntas. Sea como fuere, ¿qué significa esto?

—Estoy investigando las circunstancias del crimen.

—¿Por qué? ¿A santo de qué? Y en cualquier caso, ¿a qué venir a mí?

—Tal vez sepa usted algo… que pueda ayudarme.

—No sé una palabra. ¿Por qué he de saberla? No era más que una vieja estúpida dedicada a la limpieza. Guardaba el dinero debajo del suelo, y alguien la mató para robárselo. El suceso entero resultó repugnante… bestial… Como las noticias de los periódicos dominicales.

Poirot se agarró a eso en seguida.

—Como en los periódicos dominicales, sí. Como en el *Sunday Comet*. ¿Leerá usted, quizá, el *Sunday Comet*?

Se puso ella en pie de un brinco y se dirigió, andando con torpeza, a los abiertos ventanales. Con tanta inseguridad caminaba, que tropezó contra el marco. Evocó en Poirot la imagen de una enorme y hermosa mariposa que tropezara ciegamente con la pantalla de una luz.

Llamó la mujer:

—¡Guy!… ¡Guy!…

Una voz de hombre, algo distante, le contestó:

—¿Eve?

—Ven aquí aprisa.

Apareció un hombre alto, de unos treinta y cinco años de edad.

Apretó el paso y cruzó el arriate hacia la ventana. Eve Carpenter dijo con vehemencia:

—Hay un hombre aquí… un extranjero. Me está haciendo toda clase de preguntas acerca de ese horrible asesinato del año pasado. Una vieja dedicada a la limpieza… ¿te acuerdas? *Detesto* esas cosas. Bien lo sabes tú.

Guy Carpenter frunció el entrecejo y entró en la sala por el ventanal. Tenía una cara larga, como la de un caballo. Estaba pálido y parecía bastante arrogante. Se daba cierto aire de pomposidad. Hércules Poirot le halló muy poco atractivo.

—¿Me es lícito preguntar qué significa todo esto? —inquirió—. ¿Ha estado usted molestando a mi esposa?

—Lo último que se me ocurriría a mí sería molestar a tan encantadora dama. Confiaba tan solo que, habiendo trabajado para ella la difunta, pudiese ayudarme en las investigaciones que estoy haciendo.

—Pero ¿qué investigaciones son esas?

—Sí; pregúntale eso —le instó la esposa.

—Se está haciendo una nueva investigación para determinar las circunstancias de la muerte de *mistress* McGinty.

—¡Ahora! El caso ese se liquidó ya.

—No, no. En eso se equivoca. No se ha liquidado aún.

—¿Una nueva investigación, dice?

Guy Carpenter frunció el entrecejo… Dijo con desconfianza:

—¿Por la Policía? No diga sandeces… Usted no tiene nada que ver con la Policía.

—Exacto. Trabajo independientemente.

—Es la Prensa —intervino Eve Carpenter—. Trabaja por cuenta de un periódico dominical. Él mismo lo dijo.

Un destello de cautela brilló en los ojos de Guy Carpenter. No tenía el menor deseo de indisponerse con la Prensa. Más amistosamente, comentó:

—Mi esposa se afecta con facilidad. Los asesinatos y cosas parecidas la disgustan. Estoy seguro de que no será necesario que la moleste usted. Apenas conocía a esa charlatana mujer.

Eve dijo con vehemencia:

—Era una vieja estúpida. Ya se lo dije —y agregó: y una solemnísima embustera, por añadidura.

—¡Ah!, eso resulta interesante —observó Poirot, paseando la mirada de una a otro, radiante—. Usted cree que decía embustes… Eso quizá nos proporcione una pista de valor.

—No veo yo cómo —anunció, hosca, Eve.

—Para establecer el móvil. Eso es lo que estoy intentando.

—Le robaron sus ahorros —dijo vivamente el hombre—. Ese fue el móvil del crimen.

—¡Ah! —murmuró dulcemente el detective—. Pero ¿fue ése el móvil, en efecto?

Se puso en pie, como actor que acaba de pronunciar una frase clave.

—Lo siento si le he causado a *madame* dolor alguno —dijo cortésmente—. Estos asuntos suelen ser desagradables.

—El caso entero fue desagradable —se apresuró a decir Carpenter—. Como es natural, a mi esposa no le gustó que se lo recordaran. Lamento que no podamos ayudarle con ninguna información.

—¡Ah!, pero sí que me han ayudado.

—Usted perdone.

Poirot dijo dulcemente:

—*Mistress* McGinty decía mentiras. Valioso detalle. ¿Qué mentiras decía exactamente, *madame*?

Aguardó con fina cortesía a que Eve Carpenter respondiera. Lo hizo por fin:

—¡Oh!, ninguna en particular… es decir, no las recuerdo.

Dándose cuenta quizá de que los dos hombres la estaban mirando con curiosidad, añadió:

—Cosas estúpidas… de la gente. Cosas que no podían ser verdad.

Se prolongó el silencio. Luego siguió Hércules Poirot:

—Comprendo. Tenía una lengua peligrosa.

Eve Carpenter hizo un rápido movimiento.

—¡Oh!, no… no quise decir tanto. Era un poco dada al comadreo: he ahí todo.

—Una simple comadre —murmuró Poirot.

Hizo un gesto de despedida. Guy Carpenter le acompañó hasta el vestíbulo.

—Ese periódico suyo… ese periódico dominical… ¿cuál es?

—El periódico que le mencioné a *madame* —respondió con fina cautela Poirot— fue el Sunday Comet.

Hizo una pausa. Guy Carpenter repitió, pensativo:

—El Sunday Comet. No veo ese periódico frecuencia.

—Publica artículos muy interesantes a veces. E ilustraciones más interesantes aún.

Antes que la pausa pudiera prolongarse demasiado, hizo una reverencia y se apresuró a decir:

—Au revoir, *mister* Carpenter. Lo siento mucho si les he turbado. Una vez fuera, volvió la cabeza para echar otra mirada a la casa.

—Si será… —murmuró—. ¡Si será…!

Capítulo XI

El superintendente Spence, sentado frente a Hércules Poirot, suspiró.

—Yo no digo que no haya descubierto usted nada, *monsieur* Poirot —dijo despacio—. Es más: creo que sí lo ha logrado. Pero es tan tenue… ¡terriblemente tenue!

Poirot asintió con un movimiento de cabeza.

—Por sí solo no bastará. Tiene que haber más.

—Mi sargento debió descubrir ese periódico. O debí descubrirlo yo.

—No, no. Usted no puede echarse la culpa. El crimen resultaba demasiado claro. Robo con violencia. La habitación en desorden, el dinero desaparecido. ¿Por qué había de encontrar usted significativo entre tanta confusión un periódico roto o recortado?

Spence repitió, testarudo:

—Debí haberlo descubierto. Y lo del frasco de tinta…

—Me enteré de eso por pura casualidad.

—Y, sin embargo, tuvo un significado para usted. ¿Por qué?

—Sólo por esa frase casual acerca de escribir una carta. Usted y yo, Spence, escribimos tantas cartas, que, para nosotros, es una cosa completamente normal.

El superintendente exhaló un suspiro. Luego depositó sobre la mesa cuatro fotografías.

—Estos son los retratos que me pidió usted que consiguiera… los originales que usó el *Sunday Comet*. Por lo menos son un poco más claros que las reproducciones. Pero a fe mía que no constituyen una base muy sólida. Viejas y descoloridas. Y en las mujeres, el peinado hace cambiar mucho de aspecto. No hay nada definitivo que investigar, como orejas o perfiles. Un sombrero de campana, un

peinado artístico, unas rosas… ¿de qué diablos sirve todo eso?

—¿Está usted de acuerdo conmigo en que podemos eliminar a Vera Blake?

—Yo creo que sí. Si Vera Blake estuviese en Broadhinny, todo el mundo lo sabría. Contar la triste historia de su vida parece haber sido su especialidad.

—¿Qué puede decirme de las otras?

—He obtenido todos los datos posibles en el corto espacio de tiempo disponible. Eva Craig se fue del país después de ser condenado Craig, y puedo decirle el nombre que asumió. El de Hope. ¿Simbólico quizá[7]?

Poirot murmuró:

—Sí, sí… el enfocamiento romántico. *La hermosa Evelyn Hope ha muerto*. Frase de uno de sus poetas. Seguramente se acordaría de ellas. Y a propósito, ¿se llamaba ella Evelyn, de veras?

—Sí, creo que sí. Pero siempre la conocieron con el de Eva. Y ya que estamos hablando de eso, *monsieur* Poirot; le diré una cosa: la opinión que la Policía tiene de Eva Kane no cuadra con el artículo este. En absoluto.

Poirot sonrió.

—Lo que la Policía opine no constituye prueba, pero, por regla general, es una guía sólida. ¿Qué concepto tenían ustedes de Eva Kane?

—Que no era, ni mucho menos, la víctima inocente que la creyó el público. Yo era joven por entonces, y recuerdo haberles oído discutir el asunto a mi antiguo jefe y al inspector Traill, que era el encargado del caso. Traill sustentaba la opinión, no había pruebas de ello, claro, de que la feliz idea de quitar del paso a *mistress* Craig fue exclusivamente de Eva. Y que no solo pensó en ello, sino que la llevó ella a la práctica. Craig volvió a casa un buen día, y se encontró con que su amiguita había tomado un atajo. Seguramente creería ella que pasaría por muerte natural. Pero Craig no opinó igual. Se asustó, escondió el cadáver en el sótano y preparó la cosa para que pareciese que *mistress* Craig había muerto en el extranjero. Luego, cuando se descubrió todo el pastel, se mostró frenético en sus afirmaciones de que lo había hecho todo él solo, de que Eva Kane no sabía una palabra. Bueno —el superintendente se encogió de hombros—; nadie podía demostrar lo contrario. El veneno estaba

en casa. Cualquiera de los dos podía haberlo usado. La linda Eva Kane se mostró toda inocencia y horror. Si lo hizo ella, resultó ser una buena comedianta. El inspector Traill tenía sus dudas… pero carecía de pruebas. Se lo cuento por lo que pueda valer, *monsieur* Poirot. Como digo, no hay pruebas.

—Pero sugiere la posibilidad de que por lo menos una de estas «mujeres trágicas» era algo más que una mujer trágica… Y que era una asesina, y que si el incentivo resultara lo bastante fuerte, podría asesinar otra vez… y ahora, la siguiente: Janice Courtland. ¿Qué puede decirme de ella?

—He consultado los archivos. Mal bicho. Si ahorcamos a Edith Thompson, no cabe duda de que debiéramos haberla ahorcado a ella también. Desagradable pareja su marido y ella. Eran tal para cual. Y trabajó a ese joven hasta ponerle a punto de caramelo. Durante todo ese tiempo, sin, embargo, tenía puesta la vista en un hombre de dinero. Y quería quitar a su esposo del paso para poder casarse con él.

—¿Llegó a hacerlo?

Spence sacudió la cabeza.

—No tengo la menor idea.

—Se fue al extranjero… ¿y luego?

Volvió a mover Spence la cabeza negativamente.

—Era libre. No se le había acusado de nada. Si se casó, o qué fue de ella, no lo sabemos.

—Pudiera encontrársela uno cualquier día en una reunión —observó Poirot, pensando en el comentario del doctor Rendell.

—¡Justo!

Poirot posó la vista en el último retrato.

—¿Y la niña? ¿Lily Gamboll?

—Demasiado joven para que se la acusara de asesinato. La mandaron a un reformatorio. Los antecedentes de allí son buenos. Le enseñaron mecanografía y taquigrafía y le buscaron trabajo cuando salió. Le fue bien. Lo último que se sabe de ella es que estaba en Irlanda. Creo que podemos eliminarla, igual que a Vera Blake. Después de todo, ha rehecho su vida. Y la gente no le tiene en cuenta a una criatura de doce años lo que ha hecho en un acceso de ira. ¿Y si la eliminámaramos a ella también?

—Quizá lo hiciese —contestó Poirot— si no fuera por el hacha.

Es innegable que Lily Gamboll mató a su tía con un hacha, y el desconocido asesino de *mistress* McGinty empleó algo que se asemejaba a un hacha o cuchilla de carnicero.

—Puede que tenga razón. Y ahora, *monsieur* Poirot, cuéntenos su parte del asunto. Veo con satisfacción que nadie ha intentado matarle a usted.

—No —dijo Poirot, tras vacilar un segundo.

—No tengo inconveniente en confesarle que he estado algunas veces un poco inquieto por usted desde nuestra entrevista en Londres. ¿Cuáles son las posibilidades entre los residentes de Broadhinny?

Poirot abrió su librito de notas.

—Eva Kane, si aún vive, tiene que andar muy cerca de los sesenta. La hija, de cuya vida adulta pinta tan conmovedor cuadro el *Sunday Comet*, tendrá ahora treinta y tantos. Lily Gamboll también tendría esa edad. Janice Courtland frisaría en los cincuenta.

Spence asintió con un gesto.

—Pasemos ahora a los residentes de Broadhinny, y en particular a aquellos en cuya casa trabajó *mistress* McGinty.

—Creo que eso último está plenamente justificado.

—Sí. Y queda complicado por el hecho de que *mistress* McGinty trabajaba algunas veces aquí y allá. Pero daremos por sentado temporalmente que lo que quiera que viese, probablemente algún retrato, lo vería en una de las casas a las que iba con regularidad.

—De acuerdo.

—Entonces, teniendo en cuenta la edad, las posibilidades son: primera, los Wetherby, en cuya casa trabajó *mistress* McGinty el día de su muerte. *Mistress* Wetherby tiene la edad precisa para ser Eva Kane. Y tiene una hija que podía ser, por la edad, la hija de Eva Kane… hija que se dice de un matrimonio anterior.

—¿Y en cuanto a la fotografía?

—*¡Mon chéri!* No hay manera de identificar con seguridad basándose en ella. Ha transcurrido demasiado tiempo, ha pasado demasiada agua bajo el molino, como dicen ustedes. Uno solo puede decir lo siguiente: *mistress* Wetherby ha sido decididamente una mujer bonita. Tiene todos los gestos, los aires y las costumbres de tal. Parece demasiado frágil e inofensiva para cometer un

asesinato. Pero, según tengo entendido, eso era precisamente lo que el público decía de Eva Kane también. Es difícil saber cuánta fuerza física hubiera sido necesaria para matar a *mistress* McGinty, sin saber exactamente qué clase de arma se empleó, qué mango tenía, si era fácil de esgrimir o no, cuán afilada estaba, etcétera.

—Sí, sí. Y nunca conseguimos dar con el arma. Pero prosiga.

—Los únicos otros comentarios que tengo que hacer acerca del hogar de los Wetherby son que *mister* Wetherby sabría ser, y creo, en verdad, que lo es en efecto, muy desabrido si quisiera. La hija quiere a la madre con fanatismo. Y odia a su padrastro. No hago comentarios sobre estos hechos. Me limito a presentarlos para que se consideren. La hija pudiera matar por impedir que el pasado de su madre llegara a oídos del padrastro. La madre podría matar por la misma razón. El padre pudiera matar para impedir que se hiciese público el «escándalo». ¡Se han cometido más crímenes de lo que mucha gente creería posible por salvaguardar las apariencias de respetabilidad! Los Wetherby son «buena gente».

Spence asintió con un movimiento de cabeza.

—De haber algo, fíjese bien que digo «de haber», en ese asunto del *Sunday Comet*, los Wetherby son claramente los que más se prestan a sospecha —dijo.

—Justo. La única otra persona de Broadhinny que cuadraría en edad con Eva Kane es *mistress* Upward. Hay dos cosas que militan contra la idea de que *mistress* Upward, considerada como Eva Kane, hubiese matado a *mistress* McGinty. Una de ellas es que padece de artritis, y que se pasa la mayor parte del tiempo en un sillón con ruedas.

—En una novela —dijo Spence con envidia—, eso del sillón con ruedas sería una simple tapadera; pero en la vida real, probablemente es lo que representa.

—La otra —prosiguió Poirot—, que *mistress* Upward parece de temperamento dogmático y autoritario, más inclinada a obligar con amenazas que a recurrir a la persuasión, cosa que no está de acuerdo con lo que se cuenta de nuestra Eva. Por otra parte, sin embargo, el carácter de la gente sí que se desarrolla, y el carácter autoritario se adquiere frecuentemente con los años.

—Eso es cierto —concedió Spence—. *Mistress* Upward… no imposible, pero sí poco probable. Y ahora, las otras posibilidades.

¿Janice Courtland?

—Creo que puede ser eliminada. No hay en Broadhinny ninguna que tenga la edad necesaria.

—A menos que una de las jóvenes sea Janice Courtland rejuvenecida gracias a la cirugía estética. No me haga caso… no es más que una broma.

—Hay tres mujeres de treinta y tantos años. Deirdre Henderson, la esposa del doctor Rendell y *mistress* Carpenter. Es decir, cualquiera de estas tres podría ser Lily Gamboll o la hija de Eva Kane en cuanto a edad se refiere.

—¿Y en cuanto a posibilidades?

Poirot exhaló un suspiro.

—La hija de Eva Kane puede ser alta o baja, rubia o morena… no tenemos idea. Hemos estudiado a Deirdre Henderson en ese papel. Ahora lo haremos con las otras dos. Primero le diré una cosa: *mistress* Rendell le tiene miedo a algo.

—¿Le teme a usted?

—Creo que sí.

—Eso pudiera ser significativo —dijo Spence despacio—. Está usted sugiriendo que *mistress* Rendell puede ser la hija de Eva Kane o Lily Gamboll. ¿Es rubia o morena?

—Rubia.

—Lily Gamboll era rubia de niña.

—*Mistress* Carpenter también es rubia. Una joven la mar de compuesta a fuerza de dinero. Sea guapa en realidad o no, tiene unos ojos asombrosos. Ojos azul oscuro, muy hermosos y muy abiertos…

—¡Vamos, Poirot! —le dijo el superintendente en son de reproche a su amigo.

—¿Sabe usted lo que pareció al salir corriendo del cuarto a llamar a su marido? Me dio la impresión de una bella mariposa que revoloteaba. Tropezó con los muebles y con los brazos tendidos avanzó como si estuviese ciega.

Spence le miró con indulgencia.

—Es usted un romántico, *monsieur* Poirot —dijo—. ¡Vaya con las bellas mariposas y los ojos azules muy abiertos!

—De ninguna manera. Mi amigo Hastings, *él*, sí que era romántico y sentimental. Yo ¡nunca! Yo… yo soy rigurosamente

práctico. Lo que le estoy diciendo es que si las pretensiones de belleza de una muchacha dependen principalmente de sus ojos, entonces, por muy corta de vista que sea, se quitará las gafas y aprenderá a ir sin ellas aun cuando lo vea todo borroso y le cueste trabajo calcular las distancias.

Y golpeó con el índice la fotografía de Lily Gamboll, con los gruesos lentes que la desfiguraban.

—¿Así, pues, eso es lo que cree usted? ¿Lily Gamboll?

—No. Yo sólo hablo de lo que pudiera ser. En el momento de morir *mistress* McGinty, *mistress* Carpenter aún no era *mistress* Carpenter. Era una viuda de guerra, que andaba muy mal de dinero y vivía en una casita de jornaleros. Estaba comprometida con el señor de la comarca. Si Guy Carpenter hubiera descubierto que se hallaba a punto de casarse con una muchacha de baja cuna que se había hecho célebre por haberle pegado a su tía en la cabeza con un hacha, o con la hija de Craig, uno de los criminales más notorios del siglo… bueno, hay justificación para preguntarse: ¿hubiera estado dispuesto a seguir adelante con el matrimonio? Usted dirá, quizá, que si amaba a la muchacha, *sí*. Pero no es él uno de esos hombres. Yo le juzgaría egoísta, ambicioso, celoso de su buen nombre. Yo creo que si la joven *mistress* Selkirk, como se llamaba entonces, tenía vivos deseos de que se llevara a cabo el enlace, procuraría por todos los medios habidos y por haber que no llegara a oídos de su prometido ningún detalle poco agradable.

—Comprendo. Usted cree que fue ella, ¿verdad?

—Le vuelvo a decir, *mon chéri*, que *no lo sé*. Me limito a examinar posibilidades. *Mistress* Carpenter estaba en guardia contra mí, vigilante, alarmada.

—Eso huele mal.

—Sí, sí; pero la cosa no es tan sencilla. En cierta ocasión estuve parando en casa de unos amigos y salieron ellos de caza. Ya sabe cómo se hace eso, ¿verdad? Uno va con los perros y las escopetas y los perros levantan la caza. Esta sale del bosque, emprende el vuelo y uno, *¡pum!, ¡pum!*, dispara. Eso nos pasa a nosotros. Quizá no sea una pieza sola la que levantemos. Hay otros pájaros en el coto. Pájaros, quizá, con los que no tengamos nada que ver. Pero los pájaros no saben eso. Hemos de aseguramos, *cher ami*, de cuál es nuestro pájaro. Durante la viudedad de *mistress* Carpenter puede

haber habido indiscreciones… nada más que eso, pero no por ello es menos inconveniente. Desde luego, tiene que haber un motivo para que me dijese tan aprisa que *mistress* McGinty era una embustera.

El superintendente se frotó la nariz.

—Vamos a aclarar esto un poco, Poirot. ¿Qué es lo que *cree* usted en realidad?

—Lo que yo crea no importa. Es preciso que sepa. Y hasta ahora los perros no han hecho más que entrar en el coto.

Spence murmuró:

—Si lográsemos conseguir algo concreto… una circunstancia verdaderamente sospechosa… Hasta ahora todo es teoría… y un poco cogida por los pelos, por añadidura. Es muy flojo todo eso, como ya dije. ¿Asesina alguien, *en efecto*, por los motivos que hemos estado estudiando?

—¡Ah, bien! Depende de muchas circunstancias familiares que desconocemos. Pero el deseo de pasar por persona buena y respetable es un deseo fuerte, una pasión… Estos no son artistas ni bohemios. En Broadhinny vive gente muy buena. Me lo dijo la encargada de la estafeta. Y a la gente buena le gusta conservar su bondad, su respetabilidad, su buena fama. Años de feliz vida de matrimonio… ninguna sospecha de que una fue en otros tiempos figura notoria en uno de los casos más sensacionales de asesinato… ninguna sospecha de que la hija de una es hija de un criminal famoso. Una podría decir: «¡Preferiría morir a que mi marido se enterase!», o «¡Antes morir que consentir que mi hija descubra quién es!». Y luego pasaría una a pensar que quizá resultaría mejor que *mistress* McGinty muriera.

Spence dijo entonces:

—Así, usted cree que fueron los Wetherby.

—¡Oh, no! Encajan mejor, pero eso es todo. En carácter, por ejemplo, *mistress* Upward es más *probable* asesina que *mistress* Wetherby. Tiene determinación y fuerza de voluntad, y quiere con locura a su hijo. Para evitar que se entere él de lo que sucedió antes que se casara con su padre e iniciase una vida conyugal feliz, yo creo que iría lejos.

—¿Tan gran disgusto sería para él?

—Yo, personalmente, no lo creo. Robin ve las cosas desde un

punto de vista muy escéptico y moderno. Es egoísta y, en cualquier caso, quiere mucho menos a su madre que ella a él, en mi opinión. Él no es un James Bentley.

—Y suponiendo que *mistress* Upward *fuera* Eva Kane, ¿su hijo Robin no mataría a *mistress* McGinty para impedir que se llegara a saber?

—No se le ocurriría, a mi juicio, dar paso semejante. Es más probable que intentara sacarle producto, ¡emplearlo como publicidad para sus obras! No me imagino a Robin cometiendo un asesinato nada más que por salvaguardar su fama de «respetable», ni por amor filial, ni por ninguna otra cosa que no fuera algo que le proporcionase sólidos beneficios a Robin Upward personalmente.

Spence exhaló un suspiro y dijo:

—Es ancho el campo. Tal vez consigamos obtener detalles de la vida pasada de toda esa gente. Pero se requiere tiempo. La guerra ha complicado las cosas. Registros destruidos… oportunidades sinfín para que todos aquellos que desearan desaparecer sin dejar rastro lo hiciesen apropiándose las tarjetas de identidad de otros, etcétera, sobre todo después de «incidentes» en lo que nadie sabría identificar los cadáveres. Si pudiéramos concentrarlo todo en una sola persona… Pero ¡tiene usted tantas posibles, *monsieur* Poirot!

—Quizá podamos rebajar el número de ellas pronto.

Poirot abandonó el despacho del superintendente menos animado de lo que había hecho creer. A él le obsesionaba, como a Spence, la urgencia.

¡Si hubiera podido disponer de *tiempo*!

Y, más en el fondo aún, se ocultaba la encocoradora duda. ¿Era verdaderamente sólido el edificio que Spence y él habían alzado? ¿Y si después de todo *fuese* Bentley culpable?

No cedió a esa duda; pero le tenía algo inquieto. Había pasado revista mentalmente, vez tras vez, a la conversación que sostuviera con James Bentley. Volvió a pensar en ella ahora, mientras aguardaba en el andén de Kilchester a que llegara el tren. Era día de mercado y la estación estaba atestada de gente. Y aún iban entrando más grupos.

Poirot se inclinó hacia delante para ver. Sí, el tren llegaba por fin. Antes que pudiera erguirse de nuevo, sintió un empujón fuerte y decidido en la espalda. Fue tan violento e inesperado, que le pilló

completamente por sorpresa. Un segundo más, y hubiera caído a la vía debajo del tren que se aproximaba. Pero un hombre que se hallaba a su lado, en el andén, le asió justamente a tiempo, tirando de él hacia atrás.

—Pero ¿qué diablos le ocurría? —preguntó. Era un corpulento sargento del Ejército—. ¿Se puso usted malo? ¡Por poco va a parar debajo del tren!

—Gracias. Un millón de gracias.

La muchedumbre se agolpaba ya a su alrededor, unos subiendo al tren, otros apeándose.

—¿Se encuentra bien ya? Yo le ayudaré a montar.

Un poco alterado, Poirot se dejó caer en un asiento.

Inútil decir «me empujaron». Pero sí que le habían empujado. Hasta aquella misma tarde, había estado siempre alerta, para prevenirse contra el peligro. Pero tras hablar con Spence y después de preguntarle este en broma si habían atentado contra él, había llegado a considerar, casi inconscientemente, que el peligro no existía, que no era probable que se intentara nada.

Pero ¡cuán grande equivocación! Entre todas las entrevistas celebradas en Broadhinny, una de ellas había surtido efecto. Alguien se había asustado. Alguien había pretendido poner fin al peligroso intento de resurrección de un caso ya olvidado.

Poirot telefoneó al superintendente Spence desde una cabina telefónica de la estación de Broadhinny.

—¿Es usted, *mon ami*? Atienda, le ruego. Tengo noticias para usted… noticias magníficas. *Alguien ha intentado matarme*…

Escuchó con satisfacción el caudal de comentarios del otro.

—No; no me pasa nada. Pero anduvo muy cerca la cosa… Sí, debajo del tren. No; no vi quién fue. Pero tenga usted la completa seguridad, amigo mío, que *lo averiguaré*. Ahora sabemos ya que nos hallamos sobre la pista.

Capítulo XII

1

El hombre que inspeccionaba el contador de la electricidad se recreaba con el criado de Guy Carpenter que le estaba observando.

—La electricidad —le dijo— va a suministrarse sobre una nueva base. Una cuota fija graduada, según la ocupación.

El mayordomo repuso con escepticismo:

—Lo que quiere usted decir con eso es que va a costar más, como todas las cosas.

—¡Oh, bien! Yo opino que debe hacerse una distribución equitativa. ¿Fue usted al mitin de Kilchester anoche?

—No.

—Dicen que su amo, *mister* Carpenter, habló muy bien. ¿Cree que saldrá elegido?

—Tengo entendido que anduvo muy cerca de ello la vez anterior.

—Sí. La mayoría fue de ciento veinticinco votos o algo así. ¿Conduce usted el coche cuando va a esos mítines, o lo conduce él?

—Por regla general lo hace él. Le gusta conducir. Tiene un Rolls.

—Se da buena vida. ¿Conduce *mistress* Carpenter también?

—Sí. Y siempre va demasiado aprisa, a mi modo de ver.

—Eso suelen hacerlo frecuentemente las mujeres. ¿Asistió al mitin anoche también? ¿O no le interesa la política?

El mayordomo sonrió.

—Finge que le interesa, por lo menos. De todas formas, no aguantó toda la sesión anoche. Le entró dolor de cabeza o no sé qué, y abandonó el local a medio discurso.

—¡Ah! —el electricista echó una mirada a los fusibles—. Casi he terminado ya.

Hizo unas cuantas preguntas más, recogió las herramientas y se dispuso a marcharse.

Bajó caminando muy aprisa la avenida, pero una vez fuera de la verja y habiendo doblado la primera esquina, se detuvo a hacer una anotación en su libreta.

«C. volvió a casa solo anoche, conduciendo su propio automóvil. Llegó a las diez y media aproximadamente. Pudo haber estado en la estación de Kilchester a la hora indicada. Mistress C. abandonó el mitin temprano. Llegó a casa diez minutos tan sólo antes que C. Se dice que volvió por ferrocarril».

Era la segunda anotación del librito del electricista. La primera decía:

«Al doctor R. le llamaron anoche para asistir a un enfermo. En dirección a Kilchester. Pudo estar en la estación a la hora indicada. Mistress R. se pasó toda la noche sola en casa (?). Después de llevarle una taza de café mistress Scott, su ama de llaves, no volvió a verla hasta el día siguiente. Tiene un cochecito propio».

2

En Laburnums se estaba colaborando. Robin Upward decía con fuerza:

—Sí que se da cuenta de lo maravilloso que es ese parlamento, ¿verdad? Y si logramos introducir una sensación de antagonismo sexual entre el tipo ese y la muchacha, se animará enormemente la obra.

Mistress Oliver se pasó tristemente la mano por la cabellera gris, alborotada por el viento, dándole el mismo aspecto que si la hubiese revuelto, no una brisa, sino un ciclón.

—Sí que comprende usted lo que quiero decir, ¿verdad, Ariadne

querida?

—¡Oh!, lo que quiere *decir* ya lo comprendo —contestó la mujer con melancolía.

—Pero lo principal es que le alegre a usted, que le haga feliz…

Nadie más que uno que estuviera decidido a engañarse a sí mismo hubiese podido creer que el aspecto de *mistress* Oliver denotaba alegría o felicidad.

Robin continuó alegremente:

—Lo que yo digo es: he aquí ese maravilloso joven que acaba de aterrizar en paracaídas…

Mistress Oliver le interrumpió:

—Tiene sesenta años de edad.

—¡Oh, *no*!

—Pues los tiene.

—Yo no le veo así. Treinta y cinco. No más.

—Pero ¡si llevo treinta años escribiendo novelas en las que figura como protagonista! Y tenía por lo menos treinta y cinco años en la primera.

—Pero, querida, si tiene sesenta años, no puede haber esa tensión entre él y la muchacha… ¿cómo se llama?… Ingrid. ¡No sería más que un viejo verde entonces!

—En efecto.

—Por tanto, como ve, *ha* de tener treinta y cinco —anunció con gesto triunfal Robin.

—En tal caso, no puede ser Sven Hjerson. Limítese a describirle como un joven noruego que pertenece al movimiento secreto de resistencia.

—Pero, Ariadne, querida, la *clave* de la obra es precisamente Sven Hjerson. Tiene usted un público enorme que *adora* a Sven Hjerson y que acudirá en tropel a ver a Sven Hjerson. ¡Sven Hjerson es un éxito de *taquilla*, querida!

—La gente que lee mis libros sabe cómo es Sven. No es posible inventar un joven completamente nuevo y *llamarlo* Sven Hjerson.

—Ariadne, querida, eso ya se lo había explicado. No se trata ahora de un *libro*, querida, sino de una *obra de teatro*. ¡Y es necesario que haya romanticismo!, y si conseguimos esa tensión, ese antagonismo entre Sven Hjerson y esa… ¿cómo se llama?… Karen… ¿comprende?… eso de que estén siempre el uno contra el otro y

que, sin embargo, se sientan fuertemente atraídos…

—A Sven Hjerson nunca le interesaron las mujeres —dijo con frialdad *mistress* Oliver.

—¡Es que no *podemos* hacerle *afeminado*, querida! No en *esta* clase de obras. Quiero decir que no se trata de árboles verdes ni praderas esmeraldas, ni ninguna cosa *así*. Se trata de emociones y asesinatos y sana diversión al aire libre.

La mención al aire libre surtió su efecto.

—Me parece que voy a salir —dijo bruscamente *mistress* Oliver —. Necesito aire. Ando *muy* necesitada de aire.

—¿Quiere que la acompañe? —inquirió Robin con ternura.

—No. Prefiero ir sola.

—Como usted quiera, querida. Quizá tenga razón. Más vale que vaya yo a prepararle un tazón de caldo de la reina a *madre*. La pobrecilla se siente un poco abandonada ahora. Le *gustan* las atenciones, ¿sabe? La cosa va saliendo la mar de bien. Va a tener un éxito clamoroso. ¡Lo sé!

Mistress Oliver exhaló un suspiro.

—Pero lo principal —continuó Robin— es que a usted le alegre y haga feliz.

Mistress Oliver le dirigió una mirada fría, se echó por los anchos hombros una gaya capa militar que comprara antaño en Italia y salió a Broadhinny.

Olvidaría sus preocupaciones, decidió, dedicándose a investigar un crimen de verdad. Hércules Poirot necesitaba ayuda. Echaría una mirada a los habitantes de Broadhinny, ejercitaría su intuición femenina, que jamás le había fallado, y le diría a Poirot quién era el asesino. Así, él no tendría ya que buscar más que las pruebas necesarias. Poco trabajo.

Mistress Oliver inició sus pesquisas bajando la colina, entrando en la estafeta de Correos y comprando un kilo de manzanas. Durante la compra entabló amistosa conversación con *mistress* Sweetiman.

Habiendo quedado de acuerdo en que hacía mucho calor para aquella época del año, *mistress* Oliver observó que se alojaba con los Upward en Laburnums.

—Sí, ya lo sé. Usted debe ser la señora de Londres que escribe las novelas de crímenes, ¿verdad? Tengo tres de ellas ahora aquí, en

la colección Pingüino.

La novelista echó una mirada a los libros expuestos. Estaban medio tapados por botas de agua para niños.

—*El caso del segundo pez de colores* —musitó—; ese es bueno. *Fue* el *«Gato» quien murió*. Esa fue la novela en la que metí una cerbatana de treinta centímetros de longitud, cuando, en realidad, esa arma mide un metro ochenta de largo. Es absurdo que una cerbatana tenga semejante longitud. Pero me escribió alguien de un museo, explicándomelo. A veces creo que hay gente que solo lee los libros con la esperanza de encontrar equivocaciones. ¿Cuál es la otra? ¡Ah! *Muerte de una debutante*… ¡Es un verdadero desastre! Hice disolver sulfonal en agua, y no es soluble en tal líquido. Y el relato entero es fantásticamente inverosímil del principio al fin. Mueren ocho personas por lo menos antes que a Sven Hjerson le dé su corazonada.

—Son muy populares —aseguró *mistress* Sweetiman, nada afectada por aquella autocrítica—. ¡No puede usted imaginarse cuánto! Yo no he leído ninguna de ellas, porque en realidad no tengo tiempo para leer.

—Tuvieron ustedes un asesinato aquí también, ¿verdad? —dijo *mistress* Oliver.

—Sí. Durante el pasado noviembre. Casi en la casa de al lado, como quien dice.

—¿Dicen que hay un detective aquí investigándolo?

—¡Ah! ¿Se refiere usted a ese caballero extranjero tan bajito que se aloja en Long Meadows? Estuvo aquí ayer sin ir más lejos, y luego…

Mistress Sweetiman se interrumpió al entrar otra parroquiana en busca de sellos.

Corrió al mostrador de la estafeta.

—Buenos días, *miss* Henderson. Hace calor hoy para la época del año en que nos encontramos.

—Sí que lo hace.

Mistress Oliver clavó una mirada intensa en la espalda de la muchacha. Llevaba un perro *Sealyham* sujeto con una traílla.

—¡Lo cual significa que la helada matará la flor de los árboles frutales más tarde! —prosiguió *mistress* Sweetiman con melancólica fruición—. ¿Cómo se conserva *mistress* Wetherby?

—Bastante bien, gracias. No ha salido gran cosa. ¡Ha soplado un viento tan fuerte del Este últimamente!

—Ponen una película muy buena en Kilchester esta semana, *miss* Henderson. Debiera ir a verla.

—Pensé ir anoche; pero no quise molestarme, después de todo.

—Hay una de Betty Grable la semana que viene… Se me han agotado los cuadernos de sellos de cinco chelines. ¿No le dará igual llevarse dos de dos chelines y medio?

Al salir la muchacha, *mistress* Oliver preguntó:

—*Mistress* Wetherby está inválida, ¿verdad?

—Lo estará o no lo estará —replicó *mistress* Sweetiman con cierta acidez—. *Algunas* de nosotras no tenemos tiempo de tumbarnos a la bartola.

—¡Cuán de acuerdo estoy con usted! Le digo a *mistress* Upward que, si hiciera un poco más de esfuerzo por mover las piernas, sería mucho mejor para ella.

El rostro de la encargada de la estafeta reflejó regocijo.

—Sabe andar por ahí cuando le da la gana… o eso he oído decir.

—¿De veras?

Mistress Oliver trató de adivinar el origen de tal información.

—¿Janet? —sugirió.

—Janet Groom gruñe un poco —dijo *mistress* Sweetiman—. Y no es de extrañar, ¿no le parece? *Miss* Groom ha dejado de ser joven ya y tiene achaques muy fuertes de reuma cuando sopla el viento del Este. Pero *artritis* lo llaman cuando es la gente bien quien lo tiene… y sillones con ruedas, y qué sé yo qué más. ¡Ah!, bien, no sería yo quien corriera el riesgo de perder el uso de las piernas. Pero ahí tiene, en estos tiempos, en cuanto alguien tiene un mal sabañón siquiera, corre a ver al médico para sacarle todo el jugo posible al seguro obligatorio. Hay demasiado seguro. Nunca le hizo a nadie ningún bien el pensar en lo enfermo que se encuentra.

—Supongo que tiene usted razón —respondió *mistress* Oliver.

Recogió las manzanas y salió en persecución de Deirdre Henderson. Esto no fue difícil, puesto que el *Sealyham* era viejo y gordo y se iba distrayendo examinando todas las hierbas y disfrutando de los olores agradables.

Los perros, se dijo *mistress* Oliver, siempre constituyen un medio de entablar conversación.

—¡Qué precioso! —exclamó.

La mujerona de rostro feo pareció sentirse halagada.

—Sí que es atractivo —repuso—. ¿Verdad, *Ben*?

Ben alzó la cabeza, agitó levemente su cuerpo de aspecto de salchichón, continuó su inspección nasal de unos cardos, los aprobó, y se puso a expresar tal aprobación de la manera usual.

—¿Se pelea? —inquirió *mistress* Oliver—. Los *Sealyham* suelen hacerlo con mucha frecuencia.

—Sí. Es muy peleador. Por eso le llevo sujeto.

—Me lo figuraba.

Ambas mujeres contemplaron al chucho.

Luego, Deirdre Henderson, como en una especie de borbotón, preguntó:

—Usted es… usted es Ariadne Oliver, ¿verdad?

—Sí; estoy alojada con los Upward.

—Ya lo sé. Robin nos dijo que iba a venir usted. Quiero decirle cuánto disfruto leyendo sus obras.

Mistress Oliver se puso morada del sofocón, como de costumbre.

—¡Oh! —murmuró algo corrida, agregando lúgubremente—. Me alegro muchísimo.

—No he leído tantas de ellas como hubiese deseado, porque nos hacemos mandar obras del Club Literario del *Times*, y a mi madre no le gustan las novelas policíacas Tiene una sensibilidad enorme, y no la dejan dormir de noche Pero a mí me encantan

—Han tenido ustedes un crimen de verdad por aquí, ¿no es cierto? ¿En qué casa fue? ¿En una de estas?

—En esa de allá.

Deirdre Henderson habló con la voz algo ahogada.

Mistress Oliver dirigió una mirada hacia la antigua morada de *mistress* McGinty, cuyo escalón de entrada ocupaban en aquel instante los desagradables Kiddle, que atormentaban con gran jaleo a un gato. Al adelantarse *mistress* Oliver para protestar, el gato escapó, haciendo buen uso de las garras.

El Kiddle mayor que había recibido un fuerte arañazo, se puso a aullar

—Te está muy bien empleado —le dijo *mistress* Oliver y, volviéndose hacia Deirdre—: No parece una casa en que se haya cometido un asesinato, ¿verdad?

—No, en efecto.

Ambas mujeres parecieron de acuerdo sobre ese particular.

Mistress Oliver continuó.

—Una vieja que se dedicaba a la limpieza, ¿verdad? Y alguien la robó.

—Su huésped. Tenía algo de dinero; debajo del suelo

—Ya.

Deirdre dijo, de pronto,

—Pero quizá no fuese él, después, de todo. Hay un hombrecillo muy raro por aquí, un extranjero. Se llama Hércules Poirot.

Calló un momento, y después preguntó

—¿Es un detective de verdad?

—Querida, es la mar de célebre y enormemente listo

—Entonces, quizá descubra que no lo cometió él, después de todo.

—¿Quién?

—Él. El huésped. James Bentley ¡Oh, cuánto me alegraría de que saliera absuelto!

—¿Sí? ¿Por qué?

—Porque no quiero que sea él Nunca he querido que resultara ser él.

Mistress Oliver la miró con curiosidad, sobresaltada por el apasionamiento del tono

—¿Le conocía usted?

—No —respondió Deirdre, despacio—; no le *conocía*. Pero una vez se pilló Ben la pata en una trampa, y él me ayudó a soltarle y charlamos un poco

—¿Cómo era?

—Se sentía enormemente solo. Acababa de perder a su madre. La quería mucho.

—¿Y usted quiere mucho a la suya? —inquirió *mistress* Oliver con perspicacia

—Sí. Por eso comprendí… comprendí lo que él sentía, quiero decir. Mamá y yo no tenemos a nadie, nada más que la una a la otra, ¿comprende?

—Creí que Robin me había dicho que tenía usted padrastro —dijo la escritora.

Deirdre dijo con amargura.

—¡Ah, sí, tengo *padrastro*!

Mistress Oliver dijo, con cierta vaguedad:

—No es lo mismo que tener padre propio, ¿verdad? ¿Recuerda a su padre?

—No. Murió antes que naciese yo. Mamá se casó con *mister* Wetherby cuando yo tenía cuatro años. Siempre le… le he odiado. Y mamá —hizo una pausa antes de decir—: Mamá ha llevado una existencia muy triste. No ha conocido simpatía ni comprensión. Mi padrastro es un hombre sin sentimientos: duro y frío.

La escritora movió afirmativamente la cabeza.

Luego murmuró:

—Ese James Bentley no parece criminal.

—Nunca creí que la Policía le detendría a *él*. Estoy segura de que lo hizo un vagabundo. Pasan unos vagabundos horribles por aquí a veces. Tiene que haber sido uno de ellos.

Mistress Oliver dijo, consoladora:

—Quizá descubra Hércules Poirot la verdad de todo.

Deirdre torció bruscamente, metiéndose por la verja de Hunter's Close.

—Sí, quizá…

Mistress Oliver se la quedó mirando unos momentos y luego sacó un librito de notas del bolso.

Escribió en él:

«Deirdre Henderson, *no*».

Y subrayó el *no* con tanta fuerza, que la punta del lápiz se le rompió.

3

Había subido la mitad del camino de la colina, cuando se encontró con Robin Upward, que bajaba acompañado de una hermosa joven rubia platino.

Robin hizo las presentaciones.

—Esta es la maravillosa Ariadne Oliver, Eve —dijo—. Hija mía, no *sé cómo* se las arregla. Tiene cara de benevolencia, ¿verdad? Nadie diría que se refocila en crímenes. Esta es Eve Carpenter. Su

esposo será nuestro próximo diputado. El actual, George Cartwrigth, chochea ya el pobre y no está bien de la cabeza. Ataca a las jovencitas desde detrás de las puertas.

—Robin, no hay derecho a que inventes embustes semejantes Desacreditarás el partido.

—Bueno, ¿y a *mí* qué? No es mi partido Yo soy liberal. Es el único partido al que es posible pertenecer en estos tiempos…un partido pequeño y selecto que no tiene la menor probabilidad de gobernar. Me encantan las causas perdidas.

Agregó, dirigiéndose a *mistress* Oliver

—Eve quiere que vayamos esta tarde a beber unas copas a su casa Es una especie de reunión en su honor, Ariadne La gente quiere conocer a una celebridad de su categoría. Todos estamos muy conmovidos de tenerla entre nosotros. ¿No puede adoptar Broadhinny como escena de su próximo asesinato?

—¡Oh, sí! Hágalo, *mistress* Oliver —dijo Eve Carpenter.

—No le costará ningún trabajo hacer venir aquí a Sven Hjerson —observó Robin—. Puede estar alojado en casa de los Summerhayes, como Hércules Poirot. Vamos allá ahora, porque le he dicho a Eve que Hércules Poirot es tan célebre en su especialidad como usted en la suya. Y ella asegura que se portó un poco groseramente con él ayer, y que va a invitarle a la reunión también Pero en serio, querida, haga que su próximo crimen ocurra en Broadhinny ¡Nos emocionaría tanto a todos!

—¡Oh, sí! Hágalo, *mistress* Oliver. ¡Sería tan divertido! —exclamó Eve Carpenter.

—¿A quién tendremos por asesino y a quién como víctima? —inquirió Robin.

—¿Quién es la que les hace actualmente la limpieza? —preguntó la escritora a su vez.

—¡Oh querida, *esa* clase de asesinatos, no! ¡Resultaría tan aburrido! No; yo creo que Eve, aquí presente, haría una buena víctima. Estrangulada, quizá, con sus propias medias de nylon. No… eso se ha hecho ya.

—Yo creo que será mejor que te asesinen a ti, Robin —dijo Eve —. El dramaturgo en ciernes, apuñalado en una casita rural.

—Aún no hemos acordado quién va a ser el asesino —advirtió Robin—. ¿Y si fuera mi madre? Emplearía el sillón de ruedas, para

que no hubiese huellas de pisadas. Yo creo que resultaría magnífico.

—Pero no querría apuñalarte a ti, Robin.

Robin reflexionó.

—No; quizá no. Si quieres que te diga la verdad, estaba pensando en que te estrangulara a ti. No le importaría tanto hacer eso.

—Pero ¡es que yo quiero que seas *tú* la víctima! Y la persona que te mate puede ser Deirdre Henderson. La joven fea y sojuzgada en quien nadie se fija.

—Ahí tiene usted, Ariadne —dijo Robin—. Le regalamos la totalidad del argumento de su próxima novela. Lo único que tiene que hacer es introducir unas cuantas pistas falsas y… ¡claro!… escribirla. ¡Santo Dios! ¡Qué perros más terribles tiene Maureen!

Entraron por la verja de Long Meadows y dos perros lobos irlandeses corrieron hacia ellos, ladrando.

Maureen Summerhayes salió al corral con un cubo en la mano.

—¡Quieto, *Flyn*! ¡Ven acá, *Cormic*! Hola. Estoy limpiando la porquera.

—Ya lo hemos notado, querida —contestó Robin—. Te olemos desde aquí. ¿Cómo va el marrano?

—Nos dio un susto tremendo ayer. Estaba tumbado y no quería desayunar. Johnnie y yo nos leímos todas las enfermedades que figuran en el *Manual del criador de cerdos*, y no pudimos dormir de lo preocupados que estábamos. Pero esta mañana le encontramos la mar de bien y alegre. Y cargó contra Johnie cuando entró a llevarle de comer. Johnnie tuvo luego que darse un baño.

—¡Qué vida más emocionante lleváis Johnnie y tú! —dijo Robin.

Eve preguntó:

—¿Queréis venir Johnnie y tú este atardecer a una reunión, Maureen?

—Nos encantaría.

—Para que conozcáis a *mistress* Oliver —explicó Robin—. Aunque, en realidad, puedes conocerla ahora. Esta es la gran novelista.

—¿De veras? —exclamó Maureen—. ¡Qué emocionante! Robin y usted están escribiendo una obra de teatro juntos, ¿verdad?

—Y marcha viento en popa —asintió Robin—. A propósito, Ariadne: se me ocurrió una idea magnífica después de salir usted

esta mañana. Me refiero a la representación.

—¡Ah!, la representación —murmuró la escritora con alivio.

—Conozco a la persona más indicada para interpretar el papel de Eric. Cecil Leech. Está actuando en el Little Rep, de Cullenquay. Haremos una excursión una tarde e iremos a verle trabajar.

—Queremos a tu huésped —le dijo Eve a Maureen—. ¿Está por ahí? Deseo invitarle para esta noche también.

—Ya le llevaremos.

—Creo que será preferible que le invite yo misma. La verdad es que fui un poco grosera con el ayer.

—¡Oh! Bueno, pues por ahí debe de andar —contestó con vaguedad Maureen—. Creo que en el jardín… *¡Carmic! ¡Flyn!* ¡Esos malditos perros!

Dejó caer el cubo con estrépito y corrió en dirección al estanque de los patos, donde se había producido de pronto un enorme alboroto.

Capítulo XIII

Mistress Oliver se acercó a Hércules Poirot, copa en mano, en los últimos momentos de la reunión de los Carpenter. Hasta aquel instante, cada uno de ellos había sido centro de un grupo de admiradores. Ahora que se había consumido mucha ginebra y que la reunión iba bien, se observó una evidente tendencia entre los concurrentes a buscar a los amigos más íntimos para comadrear un poco, y los dos forasteros pudieron hablar a solas.

—Salga al arriate —le dijo *mistress* Oliver con susurro de conspirador.

Al propio tiempo le introdujo en la mano un trozo de papel.

Salieron juntos por los ventanales y echaron a andar por el arriate. Poirot desdobló el pedazo de papel.

«Doctor Rendell», leyó.

Miró, interrogador, a su compañera. Esta movió afirmativa y vigorosamente la cabeza, cayéndole un mechón de cabello gris sobre la cara al hacerlo.

—¡Él es el asesino! —aseguró *mistress* Oliver.

—¿Lo cree usted? ¿Por qué?

—Lo sé, simplemente. Es el *tipo*. Cordial, jovial y todo eso.

—Quizá.

Poirot parecía muy poco convencido.

—Pero —preguntó— ¿cuál fue el móvil, en su opinión?

—Conducta antiprofesional. Y *mistress* McGinty estaba enterada de ello. Fuera cual fuese el móvil, sin embargo, puede tener usted la completa seguridad de que el asesino fue él. He examinado a todos los demás y él es el culpable.

En respuesta, Poirot dijo, como siguiendo una conversación indiferente:

—Anoche alguien intentó tirarme debajo del tren en la estación de Kilchester.

—¡Santo Dios! ¿Para matarle, quiere usted decir?

—No me cabe duda alguna de que era esa la intención.

—Y el doctor Rendell salió a asistir a un enfermo. Eso lo sé.

—Tengo entendido, sí… que el doctor Rendell salió, *en efecto*, a asistir a un enfermo.

—Entonces, no hay más que hablar —dijo *mistress* Oliver con satisfacción.

—Aún sí. Tanto *mister* Carpenter como su esposa estuvieron en Kilchester anoche y volvieron a diferente hora a casa. *Mistress* Rendell puede haberse pasado la noche sentada en casa escuchando la radio, o puede no haberlo hecho… nadie lo sabe. *Miss* Henderson va con frecuencia al cine a Kilchester.

—No fue anoche. Se quedó en casa. Me lo dijo ella misma.

—Uno no puede creerse todo lo que le dicen —dijo Poirot con reproche—. Los de una misma familia se apoyan. La doncella extranjera, Frieda, por otra parte, *sí* que fue al cine anoche; conque no puede decimos quién estuvo o dejó de estar en Hunter's Close. Como verá usted, no es tan fácil reducir el número de los sospechosos.

—Posiblemente podré avalar a nuestro grupo. ¿A qué hora dice usted que sucedió eso?

—A las nueve y treinta y cinco en punto.

—En tal caso, Laburnums queda eliminado por lo menos. Desde las ocho hasta las diez y media, Robin, su madre y yo estuvimos jugando a las cartas.

—Creí que, a lo mejor, usted y Robin estarían encerrados juntos, colaborando.

—¿Dejando libre a la madre para que se largara en una motocicleta oculta entre los arbustos? —rio *mistress* Oliver—. No, teníamos a mamá a la vista.

Suspiró al asaltarla pensamientos más tristes.

—¡Colaboración! —exclamó con amargura—. ¡Todo ese asunto es una pesadilla! ¿Qué tal le sentaría que le pegaran un bigote negro al superintendente Battle y le dijeran que ese era usted?

Poirot parpadeó levemente.

—Pero… ¡es una pesadilla esa insinuación!

—Ahora comprenderá usted lo que yo sufro —lamentóse *mistress* Oliver.

—También yo padezco —anunció Poirot—. Los guisos de *mistress* Summerhayes desafían toda descripción. Eso no es cocinar siquiera. Y las corrientes de aire, los vientos fríos, los estómagos revueltos de los gatos, los pelos largos de los perros, las patas rotas de las sillas, la terrible, ¡oh cuán terrible!, cama en que duermo, —entornó los ojos al recordar sus angustias—, el agua templada en el cuarto de baño, los agujeros de la alfombra de la escalera, y el café… no hay palabras para describir el líquido que sirven como café. Es una ofensa al estómago.

—¡Caramba! Y, sin embargo, ¿sabe?, ella es la mar de agradable.

—¿*Mistress* Summerhayes? Es encantadora. Es *muy* encantadora. Y por eso resulta más violento.

—Ahí viene —dijo *mistress* Oliver.

Maureen Surnmerhayes se acercaba a ellos. En el pecoso semblante se observaba una expresión de éxtasis. Llevaba una copa en la mano. Les sonrió a los dos con afecto.

—Me parece que estoy un poco mona —anunció—. ¡He bebido tal cantidad de esa ginebra tan sabrosa!… Me gustan las reuniones. Y rara vez las hay en Broadhinny. Es por ser ustedes dos tan célebres. Ojalá pudiese yo escribir novelas. Lo malo que yo tengo es que no sé hacer *nada* bien.

—Es usted buena esposa y buena madre, *madame* —anunció Poirot.

Maureen abrió desmesuradamente los ojos, ojos atractivos, color avellana, en una carita pequeña, salpicada de pecas. *Mistress* Oliver se preguntó qué edad tendría. No mucho más de treinta años, decidió.

—¿Lo soy? —murmuró Maureen—. ¡Si será verdad! Los quiero a todos con locura; pero ¿es eso suficiente?

Poirot tosió.

—Espero que no me creerá presuntuoso, *madame*. Pero la mujer que quiere de verdad a su marido debe cuidarle mucho el estómago. Es muy importante el estómago.

Maureen pareció levemente ofendida.

—Johnnie tiene un estómago magnífico —contestó algo picada —; completamente liso. Puede decirse que ni estómago tiene.

—Me refería a lo que se emplea para rellenarlo.

—Se refiere a mis guisos. Nunca he creído que importara mucho lo que uno *comiera*.

Poirot exhaló un gemido.

—Ni la ropa que uno se pusiese —prosiguió Maureen, soñadora —, ni lo que a uno se le ocurriera hacer. Yo no creo que las *cosas* importen tanto; no, en realidad.

Guardó silencio unos segundos, nublados los ojos por el alcohol.

—Una mujer escribió en el periódico el otro día —dijo de pronto — una carta estúpida de verdad. Preguntando qué era mejor… si dejar que fuera adoptado su hijo por alguien que pudiera darle *todas las ventajas*… todas las ventajas, eso fue lo que dijo… y se refería a buena educación, y ropa, y comodidades… o conservarle a su lado no pudiendo darle ventajas o seguridades de ninguna clase. Yo creo que eso es estúpido; estúpido *de verdad*. Si una puede darle a una criatura lo bastante de comer… eso es todo lo que importa.

Clavó la mirada en la copa vacía, como si fuera una bola de cristal.

—*Yo* tengo que saberlo —dijo—. Yo fui hija adoptiva. Mi madre renunció a mí y yo disfruté de todas las ventajas, como las llaman. Y siempre me ha dolido, me ha hecho daño… siempre… siempre… saber que a una no la querían en realidad, que la propia madre fuera capaz de renunciar…

—Se sacrificaría por el bien de usted quizá —dijo Poirot.

Le miró de hito en hito.

—Yo no creo que eso sea verdad jamás. No es más que la excusa que se dan. Pero, en realidad, todo eso se reduce a que pueden pasarse sin una… y duele. Yo no renunciaría a mis hijos… ¡ni por todas las ventajas del mundo!

—Y yo creo que tiene usted muchísima razón —aseguró *mistress* Oliver.

—También yo estoy de acuerdo con usted —apuntó Poirot.

—Entonces, bien va —dijo alegremente Maureen—. ¿Por qué diablos estamos discutiendo?

Robin, que había salido al arriate a reunirse con ellos, dijo:

—Bien; ¿de qué están ustedes discutiendo?

—De la adopción —contestó Maureen—. A mí no me gustó que me adoptasen. ¿Y a ti?

—Pues verás… es mucho mejor eso que ser huérfano; ¿no te parece, querida? Creo que debiéramos marchamos ya, ¿verdad? ¿Eh, Ariadne?

Los invitados se marcharon en masa. El doctor Rendell había tenido que partir apresuradamente ya. Bajaron la colina juntos, hablando animadamente, con ese exceso de alegría que desata una serie de combinados.

Cuando llegaron a la verja de Laburnums, Robin insistió en que entraran todos.

—Nada más que para describirle a *madre* la reunión. ¡Ha sido una pena que la pobrecilla no haya podido ir por la guerra que le estaba dando la pierna! Pero no le gusta quedarse al margen de las cosas.

Entraron alegremente, y *mistress* Upward pareció encantada de verles.

—¿Quién más estuvo allí? —preguntó—. ¿Los Wetherby?

—No; *mistress* Wetherby no se sintió lo bastante bien para asistir, y la chica no quiso ir sin ella.

—Es un caso conmovedor, ¿verdad? —murmuró Shelagh Rendell.

—A mí me parece más bien un caso patológico —aseguró Robin.

—La culpa la tiene su madre —dijo Maureen—. Algunas madres casi se comen a sus hijos, ¿no les parece?

Se ruborizó al encontrarse con la burlona mirada de *mistress* Upward.

—¿Te devoro yo, Robin? —le preguntó a su hijo.

—*¡Madre!* ¡Claro que no!

Para ocultar su confusión, Maureen se lanzó precipitadamente a describir sus experiencias en la cría de perros lobos irlandeses. La conversación se hizo técnica.

Mistress Upward dijo decisivamente…

—No hay manera de sustraerse a la herencia, tanto en el caso de personas como de perros.

Shelagh Rendell murmuró:

—¿No cree usted más bien que se deberá al ambiente?

Mistress Upward la cortó en seco:

—No, querida, no creo tal cosa. El ambiente puede dar una capa superficial y nada más. Es lo que se lleva en la masa de la sangre lo

que cuenta.

La mirada de Hércules Poirot descansó, curiosa, en el rostro encendido de Shelagh Rendell. Dijo esta, con un apasionamiento que pareció innecesario:

—Eso es cruel… injusto.

—La vida es injusta —contestó *mistress* Upward.

La voz lenta y perezosa de Johnnie Summerhayes intervino:

—Estoy de acuerdo con *mistress* Upward. La raza manda. Siempre ha sido ese mi lema.

Mistress Oliver dijo, interrogadora:

—Usted quiere decir con eso que las cosas pasan de padres a hijos. Hasta la tercera o cuarta generación…

Maureen Summerhayes dijo de pronto, con su voz aguda y dulce:

—Pero la cita continúa: «y que hago misericordia a millares…»[8]

De nuevo todo el mundo pareció experimentar cierto malestar, tal vez por la nota seria que se había introducido en la conversación.

Para cambiar el tema atacaron a Poirot.

—Háblenos de *mistress* McGinty, *monsieur* Poirot. ¿Por qué no la mató el huésped?

—Solía ir mascullando algo entre dientes —dijo Robin— cuando iba por los caminos. Le encontraba con frecuencia. Y, la verdad, tenía un aspecto la mar de extraño; parecía como trastornado.

—Alguna razón debe de tener usted para creer que no la mató él, *monsieur* Poirot. ¿Por qué no nos la cuenta?

Poirot les dirigió una sonrisa. Se atusó el bigote.

—Si no la mató, ¿quién fue?

—Eso, eso… ¿quien fue?

Mistress Upward dijo con sequedad:

—No le cohíban ustedes. Lo más probable es que sospeche de uno de nosotros.

—¿De uno de nosotros? ¡Oh!

Durante el clamor, la mirada de Poirot se encontró con la de *mistress* Upward. Vio en ella regocijo y algo más… ¿un reto?

—Sospecha de uno de nosotros —exclamó Robin, encantado—. Vamos a ver, Maureen —adoptó el tono de un fiscal—: ¿Dónde

estuviste la noche del…? ¿qué noche *fue*?

—La del veintidós de noviembre —dijo Poirot—. ¿La noche del veintidós de noviembre? —repitió Robin.

—¡Caramba!; no tengo la menor idea —respondió Maureen.

—Nadie puede acordarse después de tanto tiempo —observó *mistress* Rendell.

—Pues yo sí —anunció Robin—. Porque estuve hablando por radio aquella noche. Marché a Coalport a dar una charla sobre «Algunos aspectos del teatro». Lo recuerdo porque hablé largamente sobre la asistenta de la obra de Galsworthy *La caja de plata*, y como al día siguiente mataron a *mistress* McGinty, me pregunté si la mujer de la obra se habría parecido a ella o viceversa.

—Es cierto —asintió Shelagh Rendell de pronto—. Y lo recuerdo ahora porque dijiste que tu madre se quedaría sola, ya que era la noche en que Janet salía. Y yo vine aquí después de cenar para hacerle compañía. Solo que, por desgracia, no conseguí que me oyera cuando llamé.

—Déjenme que piense —murmuró *mistress* Upward—. ¡Ah, sí! ¡Claro! Me había acostado con un fuerte dolor de cabeza, y mi alcoba da al jardín de atrás.

—Y al día siguiente —prosiguió Shelagh—, cuando supe que habían matado a *mistress* McGinty, pensé: «¡Oh! ¡Quizá me cruzara yo con el asesino en la oscuridad!»… Porque el principio todos creíamos que se trataría de algún vagabundo que se había introducido en la casa.

—Bueno, pues yo sigo sin acordarme de lo que estuve haciendo —dijo Maureen—. Pero sí que recuerdo la mañana siguiente. Fue el panadero quien nos dio la noticia. «Han matado a *mistress* McGinty», dijo. ¡Y yo que había estado preguntándome por qué no se habría presentado a trabajar como de costumbre!

Se estremeció.

—Es horrible, ¿verdad? —dijo.

Mistress Upward continuaba observando a Poirot.

Éste se dijo para sus adentros: «Es una mujer muy inteligente. E implacable. Y egoísta también. Cualquier cosa que hiciera, no sentiría escrúpulos ni remordimientos…».

Una voz tenue hablaba, porfiada, quejicosa:

—¿No tiene usted ningún indicio, *ninguna* pista, *monsieur* Poirot?

Era Shelagh Rendell.

El alargado rostro de Johnnie Summerhayes se iluminó de entusiasmo.

—Eso es: indicios, pistas —dijo—. Eso es lo que a mí me gusta en las novelas policíacas. Indicios elocuentes para el detective, y que nada le dicen a uno… hasta última hora, y entonces se enfurece uno consigo mismo por no haberse dado cuenta antes. ¿Puede usted darnos un pequeño indicio, *monsieur* Poirot?

Se volvieron hacia él caras rientes y suplicantes. Era un juego para todos (o quizá no para uno). Pero el asesinato no era un juego, el asesinato era peligroso. Uno nunca sabía.

Con un brusco movimiento, Poirot se sacó cuatro fotografías del bolsillo.

—¿Quieren un indicio? —exclamó con las fotografías en alto—. *¡Voila!*…

Y con gesto dramático las echó sobre la mesa.

Se agruparon alrededor, inclinándose y soltando exclamaciones.

—*¡Mirad!*

—¡Qué tipos más absurdos!

—¡Fijaos en las rosas!

—Hija mía, ¡qué *sombrero*!

—¡Qué niña más horrible!

—Pero ¿quiénes son?

—¿Verdad que son ridículas las modas?

—Esa mujer debe de haber sido muy guapa en sus tiempos.

—Pero ¿por qué son indicios?

Poirot paseó la mirada muy lentamente por el círculo de semblantes. No vio nada que no hubiera esperado ver.

—¿No reconocen ustedes a ninguna de ellas?

—¿Reconocer?

—¿No recuerdan haber visto ninguna de estas fotografías antes? ¿Sí, *mistress* Upward? Usted reconoce algo, ¿verdad?

Mistress Upward vaciló.

—Sí… creo que…

—¿Cuál?

La mujer tendió la mano y señaló con el índice el retrato de Lily Gamboll.

—Usted ha visto ese retrato… ¿cuándo?

—Recientemente; bien. Pero ¿dónde? No, no lo recuerdo. Aunque estoy segura de que he visto una fotografía como esta.

Frunció el entrecejo, y se quedó pensativa. Salió de su abstracción al acercársele *mistress* Rendell.

—Adiós, *mistress* Upward. Espero que si se siente con ánimos vendrá usted a tomar el té conmigo algún día.

—Gracias, querida. Iré si Robin me empuja colina arriba.

—Claro que sí, *madre*. Se me han desarrollado ya enormemente los músculos empujando esa silla. ¿Recuerdas el día que fuimos a casa de los Wetherby y que había tanto barro…?

—¡Ah! —exclamó *mistress* Upward de pronto.

—¿Qué ocurre, *madre*?

—Nada. Continúa.

—Hablo de cuando tuve que subirte colina arriba otra vez. Primero patinó el sillón; luego patiné yo. Creí que no íbamos a llegar nunca a casa.

Se despidieron riendo y se marcharon en tropel.

No cabía duda, pensó Poirot, de que el alcohol soltaba las lenguas. ¿Había hecho bien o mal en enseñar aquellos retratos? ¿Habría sido su gesto consecuencia del alcohol también?

No estaba seguro.

Pero, murmurando una breve excusa, volvió atrás.

Empujó la verja y se dirigió al edificio. Por la abierta ventana de su izquierda oyó el murmullo de dos voces, la de Robin y la de *mistress* Oliver, muy poco la de esta y mucho la de aquel.

Abrió y entró por la puerta de la derecha al cuarto que abandonara momentos antes. *Mistress* Upward estaba sentada junto al fuego. Tenía torvo el semblante. Tan enfrascada en sus pensamientos se hallaba, que la entrada del detective la sobresaltó.

Al oír la tosecita de excusa del visitante, alzó vivamente la cabeza.

—¡Ah! —dijo—. Es usted. Me dio un susto.

—Lo siento, *madame*. ¿Creía usted que era otra persona? ¿Quién creyó que era?

No respondió ella a eso. Se limitó a preguntar:

—¿Se ha dejado algo olvidado?

—Lo que temí haber dejado era peligroso.

—¿Peligroso?

—Peligroso quizá para usted. Porque reconoció una de esas fotografías hace un momento.

—Yo no diría «reconocer». Todos los retratos antiguos parecen iguales.

—Escuche, *madame*. *Mistress* McGinty reconoció también, o mucho me equivoco, uno de esos retratos. Y *mistress McGinty ha muerto*.

Mistress Upward contestó con inesperado destello de humorismo en los ojos:

—*Mistress McGinty ha muerto. ¿Cómo murió? Arriesgando el cuello como yo*. ¿Es eso lo que quiere decir?

—Sí. Si sabe algo… por poco que sea… dígamelo ahora. Resultaría mucho menos peligroso.

—Mi querido amigo, la cosa no es tan sencilla como usted se la imagina. Ando muy lejos de estar segura de que sé algo… y, desde luego, nada sé que pueda conceptuarse como *hecho* concreto. Los recuerdos vagos y confusos son, con frecuencia, engañadores. Sería preciso poseer una idea de cómo, cuándo y dónde, si usted me comprende bien.

—Es que a mí se me antoja que ya tiene usted esa idea.

—Hay algo más que eso en el asunto. Hay varios factores que tener en cuenta. Es inútil que intente usted precipitarme, *monsieur* Poirot. No soy persona que tome decisiones a tontas y a locas. Tengo voluntad propia, y necesito tiempo para decidirme. Cuando tomo una determinación, obro. Pero no hasta estar preparada.

—Es usted una mujer reservada en muchos sentidos, *madame*.

—Quizá… hasta cierto punto. El saber es potencia. El poder solo debe usarse con buenos fines. Perdonará que le diga que quizá no sepa usted apreciar en todo su valor lo que pudiéramos llamar tipo o diseño de la vida rural inglesa.

—En otras palabras, me dice: «Usted no es más que un maldito extranjero».

Mistress Upward sonrió levemente.

—No llevaría a tal punto mi grosería.

—Si no quiere hablar conmigo, puede hacerlo con el superintendente Spence.

—Mi querido *monsieur* Poirot, la Policía no… no en estos momentos. El detective se encogió de hombros.

—Que conste que la he advertido —dijo.

Capítulo XIV

1

—Decididamente —se dijo Hércules Poirot a la mañana siguiente—, la primavera ya está aquí.

Su aprensión de la noche anterior le parecía ahora singularmente desprovista de fundamento. *Mistress* Upward era una mujer sensata, perfectamente capaz de guardarse ella sola.

No obstante, le tenía intrigado No comprendía en absoluto sus reacciones. Era evidente que tampoco deseaba ella que las comprendiese. Había reconocido el retrato de Lily Gamboll y estaba decidida a obrar por su cuenta y sin ayuda.

Paseaba por una senda del jardín, entregado a estos pensamientos, cuando le sobresaltó una voz que sonó a sus espaldas.

—*Monsieur* Poirot…

Mistress Rendell se había acercado tan silenciosamente, que no la había oído. Y estaba muy nervioso desde el día anterior.

—*Pardon, madame*, Me hizo usted dar un salto.

Mistress Rendell sonrió maquinalmente. Si él estaba nervioso, *Mistress* Rendell lo estaba mucho más, pensó. Le temblaban los párpados y no daba descanso a las manos.

—Es… espero que no le estaré interrumpiendo. Quizá esté usted ocupado.

—No, *madame*. No estoy ocupado. El día es hermoso. Es bueno hallarse al aire libre. En casa de *mistress* Summerhayes siempre hay… pero que siempre… corrientes.

—Sí; supongo que sí.

—Las ventanas no pueden cerrarse. Y las puertas se abren solas.

—Es una casa un poco desvencijada. Y, claro, los Summerhayes andan tan mal de dinero, que no pueden permitirse el lujo de hacer reparaciones. Yo en su lugar me desharía de ella. Sé que lleva siglos en la familia; pero, hoy en día, uno no puede aferrarse a las cosas nada más que por sentimentalismo.

—No; no somos sentimentales hoy en día.

Hubo un silencio. Por el rabillo del ojo, Poirot observó aquellas manos blancas, nerviosas. Aguardó a que tomara ella la iniciativa. Cuando lo hizo, fue bruscamente.

—Supongo —dijo— que cuando usted anda… bueno, investigando algo, necesita una excusa siempre.

Poirot consideró esta afirmación. Aunque no la miró, se dio perfecta cuenta de que ella le observaba con avidez.

—Como usted dice, *madame* —contestó—, siempre resulta conveniente tenerla.

—Para justificar su presencia… y las preguntas que hace.

—Pudiera ser oportuno.

—¿Por qué? ¿Por qué está usted en Broadhinny en realidad, *monsieur* Poirot? La miró con leve sorpresa.

—Pero, *ma cher madame*, ya se lo he dicho: para investigar la muerte de *mistress* McGinty.

Mistress Rendell dijo, con intención muy aguda:

—Ya sé que es eso lo que usted dice. Pero es absurdo. Poirot enarcó las cejas.

—¿Por qué?

—Claro que lo es. Nadie se lo cree.

—Y, sin embargo, puedo asegurarle que es la pura verdad. Parpadearon los pálidos ojos azules y apartaron la mirada.

—No quiere decírmelo.

—¿Decirle qué, *madame*?

Cambió el tema bruscamente otra vez, al parecer.

—Quería consultarle… acerca de unas cartas anónimas.

—¿Bien? —inquirió Poirot al ver que se detenía.

—En realidad, son siempre un tejido de embustes, ¿verdad?

—A veces son mentira —contestó Poirot con cautela.

—Generalmente —insistió ella.

—No diría yo tanto.

Shelagh Rendell exclamó con vehemencia:

—¡Son cosas de personas cobardes, traidoras, *mezquinas*!

—En todo eso, sí, estaría yo de acuerdo.

—Y… no creería usted nunca lo que se le dijese en un anónimo, ¿verdad?

—Esa es una pregunta un poco difícil —anunció Poirot con solemnidad.

—Yo no lo creería. Yo no creería cosa semejante. Y agregó con más vehemencia:

—Sé por qué está usted aquí. Y no es verdad… ¡le digo a usted que no es verdad!

Giró bruscamente los talones y se alejó.

Hércules Poirot enarcó las cejas, intrigado.

«Y ahora, *¿qué?* —se preguntó—. ¿Me están tomando el pelo, o esta es harina de otro costal?».

Resultaba todo ello, se dijo, algo desconcertante.

Mistress Rendell aseguraba creer que se hallaba él allí por motivos que nada tenían que ver con la investigación de la muerte de *mistress* McGinty. Había sugerido que el asesinato no era más que un pretexto.

¿Creería eso, en efecto? ¿O le estaba tomando el pelo, como se había dicho?

¿Qué tenían que ver los anónimos con el asunto?

¿Era *mistress* Rendell el original del retrato que dijera *mistress* Upward haber visto «recientemente»?

En otras palabras: ¿era *mistress* Rendell Lily Gamboll? Las últimas noticias de Lily Gamboll, rehabilitada ya, la habían situado en el Estado Libre de Irlanda. ¿Habría conocido el doctor Rendell a su mujer allí, casándose con ella sin conocer su historia? A Lily Gamboll la habían hecho taquimecanógrafa. Hubiera podido cruzarse fácilmente su camino y el del médico.

Poirot sacudió la cabeza y exhaló un suspiro. Todo era perfectamente posible. Pero tenía que estar seguro.

Se levantó, de pronto un aire frío y desapareció el sol.

Poirot tiritó y se encaminó a la casa.

Sí; tenía que estar seguro. Si lograra dar con el instrumento, que sirvió para cometer el crimen…

Y, en aquel momento, con extraña sensación de certidumbre, *lo vio*.

2

Más adelante se preguntó si no lo habría visto y anotado su presencia subconscientemente con mucha anterioridad. Había estado allí, o así era de suponer, desde que llegara a Long Meadows… Allí, entre otras chucherías, encima de la estantería próxima a la ventana.

Pensó:

«¿Por qué no lo he observado antes?».

Lo tomó, lo sopesó, lo examinó, comprobó su equilibrio; lo alzó para descargar un golpe…

Maureen entró con su precipitación de costumbre, acompañada de dos perros. Dijo con voz ligera y amistosa:

—Hola, ¿está usted jugando con el cortador de azúcar?

—¿Se trata de eso, de un cortador de azúcar?

—Sí. Un cortador de azúcar… o un martillo de azúcar… no sé cuál de los dos es el nombre exacto. Tiene gracia, ¿verdad? ¡Es tan infantil con ese pajarito encima!

Poirot dio la vuelta cuidadosamente al instrumento. Estaba construido de bronce, con muchos adornos. Tenía forma de hachuela; era pesado y muy agudo de filo. Llevaba incrustadas aquí y allá piedras de colores, azules y encarnadas. Y encima había un pajarito anodino, con ojos de turquesa.

—Resultaría magnífico para matar a cualquiera, ¿verdad? —murmuró Maureen.

Se lo quitó de la mano y dirigió un golpe asesino a un punto del espacio.

—Fácil a más no poder —dijo—. Como en este verso de los *Idilios del Rey*[9]. *El sistema de Mark, dijo, y le hendió la cabeza hasta el cerebro*. Yo creo que no habría dificultad en hendirle a uno la

cabeza hasta los sesos con esto, ¿no cree?

Poirot la miró. El rostro pecoso tenía una expresión serena.

Maureen agregó:

—Ya le he dicho a Johnnie lo que le aguarda si un día me harto de él. ¡Yo lo llamo «el mejor amigo de la esposa»!

Rompió a reír, dejó el martillo de azúcar y se volvió hacia la puerta.

—¿Qué vine a buscar aquí? —musitó—. No me acuerdo… ¡Maldita sea! Más vale que vaya a ver si ese budín necesita más agua.

La voz de Poirot la detuvo antes que hubiese salido.

—¿Trajo usted esto de la India consigo, quizá?

—¡Oh, no! Lo saqué del «T. y C.» por Nochebuena.

—¿«T. y C.»? —exclamó Poirot, sin comprender.

—«Traiga y Compre» —explicó Maureen—. En la Vicaría. Una lleva allá todas las cosas que no necesita, y compra algo. Algo que no resulte demasiado horrible si consigue una encontrarlo. Ni que decir tiene que rara vez hay cosas que a una le interesen. Yo compré esto y esa cafetera. Me gustó el pitorro de la cafetera y el pajarito del martillo.

La cafetera, de tamaño pequeño, estaba hecha de cobre batido. Tenía un pitorro grande, curvado, que se le antojó conocido a Poirot.

—Creo que son de Bagdad —dijo Maureen—. Por lo menos creo que es de ahí de donde dijeron los Wetherby. O puede ser que fuera Persia.

—Así, pues, ¿estas cosas salieron de casa de los Wetherby?

—Sí. Tienen una cantidad enorme de morralla. He de irme. Ese budín…

Salió. La puerta se cerró de golpe. Poirot volvió a coger el cortador de azúcar y se acercó con él a la ventana.

En el filo se notaban unas manchas leves, muy leves.

Poirot movió la cabeza con gesto afirmativo.

Vaciló un instante, y luego se llevó el instrumento a su alcoba. Allí lo empaquetó con sumo cuidado en una caja, lo envolvió en papel, lo ató, bajó la escalera y abandonó el edificio.

No creía que se diera nadie cuenta de la desaparición del cortador de azúcar. No era aquella una casa lo suficientemente

ordenada.

3

En Laburnums, la colaboración proseguía su difícil curso.

—Pero es que no me parece bien que se le haga vegetariano, querida —objetaba Robin—. Es demasiada manía. Y, desde luego, no resulta ni pizca de romántico.

—¿Y qué culpa tengo yo? —dijo, con testarudez *mistress* Oliver —. *Siempre* ha sido vegetariano. Lleva consigo una maquinita para rayar zanahorias y nabos.

—Pero, Ariadne, encanto, ¿por qué?

—¿Cómo quiere que lo sepa yo? —exclamó con enfado la escritora—. ¿Cómo diablos sé yo siquiera por qué se me ocurrió crear tan repugnante personaje? ¡Debí de estar loca! ¿Por qué un finlandés cuando no sé una palabra de Finlandia? ¿Por qué vegetariano? ¿Por qué todo ese amaneramiento, todos esos gestos tan idiotas que tiene? Esas cosas pasan. Una prueba una cosa… y a la gente parece gustarle… y entonces una continúa… y, cuando una quiere darse cuenta, se encuentra con un personaje tan exasperante y enloquecedor como Sven Hjerson colgado al cuello de por vida. Y la gente escribe, incluso, diciendo cuánto debe una quererle. ¿Quererle? Si me encontrara con ese huesudo, desgarbado y vegetariano finlandés en la vida real, cometería yo un asesinato mucho mejor que todos cuantos he inventado.

Robin Upward la miró con reverencia.

—¿Sabe usted, Ariadne? Esa pudiera resultar una idea maravillosa. Un Sven Hjerson de verdad, y *usted* le asesina. Puede emplearlo luego como asunto de su última novela, de su adiós a la vida; para que se publique después de su muerte.

—¡No hay cuidado! —exclamó *mistress* Oliver—. ¿Y el dinero? Todo el que puedan rendir los asesinatos, lo quiero ahora.

—Sí, sí. Este es un punto en el que no podría estar más de acuerdo con usted de lo que ya estoy.

El atormentado dramaturgo se paseó de un lado para otro.

—Esta Ingrid se está haciendo ya pesada —dijo—. Y, después de

la escena del sótano, que va a ser maravillosa de verdad, no sé cómo vamos a impedir que la siguiente escena resulte, por contraste, insípida.

Mistress Oliver guardó silencio. Las escenas, en su opinión, eran de la incumbencia de Robin. ¡Que se devanara él los sesos!

Robin le dirigió una mirada de descontento. Aquella mañana, como consecuencia de uno de sus frecuentes cambios de humor, *mistress* Oliver no había encontrado de su gusto el aspecto de su cabellera. Con un cepillo mojado en agua se había aplastado y pegado las grises guedejas al cráneo. Con la ancha frente, los lentes macizos y la severa expresión, le recordaba a Robin más y más a una maestra que le infundiera respeto y pavor en su infancia. Halló que se le hacía más difícil por momentos llamarla querida, y hasta le sobrecogía pronunciar el nombre de Ariadne. Dijo, malhumorado:

—¿Sabe? No me siento inspirado ni pizca hoy. Seguramente se debe a la ginebra de ayer. Dejemos el trabajo y ocupémonos de los actores a quienes hemos de asignar los papeles. Si conseguimos a Denis Callory, naturalmente, será maravilloso; pero anda metido en películas en la actualidad. Y Jean Bellews estaría que ni pintada en el papel de Ingrid, y ella *quiere* representarlo; por tanto, miel sobre hojuelas. Eric… como ya he dicho, he tenido una idea magnífica para Eric. Iremos al Little Rep esta noche, ¿quiere?, y ya me dirá usted qué le parece Cecil para ese papel.

Mistress Oliver asintió a la idea del proyecto, y Robin se fue a telefonear.

—Bueno —dijo a la vuelta—. Ya está todo arreglado.

4

La hermosa mañana no había cumplido su promesa. Estaba encapotado el cielo, la atmósfera era opresiva y amenazaba lluvia. Al atravesar Poirot por entre los arbustos en dirección a la puerta principal de Hunter’s Close, se dijo que no le gustaría vivir en aquel valle hueco al pie de la colina. El edificio en sí estaba rodeado de árboles y las paredes ahogadas por la hiedra. Allí hacía falta, pensó, que un leñador hiciera uso de su hacha.

(El *hacha*. ¿El cortador de azúcar?).

Tocó el timbre y, no recibiendo respuesta, volvió a llamar.

Fue Deirdre Henderson quien le abrió la puerta. Pareció sorprendida.

—¡Ah! —dijo—, es usted…

—¿Puedo entrar y hablar con usted unos momentos?

—Pues… sí, supongo que sí…

Le condujo a la salita pequeña y oscura donde había esperado en otra ocasión. Reconoció, sobre la repisa de la chimenea, la hermana mayor de la cafetera que tenía Maureen sobre la estantería. Su enorme pitorro curvo parecía dominar el pequeño cuarto occidental con cierta oriental ferocidad.

—Me temo —anunció Deirdre en tono de excusa— que estamos un poco trastornados hoy. Nuestra criada, esa chica alemana, se nos va. Sólo ha estado aquí un mes… Parece ser que aceptó este empleo nada más que por venir a este país, porque había alguien con quien quería casarse. Y ahora ya lo tiene todo arreglado y se marcha esta noche.

Poirot hizo un chasquido con la lengua.

—Muy poca consideración —murmuró.

—¿Verdad que sí? Mi padrastro dice que no es legal. Pero, aunque no lo sea, si se va y se casa, no veo yo qué podemos hacer. Ni siquiera hubiéramos *sabido* que se marchaba de no haberla encontrado yo haciendo el equipaje. Se hubiese ido sin decirnos una palabra.

—No vivimos, por desgracia, en tiempos en que se guarden miramientos…

—No —respondió con voz mate Deirdre—; supongo que no…

Se frotó la frente con el dorso de la mano.

—Estoy cansada —dijo—, muy cansada.

—Sí —asintió Poirot con dulzura—, creo que ha de estar usted muy cansada.

—¿Qué deseaba, *monsieur* Poirot?

—Quería hablarle de cierto cortador de azúcar.

—¿Un cortador de azúcar?

Era evidente, por su expresión, que no comprendía.

—Un instrumento de bronce con un pájaro de adorno, incrustado de piedras azules, encarnadas y verdes.

Poirot hizo la descripción con mucho cuidado.

—¡Ah, sí! Ya sé.

Su voz no dio muestras de interés ni animación.

—Tengo entendido que salió de esta casa.

—Sí. Mi madre lo compró en un bazar de Bagdad. Fue una de las cosas que llevamos a la Vicaría para la venta que allí se hace.

—El «Traiga y Compre», ¿no es eso?

—Sí. Celebramos muchos aquí. Es difícil conseguir que la gente dé dinero. Pero siempre puede encontrarse algo que mandar.

—Por tanto estuvo aquí, en esta casa, hasta Nochebuena. Y luego lo mandaron al «Traiga y Compre», ¿es así?

Deirdre frunció el entrecejo.

—No al «Traiga y Compre» de Nochebuena —dijo—. Fue al anterior… al de la Fiesta de la Cosecha.

—La Fiesta de la Cosecha… Eso sería… ¿cuándo? ¿Octubre? ¿Septiembre?

—A fines de septiembre.

Reinó el silencio en el cuartito. Poirot miró a la muchacha, y ella le miró a él. Tenía ella el rostro sin expresión, sin indicio alguno de interés. Intentó adivinar qué estaba pasando tras aquel muro de apatía. Quizá nada. Tal vez estuviese, como decía ella, cansada nada más…

Dijo con ansia:

—¿Está usted completamente segura de que se mandó a la venta de la Fiesta de la Cosecha… que no fue a la de Nochebuena?

—Completamente segura.

Fija la mirada, sin parpadear…

Hércules Poirot aguardó. Continuó aguardando…

Por fin dijo:

—No quiero molestarla más, *mademoiselle*.

Deirdre le acompañó hasta la puerta.

A los pocos instantes bajaba nuevamente la avenida.

Dos declaraciones divergentes, declaraciones que no había posibilidad de conciliar.

¿Quién tenía razón? ¿Maureen Summerhayes o Deirdre Henderson?

Si el cortador de azúcar había recibido el empleo que suponía, aquello resultaba vital. El Festival de la Cosecha se había celebrado

a fines de septiembre. Entre dicha fecha y Nochebuena —el 22 de noviembre, para ser exacto— habían matado a *mistress* McGinty. ¿De quien había sido propiedad el cortador por entonces?

Se dirigió a la estafeta. *Mistress* Sweetiman siempre estaba dispuesta a ayudar, y hacía cuanto se hallaba a su alcance. Aseguró haber asistido a las dos ventas. A veces se encontraban en ellas cosas que valía la pena adquirir. Ayudaba también a montarlo todo. Aunque la mayor parte de la gente no mandaba de antemano su aportación, sino que se presentaba personalmente con ella.

¿Un cortador de bronce, parecido a un hacha, con piedras de colores y un pajarito? No; no recordaba con exactitud.

Había tantas cosas, y tanta confusión, y eran tantas las piezas que se llevaba la gente en seguida… Pero, sí, creía recordar algo así… La habían vendido por cinco chelines, junto con una cafetera de cobre, pero la cafetera tenía un agujero en el fondo y no se podía emplear más que como adorno. No recordaba, no obstante, cuándo había sido. Quizá por Nochebuena, posiblemente antes… No se había fijado…

Aceptó el paquete que le entregó Poirot. ¿Certificado? Sí.

Copió las señas y el detective observó un destello de interés en los perspicaces ojos negros cuando le entregó el recibo.

Hércules Poirot subió lentamente la colina, pensativo.

De las dos mujeres, era más probable que Maureen Summerhayes, alocada, alegre, inexacta, fuera la que se equivocase. Para ella igual daría que fuese el Festival de la Cosecha o el de Nochebuena.

Deirdre Henderson, indolente, delicada, tenía que ser mucho más segura, verosímilmente, en sus identificaciones de tiempos y fechas.

De todas formas, una cuestión le preocupaba.

¿Por qué, tras sus preguntas, no le habría ella preguntado a su vez *el motivo de que las hiciese? ¿Por qué quería saber todo eso?* Tal pregunta hubiera resultado natural y casi inevitable.

Pero Deirdre Henderson no lo había hecho.

Capítulo XV

1

—Alguien le ha llamado por teléfono —anunció Maureen desde la cocina al entrar Poirot.

—¿Por teléfono? ¿Quién?

Estaba ligeramente sorprendido.

—No lo sé. Pero anoté el número en mi libreta de racionamiento.

—Gracias, *madame*.

Entró en el comedor y se acercó a la mesa de escritorio. Entre el montón de papeles revueltos encontró la libreta de racionamiento junto al teléfono y en ella la anotación: Kilchester 350.

Descolgó el auricular y marcó el número.

Una voz femenina dijo inmediatamente:

—Breather & Scuttle.

Poirot adivinó entonces.

—¿Puedo hablar con *miss* Maude Williams?

Transcurrió un intervalo; luego una voz de contralto anunció:

—*Miss* Williams al aparato…

—Habla Hércules Poirot. Creo que me telefoneó usted.

—Sí… sí, en efecto. Con referencia a la propiedad por la que preguntó usted el otro día…

—¿La propiedad?

Durante un momento, Poirot se desconcertó.

Luego cayó en la cuenta.

Había moros en la costa. Alguien escuchaba la conversación. Probablemente le habría telefoneado con anterioridad,

aprovechando un momento en que se hallaba sola en el despacho.

—Creo que la comprendo. Se trata del asunto de James Bentley y del asesinato de *mistress* McGinty.

—Justo. ¿Podemos hacer algo en su obsequio?

—Desea ayudar. ¿No se encuentra sola ahí?

—Eso es.

—Comprendo. Escuche atentamente. ¿Desea usted, de verdad, ayudar a James Bentley?

—Sí.

—¿Estaría dispuesta a presentar la dimisión de su empleo actual?

No hubo vacilación.

—Sí.

—¿Estaría usted dispuesta a aceptar un empleo doméstico… con gente muy poco simpática quizá?

—Sí.

—¿Puede usted abandonar su empleo inmediatamente? Para mañana, por ejemplo.

—¡Ah, sí, *monsieur* Poirot! Creo que eso podría arreglarse.

—¿Comprende lo que quiero que haga? Sería usted sirviente… obligada a vivir con sus amos. ¿Sabe guisar?

Se notó cierto resabio de humorismo en la voz:

—Muy bien.

—¡*Bon Dieu*, qué rareza! Escuche. Marcho a Kilchester inmediatamente. Me reuniré con usted en el mismo café en que hablamos anteriormente, a la hora de comer.

—Sí, sí. Claro que sí.

Poirot cortó la comunicación.

«Una joven admirable —se dijo—. Lista, sabe lo que quiere, y hasta sabe cocinar…».

Desenterró con cierta dificultad el listín de teléfonos, que estaba debajo de un tratado sobre la cría de cerdos, y buscó el número de los Wetherby.

La voz que contestó fue la de la señora.

—¿Oiga?… ¿Oiga?… Habla *Monsieur* Poirot… ¿Recordará, *madame*?

—No creo que…

—*Monsieur* Hércules Poirot.

—¡Ah!, sí… claro… perdóneme. Hemos tenido un trastorno doméstico bastante grande hoy…

—Precisamente la he llamado por eso. He quedado desolado al conocer sus dificultades.

—Son tan ingratas estas extranjeras… Después de pagarle el viaje hasta aquí y todo eso… No sabe cuánto detesto la ingratitud.

—Sí, sí; comprendo perfectamente sus sentimientos. Es monstruoso; por eso me apresuro a decirle que yo he encontrado, quizá, una solución. Por pura casualidad, conozco a una joven que desea servir. Aunque me temo que no cuenta con entrenamiento completo.

—¡Oh!, en estos tiempos no existe el entrenamiento. ¿Está dispuesta a guisar? ¡Son tantas las que no quieren acercarse a la cocina!

—Sí, sí… guisa. ¿Se la envío, pues… aunque sea a prueba? Se llama Maude Williams.

—¡Oh!, sí, por favor, *monsieur* Poirot. Es usted muy amable. Cualquier cosa sería mejor que nada. Mi esposo es tan quisquilloso y se enfada de tal manera con mi querida Deirdre cuando no marcha bien la casa… Una no puede esperar que los hombres comprendan cuán difícil resulta todo hoy en día… yo…

Hubo una interrupción. *Mistress* Wetherby habló con alguien que entraba en el cuarto y, aunque había tapado con la mano la boquilla, Poirot pudo oír sus palabras, algo amortiguadas:

—Es ese hombrecillo detective… Sabe de alguien que puede venir a ocupar el puesto de Frieda. No, no es extranjera… inglesa, gracias a Dios. Es muy amable… parece estar muy preocupado por mí… ¡Oh querida, no pongas peros! ¿Qué importa? Ya sabes cómo se pone Roger. Bueno, pues yo creo que es una gran muestra de amabilidad por su parte. Y supongo que no será muy horrible la joven…

Terminado el inciso, *mistress* Wetherby habló con gran amabilidad.

—Muchísimas gracias, *monsieur* Poirot. No sabe lo agradecidas que le estamos.

Poirot colgó el auricular y consultó el reloj.

Luego fue a la cocina.

—*Madame*, no vendré a comer. Tengo que marchar a Kilchester.

—¡Gracias a Dios! —exclamó Maureen—. No llegué a tiempo al budín. Se había quedado sin agua. En realidad, creo que estará bien… un poco chamuscado quizá… Por si tenía mal gusto, pensé en abrir un tarro de esas frambuesas que puse en conserva el verano pasado. Parecen tener un poco de moho encima, pero hoy en día dicen que eso no importa. En realidad es bueno para la salud… penicilina, como quien dice.

Poirot abandonó la casa, alegrándose de que no le tocara comer aquel día budín chamuscado y falsa penicilina. Más valía, mucho más, comer macarrones, natillas y ciruelas en El Gato Azul, que las improvisaciones de Maureen Summerhayes.

2

En Laburnums se había alterado un poco la tranquilidad.

—Por supuesto, cuando estás trabajando en una obra, no pareces acordarte de nada, Robin.

Robin se mostró contrito.

—*Madre*, lo siento una barbaridad. Había olvidado por completo que Janet salía esta noche.

—No importa en absoluto —anunció *mistress* Upward con frialdad.

—Claro que importa. Telefonearé al teatro, aplazando la visita para mañana.

—No harás tal cosa. Conviniste en ir esta noche, e irás.

—Pero, la verdad…

—No hay más que hablar.

—¿Quieres que le pida a Janet que deje la salida para otro día?

—Claro que no. Le hace muy poca gracia que le trastornen sus planes.

—Estoy seguro de que no le importaría. No si se lo digo yo…

—No le dirás una palabra, Robin. Hazme el favor de no disgustar a Janet. Y deja el asunto en paz ya. No quiero tener la sensación de que soy una vieja pesada que agua la fiesta a los demás.

—*Madre*… dulzura…

—Basta. Id y divertíos. Ya sé yo a quién le pediré que me haga compañía.

—¿A quién?

—Eso es un secreto —respondió *mistress* Upward, recobrando el buen humor—. Y ahora deja de atormentarte.

—Telefonearé a Shelagh Rendell…

—Ya me encargaré yo de telefonear a quien me dé la gana. Repito que no hay más que hablar. Haz el café antes de marcharte y déjamelo al lado en la cafetera. ¡Ah!, y procura dejar una taza más… por si tengo visita.

Capítulo XVI

Mientras comían en El Gato Azul, Poirot acabó de darle instrucciones a Maude Williams.

—Conque ¿ha comprendido perfectamente lo que tiene que buscar?

Maude Williams movió afirmativamente la cabeza.

—¿Ha arreglado las cosas en el despacho?

La joven rio.

—¡Mi tía está gravemente enferma! Me mandé a mí misma un telegrama.

—¡Magnífico! Tengo una cosa más que decir. Hay un asesino suelto en alguna parte del pueblo… cosa que supone muy poca seguridad.

—¿Es un aviso?

—Sí.

—Sé cuidarme.

—Eso —observó Poirot— pudiera clasificarse bajo el encabezamiento: Famosas Últimas Palabras.

Rio ella otra vez con franco regocijo. Una o dos personas de las mesas vecinas volvieron la cabeza para mirarla.

Poirot la estudió. Una joven fuerte, llena de confianza en sí, rebosante de vitalidad, preparada y ávida de emprender una tarea peligrosa. ¿Por qué? Pensó otra vez en James Bentley, en su voz dulce y derrotada, en su apatía… La Naturaleza era, en verdad, curiosa e interesante.

Maude dijo:

—Me pide usted que lo haga, ¿no es eso? ¿A qué intenta de pronto disuadirme?

—Porque cuando uno ofrece una misión, debe explicar con

exactitud lo que representa.

—No creo que corra ningún peligro —contestó Maude, convencida.

—Ni yo creo que lo corra… de momento. ¿Es desconocida en Broadhinny?

Maude reflexionó.

—Sí… Sí; yo creo que sí.

—¿Ha estado allí?

—Algunas veces. Para asuntos del despacho, claro… Solo una vez recientemente… hará cosa de cinco meses.

—¿A quién vio? ¿Adónde fue?

—A visitar a una anciana… *mistress* Carstairs o Carlisle… No recuerdo con seguridad su nombre. Iba a comprar una finca pequeña cerca de aquí, y fui a verla con unos documentos, algunas preguntas y el informe de un agrimensor que para ella habíamos obtenido. Se alojaba en esa especie de hospedería en que está usted.

—¿Long Meadows?

—Justo. Una casa que parece muy incómoda y que está llena de perros.

Poirot asintió con un gesto.

—¿Vio usted a *mistress* Summerhayes, o a su marido, el comandante?

—Vi a *mistress* Summerhayes, o supongo que era ella. Me condujo a un dormitorio. La anciana estaba en cama.

—¿La recordaría *mistress* Summerhayes?

—No lo creo. Y, aunque me recordara, no importaría, ¿verdad? Después de todo, la gente cambia de empleo con frecuencia en estos tiempos. Pero dudo de que me mirase siquiera. No suelen hacerlo las de su clase.

Había un dejo de amargura en la voz de Maude Williams.

—¿Vio usted a alguna otra persona en Broadhinny?

Maude contestó con cierto embarazo:

—Pues… vi a *mister* Bentley.

—¡Ah!, vio a *mister* Bentley. Por casualidad.

Maude se movió un poco en su asiento.

—No. Si quiere que le diga la verdad, le había mandado una postal diciéndole que iba a ir aquel día. Y hasta le pedí que fuese a recibirme. Aunque no había ninguna parte adonde ir. Está muerto

ese pueblo. No hay café, ni cine, ni nada. En realidad, sólo charlamos en la parada del autobús. Cuando aguardaba para marcharme otra vez.

—¿Eso fue antes de la muerte de *mistress* McGinty?

—Sí; pero no mucho antes. Porque recuerdo que se publicó en todos los periódicos pocos días después.

—¿Le habló Bentley de su patrona?

—Creo que no.

—¿Y usted no habló con nadie más en Broadhinny?

—Sólo con *mister* Robin Upward. Le he oído hablar por radio. Le vi salir de su casa y le reconocí por las fotografías que había visto de él. Le pedí su autógrafo.

—¿Y se lo dio?

—¡Oh, sí! Se mostró muy amable. No llevaba mi libro de autógrafos; pero sí una hoja de papel de escribir, y él sacó la pluma estilográfica y firmó sin vacilar.

—¿Conoce usted de vista a alguna otra persona en Broadhinny?

—Conozco a los Carpenter, sí; claro está. Vienen a Kilchester con frecuencia. Tienen un automóvil magnífico y ella lleva una ropa preciosa. Inauguró un bazar hace cosa de un mes. Dicen que el marido va a ser nuestro próximo diputado…

Poirot asintió con un gesto. Luego sacó del bolsillo el sobre que siempre llevaba encima. Extendió las cuatro fotografías sobre la mesa.

—¿Reconoce alguno de…? ¿Qué pasa?

—*Mister* Scuttle. Acaba de salir. Dios quiera que no le haya visto conmigo. Pudiera parecer algo raro. La gente está hablando de usted, ¿sabe? Dicen que le han mandado de París… de la Sureté, o algún nombre así…

—Soy belga, y no francés; pero no importa.

—¿Qué pasa con estos retratos? —se inclinó sobre ellos, examinándolos con cuidado—. Un poco anticuados, ¿verdad?

—El más antiguo es de hace treinta años.

—Parecen estúpidos los vestidos de entonces. Y están absurdas con ellos las mujeres.

—¿Ha visto a alguna de ellas antes?

—¿Qué quiere decir? ¿Que si conozco a alguna de las mujeres, o que si he visto antes los retratos?

—Las dos cosas.

—Tengo idea de que he visto esta —señaló a Janice Courtland, la del sombrero acampanado—. En algún periódico, pero no recuerdo cuándo. Esa criatura también me parece conocida. Sin embargo, no me acuerdo en dónde las he visto. Hace algún tiempo ya.

—Todos estos retratos se publicaron en el *Sunday Comet* el domingo antes que muriera *mistress* McGinty.

Maude le miró vivamente.

—¿Y tienen algo que ver con el asunto? ¿Por eso quiere usted que…?

No terminó la frase.

—Sí —contestó Poirot—; por eso.

Sacó otra cosa del bolsillo y se la enseñó. Era el recorte del *Sunday Comet*.

—Más vale que lo lea —le dijo.

Lo hizo ella enteramente, inclinada la rubia cabeza sobre el papel.

Luego alzó la mirada.

—¡Conque son eso! ¿Y el leer esto le ha dado a usted ideas?

—No le sería posible expresarlo con mayor exactitud…

—No obstante, no veo…

Guardó silencio un momento, pensando. Poirot no habló. Por muy satisfecho que estuviese de sus ideas, siempre estaba dispuesto a escuchar las de los demás también.

—¿Cree usted que alguna de estas mujeres está en Broadhinny?

—Pudiera ser, ¿no cree?

—Claro. Cualquiera puede estar en cualquier parte…

Y agregó, posando el dedo en el rostro de Eva Kane:

—Sería vieja ahora… aproximadamente de la misma edad que *mistress* Upward.

—Sí, algo así.

—Lo que yo estaba pensando es que… siendo la clase de mujer que era… debe haber más de una persona que le guarde rencor, que se las tenga juradas, si usted me entiende.

—Es un punto de vista —dijo Poirot, muy despacio—. Sí; es un punto de vista —y agregó—: ¿Recuerda el caso Craig?

—¿Quién no lo recuerda? —exclamó Maude Williams—. ¡Si

hasta han puesto su efigie en la Cámara de Horrores de todos los museos de figuras de cera! Yo era una criatura entonces; pero los periódicos no hacen más que sacarlo a relucir para comparar su caso con otros. ¡Seguramente no se olvidará jamás!

Poirot alzó vivamente la cabeza.

Se preguntó por qué habría aparecido de pronto aquel dejo de amargura en la voz de la muchacha.

Capítulo XVII

Mistress Oliver, completamente aturdida, intentaba acurrucarse en el rincón de un minúsculo camarín. Como no tenía la figura más apropiada para acurrucarse, lo único que lograba era sobresalir más. Jóvenes animados, que se quitaban el maquillaje con toallas, la rodeaban y, a intervalos, le ofrecían cerveza caliente.

Mistress Upward, que había recobrado por completo el buen humor, los despidió con sus mejores deseos. Antes de marchar, Robin cuidó de hacer todos los preparativos necesarios para que la anciana quedara cómodamente instalada, Y, después de haber subido al coche, aún regresó un par de veces para asegurarse de que no había olvidado detalle.

La segunda vez volvió riendo al automóvil.

—*Madre* estaba colgando el teléfono cuando entré. Y la muy tunante sigue sin quererme decir a quién ha llamado. Pero apuesto a que lo sé.

—Y yo también —aseguró *mistress* Oliver.

—¿A quién cree?

—A Hércules Poirot.

—Sí; eso mismo creo yo. Piensa sonsacarle. A *madre* le gusta tener sus secretitos. Ahora, querida, hablemos de la obra. Es muy importante que me diga con toda franqueza qué opina de Cecil… y si es él la idea que usted se forma de Eric…

Ni que decir tiene que Cecil Leech distó mucho de corresponder al concepto que *mistress* Oliver tenía formado de Eric. Nadie, en verdad, hubiera podido parecérsele menos. La función la vio con agrado. Pero la visita a los actores fue para ella un tormento.

Robin, claro, se hallaba en su elemento. Tenía a Cecil (o por lo menos *mistress* Oliver supuso que de Cecil se trataba) acorralado en

un rincón, donde le estaba hablando a cincuenta por hora, sin dejarle meter una palabra ni de canto. A *mistress* Oliver, Cecil la había aterrado. Prefería, con mucho, a un tal Michael, que hablaba con ella en aquellos instantes y que sabía hacerlo con tono bondadoso y amable. Michael, por lo menos, no esperaba que le correspondiese. Es más, parecía preferir el monólogo. Alguien llamado Peter intervenía de cuando en cuando en la conversación; pero, en conjunto, parecía reducirse ésta a un chorro de malicia levemente humorística por parte de Michael.

—… es una verdadera amabilidad por parte de Robin —estaba diciendo—. Le hemos estado instando a que viniese a ver la función. Pero, claro, se encuentra completamente dominado por esa terrible mujer, ¿verdad? Sirviéndola en todo instante. Y la verdad es que Robin es una inteligencia, ¿no le parece? Un verdadero talento. No debiera sacrificarse en un altar matriarcal. Son terribles a veces las mujeres. ¿Sabe lo que le hizo al pobre Alex Roscoff? No le dejó a sol ni a sombra durante cerca de un año. Luego descubrió que no era un emigrado ruso, como había supuesto. Claro que le había estado contando cosas bastante fantásticas, pero muy divertidas… Y todos sabíamos que no eran verdad; pero, después de todo, ¿qué importaba eso? Y luego, cuando se enteró que no era más que el hijo de un sastrecito de los barrios bajos, le soltó como si fuera una brasa. Quiero decir que no hay cosa que más me reviente que una *snob*, ¿no le ocurre a usted lo propio? La verdad es que Alex se alegró de podérsela quitar de encima. Dijo que a veces era un verdadero energúmeno… estaba un poco mal de la cabeza, en su opinión… ¡Sus furias! Robin, querido: estamos hablando de tu maravillosa *madre*. ¡Qué lástima que no pudiera venir esta noche! Pero es magnífico que haya venido *mistress* Oliver. Todos esos asesinatos tan deliciosos…

Un hombre de cierta edad, con profunda voz de bajo, asió a la escritora de la mano con la suya cálida y pegajosa.

—¡Ah!, ¿cómo podré agradecérselo jamás? —dijo con tono de profunda melancolía—. Me ha salvado la vida… me ha salvado la vida más de una vez…

Luego salieron todos al aire fresco de la noche y cruzaron la Cabeza del Potro, donde volvieron a beber y se habló nuevamente de la escena.

Cuando la escritora y Robin emprendieron el camino de regreso a casa, *mistress* Oliver se sentía completamente agotada. Se recostó en el asiento y entornó los párpados. Robin, por su parte, habló sin parar.

—… y sí que cree que eso pudiera ser una buena idea, ¿verdad? —acabó diciendo por fin.

—¿Cuál?

Mistress Oliver abrió bruscamente los ojos. Había estado absorta en un sueño nostálgico de su propio hogar. Paredes cubiertas de pájaros exóticos y follaje. Una mesa de pino, su máquina de escribir, café negro, manzanas por todas partes… ¡Qué felicidad! ¡Qué gloriosa y solitaria felicidad! ¡Qué equivocación que una autora saliese de su ciudadela secreta! Los escritores eran seres tímidos, pero gregarios, que compensaban su falta de aptitudes sociales creando sus propios compañeros y sus propias conversaciones.

—Me temo que esté usted cansada —dijo Robin.

—En realidad, no. Lo que ocurre es que no sé alternar con la gente.

—Yo adoro a la gente —anunció Robin—. ¿Usted no?

—No —respondió la otra con firmeza.

—Es preciso. Fíjese en toda la gente que mete en sus libros.

—Eso es distinto. A mí me parecen los árboles mucho más agradables que las personas… más reposadas y apacibles.

—Yo necesito a la gente —anunció Robin, afirmando innecesariamente lo que a la vista estaba—. Me estimula.

Detuvo el coche ante la verja de Laburnums.

—Entre usted —le dijo—. Yo voy a guardar el coche.

Mistress Oliver se apeó con la dificultad de costumbre y echó a andar por el sendero.

—La puerta no está cerrada con llave —le gritó Robin.

No lo estaba. La empujó y entró. No había luces encendidas, cosa que se le antojó una falta de cortesía por parte de la dueña de la casa. ¿O es que trataría de economizar? La gente rica era económica con tanta frecuencia… Había olor a perfume en el vestíbulo, un perfume exótico y caro. Durante un instante se preguntó si no se habría equivocado de casa. Luego encontró el interruptor y lo oprimió.

Se iluminó el vestíbulo cuadrado, de techo bajo y vigas de roble. La puerta de la sala estaba entornada, y vio por la rendija un pie y una pierna. *Mistress* Upward no se había ido a la cama, después de todo. Debía de haberse quedado dormida en el sillón y, puesto que no había ninguna luz encendida, debía llevar durmiendo mucho rato. *Mistress* Oliver se acercó a la puerta y encendió las luces de la sala.

—Estamos de vuelta… —empezó.

Y se interrumpió bruscamente.

Se llevó la mano a la garganta. Sintió como si se le hubiera hecho un nudo allí, un deseo de chillar que no podía satisfacer.

Le salió la voz en un susurro:

—Robin… Robin…

Transcurrió un rato antes que le oyera subir el camino, silbando, y entonces dio media vuelta y le salió, corriendo, al encuentro.

—No entre ahí dentro… no entre. Su madre… está… está muerta… Yo creo que… que la han matado…

Capítulo XVIII

1

—Una faenita muy bien hecha —dijo el superintendente Spence.

El coloreado rostro de provinciano reflejaba una ira intensa. Miró hacia donde Hércules Poirot le escuchaba sentado…

—Muy bien hecha y muy fea —dijo.

—La estrangularon —prosiguió— con un pañuelo de seda, con uno de sus propios pañuelos de seda… el que había llevado al cuello aquel día. Agarraron las puntas, las cruzaron y tiraron de ellas. Limpio, rápido y eficiente. Así lo hacían los estranguladores en la India. La víctima no forcejea ni grita… presión sobre la arteria carótida.

—¿Requiere conocimientos especiales?

—Quizá; aunque no son indispensables. Si tuviera usted la intención de hacerlo, podría documentarse. No existe dificultad práctica. Sobre todo no sospechando nada la víctima… y ella *no* sospechaba.

Poirot asintió con un movimiento de cabeza.

—Una persona a quien conocía.

—Sí. Habían tomado café juntas… una taza delante de ella y otra delante de la… invitada. Limpiaron cuidadosamente toda huella dactilar de la taza de la visita; pero el carmín es más difícil de quitar… aún quedaban indicios.

—¿Una mujer entonces?

—Usted esperaba que fuera una mujer, ¿verdad?

—¡Ah, sí! Parecía lo indicado.

Spence prosiguió:

—*Mistress* Upward reconoció una de esas fotografías… La de Lily Gamboll. Por tanto, este crimen está relacionado con el asesinato de *mistress* McGinty.

—Sí —asintió Poirot—; está relacionado con el asesinato de *mistress* McGinty.

Recordó la expresión levemente humorística de *mistress* Upward al decir:

«Mistress McGinty ha muerto. ¿Cómo murió?
Arriesgando el cuello, como yo».

Spence seguía hablando:

—Aprovechó una oportunidad que a ella le pareció buena. Su hijo y *mistress* Oliver se iban al teatro. Telefoneó a la persona interesada y le pidió que fuera a verla. ¿Es así cómo lo ve usted? Estaba jugando a detective.

—Algo así. Curiosidad. Se guardó para sí lo que sabía; pero deseaba descubrir más. No se dio cuenta de que lo que estaba haciendo pudiera resultar peligroso —Poirot exhaló un suspiro—. ¡Hay tanta gente que piensa en el asesinato como si fuera un juego! No es un juego. Se lo dije. Pero no quiso escucharme.

—No. Eso ya lo sabemos. Bueno, eso parece encajar bastante bien. Cuando Robin salió con *mistress* Oliver y regresó un momento a la casa, su madre acababa de telefonear a alguien. No quiso decir a quién. Se hizo la misteriosa. Robin y *mistress* Oliver creyeron que habría sido a *usted*.

—Ojalá hubiera sido. ¿No tiene sospecha de a quién fue?

—Ni la menor idea. Todos los teléfonos son automáticos por aquí.

—¿La doncella no pudo ayudarle en nada?

—No. Regresó a eso de las diez y media. Tiene llave de la puerta de atrás. Se fue derecha a su cuarto, que da a la cocina, y se metió en la cama. La casa estaba a oscuras y supuso que *mistress* Upward se habría acostado y que los otros aún no estarían de vuelta.

Y agregó:

—Es sorda y bastante rara. Se fija muy poco en lo que pasa a su alrededor. Y me imagino que hace la menor cantidad de trabajo posible y gruñe todo lo que puede.

—¿No es una verdadera servidora fiel que ha envejecido en la familia?

—¡Quiá! Solo lleva con los Upward un par de años.

Un policía asomó a la puerta.

—Una joven desea verle, señor superintendente —dijo—. Dice que hay algo que quizá debiera usted saber. De anoche.

—¿De anoche? ¡Que pase!

Entró Deirdre Henderson. Estaba pálida y demacrada y, como de costumbre, daba muestras de inquietud.

—Pensé que quizá fuera mejor que viniese —anunció—. Si es que no le interrumpo o algo —agregó en son de excusa.

—De ninguna manera, *miss* Henderson.

Spence se puso en pie y acercó una silla. Se sentó la joven en ella con el garbo de una colegiala.

—¿Algo acerca de lo ocurrido anoche? —le animó Spence—. ¿Acerca de *mistress* Upward quiere decir? Ande, explíquenos todo cuanto sepa usted.

—Sí. Es cierto que la asesinaron, ¿verdad? Quiero decir… el cartero lo dijo. Y el panadero también. Mamá dijo que, claro, no podía ser verdad…

Se interrumpió.

—Me temo que su madre no está del todo acertada. Es verdad que la asesinaron y ahora, ¿quería usted hacer una decla… quería usted decirnos algo?

Deirdre movió afirmativamente la cabeza.

—Sí —respondió—. Es que, ¿sabe?, yo estuve allí.

Un leve cambio se introdujo en la actitud de Spence. Sería esta aún más dulce quizá; pero se observaba, en el fondo, cierta dureza oficial.

—Estuvo usted allí —dijo—. En Laburnums. ¿A qué hora?

—No lo sé con exactitud. Entre ocho y media y nueve, supongo. Probablemente cerca de las nueve. Después de la cena, desde luego. Me telefoneó ella, ¿comprende?

—¿*Mistress* Upward le telefoneó a usted?

—Sí. Dijo que Robin y *mistress* Oliver se iban al teatro, a Cullenquay, y que estaría sola, y que si querría acercarme a tomar una taza de café con ella.

—¿Fue usted?

—Sí.

—¿Tomó café con ella?

Deirdre negó con la cabeza.

—No. Llegué allí… y llamé. Pero no me contestaron. Conque abrí la puerta y entré en el vestíbulo. Estaba a oscuras, y había visto ya desde fuera que no había luz en la sala. Quedé un poco desconcertada. Llamé «¡*mistress* Upward!», una o dos veces; pero no obtuve respuesta. Por tanto, creí que debía haber un error.

—¿Qué error creyó usted que podía haber habido?

—Creí que a lo mejor se habría marchado con ellos al teatro, después de todo.

—¿Sin avisarla a usted?

—Eso me pareció raro.

—¿No se le ocurrió ninguna otra explicación?

—*Bueno*, creí que, a lo mejor, Frieda no habría entendido bien el mensaje. Los toma mal a veces. Es extranjera. Estaba excitada anoche, además, porque se marchaba.

—¿Qué hizo usted, *miss* Henderson?

—Me limité a marcharme.

—¿A su casa otra vez?

—Sí… es decir, primero fui a pasear un poco. Hacía muy buena noche.

Spence guardó silencio unos segundos, mirándola. Le estaba contemplando, observó Poirot, la boca.

Por fin dijo animadamente:

—*Bueno*, pues muchas gracias, *miss* Henderson. Hizo usted muy bien en venir a decirnos eso. Le estamos muy agradecidos.

Se puso en pie y le estrechó la mano.

—Me pareció que debía —dijo Deirdre—. Mamá no quería que lo hiciese.

—¿De veras?

—Pero yo opiné que era mi deber.

—Y así es.

La condujo hasta la puerta y regresó.

Tomó asiento, tableteó sobre la mesa con los dedos y miró a Poirot.

—Nada de carmín —dijo—, ¿o es sólo esta mañana?

—No; no es sólo esta mañana. No lo usa nunca.

—Resulta extraño hoy en día, ¿verdad?

—Es una muchacha extraña… sin desarrollar.

—Y nada de perfume tampoco… que yo oliese. Esa *mistress* Oliver dice que anoche había un penetrante olor a perfume, perfume caro, en la casa. Robin Upward lo confirma. No era perfume del que usara su madre.

—No creo que esta muchacha use perfume alguno.

—Tampoco lo creo yo. Se parece al capitán del equipo de hockey de un colegio de señoritas de antaño… pero debe de tener bien cumplidos los treinta.

—En efecto.

—¿Retraso mental, cree usted?

Poirot estudió la pregunta. Luego dijo que no era la cosa tan sencilla como todo eso.

—No encaja —dijo Spence, frunciendo el entrecejo—. Nada de carmín, nada de perfume. Y, puesto que tiene una madre en perfecto estado, y la de Lily Gamboll murió en una riña de borrachos en Cardiff cuando Lily contaba nueve años, no veo cómo puede ser ella Lily Gamboll. *Pero… mistress* Upward le telefoneó para que fuese a verla anoche: eso no puede negarse —se frotó la nariz—. No es llano el camino,

—¿Y la evidencia médica?

—No hay gran ayuda por ese lado. Lo único que el forense afirma es que probablemente estaba muerta ya a las nueve y media.

—Según eso, ¿podía estar muerta cuando Deirdre Henderson llegó a Laburnums?

—Lo estaría, probablemente, si la muchacha dice la verdad. Y o *dice* la verdad, o es más lista de lo que parece. La madre no quería que viniese a nosotros, dice. ¿Ve algo en eso?

Poirot reflexionó.

—No en particular. Es lo que diría la madre. Es de esa clase de mujeres, ¿comprende?, que huye de todo lo que pueda resultar molesto.

Spence exhaló un suspiro.

—Ya tenemos situada a Deirdre Henderson… en la escena. O, si no, a otra persona que llegara antes que Deirdre. Una mujer. Una mujer que usa carmín y un perfume caro.

Murmuró Poirot:

—Usted investigará…

Spence le interrumpió:

—¡Lo estoy haciendo! Con diplomacia por el momento. No nos interesa alarmar a nadie. ¿Qué estuvo haciendo Eve Carpenter anoche? ¿Qué estuvo haciendo Shelagh Rendell anoche? Lo más probable es que estuvieran sentadas tranquilamente en su casa. Sé que Carpenter dio ayer un mitín.

—Eve —dijo Poirot, pensativo—. En cuestión de nombres, las modas cambian, ¿verdad? Rara vez se oye hoy en día el de Eva. Ha pasado de moda. Pero Eve es popular.

—Esa puede permitirse el lujo de usar perfume caro —dijo Spence, siguiendo el hilo de sus propios pensamientos.

Volvió a suspirar.

—Tenemos que descubrir algo más de su vida. ¡Es tan conveniente ser viuda de guerra! Puede una aparecer en cualquier parte, con cara de lástima, llorando a un joven y valeroso aviador. A nadie le gusta hacer preguntas.

Cambió de tema.

—Con el cortador de azúcar o lo que sea que nos envió… creo que ha dado usted en el clavo. Es el arma que se empleó en el asesinato de McGinty. El doctor está de acuerdo en que se presta para dar la clase de golpe que se dio. Y ha tenido manchas de sangre. Se lavó, claro está. Pero no se dan cuenta de que hoy en día una cantidad microscópica de sangre revela su presencia, gracias a los potentes reactivos de que se dispone. Sí; se trata de sangre humana. Y eso vuelve a relacionar el asunto con los Wetherby y con la chica Henderson. ¿O acaso me equivoco?

—Deirdre Henderson estaba segura de que el cortador de azúcar se había mandado al Traiga y Compre, del Festival de la Cosecha.

—¿Y *mistress* Summerhayes estaba igualmente segura de que lo había adquirido en el de Nochebuena?

—*Mistress* Summerhayes nunca está segura de nada —contestó Poirot con melancolía—. Es una mujer encantadora, pero no entran en su composición ni el orden ni el método. Pero una cosa le diré

yo, que he vivido en Long Meadows… Allí están siempre abiertas puertas y ventanas. Cualquier persona… cualquiera sin excepción… podría entrar, llevarse algo y devolverlo más tarde sin que los Summerhayes se dieran cuenta de nada. Si un día falta de su sitio, ella cree que se lo ha llevado su marido para descuartizar un conejo o partir leña… y él… él creería que se lo había llevado su mujer para picar la carne que comen los perros. En esa casa, nadie usa la herramienta que corresponde: cogen lo primero que pillan a mano, y lo dejan luego en cualquier sitio menos en el suyo; y nadie se acuerda de nada. De tener que vivir yo así, me hallaría en estado de perpetua ansiedad… A ellos no parece importarles.

Nuevo suspiro de Spence.

—Bien; pues algo de bueno hay en esto, por lo menos: no ejecutarán a James Bentley mientras no se aclare este asunto. Hemos mandado una carta al Ministerio. Nos proporciona lo que andábamos necesitando: tiempo.

—Creo —atajó Poirot— que me gustaría ver a Bentley otra vez… ahora que sabemos un poco más.

2

Poco cambio se había operado en James Bentley. Estaba, quizá, un poco más delgado y tenía más inquietas las manos. Fuera de esto, seguía siendo la misma criatura silenciosa y sin esperanza.

Hércules Poirot habló con cuidado. Había nuevos indicios. Se estaba procediendo a una revisión del asunto. Existía, por consiguiente, esperanza… Pero a James Bentley no le atraía la esperanza.

—De nada servirá —dijo—. ¿Qué más pueden descubrir?

—Los amigos de usted —aseguró Poirot— están trabajando mucho.

—¿Mis amigos? —se encogió de hombros—. No tengo amigos.

—No debe decir eso. Tiene, por lo menos, dos.

—¿Dos amigos? Me gustaría saber quiénes son.

El tono no expresaba, en realidad, deseo alguno de que se lo comunicaran, sino simplemente hastío e incredulidad.

—En primer lugar, el superintendente Spence…

—¿Spence? ¿Spence? ¿El superintendente policíaco que preparó la acusación contra mí? Eso resulta cómico.

—No es cómico. Es afortunado. Spence es un hombre muy perspicaz y muy concienzudo. Quiere estar completamente seguro de que no ha cometido ningún error.

—Bien seguro se siente de eso ya.

—Por extraño que parezca, anda muy lejos de tener esa seguridad. Por eso, como he dicho, es su amigo.

—¡Esa clase de amigo!

Hércules Poirot aguardó. Hasta el propio James Bentley, pensó, debía de tener algún atributo humano. Ni el propio James Bentley podía carecer por completo de algo de la curiosidad que caracteriza a la mayoría de los hombres.

Y en efecto, Bentley, al cabo de unos instantes, preguntó:

—¿Quién es el otro?

—Maude Williams.

Bentley no pareció reaccionar.

—¿Maude Williams? ¿Quién es?

—Trabajaba en las oficinas de Breather & Scuttle.

—¡Ah, esa *miss* Williams!

—*Précisément*, esa *miss* Williams.

—Pero ¿qué tiene que ver con ella?

Había momentos en que Hércules Poirot hallaba la personalidad de James Bentley tan irritante, que sentía de todo corazón no poderle creer culpable del asesinato de *mistress* McGinty. Por desgracia, cuanto más le irritaba Bentley, más se inclinaba a compartir las creencias de Spence. Cada vez le costaba más trabajo imaginarse a Bentley matando a alguien. Poirot estaba seguro de que la actitud de James Bentley ante el asesinato hubiera sido que, después de todo, nada valía la pena. Si las ínfulas, la «chulería», la presunción, eran características de los asesinos, como decía Spence, Bentley nada tenía de asesino.

Poirot dijo, conteniéndose:

—*Miss* Williams se interesa por este asunto. Está convencida de que es usted inocente.

—No veo qué puede saber ella del caso.

—Le conoce a usted.

Bentley parpadeó. De mala gana dijo:

—Supongo que sí, hasta cierto punto, aunque no muy bien.

—Trabajaron juntos en el despacho, ¿verdad? ¿Comieron a veces juntos?

—Pues… sí… una o dos veces. El Café del Gato Azul está muy a mano… al otro lado de la calle.

—¿No salió nunca de paseo con ella?

—Si quiere que le diga le verdad, sí que salimos una vez. Dimos un paseo por las lomas.

Hércules Poirot dio un bufido.

—*Ma foi*, ¿acaso intento arrancarle la confesión de un crimen? ¿No es natural que salga en compañía de una muchacha bien parecida? ¿No es agradable? ¿No le produce satisfacción alguna?

—No veo por qué.

—A la edad de usted, es natural y justo que disfrute de la compañía de muchachas.

—No conozco a muchas chicas.

—*¡Ça se voit!* Pero de eso no debiera presumir, sino avergonzarse. Usted conocía a *miss* Williams; trabajó con ella y habló con ella, y a veces comió con ella, y una vez salió de paseo con ella. Y cuando la menciono, ¡ni siquiera recuerda usted su nombre!

James Bentley se puso colorado.

—Es que… ¿sabe?… nunca he tenido gran cosa que ver con muchachas y ella no es precisamente lo que uno llamaría una señorita, ¿no le parece? ¡Oh, muy agradable *y* todo eso!… Pero no puedo menos de pensar que mi madre la hubiese encontrado vulgar… ordinaria…

—Lo que importa es lo que *usted piense*.

James Bentley volvió a sonrojarse.

—Su cabello —dijo— y la clase de ropa que lleva… Mamá, claro está, era un poco anticuada…

Se interrumpió.

—Pero ¿halló usted a *miss* Williams, cómo diré yo… simpática?

—Siempre fue muy bondadosa —dijo James Bentley despacio—. Pero no… no *comprendía* en realidad. Se le murió la madre cuando no era más que una niña, ¿sabe?

—Y luego perdió usted la colocación —dijo Poirot—. No pudo

encontrar otra. *Miss* Williams se vio con usted en Broadhinny, según tengo entendido.

James Bentley dio muestras de embarazo.

—Sí… sí. Iba a ir allá por cuestión de negocios y me mandó una postal. Me pidió que me viera con ella. No comprendo por qué. No es como si la hubiera conocido bien de verdad.

—Pero ¿se vio con ella?

—Sí; no quise ser grosero.

—¿Y la llevó al cine o la invitó a comer?

James Bentley pareció escandalizarse.

—¡Oh, no! Nada de eso. Nos… nos limitamos a hablar mientras aguardaba ella el autobús.

—¡Ah! ¡Cuán divertido debe de haberle resultado eso a la pobre chica!

James Bentley dijo vivamente:

—Yo no tenía dinero. No debe olvidar eso. No tenía ni un penique.

—Claro. Fue unos cuantos días antes que mataran a *mistress* McGinty, ¿no es cierto?

James Bentley movió afirmativamente la cabeza. Dijo de pronto:

—Sí, fue el lunes. La mataron el miércoles.

—Le voy a preguntar otra cosa, *mister* Bentley. ¿*Mistress* McGinty compraba el *Sunday Comet*?

—Sí.

—¿Leyó alguna vez ese periódico?

—Solía ofrecérmelo a veces; pero no se lo aceptaba casi nunca. A mi madre no le gustaba esa clase de periódico.

—Por consiguiente, ¿no vio el *Sunday Comet* de aquella semana?

—No.

—¿Y *mistress* McGinty no habló de él, ni de nada de su contenido?

—¡Ya lo creo que sí! —contestó inesperadamente Bentley—. ¡No habló de otra cosa!

—*¡Ah, la la!* Conque no habló de otra cosa. ¿Y qué fue lo que dijo? Tenga cuidado. Esto es muy importante.

—No lo recuerdo muy bien ahora. Fue algo relacionado con un asesinato antiguo. El caso Craig creo que era… no; quizá no fuese Craig. Sea como fuere, dijo que alguien relacionado con el caso

vivía en Broadhinny ahora. No habló de otra cosa. No pude comprender por qué había de importarle eso.

—¿Dijo qué persona de Broadhinny era?

—Creo que esa mujer cuyo hijo escribe obras de teatro.

—¿La mencionó por el nombre?

—No… yo… la verdad, hace tanto tiempo…

—Se lo suplico, intente pensar. Desea usted verse en libertad de nuevo, ¿verdad?

—¿En libertad?

La pregunta parecía sorprenderle.

—Sí; en libertad.

—Yo… sí… supongo que sí…

—Entonces *¡piense! ¿Qué fue lo que dijo mistress McGinty?*

—Pues… algo así como: «Tan satisfecha de sí misma como está y tan orgullosa. No tendría tanto de qué enorgullecerse si todo se supiera». Y añadió: «Nadie diría que se trataba de la misma mujer viendo el retrato». Pero, claro, se había tomado años antes.

—¿Por qué estaba usted seguro que era de *mistress* Upward de quien hablaba?

—La verdad es que no lo sé… Me dio esa impresión simplemente. Había estado hablando de *mistress* Upward… y luego perdí yo todo interés y no escuché… y después… Bueno, ahora que lo pienso, no sé en realidad de quién estaba hablando. Hablaba mucho, ¿sabe?

Poirot suspiró. Dijo:

—Yo, personalmente, no creo que fuera de *mistress* Upward de quien hablara. Yo creo que sería de otra. Es fantástico pensar que, si llegan a ahorcarle a usted, será porque no presta suficiente atención a la gente con quien conversa. ¿Le hablaba mucho *mistress* McGinty de las casas en que trabajaba, o de las señoras de dichas casas?

—Sí, hasta cierto punto… pero es inútil preguntármelo. No parece usted darse cuenta, *monsieur* Poirot, que tenía mi propia vida en que pensar entonces. Me hallaba consumido por la ansiedad… me encontraba en una situación desesperada…

—¡No tanto como la situación en que se encuentra ahora! ¿Habló *mistress* McGinty de *mistress* Carpenter… o Selkirk, como se llamaba entonces… o de *mistress* Rendell?

—Carpenter tiene esa casa nueva en la cima de la colina y un

automóvil grande, ¿verdad? Era el prometido de *mistress* Selkirk. *Mistress* McGinty siempre le tuvo ojeriza a *mistress* Selkirk. No sé por qué. «La del salto», eso es lo que solía llamarla. No sé lo que quería decir con ello…

—¿Y los Rendell?

—El médico, ¿verdad? No recuerdo que dijera nada en particular de ellos.

—¿Y los Wetherby?

—Recuerdo lo que de ellos dijo —anunció Bentley con gesto de satisfacción—. «No tengo paciencia con sus remilgos ni sus caprichos», eso es lo que dijo de ella. Y de él: «No suelta ni una palabra, buena ni mala».

Hizo una pausa.

—Dijo que en aquella casa no había felicidad —agregó.

Poirot alzó la mirada. Durante un segundo, la voz de James Bentley había tenido un dejo del que careciera hasta entonces. No estaba repitiendo obedientemente lo que recordaba. Había salido fugazmente de su apatía. James Bentley estaba pensando en Hunter's Close, en la vida que allí se llevaba, en si era o no una casa desgraciada. Pensaba objetivamente.

Poirot preguntó con dulzura:

—¿Los conocía usted? ¿A la madre? ¿Al padre? ¿A la hija?

—En realidad, no. Fue el perro. Un *Sealyham*. Cayó en una trampa. Ella no podía sacarle. La ayudé yo.

Se notaba otra vez algo nuevo en la voz. «La ayudé yo», había dicho, vibrando levemente en las palabras un eco de desmedido orgullo.

Poirot recordó lo que le había dicho *mistress* Oliver de su conversación con Deirdre.

Preguntó:

—¿Hablaron ustedes?

—Sí. Ella… su madre sufría mucho, me dijo. Quería mucho a su madre.

—¿Y usted le habló de la suya?

—Sí —respondió simplemente el otro.

Poirot nada dijo. Aguardó.

—La vida es muy cruel —dijo James Bentley—. Muy injusta. Hay gente que nunca parece conseguir la menor felicidad.

—Es posible —dijo Hércules Poirot.

—No creo que hubiera conocido mucho a *miss* Wetherby.

—Henderson.

—¡Ah, sí! Me dijo que tenía padrastro.

—Deirdre Henderson —dijo Poirot—; Deirdre de los Dolores. Lindo nombre; pero no linda muchacha, según tengo entendido.

James Bentley se ruborizó.

—A mí —aseguró— se me antojó bastante bien parecida…

Capítulo XIX

—Tú escúchame a mí —dijo *mistress* Sweetiman.

Edna, acatarrada, sorbió ruidosamente. Llevaba escuchando a *mistress* Sweetiman un buen rato. Como conversación, no podía resultar más exasperante, puesto que se había discutido en círculo cerrado. *Mistress* Sweetiman había dicho las mismas cosas varias veces, variando la fraseología un poco, pero no gran cosa. Edna había dado sorbetones, lloriqueado de cuando en cuando y repetido sus únicas dos contribuciones a la discusión. Primera: «¡Ay, no puedo!». Segunda: «Papá me despellejará viva, ya verá si no».

—Aunque te desuelle —repuso *mistress* Sweetiman—. Un asesinato es un asesinato, y lo que viste, lo viste, y eso no tiene vuelta de hoja.

Edna dio un sorbetón.

—Y lo que debieras hacer…

Se interrumpió la mujer para servir a *mistress* Wetherby, que deseaba comprar agujas de hacer punto y otra onza de lana.

—No la he visto por aquí desde hace algún tiempo, señora —dijo con animación la encargada de la estafeta.

—No; ando muy lejos de encontrarme bien últimamente —asintió *mistress* Wetherby—; del corazón, ¿sabe? —exhaló un suspiro—. Tengo que pasar mucho rato echada.

—He oído decir que tiene usted sirvienta por fin. Querrá agujas oscuras para esta lana tan clara.

—Sí. Tiene aptitudes, no puede negarse. Y no guisa del todo mal. Pero… ¡qué modales!, ¡qué aspecto! Cabello teñido ¡y unos jerseys más ajustados!

—¡Ah! —dijo *mistress* Sweetiman—. Hoy en día no se prepara a las muchachas como es debido para servir. Mi madre empezó a los

trece años, y se levantaba todas las mañanas a las cinco menos cuarto. Acabó siendo doncella principal, con tres chicas a sus órdenes, y las enseñó como era debido. Pero hoy en día no hay nada de eso… a las chicas no se las enseña ahora. No hacen más que educarlas, como a Edna.

Las dos mujeres miraron a Edna, que, apoyada contra el mostrador de la estafeta, daba sorbetones, chupaba un caramelo de menta y tenía la expresión más vacua que darse puede. Como ejemplo de cultura, no le hacía mucho honor al sistema de enseñanza.

—Ha sido terrible lo de *mistress* Upward, ¿verdad? —dijo *mistress* Sweetiman, por hacer conversación mientras *mistress* Wetherby examinaba varias agujas de color.

—¡Horrible! Apenas se atrevían a decírmelo. Y cuando lo hicieron, me entraron unas palpitaciones aterradoras. ¡Tengo una sensibilidad tan grande!

—Fue un golpe muy rudo para todos. En cuanto a *mister* Upward… ¡cómo se puso! ¡Menudo trabajo le dio a esa señora que escribe hasta que llegó el médico y le dio un sedante o algo! Se ha ido a Long Meadows ahora de pensión. No se encontraba con ánimos para quedarse en la casa… y no me extraña, por cierto. Janet Groom se marchó a casa de su sobrina y la policía tiene la llave… La señora que escribe las novelas policíacas se ha vuelto a Londres, pero vendrá otra vez para asistir a la vista de la causa.

Mistress Sweetiman comunicó todos estos detalles con fruición. Se jactaba de estar bien informada. *Mistress* Wetherby, cuyo deseo de comprar agujas de hacer punto obedeciera posiblemente al afán de estar al tanto de lo que estaba sucediendo, pagó sus compras.

—Es turbador en grado sumo —dijo—. El pueblo entero resulta tan peligroso… Debe haber un loco suelto por ahí. Cuando pienso que mi propia hija salió anoche, que hubieran podido atacarla, quitarle la vida quizá…

Mistress Wetherby cerró los ojos y se tambaleó. *Mistress* Sweetiman la contempló con interés, pero sin alarma. *Mistress* Wetherby volvió a descorrer los párpados y dijo con dignidad:

—Debieran establecerse patrullas de vigilancia en este pueblo. No debiera salir la gente joven después de oscurecer, y debieran cerrarse todas las puertas con llave y cerrojo. ¿Sabe que en Long

Meadows *mistress* Summerhayes nunca cierra con llave *ninguna* de las puertas? Ni siquiera de *noche*. Deja la puerta de atrás y la ventana de la sala abiertas para que puedan entrar y salir los perros y los gatos. Yo, personalmente, considero que eso es una grandísima locura. Pero ella dice que siempre lo han hecho y que si los ladrones quieren entrar siempre pueden hacerlo.

—No creo que encontrara un ladrón mucho que llevarse en Long Meadows.

Mistress Wetherby sacudió tristemente la cabeza y se fue.

Mistress Sweetiman y Edna reanudaron su discusión.

—Es inútil que quieras dártelas de saber más que nadie —dijo la encargada de la estafeta—. Lo que está bien, está bien, y un asesinato es un asesinato. Di la verdad y avergüenza al demonio. Eso es lo que yo digo.

—Papá me despellejaría viva, vaya que sí —anunció Edna.

—Ya le hablaré yo a tu padre.

—¡Ay, yo no podría hacer eso!

—*Mistress* Upward ha muerto. Y tú viste algo de lo que no está enterada la Policía. Estás empleada en la estafeta, ¿verdad? Eres funcionaria del Gobierno. Tienes que cumplir con tu deber. Tienes que ir a Bert Hayling.

Edna estalló de nuevo en sollozos.

—No; a Bert, eso sí que no… ¿Cómo iba a poder ir yo a Bert? A los pocos minutos lo sabría todo el pueblo.

Mistress Sweetiman dijo, vacilando:

—Está ese señor extranjero…

—No a un extranjero, eso sí que no podría hacerlo. No a un extranjero.

—No; quizá tengas razón en eso.

Se detuvo a la puerta un automóvil con agudo chirriar de frenos.

—Es el comandante Summerhayes. Cuéntaselo todo a él y te aconsejará.

—¡Ay, no podría! —contestó Edna, aunque menos convencida.

Johnnie Summerhayes entró en la estafeta cargado con tres cajas de cartón.

—Buenos días, *mistress* Sweetiman —saludó alegremente—; espero que estas cajas no pasen del peso.

Mistress Sweetiman se hizo cargo de las cajas en su capacidad de

funcionaria de Correos. Mientras Summerhayes humedecía los sellos, dijo ella:

—Perdone, señor. Quisiera pedirle un consejo.

—Diga, *mistress* Sweetiman.

—Puesto que usted es de aquí, sabrá mejor lo que debe hacer.

Summerhayes asintió con un gesto. Siempre le conmovía extrañamente la persistencia del espíritu feudal de los pueblos ingleses. Los habitantes de Broadhinny sabían muy poca cosa de él; pero porque su padre, y sus abuelos, y muchos antepasados suyos habían vivido en Long Meadows, consideraban natural que les aconsejase y les dirigiera cuando se lo pidieran.

—Se trata de Edna, aquí presente —anunció *mistress* Sweetiman.

Edna dio un sorbetón.

Johnnie Summerhayes la miró, dubitativo. Jamás, se dijo, había visto a una muchacha menos atractiva. Parecía un conejo desollado. Y medio «pasada de rosca» por añadidura. ¿Es posible que se encontrara en lo que solían llamar «dificultades»? Pero no; *mistress* Sweetiman no le hubiese pedido consejo en un caso así.

—¿Bien? —inquirió bondadosamente—. ¿Qué sucede?

—Se trata del asesinato, señor. La noche del crimen Edna vio algo.

Johnnie Surnmerhayes miró rápidamente a *mistress* Sweetiman, y luego volvió a fijar la vista en Edna.

—¿Qué viste, Edna? —quiso saber.

Edna empezó a sollozar. *Mistress* Sweetiman tomó la palabra.

—Claro está que hemos estado oyendo esto y lo de más allá. Parte es rumor y parte es verdad. Pero se dice definitivamente que hubo allí aquella noche una señora que bebió café con *mistress* Upward. Es así; ¿verdad, señor?

—Sí, creo que sí.

—Sé que eso es verdad porque nos lo dijo Bert Hayling.

Albert Hayling era el guardia del pueblo, y Summerhayes le conocía muy bien. Un hombre que hablaba despacio y que estaba convencido de su propia importancia.

—Ya —dijo Summerhayes.

—Pero no saben, ¿verdad?, quién es la dama. Bueno, pues Edna, aquí presente, la *vio*.

Johnnie miró a Edna. Contrajo los labios como para emitir un

silbido.

—Conque la viste, ¿eh, Edna? ¿Entrando o saliendo?

—Entrando —contestó la muchacha. Una leve sensación de importancia le aflojó la lengua—. Yo estaba al otro lado del camino, debajo de los árboles. Justamente en el recodo, donde está oscuro. La vi. Entró por la verja, se acercó a la puerta, estuvo parada allí un momento y luego… luego entró.

Se le despejó a Johnnie el semblante.

—No te preocupes —dijo—. Era *miss* Henderson. La Policía está enterada ya. Fue ella misma a decírselo.

Edna sacudió la cabeza.

—No era *miss* Henderson —anunció.

—¿No? ¿Quién era entonces?

—No lo sé. No le vi la cara. Estaba de espaldas a mí. Pero no era *miss* Henderson.

—¿Cómo sabes que no era *miss* Henderson si no podías verle la cara?

—Porque tenía el pelo rubio. Y *miss* Henderson es morena.

Summerhayes dio muestras de incredulidad todavía…

—La noche era muy oscura. Difícilmente podría verse el color del pelo a nadie.

—Pues se lo vi. Estaba encendida la luz por encima del porche. La dejaron así porque *mister* Robin y la señora policíaca se habían ido juntos al teatro. Y se quedó parada debajo mismo de la luz. Llevaba una chaqueta oscura y la cabeza descubierta, y le brillaba el pelo, rubio a más no poder. Lo vi yo.

Johnnie emitió un silbido prolongado. Se había puesto serio ahora.

—¿A qué hora fue eso? —preguntó.

Edna sorbió otra vez.

—No lo sé con exactitud.

—Lo sabes aproximadamente —intervino *mistress* Sweetiman.

—No eran las nueve. Las hubiese oído dar en la iglesia. Pero eran más de las ocho y media.

—Entre ocho y media y nueve. ¿Cuánto tiempo estuvo allí?

—No lo sé, señor. Porque no aguardé más. Y no oí nada. Ni gemidos, ni gritos, ni nada así.

Por el tono en que lo dijo, Edna parecía levemente ofendida o

chasqueada.

Pero no habría habido gemidos ni gritos. Johnnie Summerhayes sabía eso. Dijo gravemente:

—Bueno, pues no hay más que una cosa que hacer. Es preciso que sepa todo esto la Policía.

Edna estalló de nuevo en sollozos salpicados de sorbetones.

—Papá me despellejará viva —lloriqueó—. Vaya si lo hará.

Dirigió a *mistress* Sweetiman una mirada suplicante, y huyó a la trastienda. *Mistress* Sweetiman volvió a tomar la palabra.

—Lo que pasa es lo siguiente —dijo en contestación a la mirada interrogadora del otro—: Edna se ha estado portando como una alocada. Es muy riguroso su padre… quizá demasiado… pero es difícil saber qué es lo mejor en estos tiempos. Hay un joven muy buena persona en Cullavon, y él y Edna han estado saliendo juntos con regularidad, y su padre estaba encantado de que así fuera. Pero Reg es un poco parado, y ya sabe usted lo que son las chicas. Edna ha empezado a salir últimamente con Charlie Masters.

—¿Masters? Es uno de los empleados del granjero Cole, ¿verdad?

—Sí, señor. Uno de los jornaleros. Y es casado y tiene dos criaturas. Siempre anda persiguiendo a las muchachas, y es un mal hombre en todos los aspectos. Edna no tiene sentido común y su padre lo cortó en seco. Y muy bien hecho. Conque, ¿comprende?, Edna marchó aquella noche a Cullavon para ir al cine con Reg, eso es lo que le dijo a su padre, por lo menos… Pero en realidad salió a encontrarse con Masters. Le estuvo esperando en el recodo del camino donde solían citarse. Bueno, pues Masters no se presentó. Quizá no le dejara salir su mujer, o anduviera detrás de otra chica. El caso es que no fue. Edna aguardó y acabó dándose por vencida. Pero usted comprenderá que le va a resultar difícil explicar qué hacía allí cuando debiera haber tomado el autobús para Cullavon.

Johnnie Summerhayes movió afirmativamente la cabeza. Disimulando el asombro y maravilla que le causaba el hecho de que la insípida Edna pudiera tener suficiente atractivo para que la buscaran dos hombres, concentróse en el aspecto práctico del asunto.

—No quiere ir a decírselo a Bert Hayling —dijo, comprendiendo en seguida.

—Justo, señor.

Summerhayes reflexionó.

—Me temo que es preciso que lo sepa la Policía —dijo con dulzura.

—Eso es lo que yo le dije, señor.

—Esta dará muestras seguramente de tacto y diplomacia en cuanto a las circunstancias se refiere. Es posible que no tenga que presentarse a declarar. Y lo que ella les diga se lo callarán. Podría llamar por teléfono a Spence y pedirle que viniera… no, será mejor que me lleve a Edna a Kilchester en el coche. Si se presenta allí en la Comisaría, no es necesario que se entere nadie del pueblo. Les telefonearé primero, anunciándoles nuestra visita.

Y así fue como, tras una breve llamada telefónica, Edna, sorbiendo sin parar, se abrochó la chaqueta y, animada por una palmadita que le dio en el hombro *mistress* Sweetiman, subió a la *rubia* del comandante y emprendió en ella, el camino de Kilchester.

Capítulo XX

Hércules Poirot se hallaba en el despacho del superintendente Spence en Kilchester. Estaba retrepado en una silla, con los ojos cerrados y las manos juntas, tocándose las yemas de los dedos.

El superintendente recibió algunos informes, dio instrucciones a un sargento y, por último, miró a su compañero.

—¿Alguna idea, *monsieur* Poirot?

—Reflexiono —le contestó éste—. Paso revista.

—Olvidé preguntarle ¿Le sacó a algo de utilidad cuando le vio?

Poirot sacudió la cabeza. Frunció el entrecejo. Había estado pensando en James Bentley precisamente.

Era molesto, pensó Poirot, exasperado, que en un caso como aquel, en el que había ofrecido sus servicios gratuitamente, nada más que por amistad y por el respeto que le inspiraba un funcionario de tanta integridad, la víctima de las circunstancias anduviera tan desprovista de atractivo romántico. De haberse tratado de una mujer joven y hermosa, aturdida e inocente, o de un joven de noble porte, aturdido también, pero cuya «cabeza está ensangrentada, pero se mantiene erguida», pensó Poirot, que había leído últimamente mucha poesía inglesa en una antología, hubiera sido otra cosa. En lugar de eso, se encontraba con James Bentley, caso patológico, egocéntrico, individuo que jamás había pensado gran cosa en nadie más que en sí mismo. Un hombre que no agradecía los esfuerzos que se estaban haciendo por salvarle… que apenas si experimentaba interés en ellos…

«La verdad —pensó Poirot—, casi daría igual dejar que le ahorcaran, puesto que no parece importarle».

No; no llegaría tan lejos.

La voz del superintendente irrumpió en estas reflexiones.

—Nuestra entrevista —repuso entonces— fue, por decirlo así, singularmente improductiva. Cualquier cosa útil que hubiera podido recordar Bentley, no la recordó… lo que sí le acudió a la memoria fue tan vago e inseguro, que no podemos usarlo como base constructiva. Pero, de todas formas, de lo que aparentemente no cabe duda es de que el artículo del *Sunday Comet* excitó a *mistress* McGinty. Le habló de él a Bentley, haciendo especial referencia a «alguien relacionado con el caso», que en la actualidad tenía su residencia en Broadhinny.

—¿Con qué caso? —inquirió vivamente Spence.

—Nuestro amigo no estaba seguro del todo. Dijo, dubitativo, el caso Craig… pero quizá le acudió a la memoria ese nombre por ser el caso Craig el único del que había oído hablar en su vida. El «alguien», no obstante, era una mujer. Hasta citó las palabras de McGinty. Alguien que «no tendría tanto de qué enorgullecerse si todo se supiera».

—*¿Enorgullecerse?*

—*Mais oui*. Una palabra muy sugestiva, ¿no es cierto?

—¿No hay indicio de quién era la orgullosa dama?

—Bentley sugirió a *mistress* Upward… aunque sin base sólida alguna, que yo vea.

Spence sacudió la cabeza.

—Probablemente se le ocurrió por ser *mistress* Upward una mujer orgullosa y autoritaria… y lo era en grado sumo, por cierto. Pero no puede haber sido ella, puesto que la han dado muerte… y por la misma razón que a *mistress* McGinty: porque reconoció el retrato.

Poirot dijo con tristeza:

—Se lo advertí.

Spence murmuró, irritado:

—¡Lily Gamboll! Teniendo en cuenta la edad, no hay más que dos posibilidades: *mistress* Rendell y *mistress* Carpenter. A la Henderson no la cuento… tiene antecedentes conocidos.

—¿Y las otras no?

Spence exhaló un suspiro…

—Ya sabe usted cómo andan las cosas en estos tiempos. La guerra lo ha revuelto todo, y ha revuelto a todos. Una bomba de aviación le dio de lleno al reformatorio en que estuvo recluida Lily

Gamboll, destruyendo los archivos. En cuanto a la gente… no hay cosa tan difícil como reconstruir la vida de una persona. Broadhinny, por ejemplo… De la única gente de Broadhinny que sabemos algo es de la familia Summerhayes, que lleva, trescientos años afincada en el pueblo… y de Guy Carpenter, que es uno de los Carpenter de la casa de ingeniería. Todos los demás se encuentran… ¿cómo diré?… ¿en estado de fluidez? El doctor Rendell figura en el Registro de Médicos, y sabemos dónde estuvo y dónde ha ejercido, pero no conocemos nada de sus antecedentes domésticos. Su esposa es oriunda de la vecindad de Dublín. Eve Selkirk, como se llamaba antes de su matrimonio con Guy Carpenter, era una linda viudita de guerra. Fíjese en los Wetherby… parecen haber andado errantes por el mundo… haber estado allí, allá y en todas partes. ¿Por qué? ¿Hay alguna razón? ¿Malversó él los fondos de un Banco? ¿Dieron algún escándalo? Yo no digo que no podamos descubrir datos. Sí que nos es posible, pero para eso hace falta tiempo. Los interesados no nos ayudarán…

—Porque tienen algo que ocultar —dijo Poirot—; pero eso no quiere decir que se trate necesariamente de un asesinato. ¡Vaya usted a saber lo que cometieron!

—Justo. Puede ser que hayan tenido alguna escaramuza con la Ley, o que son de humilde procedencia, o que se trate de algún escándalo. Pero sea lo que fuere, han tomado toda suerte de precauciones para ocultarlo, y eso dificulta la investigación.

—Pero no la hace imposible.

—¡Oh, no!; imposible, no. Solo que se necesita tiempo. Como he dicho, si Lily Gamboll se halla en Broadhinny, o es Eve Carpenter o Shelagh Rendell. Las he interrogado… por puro formulismo: esa fue la explicación que di, por lo menos. Las dos dicen que estuvieron en su casa solas. *Mistress* Carpenter se mostró, como siempre, la ingenua de ojos muy abiertos. *Mistress* Rendell estaba nerviosa, pero es una mujer todo nervios y no puede uno guiarse por su estado.

—Sí —murmuró Poirot—; es de temperamento nervioso.

Estaba pensando en su encuentro con ella en el jardín de Long Meadows. *Mistress* Rendell había recibido un anónimo, o así lo había dado a entender… Se preguntó, como se había preguntado con anterioridad, el alcance de semejante declaración.

Spence prosiguió:

—Y hemos de andar con cuidado… porque, aun cuando una de ellas *sea* culpable, la otra es inocente…

—Y Guy Carpenter es diputado en perspectiva e importante personaje local.

—De nada le serviría eso como resultara ser culpable de asesinato, cómplice o encubridor —repuso Spence con dureza.

—Eso lo sé. Pero es necesario estar *seguro*, ¿no es cierto?

—En efecto. Sea como fuere, está usted de acuerdo en que ha de ser una de las dos, ¿verdad?

Poirot suspiró.

—No… no… no diría yo tanto. Hay otras posibilidades.

—¿Cuáles, por ejemplo?

Poirot guardó silencio por unos instantes. Luego dijo, con voz diferente, casual:

—¿Por qué conserva la gente fotografías?

—¿Por qué? ¡Dios sabe! ¿Por qué conserva la gente toda clase de cosas… chatarra… porquerías, trozos y pedazos, desperdicios? Pero las conserva.

—Estoy de acuerdo con usted hasta cierto punto. Alguna gente guarda las cosas inservibles. Otras las tiran cuando han dejado de emplearlas. Eso es cuestión de temperamento, sí. Pero ahora hablo de fotografías en particular. ¿Por qué conserva la gente, en particular, *retratos*?

—Como he dicho, porque no le gusta tirar nada. O porque les recuerda…

Poirot se agarró a las palabras.

—Exactamente. *Les recuerda*. Y ahora preguntamos otra vez: ¿por qué? ¿*Porqué* conserva una mujer una fotografía suya de cuando era joven? Y yo digo que la primera razón es esencialmente la vanidad. Ha sido una muchacha bonita y conserva el retrato para que le recuerde qué muchacha más bonita era. Sirve para animarla cuando el espejo le dice cosas desagradables. Le dice, quizá, a una amiga: «Así era yo cuando tenía dieciocho años». ¿Está usted de acuerdo?

—Sí, sí, eso me parece bastante cierto.

—En tal caso, esa es la razón número uno. Vanidad. Y ahora la razón número dos: sentimentalismo.

—¿No es lo mismo?

—No; no del todo. Porque este le induce a uno a conservar, no sólo su propia fotografía, sino la de alguna otra persona. Un retrato de una hija casada… cuando era niña… sentada en la alfombra al amor del fuego y envuelta en una gasa…

—He visto algunos de esos —contestó Spence con una sonrisa.

—Sí. A veces le resulta a la interesada un poco violento ver que la exhiben tan ligera de ropa; pero a las madres les gusta conservar esa clase de retratos de sus hijos. Y a los hijos suele gustarles conservar retratos de las madres, sobre todo si estas han muerto jóvenes. «Esta era mi madre, de niña».

—Empiezo a comprender adónde quiere usted llegar, Poirot.

—Y existe, posiblemente, una *tercera* categoría. Ni vanidad, ni sentimentalismo, ni amor… sino *odio*… ¿Qué opina usted?

—¿Odio?

—Sí. Para conservar vivo un deseo de venganza. Si alguien le ha hecho daño a uno, se puede conservar su retrato para recordarlo, ¿verdad?

—No me diga que eso puede aplicarse a este caso.

—¿No lo cree usted así?

—¿Qué está pensando?

Poirot murmuró:

—Las informaciones periodísticas son, con frecuencia, inexactas. El *Sunday Comet* aseguró que los Craig tenían a Eva Kane de institutriz. ¿Es cierto eso?

—Sí. Pero estamos investigando sobre la base de que es a Lily Gamboll a quien buscamos.

Poirot se irguió de pronto en su asiento. Agitó un dedo ante la cara de Spence.

—Mire. Mire la fotografía de Lily Gamboll. No es guapa… ¡no! Con franqueza, esos dientes y esas gafas la hacen horriblemente fea. Así, pues, nadie ha conservado la fotografía por la razón número uno. Ninguna mujer conservaría ese retrato por vanidad. Si Eve Carpenter o Shelagh Rendell, ambas bonitas, sobre todo Eve Carpenter, tuvieran un retrato suyo así… ¡lo harían mil pedazos, antes que pudiese verlo nadie!

—Algo hay de eso.

—Por tanto, la razón número uno queda eliminada. Ahora veamos el sentimentalismo. ¿Amaba alguien a Lily Gamboll en

aquella época? La clave de Lily Gamboll es esta: que nadie la quería, que todos la rechazaban. La persona que más aprecio le tuvo fue su tía. Y murió de un hachazo. Conque no se conservó ese retrato por sentimentalismo. ¿Y venganza? Nadie la odiaba tampoco. La tía asesinada era una mujer sola, sin marido ni amistades íntimas. Nadie odiaba a esa criatura de los barrios bajos… solo les inspiraba lástima.

—Escuche, *monsieur* Poirot: lo que está usted diciendo es que nadie hubiera conservado ese retrato.

—Justo. Ese es el resultado de mis reflexiones.

—Pero alguien lo conservó. Porque *mistress* Upward lo había visto.

—*¿Está usted seguro?*

—¡Qué rayos! ¡Fue usted mismo quien me lo dijo! Lo aseguró ella.

—Sí —asintió Poirot—; ella lo aseguró. Pero, en cierto modo, la difunta *mistress* Upward era muy reservada. Le gustaba hacer las cosas a su manera. Le enseñé las fotografías y reconoció una de ellas. Pero quiso guardar el secreto por no sé qué motivo. Deseaba, digamos, tratar cierta situación de acuerdo con su capricho. Así, pues, como era mujer perspicaz y rápida en sus decisiones, señaló deliberadamente *otra* fotografía y *no* la que había reconocido, reservándose así su descubrimiento.

—Pero ¿por qué?

—Porque, como ya he dicho, quería obrar por su cuenta y sin ayuda.

—¿No se trataría de chantaje? Porque poseía una cuantiosa fortuna, como viuda de un fabricante del Norte.

—¡Oh, no, chantaje no! Más bien beneficencia. Supondremos que le era simpática la persona en cuestión y que *no* deseaba delatar su secreto. No obstante, tenía *curiosidad*. Era su propósito celebrar una entrevista a solas con dicha persona. Y en el transcurso de ella decidir si su interlocutora había tenido algo que ver con la muerte de *mistress* McGinty o no. Algo por el estilo.

—Así, ¿no quedan eliminadas las otras tres fotografías, después de todo?

—En absoluto. *Mistress* Upward pensaba ponerse en contacto con la persona interesada a la primera oportunidad. Esta se presentó al

marcharse *mistress* Oliver y su hijo al Repertory Theatre, de Cullenquay. *Y telefoneó a Deirdre Henderson*. Lo cual vuelve a situar a Deirdre Henderson en escena. ¡Y a su madre!

El superintendente sacudió con melancolía la cabeza.

—Cómo le gusta a usted complicar las cosas, ¿verdad, *monsieur* Poirot? —dijo.

Capítulo XXI

Mistress Wetherby regresó a casa desde la estafeta de Correos a paso sorprendentemente ligero para una persona considerada habitualmente como inválida. Sólo al entrar en el edificio empezó a arrastrar los pies de nuevo y se dejó caer en el sofá.

Tenía el timbre al alcance de la mano y lo hizo sonar.

Como nada ocurrió, volvió a tocar, conservando el dedo en el pulsador un buen rato.

Oportunamente se presentó Maude Williams. Llevaba un guardapolvo de flores estampadas y un paño de quitar el polvo en la mano.

—¿Llamaba usted, señora?

—Dos veces. Cuando llamo, espero que se presente alguien en seguida. Pudiera encontrarme gravemente enferma.

—Lo siento, señora. Me encontraba arriba.

—Ya lo sé. En mi cuarto. La oí. Y estaba sacando los cajones. No sé por qué. No forma parte de sus obligaciones andar husmeando y revolviéndome las cosas.

—No andaba husmeando. Colocaba ordenadamente algunas de las cosas que había dejado usted tiradas por ahí.

—No diga tonterías. Todas ustedes husmean. Y me niego a consentirlo. Me siento muy débil. ¿Está *miss* Deirdre en casa?

—Se llevó el perro a dar un paseo.

—¡Que estupidez! Podía haberse figurado que la necesitaría. Tráigame un huevo batido con leche y agregue un poco de coñac. El coñac está en el aparador.

—No quedan más que tres huevos para desayunar mañana.

—Entonces alguien tendrá que pasarse sin el suyo. Dése prisa, ¿quiere? No esté ahí parada, mirándome. Y va usted demasiado

pintada. No es conveniente eso.

Se oyó un ladrido en el vestíbulo, y al salir Maude entraron Deirdre y su *Sealyham*.

—Oí tu voz —anunció Deirdre casi sin aliento—. ¿Qué le has estado diciendo?

—Nada.

—Tenía cara de furia.

—La puse en su sitio. ¡Qué chica más impertinente!

—¡Oh mamá, querida! ¿Es preciso eso? Resulta tan difícil encontrar criadas… y guisa bien.

—¡Supongo que no tiene importancia que sea insolente *conmigo*! —*mistress* Wetherby puso los ojos en blanco y aspiró varias veces trémulamente—. He andado demasiado —murmuró.

—No debiste salir, querida. ¿Por qué no me dijiste que te ibas?

—Pensé que me sentaría bien tomar un poco el aire. ¡Hay tan poca ventilación aquí! No importa. A una no le interesa en realidad vivir… no; si ha de resultar una carga para los demás.

—No eres una carga, querida, Me moriría sin ti.

—Eres una buena chica, pero me doy cuenta de cómo te canso y te pongo los nervios de punta.

—No es verdad… no es verdad —dijo Deirdre con pasión.

Mistress Wetherby exhaló un suspiro y cerró los ojos.

—No… no puedo hablar mucho —murmuró—. He de echarme y estar quieta.

—Le meteré prisa a Maude para que te traiga el ponche.

Deirdre salió corriendo de la estancia. En sus prisas dio con el codo contra una mesa y un ídolo de bronce cayó al suelo.

—¡Qué torpe! —murmuró *mistress* Wetherby para sí, haciendo una mueca.

Se abrió la puerta y entró *mister* Wetherby.

Permaneció inmóvil unos instantes. *Mistress* Wetherby abrió los párpados.

—¡Ah! ¿Eres tú, Roger?

—Me estaba preguntando qué sería todo ese ruido que sonaba aquí. Es imposible leer tranquilo en esta casa.

—Sólo era Deirdre, querido. Entró con el perro.

El hombre se agachó y recogió del suelo la monstruosidad de bronce.

—Deirdre ya tiene edad suficiente para no andar tirando las cosas a todas horas.

—Es un poco torpe.

—Pues resulta absurdo ser torpe a sus años. ¿Y no sabe impedir que ladre ese perro?

—Le hablaré, Roger.

—Si ha de hacer de este su hogar, debe tener en cuenta nuestros deseos y no portarse como si la casa fuese suya.

—¿Quizá preferirías que se marchase? —murmuró *mistress* Wetherby.

Observó a su marido por entre los entornados párpados.

—No, claro que no. ¡Claro que no! Naturalmente; es con nosotros con quienes le corresponde vivir. Lo único que yo pido es un poco más de sentido común y de buenos modales.

Agregó, pasados unos segundos.

—¿Has salido, Edith?

—Sí. Bajé hasta la estafeta.

—¿No hay noticias huevas de la pobre *mistress* Upward?

—La Policía sigue sin saber quién fue.

—Parece completamente inútil. ¿Hay móvil? ¿Quién la hereda?

—Supongo que el hijo.

—Sí… sí; entonces parece, en efecto, que debe de haber sido uno de esos vagabundos. Has de decirle a la muchacha que tenga cuidado de cerrar bien la puerta con llave. Y que, cuando empiece a anochecer, sólo la abra después de echar la cadena. Esos hombres son muy atrevidos y brutales en estos tiempos.

—Parece que no se han llevado nada de casa de *mistress* Upward.

—Es raro.

—No fue como en el caso de *mistress* McGinty.

—¿*Mistress* McGinty? ¡Ah, la de la limpieza! ¿Qué tiene que ver *mistress* McGinty con *mistress* Upward?

—Trabajaba para ella, Roger.

—No seas tonta, Edith.

Mistress Wetherby volvió a cerrar los ojos. Al salir el marido del cuarto, sonrió ella para sí.

Abrió con sobresalto los ojos otra vez, encontrándose con Maude a su lado.

—Lo que me había pedido, señora —dijo ésta, ofreciéndole un

vaso.

Tenía la voz alta y clara. Repercutía con demasiada resonancia en la amortiguada casa.

Mistress Wetherby alzó la vista con una vaga sensación de alarma.

¡Cuán alta y erguida era la muchacha! Se cernía sobre *mistress* Wetherby como… «como encarnación del sino, de la Fatalidad», pensó la señora. Y luego se preguntó por qué le habrían acudido a la mente tan extraordinarias palabras.

Se incorporó sobre el codo y tomó el vaso que le ofrecía la muchacha.

—Gracias, Maude —dijo.

La joven dio media vuelta y salió del cuarto. *Mistress* Wetherby aún se sentía vagamente turbada.

Capítulo XXII

1

Hércules Poirot alquiló un coche para regresar a Broadhinny. Estaba cansado, porque había estado pensando. El pensar siempre resultaba agotador. Y el resultado no había sido satisfactorio del todo. Era como si se hubiera tejido un diseño perfectamente visible en un trozo de tela. Y, sin embargo, aun cuando tenía la tela en la mano, no conseguía ver cuál era el diseño.

Pero todo se encontraba allí. Allí estaba la cosa: todo se encontraba allí. Solo que era uno de esos diseños autocoloreados y sutiles que no son fáciles de percibir.

Poco después de salir de Kilchester se cruzó con la *rubia* de los Summerhayes, que viajaba en dirección opuesta. Johnnie conducía y llevaba un pasajero. Poirot apenas se fijó en ellos. Aún continuaba con sus pensamientos.

Cuando llegó a Long Meadows, se metió en la sala. Quitó un cazo lleno de espinacas del sillón más cómodo y se sentó. Arriba sonaba el amortiguado tecleteo de una máquina de escribir. Era Robin Upward, que luchaba con una obra. Había roto ya tres versiones, según le dijera a Poirot. Sin saber por qué, no conseguía concentrarse.

Robin podría sentir mucho la muerte de su madre; pero seguía siendo Robin. Upward, el egocéntrico, cuyo propio bienestar era su sola y principal ocupación.

—*Madre* —aseguró con toda solemnidad— hubiese querido que siguiera adelante con mi trabajo.

Hércules Poirot había oído decir aproximadamente lo mismo a

mucha gente. Una de las suposiciones más convenientes era saber lo que los difuntos hubiesen deseado. Los afligidos jamás experimentaban duda alguna acerca de los deseos de aquellos seres queridos que acababan de abandonar el mundo. Y tales deseos solían estar de acuerdo con sus propias inclinaciones.

En aquel caso, probablemente, sería verdad.

Mistress Upward había tenido mucha fe en el trabajo de Robin y se había sentido extremadamente orgullosa de él.

Poirot se recostó contra el respaldo del asiento y cerró los ojos.

Pensó en *mistress* Upward. Consideró cómo había sido en realidad. Recordó una frase que le había oído a un funcionario policíaco en cierta ocasión: «Le desarmaremos por completo para ver qué es lo que le hace funcionar».

¿Qué era lo que había hecho funcionar a *mistress* Upward?

Sonó un fuerte golpe, y entró Maureen Summerhayes en el cuarto. El viento le arremolinaba el cabello.

—No se me ocurre qué puede haberle sucedido a Johnnie —dijo —. Solo salió para llevar esos pedidos especiales a la estafeta de Correos. Debía de haber estado de vuelta hace horas. Quiero que me arregle la puerta del gallinero.

«Un caballero de verdad —se dijo Poirot— se ofrecería a arreglar la puerta del gallinero». Poirot no hizo tal cosa, sin embargo. Quería seguir pensando en los dos asesinatos y en el carácter de *mistress* Upward.

—Y no encuentro ese impreso del Ministerio de Agricultura — prosiguió Maureen—. He mirado por todas partes.

—Las espinacas están en el sofá —observó Poirot, tratando de ayudarla.

A Maureen no le preocupaban las espinacas.

—Mandaron ese impreso la semana pasada —musitó—, y debo haberlo puesto en alguna parte… quizá fuera cuando zurcía ese jersey de Johnnie.

Se acercó al buró y empezó a abrir cajones. Vació la mayor parte de su contenido en el suelo, sin miramientos. A Poirot le resultaba un verdadero tormento observarla.

De pronto lanzó un grito de triunfo:

—¡Aquí está!

Encantada, salió corriendo de la estancia.

Hércules Poirot exhaló un suspiro y volvió a entregarse a sus meditaciones.

Arreglar con orden y precisión…

Frunció el entrecejo. El desordenado montón de objetos en el suelo junto al buró le distraía.

¡Qué manera de buscar las cosas!

Orden y método; eso era lo que hacía falta. Orden y método.

Aún cuando se había vuelto de lado en su asiento, seguía viendo la confusión. Artículos de coser, un montón de calcetines, cartas, lana de hacer punto revistas, lacre, fotografías, un jersey…

¡Era insoportable!

Se puso de pie, cruzo hasta el buró y empezó a guardar nuevamente los objetos de los cajones.

El jersey, los calcetines, la lana de hacer punto…

Luego, en el cajón siguiente, el lacre, las fotografías, las cartas…

Sonó el timbre del teléfono.

La estridencia le hizo dar un respingo.

Cruzó hacia el teléfono y descolgó el auricular.

—¡Diga! ¡Diga!

Le contestó la voz del superintendente Spence:

—¡Ah, es usted, *monsieur* Poirot! Por usted iba a preguntar.

La voz de Spence había cambiado hasta el punto de resultar difícil de reconocer. Estaba evidentemente preocupadísimo.

—¡Mira que llenarme la cabeza de tonterías acerca de un error en los retratos! —murmuró con mezcla de reproche e indulgencia —. Tenemos una pista nueva. La muchacha de la estafeta de Broadhinny. El comandante Summerhayes acaba de traerla. Parece ser que estaba parada casi enfrente de la casa aquella noche y vio entrar a una mujer. Después de las ocho y media o antes de las nueve. Y no era Deirdre Henderson. Era una mujer de pelo rubio. Eso nos vuelve a conducir adonde habíamos estado. No cabe duda que ha sido una de las dos: Eve Carpenter o Shelagh Rendell. La cuestión ahora es esta: ¿cuál de ellas?

Poirot abrió la boca, pero no habló. Con gran tiento volvió a colgar el auricular.

Permaneció inmóvil, fija la mirada, sin ver.

Sonó el teléfono de nuevo.

—¿Diga?

—¿Puedo hablar con *monsieur* Poirot?

—Está hablando con él.

—Me lo figuré. Maude Williams al aparato. ¿Estafeta de Correos dentro de un cuarto de hora?

—Allí estaré.

Colgó.

Bajó la mirada ¿Se cambiaría de zapatos? Le dolían un poco los pies. ¡Ah!, bueno, daba igual.

Se caló el sombrero y salió de la casa.

Cuando bajaba la colina le saludó uno de los hombres del superintendente Spence, que salía en aquellos momentos de Laburnums.

—Buenos días, *monsieur* Poirot.

Este respondió con cortesía. Observó que el sargento Fletcher parecía excitado.

—El superintendente me mandó para que hiciese un registro completo —explicó—, por si había alguna cosilla que se nos hubiera pasado por alto. Nunca sabe uno, ¿verdad? Ya habíamos registrado la mesa, claro, pero al superintendente se le ocurrió que pudiera haber algún cajoncillo secreto… seguramente había estado leyendo alguna novela de espionaje. Bueno, pues no había ningún cajón secreto. Pero después me puse a mirar los libros. A veces la gente mete una carta en un libro que ha estado leyendo. Lo sabe, ¿verdad?

Poirot dijo que lo sabía.

—¿Y descubrió usted algo? —preguntó cortésmente.

—Ni una carta ni cosa que se le pareciese. Pero hallé algo interesante… o, por lo menos, yo creo que es interesante. Mire.

Sacó del papel de periódico en que lo llevaba envuelto un libro viejo y bastante estropeado.

—Estaba en uno de los estantes. Un libro publicado hace años. Pero fíjese.

Lo abrió y enseñó la guarda. Escritas con lápiz en la misma había dos palabras: *Evelyn Hope*.

—Es interesante, ¿no le parece? Este es el nombre, por si no recuerda…

—El nombre que tomó Eva Kane después de marchar de Inglaterra. Sí que lo recuerdo —le interrumpió Hércules Poirot.

—Parece como si, cuando *mistress* McGinty descubrió una de esas fotos aquí, en Broadhinny, fuese la de *mistress* Upward. Eso complica un poco las cosas, ¿verdad?

—Vaya si las complica —contestó de corazón Poirot—; y puedo asegurarle que en cuanto vuelva usted al superintendente Spence con esa información, se arrancará los pelos de raíz… sí, de raíz.

—Espero que no le dará tan fuerte como todo eso —murmuró el sargento.

Poirot no le respondió. Continuó cuesta abajo.

Había dejado de pensar. Nada tenía ya sentido.

Entró en la estafeta de Correos. Maude Williams estaba allí, examinando modelos de labores. Poirot no le dirigió la palabra. Se encaminó al mostrador de los sellos. Cuando Maude hubo hecho su compra, *mistress* Sweetiman cambió de mostrador, y entonces Poirot le compró unos sellos. Maude salió del establecimiento.

Mistress Sweetiman parecía preocupada y con pocas ganas de hablar. Poirot pudo salir tras de Maude bastante aprisa. La alcanzó un poco más allá, en el camino, y ajustó su paso al de ella.

Mistress Sweetiman, atisbando por la ventana de la estafeta, se dijo con desaprobación:

—¡Estos extranjeros! Son todos lo mismo, absolutamente todos. ¡Y este que podría ser su abuelo!

2

—*¡Eh bien!* —dijo Poirot—, ¿tiene alguna cosa que decirme?

—No sé si será importante. Alguien intentó entrar por la ventana del cuarto de *mistress* Wetherby.

—¿Cuándo?

—Esta mañana. *Ella* estaba fuera. Y la muchacha había salido con el perro. El marido estaba encerrado en su despacho, como de costumbre. Normalmente, yo hubiese estado en la cocina, que cae al

otro lado, como el despacho, pero me pareció una buena ocasión para… ¿comprende?

Poirot asintió con un gesto.

—Conque subí al piso y me colé en el cuarto de su excelencia doña Acidez. Había una escalera pegada a la ventana y un hombre intentaba alzar la falleba. La señora, desde el asesinato, lo tiene todo cerrado. No entra ni una pizca de aire fresco. Cuando me vio el hombre, bajó a toda prisa y se fue. La escalera era la del jardinero. Había estado recortando la hiedra y luego se había marchado a tomar un piscolabis.

—¿Quién era el hombre? ¿Puede describirle mas o menos?

—Sólo le vi un instante. Para cuando yo llegué a la ventana, había bajado la escalera y desaparecido. Y cuando le vi al principio, estaba él de espaldas al sol y no pude verle la cara.

—¿Está usted segura de que se trataba de un hombre?

Maude reflexionó.

—Vestía de hombre, por lo menos… llevaba un sombrero viejo, de fieltro. *Podía* haber sido una mujer, claro está.

—Es interesante —dijo Poirot—. Es muy interesante… ¿Nada más?

—Nada aún. ¡La de porquerías que guarda esa mujer! ¡Debe andar mal de la cabeza! Entró sin que yo la oyera esta mañana y me echó una bronca por andar husmeando. Acabaré por asesinarla. Si alguien anda pidiendo que la asesinen, ese alguien es ella. Es desagradable a más no poder.

Poirot murmuró dulcemente:

—Evelyn Hope…

—¿Qué es eso?

La joven se volvió bruscamente hacia él.

—¡Por lo visto conoce usted el nombre!

—Pues… sí… Es el nombre que Eva Cómo Se Llame tomó cuando marchó para Australia. Lo…lo decía el periódico… el *Sunday Comet*.

—El *Sunday Comet* dijo muchas cosas; pero no dijo eso. La Policía encontró ese nombre anotado en un libro de casa de *mistress* Upward.

Maude exclamó:

—Entonces sí que era ella… y *no murió* allá. Michael tenía razón.

—¿Michael?

Maude dijo bruscamente:

—No puedo entretenerme. Llegaré tarde a servir la comida. La tengo en el horno, pero se estará quemando ya.

Echo acorrer. Poirot se quedo mirando cómo se alejaba.

Allá en la ventana de la estafeta, *mistress* Sweetiman, con la nariz pegada al cristal, se preguntó si aquel extranjero viejo le habría estado haciendo proposiciones de cierto carácter a la muchacha.

3

De vuelta en Long Meadows, Poirot se quitó los zapatos y se puso unas zapatillas. No eran *chic*; no eran, en su opinión, *comme il faut*, pero necesitaba un alivio para sus pies atormentados.

Se sentó en el sillón otra vez y se puso a pensar de nuevo. Tenía, ahora mucho en que pensar.

Algunas cosas se le habían escapado, cosas pequeñas.

El rompecabezas estaba todo allí. Solo necesitaba cohesión.

Maureen, copa en mano, hablando con voz soñadora, haciendo una pregunta. Lo que había contado *mistress* Oliver de su noche en el teatro. ¿Cecil? ¿Michael? Estaba casi seguro de que había mencionado un Michael. Eva Kane, institutriz de los Craig…

Evelyn Hope…

¡Claro! ¡Evelyn Hope!

Capítulo XXIII

1

Eve Carpenter entró en casa de los Summerhayes de la misma manera que solía hacerlo la mayor parte de la gente: empleando la puerta o la ventana que encontrara más a mano.

Andaba buscando a Hércules Poirot, y cuando lo encontró no perdió el tiempo en preámbulos.

—Escuche —dijo—; usted es detective y se dice que es de los mejores. Bien. Le alquilo.

—¿Y si no me alquilo, *madame*? *¡Mon Dieu!* ¡Yo no soy un taxi!

—Usted es detective particular, y a los detectives particulares se les paga, ¿verdad?

—Esa es la costumbre.

—Bueno, pues eso es lo que digo. Yo le pagaré. Le pagaré bien.

—¿Por qué? ¿Qué es lo que quiere que haga?

Eve Carpenter dijo vivamente:

—Protegerme contra la Policía. Están locos. Al parecer, creen que maté a esa Upward. Y andan husmeando, haciéndome toda suerte de preguntas… y desenterrando cosas. No me gusta. Están trastornándome el juicio.

Poirot la contempló. Era cierto algo de lo que decía. Parecía años más vieja que cuando la viera por primera vez unas cuantas semanas antes. Las enormes ojeras daban mudo testimonio de las noches pasadas sin dormir. Líneas bien señaladas le corrían desde la boca a la barbilla. Y la mano, al encender un cigarrillo, le temblaba convulsivamente.

—Tiene usted que poner fin a esto —dijo—. Es absolutamente

necesario.

—*Madame*, ¿qué puedo hacer yo?

—Mantenerles a raya de una manera o de otra. ¡Qué frescura tienen! Si Guy fuera hombre, pondría coto a sus actividades. No permitiría que me persiguiesen.

—Y… ¿él no hace nada?

Ella contestó bruscamente:

—No se lo he dicho. No hace más que hablar pomposamente de la necesidad de dar a las autoridades toda la ayuda posible. Claro, ¿a él qué demonio le importa? Se siente seguro. Aquella noche estuvo en no sé qué mitin político.

—¿Y usted?

—Sentada en casa. Escuchando la radio.

—Si lo puede demostrar…

—¿Cómo quiere que lo demuestre? Ofrecí a los Croft una cantidad fabulosa para que dijeran que habían entrado y salido varias veces y que me habían visto allí. Los muy cerdos se negaron a complacerme.

—Fue muy poco prudente por parte suya hacer semejante sugerencia. Esto puede comprometerla enormemente.

—No veo por qué. Lo hubiera resuelto todo.

—Con ello probablemente ha logrado usted convencer a sus sirvientes de que fue usted, en efecto, quien cometió el asesinato.

—Bueno… había pagado a Croft; de todas formas, por…

—¿Por qué?

—Nada.

—No olvide que solicita mi ayuda.

—¡Oh, no era cosa que importase! Pero Croft fue quien tomó el recado que dio ella…

—¿*Mistress* Upward?

—Sí. Pidiéndome que fuese a verla aquella noche.

—Y… ¿dice usted que no fue?

—¿Por qué habría de ir? Era una pelmaza esa mujer. ¿A santo de qué iba yo a ir a su casa a tenerla cogida de la mano? No soñé ni por un momento en ir.

—¿Cuándo llegó ese mensaje?

—Hallándome ausente. No sé exactamente cuándo… Supongo que entre cinco y seis. Croft lo tomó.

—Y usted le dio dinero para que olvidara haber tomado tal mensaje. ¿Por que?

—No sea idiota. No quería verme envuelta en el asunto.

—Y luego, ¿le ofreció usted dinero para que le proporcionaran una coartada? ¿Qué cree usted que pensarán él y su mujer?

—¿A quién diablos le importa lo que ellos piensen?

—Pudiera importarle a un jurado —contestó solemnemente Poirot.

Le miró ella boquiabierta.

—No hablará en serio.

—Ya lo creo que hablo en serio.

—¿Harían caso a la servidumbre… y a mí no?

Poirot la contempló.

¡Tan crasa grosería y estupidez! Despertando la hostilidad de la gente que hubiera podido ayudarla. Una política miope e idiota. Miope…

Unos ojos azules tan grandes y hermosos…

Dijo dulcemente.

—¿Por qué no usa lentes, *madame*? Los necesita.

—¿Cómo? ¡Oh!, los llevo a veces. Los usaba siempre de niña.

—Y se hizo una plancha para la dentadura.

Le miró con asombro.

—Pues, si quiere que le diga la verdad, sí. ¿A qué viene todo eso?

—¿El pato feo se convierte en cisne?

—Desde luego, fui bastante fea.

—¿Lo creía así su madre?

Ella contestó vivamente:

—No recuerdo a mi madre. ¿Y de qué diablos estamos hablando? ¿Quiere aceptar el encargo?

—Lamento no poder aceptarlo.

—¿Por qué no?

—Porque en este asunto represento los intereses de James Bentley.

—¿James Bentley? ¡Ah!, se refiere a ese medio bobo que mató a la mujer de la limpieza. ¿Qué tiene él que ver con los Upward?

—Quizá… nada.

—¡Pues entonces! ¿Es cuestión de dinero? ¿Cuánto?

—Ese es su gran error, *madame*. Piensa siempre que el dinero lo puede todo. Tiene usted fortuna, y cree que solo la fortuna cuenta.

—No he tenido dinero siempre —dijo Eve Carpenter.

—No —dijo Poirot—. Ya me figuraba yo que no —movió la cabeza en dulce y afirmativo gesto—. Eso explica muchas cosas. Y excusa algunas.

2

Eve Carpenter salió por donde había entrado, vacilando un poco, como recordaba Poirot haberla visto hacer antes.

Se dijo dulcemente:

—Evelyn Hope…

Conque *mistress* Upward había telefoneado a Deirdre Henderson y a Evelyn Carpenter. Quizá hubiera telefoneado a alguna otra persona. Tal vez…

Entró Maureen con la violencia de siempre.

—Ahora son las tijeras. Perdone que tarde la comida. Tengo tres pares, y no encuentro ninguna.

Corrió al buró y se repitió el proceso que Poirot conocía ya. Esta vez alcanzó su objetivo un poco antes. Maureen soltó un grito de alegría y se fue.

Casi maquinalmente, Poirot se acercó al buró y se puso a meter las cosas en el cajón otra vez. Lacre, papel de escribir, una cesta de labor, fotografías…

Se quedó mirando la que tenía en la mano.

Se oyeron pasos presurosos por el corredor.

Poirot sabía moverse aprisa a pesar de su edad. Había dejado caer el retrato en el sofá, puesto encima un almohadón y tomado asiento para cuando volvió a entrar Maureen.

—¿Dónde demonios he puesto el cazo de las espinacas?

—Aquí está, *madame*.

Señaló el cazo, que reposaba a su lado en el sofá.

—¡Resulta que es ahí dónde lo dejé! —Lo cogió—. Todo va atrasado hoy…

Miró a Poirot, que estaba sentado más tieso que un palo.

—¿Para qué demonios quiere sentarse ahí? Aun con almohadones resulta el asiento más incómodo del cuarto. Todos los muelles están sueltos.

—Lo sé, *madame*. Pero estoy… estoy mirando ese cuadro de la pared.

Maureen alzó la mirada hacia el retrato al óleo de un oficial de marina, de cuerpo entero, con telescopio.

—Sí… es bueno. Aproximadamente, lo único bueno que hay en esta casa. No estamos muy seguros de que no sea un Gainsborough —exhaló un suspiro—. Johnnie no quiere venderlo, sin embargo. Es su tatara no sé cuántos abuelo, y se hundió con su barco, o hizo alguna cosa enormemente gallarda. Johnnie está la mar de orgulloso de él.

—Sí —dijo Poirot con dulzura—. Sí; ¡tiene algo de que estar orgulloso su marido!

3

Eran las tres cuando Poirot llegó a casa del doctor Rendell.

Había comido un guisado de conejo y espinacas, y patatas duras, y un budín muy extraño, aunque no chamuscado esta vez. «Le ha entrado agua», había explicado Maureen. Se había tomado media taza de un café que parecía barro. No se sentía muy bien.

Le abrió la puerta *mistress* Scott, la anciana ama de llaves, y preguntó por *mistress* Rendell.

Hallábase esta en la sala, con el aparato de radio encendido, y se levantó con sobresalto al serle anunciado Poirot.

Obtuvo este la misma impresión que la primera vez que la viera. Cautelosa, alerta, asustada de verle o de lo que representaba.

Parecía más pálida y más etérea que la vez anterior. Y estaba casi seguro de que había adelgazado.

—Deseo hacerle una pregunta, *madame*.

—¿Una pregunta? ¿Eh? ¡Ah!, sí.

—¿Le telefoneó a usted *mistress* Upward el día de su muerte?

Le miró fijamente. Asintió con un movimiento de cabeza.

—¿A qué hora?

—*Mistress* Scott tomó el recado. Creo que fue a eso de las seis.

—¿Cuál fue el mensaje? ¿Pedirle que la visitara aquella noche?

—Sí. Dijo que *mistress* Oliver y Robin marchaban a Kilchester y que se quedaría completamente sola, puesto que Janet salía. ¿Podría yo ir a hacerle compañía?

—¿Sugirió alguna hora en particular?

—De nueve en adelante.

—¿Y usted fue?

—Tenía esa intención. De veras que tenía esa intención. Pero no sé cómo ocurrió que aquella noche me quedé profundamente dormida después de cenar. Eran más de las diez cuando me desperté. Pensé que sería ya demasiado tarde.

—¿No le dijo usted a la Policía nada de la llamada de *mistress* Upward?

Abrió desmesuradamente los ojos. Tenían una mirada, ingenua, casi infantil.

—¿Debiera haberlo hecho? Puesto que no fui, creí que no importaría. Quizá, incluso, me sintiera un poco culpable. De haber ido yo, tal vez se encontrara viva en estos instantes —aspiró profundamente de pronto—. ¡Oh!… Espero que no fuera así.

—No fue así del todo —dijo Poirot.

Hizo una pausa y luego preguntó:

—*¿De qué tiene usted miedo, madame?*

Mistress Rendell contuvo el aliento. Al fin, dijo:

—¿Miedo? No tengo miedo.

—Sí que lo tiene.

—¡Qué tontería! ¿De qué… de qué había de tener miedo yo?

Poirot aguardó aún unos segundos antes de contestar:

—Pensé que quizá pudiera tenerme miedo a mí.

No le repuso ella. Pero se le abrieron desmesuradamente los ojos. Sacudió la cabeza en movimiento negativo, muy despacio y con gesto retador.

Capítulo XXIV

—Por ese camino vamos a parar al manicomio —dijo Spence.

—¡Oh!, no es tan complicado como todo eso —respondió, apaciguador, Hércules Poirot.

—Eso es lo que usted dice. Cada nuevo dato que nos llega hace más difícil la investigación. Ahora me dice usted que *mistress* Upward telefoneó *a tres* mujeres. Que les pidió que fueran a su casa, aquella noche. ¿Por qué tres? ¿No sabía ya cuál de ellas era Lily Gamboll? ¿O no se trata de Lily Gamboll, después de todo? Fíjese en ese libro que lleva el nombre de Evelyn Hope. Sugiere, ¿verdad?, que *mistress* Upward y Eva Kane eran una sola persona.

—Lo cual está completamente de acuerdo con la impresión que a James Bentley le dieron las palabras de *mistress* McGinty.

—Creí que él no estaba seguro.

—Y no lo estaba. A James Bentley le resultaría imposible estar seguro de nada. No escuchó con atención lo que *mistress* McGinty le decía. No obstante, si a James Bentley le dio la impresión de que *mistress* McGinty hablaba de *mistress* Upward, es muy posible que así sea. Las impresiones tienen fundamento con frecuencia.

—Nuestras últimas noticias de Australia (se marchó a Australia, en efecto, y no a América) parecen ser que «*mistress* Hope» murió allá hace veinte años.

—Eso ya me lo han dicho —dijo el detective.

—Usted siempre lo sabe todo, ¿eh, Poirot?

Este no hizo caso de la ironía. Dijo:

—Por un lado tenemos a «*mistress* Hope», muerta en Australia, ¿y por el otro?

—Por el otro tenemos a *mistress* Upward, viuda de un acaudalado fabricante del norte de Inglaterra. Vivió con él cerca de

Leeds y tuvo un hijo. Poco después de nacer el hijo, murió el marido. El muchacho acusaba una tendencia tuberculosa, y desde la muerte de su esposo vivió la mayor parte del tiempo en el extranjero.

—¿Y cuándo empieza la historia?

—Cuatro años después de marcharse Eva Kane de Inglaterra. Upward conoció a su mujer en el extranjero y la trajo a Inglaterra después de casarse.

—De suerte que *mistress* Upward podría ser Eva Kane. ¿Cómo se llamaba de soltera?

—Hargraves, según tengo entendido. Pero ¿qué hay en un nombre?

—¿Qué, en efecto? Eva Kane, o Evelyn Hope, puede haber muerto en Australia… pero puede muy bien haber combinado una muerte de conveniencia y resucitado con el nombre de Hargraves, haciendo a continuación una nueva boda.

—Todo eso ha ocurrido hace mucho tiempo —dijo Spence—. Pero supongamos que es cierto. Supongamos que conservó una fotografía suya y que *mistress* McGinty la vio… Entonces ha de suponerse que *ella* mató a *mistress* McGinty.

—Eso podía ser, ¿verdad? Robin Upward estaba hablando por radio aquella noche. *Mistress* Rendell hablaba de haber ido aquella noche a Laburnums y de no haber conseguido que la oyeran. Según *mistress* Sweetiman, Janet Groom le dijo que *mistress* Upward no estaba tan impedida como quería hacer creer.

—Todo eso está muy bien, Poirot; pero subsiste el hecho de que a *ella* la mataron… después de haber reconocido el retrato. Ahora quiere usted hacer creer que las dos muertes no tienen relación alguna.

—No, no. Yo no digo eso. Claro que están relacionadas.

—Me doy por vencido.

—Evelyn Hope. Ahí está la clave del problema.

—¿Evelyn Carpenter? ¿Es eso lo que usted piensa? ¡*No* Lily Gamboll, sino la hija de Eva Kane! Pero ¡no me diga que iba a matar ella a su propia madre!

—No, no. Este no es un caso de parricidio.

—¡Qué exasperante es usted, Poirot! ¡Acabará diciendo que Eva Kane, y Lily Gamboll, y Janice Courtland, y Vera Blake, viven *todas*

en Broadhinny! Las cuatro sospechosas.

—Tenemos más de cuatro. No olvide que Eva Kane era institutriz de los Craig.

—¿Qué tiene que ver eso con el asunto?

—Donde hay una institutriz tiene que haber niños… O, por lo menos, una criatura. ¿Qué *fue* de los hijos de los Craig?

—Creo que tenían un hijo y una hija. Algún pariente se los llevó.

—Por tanto, hay dos personas más a quienes tener en cuenta. Dos personas que pueden haber conservado un retrato por la razón tercera que mencioné: venganza.

—No lo creo —dijo Spence.

Poirot exhaló un suspiro.

—De todas formas, hay que tenerlas en cuenta. Creo conocer ya la verdad… aunque hay un hecho que me desconcierta por completo.

—Me alegro de que haya algo que le desconcierte.

—Confírmeme una cosa, *cher* Spence. Eva Kane abandonó el país antes de ser ejecutado Craig, ¿no es cierto?

—Completamente cierto.

—¿Y estaba por entonces esperando una criatura?

—En efecto.

—*Bon Dieu*, ¡qué estúpido he sido! —dijo Hércules Poirot—. El asunto es sencillísimo, ¿verdad?

Tras esta afirmación a punto estuvo de producirse un tercer asesinato: el de Hércules Poirot, en la Jefatura de Policía de Kilchester y a manos del superintendente Spence.

2

—Quiero una conferencia particular —anunció Poirot—. Con *mistress* Ariadne Oliver.

La conferencia particular con *mistress* Oliver no se consiguió sin

dificultad. *Mistress* Oliver estaba trabajando y no se la podía molestar. Poirot, sin embargo, se negó a aceptar negativas. Y al cabo de un rato logró oír la voz de la escritora.

Delataba enfado y precipitación.

—Bueno; ¿qué pasa? —inquirió—. ¿Era necesario llamarme en estos instantes? Se me ha ocurrido una idea magnífica para un asesinato en una pañería… una de esas anticuadas que venden combinaciones, peleles y camisetas raras de manga larga, ¿sabe?

—No sé. Y, de todas formas, lo que tengo que decir es mucho más importante.

—No puede serlo. No para *mí*, quiero decir. A menos que anote inmediatamente un bosquejo de mi idea, ¡se me *escapará*!

Poirot no tomó en cuenta esta angustia creadora. Hizo preguntas bruscas e imperativas, a las que *mistress* Oliver replicó con cierta vaguedad.

—Sí… sí… es un teatro de compañía fija… un teatro pequeño cuyo nombre no recuerdo: pues uno de ellos era Cecil No-sé-cuántos, y el muchacho con quien yo hablé se llamaba Michael.

—¡Admirable! Eso era todo lo que necesitaba yo saber.

—Pero ¿por qué Cecil y Michael?

—Vuelva a sus combinaciones, peleles y camisetas de manga larga, *madame*.

—No comprendo por qué no detiene usted al doctor Rendell —dijo *mistress* Oliver—. Si yo fuera jefe de Scotland Yard, lo haría.

—Es muy posible. Le deseo suerte con el asesinato en la pañería.

—Toda la idea me ha desaparecido ya —dijo *mistress* Oliver—. Me la ha echado usted a perder.

Poirot presentó sus excusas.

Soltó el auricular y le sonrió a Spence.

—Vamos ahora… o iré yo, por lo menos… a entrevistarnos con un actor joven que se llama Michael y que representa pequeños papeles en el Repertory Theatre, de Cullenquay. Lo único que le pido a Dios es que se trate del Michael que yo busco.

—¿Por qué diablos…?

Poirot esquivó con destreza la creciente ira de Spence.

—¿Sabe usted, *cher ami*, lo que es un *secret de Polichinelle*?

—¿Es eso una lección de francés? —inquirió, iracundo, el superintendente.

—*Un secret de Polichinelle* es uno que todo el mundo puede conocer. Por esta misma razón, la gente que no lo conoce no oye hablar nunca de él, porque si todo el mundo cree que sabe usted una cosa, nadie se la dirá.

—No sé cómo me contengo y no le pongo las manos encima —gruñó el enfurecido funcionario.

Capítulo XXV

La encuesta había terminado. El fallo: asesinato perpetrado por persona o personas desconocidas.

Después de la encuesta, a petición de Hércules Poirot, los que habían asistido a ella acudieron a Long Meadows.

Trabajando con diligencia, Poirot había logrado establecer cierto orden en la sala. Se habían colocado los asientos en semicírculo, a los perros de Maureen se los había excluido con dificultad, y Hércules Poirot, conferenciante por propio nombramiento, ocupó su sitio en un extremo de la estancia e inició la conferencia con un leve carraspeo para aclararse la garganta.

—*Messieurs et mesdames*…

Hizo una pausa. Las palabras que pronunció a continuación fueron inesperadas y parecieron casi burlescas:

Mistress McGinty ha muerto. ¿Cómo murió?
De rodillas, como yo.
Mistress McGinty ha muerto. ¿Cómo murió?
Con la mano tendida, como yo.
Mistress McGinty ha muerto. ¿Cómo murió?
Así…

Viendo la expresión de los que le escuchaban, prosiguió:

—No; no estoy loco. El hecho de que les repita la rima infantil de un juego de chiquillos no significa que me encuentre en la segunda infancia. Algunos de ustedes quizá hayan jugado a eso en su niñez. *Mistress* Upward había jugado a ello. Me lo repitió incluso… con una variación. Ella dijo: «*Mistress McGinty ha muerto.*

¿Cómo murió? Arriesgando el cuello, como yo». Eso dijo… y eso hizo. Arriesgó el cuello… y por eso ella, como *mistres* McGinty, murió…

Para nuestro propósito, es preciso que volvamos al principio… a *mistress* McGinty… de rodillas, fregando suelos ajenos. A *mistress* McGinty la mataron. Y un hombre, James Berttley, fue detenido, juzgado y condenado. Por ciertas razones, el superintendente Spence, encargado del caso, no estaba convencido de la culpabilidad de Bentley, a pesar de la fuerza de las pruebas existentes. Yo me mostré de acuerdo con él. Vine aquí a contestar una pregunta: ¿Cómo murió *mistress* McGinty? ¿*Por qué* murió?

»No les haré relatos largos y complicados. Diré tan solo que una cosa tan sencilla como un frasco de tinta me proporcionó un indicio. En el *Sunday Comet*, leído por *mistress* McGinty el domingo antes de su muerte, se publicaron cuatro fotografías. Ya están enterados a estas alturas de todo lo referente a esas fotografías. Conque solo diré que *mistress* McGinty reconoció entre ellas una que había visto en una de las casas en que trabajaba.

»Le habló de ello a James Bentley, aunque él no le dio importancia a la cosa por entonces. Ni después tampoco. En realidad, apenas la escuchó. Pero obtuvo la impresión de que había visto el retrato en casa de *mistress* Upward y que, cuando hizo referencia a una mujer que, de saberse todo, no tendría por qué enorgullecerse tanto, se refería a *mistress* Upward. No podemos fiamos de esta declaración suya; pero no cabe duda de que empleó la frase relacionada con el orgullo, y nadie puede negar que *mistress* Upward *era* orgullosa y autoritaria.

»Como todos ustedes sabrán, ya que algunos de ustedes se hallaban presentes, y los otros lo habrán oído contar, saqué esas cuatro fotografías en casa de *mistress* Upward. Observé una expresión de sorpresa en el rostro de la señora, y la acusé de haber reconocido a alguna de las mujeres. Tuvo que confesar que era cierto. Dijo que "había visto una de aquellas fotografías en alguna parte, pero que no recordaba dónde". Cuando le pregunté qué fotografía, señaló la de la niña Lily Gamboll. Pero eso, permítanme que les diga, *no era la verdad*. Por razones particulares, deseaba guardar el secreto. Señaló otra fotografía para desorientarme.

»Una persona hubo que no se dejó engañar, sin embargo: *la persona autora del asesinato*. Una persona sabía cuál era el retrato

que *mistress* Upward había reconocido. Y aquí no me andaré con rodeos: el retrato en cuestión era el de Eva Kane, mujer que fue cómplice, víctima o, posiblemente, instigadora en el famoso asesinato del caso Craig.

»A la noche siguiente, *mistress* Upward murió. La asesinaron por la misma razón que asesinaron a *mistress* McGinty. *Mistress* McGinty alargó la mano. *Mistress* Upward alargó el cuello. El resultado fue el mismo en ambos casos.

»Ahora bien: antes que *mistress* Upward muriera, tres mujeres recibieron llamadas telefónicas: *mistress* Carpenter, *mistress* Rendell y *miss* Henderson. Las tres llamadas eran mensajes de *mistress* Upward pidiendo a cada una de las personas en cuestión que acudieran a hacerle compañía aquella noche. Era la noche en que su sirvienta salía, y su hijo y *mistress* Oliver se iban a Cullenquay. Parece, por consiguiente, que deseaba hablar en privado con cada una de estas tres señoras.

»Pero ¿por qué tres mujeres? ¿Sabía *mistress* Upward dónde había visto el retrato de Eva Kane? ¿O sabía que lo había visto, pero no recordaba dónde? ¿Tenían estas tres mujeres algo en común? Nada, al parecer, salvo su *edad*. Todas ellas frisaban, aproximadamente, en los treinta.

»Quizá hayan leído ustedes el artículo del *Sunday Comet*. Se publicó en él un cuadro verdaderamente sentimental de la hija de Eva Kane en tiempo por venir. Las mujeres a quienes *mistress* Upward había citado tenían todas la edad precisa para poder haber sido la hija de Eva Kane.

»Conque parecía desprenderse que, aquí en Broadhinny se encontraba la hija del célebre asesino Craig y de su amante Eva Kane. Y también parece desprenderse que la joven estaba dispuesta a llegar a cualquier extremo por impedir que se supiera la verdad. Llegaría, incluso, a cometer dos asesinatos. Porque, cuando se halló muerta a *mistress* Upward, se encontraron dos tazas de café en la mesa, ambas usadas, y, en la taza de la visitante, leves indicios de carmín.

»Ahora volvamos a las tres mujeres que recibieron mensajes telefónicos. *Mistress* Carpenter recibió el aviso, pero dice que no fue a Laburnums aquella noche. *Mistress* Rendell tenía la intención de ir, pero se quedó dormida en su silla. *Miss* Henderson *sí* que fue a

Laburnums, pero la casa estaba a oscuras, no consiguió que oyeran sus llamadas y se volvió a casa otra vez. Eso es lo que cuentan las tres mujeres… pero hay pruebas que están en contradicción con sus declaraciones. Hay esa segunda taza de café con manchas de carmín. Y un testigo exterior, la muchacha llamada Edna, asegura firmemente haber visto *entrar* a una mujer rubia en la casa. También hay el indicio del perfume…, un perfume caro y exótico que, de entre todas las interesadas, solo *mistress* Carpenter usa…

Hubo una interrupción. Eve Carpenter exclamó:

—Es una mentira. ¡Es una mentira maligna y cruel! ¡No fui yo! ¡Jamás fui allí! Jamás me acerqué a la casa… Guy, ¿no puedes hacer algo contra esos embustes?

Guy Carpenter estaba blanco de ira.

—He de decirle, *monsieur* Poirot, que existe una ley contra la calumnia y que todas las personas aquí presentes son testigos de lo dicho.

—¿Es una calumnia decir que su esposa usa determinado perfume… y también, permítame que se lo diga, cierto carmín?

—¡Es absurdo! —exclamó Eve—. ¡Ridículo en grado sumo! *Cualquiera* podía ir por ahí derramando mi esencia.

Poirot la miró inesperadamente, radiante.

—*Mas oui*, ¡justamente! Cualquiera podía. Una cosa demasiado transparente, nada sutil, de hacer. Torpe y burda. Tan burda, que, en cuanto a mí se refiere, fracasó por completo. Hizo más. Me dio, como suele decirse, ideas. Sí; me dio ideas. Perfume… y rastro de carmín en una taza. Pero ¡es tan fácil quitar el carmín de una taza! Puedo asegurarles que es posible eliminar hasta el último indicio sin dificultad. O podían haberse retirado las propias tazas y lavarlas. ¿Por qué no? No había nadie en la casa. Pero eso no se hizo. Y me pregunté: ¿por qué? La respuesta pareció un énfasis deliberado sobre la femineidad, un deseo de subrayar el hecho de que era una mujer quien había cometido el asesinato. Reflexioné sobre las llamadas telefónicas a esas tres mujeres: todas ellas habían sido *mensajes*. En ningún caso había hablado la propia receptora con *mistress* Upward. Conque quizá *no* fuera *mistress* Upward quien había telefoneado. Era alguien que deseaba hacer recaer la culpabilidad del crimen sobre *una mujer… cualquier mujer*. De nuevo me pregunté: ¿por qué?, y solo puede haber una respuesta: que no

fue una mujer quien mató a *mistress* Upward… sino *un hombre*.

Paseó la mirada por su auditorio. Todos estaban muy quietos. Solo dos personas respondieron.

Eve Carpenter dijo, con un suspiro:

—¡Ahora empieza usted a hablar con sentido común!

Mistress Oliver movió vigorosamente la cabeza y dijo:

—Claro que sí.

—He llegado a este punto: un *hombre* mató a *mistress* Upward, y un *hombre* mató a *mistress* McGinty. ¿Qué hombre? El motivo del asesinato tenía que seguir siendo el mismo: todo gira alrededor del retrato. ¿En posesión de quién se hallaba aquella fotografía? Esa es la primera cuestión. ¿Y por qué se conservó? Bueno; eso quizá no sea tan difícil. Digamos que se conservó, al principio, por razones sentimentales. Una vez eliminada McGinty… no es necesario destruir el retrato. Pero después de cometido el segundo asesinato, la cosa varía. Esta vez el retrato se ha relacionado definitivamente con el crimen. Ahora resulta peligroso conservarlo. Por consiguiente, estarán ustedes de acuerdo en que se ha de destruir forzosamente.

Contempló las cabezas que expresaban con un movimiento su asentimiento.

—Pero, a pesar de todo eso, ¡la fotografía *no* se destruyó! ¡No, no fue destruida! Lo sé, porque la encontré. La encontré hace unos días. La encontré en esta misma casa. En el cajón del buró que ven ustedes pegado a la pared. Lo tengo aquí.

Enseñó la descolorida fotografía de la muchacha de las rosas.

—Sí —dijo Poirot—. Es Eva Kane. Y en el dorso hay dos palabras escritas con lápiz. ¿Quieren que les diga cuáles son? *Mi madre*…

Sus ojos, graves y acusadores, descansaron sobre Maureen Summerhayes. Esta se apartó el cabello de la cara y le miró con los ojos muy abiertos y aturdidos.

—No comprendo. Yo nunca…

—No, *mistress* Surnmerhayes, usted no comprende. Sólo puede haber dos razones para conservar este retrato después del segundo crimen. La primera de ellas es un sentimentalismo inocente. *Usted* no experimentaba sensación de culpabilidad; por tanto, podía conservar la fotografía. Nos dijo usted misma, en casa de *mistress*

Carpenter, cierto día, que era hija adoptiva. Dudo de que haya usted sabido nunca cuál era el nombre de su verdadera madre. Pero alguna otra persona lo sabía. Alguien que tiene todo el orgullo de la familia… un orgullo que le hace aferrarse a su casa ancestral, orgullo de sus antepasados y de su alcurnia. Ese hombre preferiría morir a consentir que el mundo… y que sus hijos… supieran que Maureen Summerhayes era hija del asesino Craig y de Eva Kane. Ese hombre, he dicho, preferiría morir. Pero eso no ayudaría, ¿verdad? En lugar de eso, digamos que tenemos aquí a un hombre dispuesto a matar.

Johnnie Summerhayes se levantó de su asiento. Su voz, cuando habló, era tranquila, casi amistosa:

—Está usted diciendo ya muchas bobadas, ¿verdad? Se está divirtiendo lanzando una serie tonta de teorías. ¡Eso es lo único que son: teorías! Diciendo cosas de mi mujer…

Estalló su ira de pronto, en furioso torrente:

—¡Maldita sea su estampa, perro indecente!…

La rapidez con que cruzó la habitación pilló a todos desprevenidos. Poirot saltó con agilidad hacia atrás y el superintendente Spence se metió de pronto entre Poirot y el esposo.

—Vamos, vamos, comandante Summerhayes, no se excite… no se excite…

Summerhayes se rehizo, se encogió de hombros y murmuró:

—Perdonen. Es absurdo en realidad. Después de todo… *cualquiera* puede meter una fotografía en un cajón.

—Precisamente —asintió Poirot—; y lo interesante de este retrato es que no tiene ninguna huella dactilar.

Hizo una pausa y luego movió la cabeza muy despacio, en gesto afirmativo.

—Pero debiera haberlas tenido —dijo—. Si *mistress* Summerhayes lo hubiese conservado, lo habría hecho inocentemente y, como es natural, *debiera* haber tenido huellas dactilares suyas.

Maureen exclamó:

—Yo creo que está usted loco. Jamás he visto ese retrato en mi vida… salvo aquel día en casa de *mistress* Upward.

—Es una suerte para usted —aseguró Poirot— que yo sepa que está usted diciendo la verdad. El retrato fue introducido en el cajón

unos minutos tan solo antes que yo lo encontrara. Por dos veces aquella mañana fue vaciado el contenido de ese cajón en el suelo, y por dos veces lo volví a meter todo en su sitio. La primera vez, el retrato *no estaba* en el cajón. La segunda vez, *sí*. Lo habían colocado allí en el intervalo, y *sé quién* lo hizo.

Había tomado una entonación distinta su voz. Ya no era un hombrecillo ridículo, de absurdo bigote y cabello teñido; era un cazador que se aproximaba a la pieza.

—Los crímenes fueron cometidos por un *hombre*. Y lo fueron por el más sencillo de todos los motivos: por dinero. En casa de *mistress* Upward se encontró un libro. Y en la guarda hay escrito un nombre: Evelyn Hope. Hope fue el apellido que tomó Eva Kane cuando abandonó Inglaterra. Si su verdadero nombre era Evelyn, daría con toda seguridad ese mismo nombre a la criatura cuando naciese. Pero *Evelyn es nombre de hombre tanto como de mujer*. ¿Por qué habíamos supuesto que la criatura de Eva Kane era una niña? En realidad, ¡nada más que porque lo decía el *Sunday Comet*! Pero, en verdad, el *Sunday Comet* tampoco lo había dicho tan concretamente: lo había supuesto, como consecuencia de una entrevista romántica con Eva Kane. Pero Eva Kane salió de Inglaterra antes que naciera su hijo… Así, pues, nadie podía saber cuál iba a ser su sexo. Ahí es donde yo también me dejé engañar. Por la romántica inexactitud de la Prensa, del *Sunday Comet*. Evelyn Hope, *hijo* de Eva Kane, llega a Inglaterra. Tiene talento y llama la atención de una mujer muy rica, que no sabe una palabra de su origen… sólo la historia romántica que quisiera él contarle. Y fue una linda historia en verdad… ¡la de una trágica y joven bailarina que murió de tuberculosis en París! Es una mujer que se siente muy sola y que ha perdido hace poco a su propio hijo. El talentudo autor dramático adopta legalmente el nombre de su bienhechora. *Pero su verdadero nombre es Evelyn Hope, ¿verdad, mister Upward?*

Robin Upward gritó con estridencia:

—¡Claro que no! No sé de qué está usted hablando.

—No sé qué esperanza tiene de poder negarlo. Hay gente que le conoce por ese nombre. El nombre de Evelyn Hope, escrito en el libro, es de su puño y letra… la misma letra que las palabras «mi madre» en el dorso del retrato. *Mistress* McGinty vio la fotografía y la escritura cuando estaba poniendo en orden sus cosas. Le habló a

usted de ello después de leer el *Sunday Comet*. *Mistress* McGinty supuso que se trataba de una fotografía de *mistress Upward* en su juventud, puesto que no tenía idea de que no fuera ella su verdadera madre. Pero usted comprendió que si llegaba alguna vez a mencionar el asunto, de suerte que llegara a oídos de *mistress* Upward, sería el fin. *Mistress* Upward tenía ideas muy fanáticas en cuanto a las características heredadas. No hubiese tolerado ni un instante a un hijo adoptivo que fuera hijo de un famoso asesino. Ni perdonaría las mentiras que usted le había contado. En consecuencia, era preciso sellar los labios de *mistress* McGinty a toda costa. Le prometió usted un pequeño regalo, quizá, para que fuese discreta. La visitó a la noche siguiente, camino de la emisora desde la que había usted de radiar… y la mató. *Así*…

Con un brusco movimiento, Poirot asió el cortador de azúcar de encima del estante, hizo con él un molinete e inició el descenso, como para descargarle un formidable golpe a Robin en la cabeza.

Tan amenazador fue el gesto, que varios de los asistentes exhalaron un grito.

Robin Upward soltó un chillido. Un agudo chillido de terror.

Aulló:

—No… no… Fue un accidente. Juro que fue un accidente. No tenía la intención de matarla. Perdí la cabeza. ¡Lo juro!

—Lavó usted la sangre y volvió a dejar el cortador en este cuarto, donde lo había encontrado. Pero hay métodos científicos para determinar la existencia de sangre… y para hacer resaltar nuevamente las huellas latentes.

—Le digo que jamás tuve intención de matarla… Fue todo un error… Y, en cualquier caso, no es culpa mía… Yo no soy responsable. Lo llevo en la masa de la sangre. No puedo remediarlo. No se me puede ahorcar por algo que no es culpa mía… Ya lo verán ustedes.

Spence murmuró entre dientes:

—No, ¿eh? ¡Aguarda y verás!

Y en voz alta, en tono solemnemente oficial:

—He de advertirle, *mister* Upward, que todo cuanto diga desde este momento en adelante podrá ser empleado en contra suya ante un tribunal.

Capítulo XXVI

—La verdad es que no acabo de ver, *monsieur* Poirot, cómo llegó usted a sospechar de Robin Upward.

Poirot miró complacido los semblantes que le contemplaban.

—Debí sospechar de él mucho antes. La pista… ¡una pista tan sencilla!… fue la frase pronunciada por *mistress* Summerhayes en la fiesta del otro día. Le dijo a Robin Upward: «A mí no me gustó que me adoptasen, ¿y a ti?». ¿Estas fueron las tres palabras reveladoras? *¿Y a ti?* Significaban… sólo podían significar… que *mistress* Upward no era la madre de Robin. La propia *mistress* Upward experimentaba una ansiedad morbosa por evitar que se enterara nadie de que Robin no era su propio hijo. Probablemente habría oído demasiados comentarios burlones acerca de jóvenes de talento que viven con señoras de cierta edad y a expensas suyas. Y muy poca gente lo sabía… sólo la pequeña camarilla teatral entre la que conociera por primera vez a Robin. Tenía pocas amistades íntimas en este país, puesto que había vivido tanto tiempo en el extranjero y, de todas formas, decidió instalarse aquí, lejos de su Yorkshire natal. Hasta llegó al extremo, al encontrarse con amistades de otros tiempos, de no desvanecer el error de estas cuando daban por sentado que este Robin era el mismo Robin que habían conocido de niño. Pero desde el primer momento hubo algo que no me pareció del todo natural en Laburnums. La actitud de Robin ante *mistress* Upward no era la de un niño mimado ni la de un hijo amoroso, sino la de un protegido ante su *protector*. El caprichoso título de *madre* tenía cierto sabor teatral. Y *mistress* Upward, aunque era evidente que le tenía afecto, le trataba, inconscientemente, como valiosa y apreciada prenda que había comprado y pagado. Conque he ahí a Upward, cómodamente establecido, con el bolso de *madre* que

apoye sus empresas. Y entra en su Edén *mistress* McGinty, que ha reconocido el retrato que conserva en el cajón… el retrato con «mi madre» escrito detrás… ¡Su madre, de quien ha dicho a *mistress* Upward que era una artista de *ballet* de mucho talento, muerta de tuberculosis! *Mistress* McGinty, naturalmente, cree que el retrato es el de *mistress* Upward de joven, puesto que la supone madre verdadera de Robin. No creo que se le ocurriera pensar a *mistress* McGinty en un chantaje puro y simple. Quizá confiara, no obstante, en que le hiciese «un pequeño regalo» para que guardara silencio acerca de rumores antiguos que no hubiesen resultado muy agradables para una mujer tan «orgullosa» como *mistress* Upward. Robin, sin embargo, no pensaba correr riesgos. Se apropió del cortador de azúcar, que *mistress* Surnmerhayes llamaba en broma el arma perfecta para cometer un asesinato, y se detuvo en casa de *mistress* McGinty camino de la emisora. Sin desconfianza, ella le hace pasar a la sala, y allí la mata. Sabe dónde guarda la anciana sus ahorros… todo el mundo parece saberlo en Broadhinny… y simula un robo, ocultando el dinero en el exterior de la sala. Se sospecha de Bentley y se le detiene. Ahora el astuto Robin Upward no corre ya ningún peligro. Pero, de pronto, presento yo los cuatro retratos; y *mistress Upward* reconoce el de Eva Kane como igual al de la supuesta bailarina, madre de Robin. Necesita tiempo para pensar. Hay un asesinato de por medio. ¿Es posible que Robin…? No; se niega a creerlo. No sabemos qué determinación hubiese llegado a tomar. Robin sigue dispuesto a no correr riesgos; y prepara detalladamente sus planes. La visita al teatro la misma noche que sale Janet, las llamadas telefónicas, la taza cuidadosamente untada de carmín con la barrita que le ha quitado a Eve Carpenter del bolso… hasta compra un frasco del perfume que ella usa. El conjunto constituye una escena de teatro con todos los aditamentos necesarios. Mientras *mistress* Oliver aguarda en el coche, Robin hace dos viajes a la casa. El asesinato es cuestión de segundos. Después, la rápida colocación de los aditamentos. Y, muerta *mistress* Upward, heredaba una cuantiosa fortuna según el testamento de la anciana, sin que ninguna sospecha pudiera recaer sobre él, puesto que parecería completamente seguro que una *mujer* había cometido el crimen. De las tres mujeres que visitarían la casa aquella noche, a una se la creería culpable. Y así fue, en efecto.

Robin, no obstante, era, como todos los criminales, un descuidado. No sólo había en la casa un libro con su verdadero nombre, sino que conservaba el fatal retrato. Hubiera estado más seguro de haberlo destruido; pero esperaba poder comprometer con él a alguna otra persona cuando llegase el momento. Probablemente pensó entonces en *mistress* Summerhayes. Quizá fuera éste el motivo de que abandonara Laburnums y se trasladase a Long Meadows. Después de todo, el cortador de azúcar pertenecía a *mistress* Summerhayes, la cual era, por añadidura, como él no ignoraba, hija adoptiva. Le resultaría difícil demostrar que no era hija de Eva Kane. Sin embargo, cuando Deirdre Henderson reconoció que estuvo en el lugar del crimen, concibió la idea de introducir el retrato entre las cosas de *ella*. Procuró hacerlo empleando la escalera que había dejado el jardinero junto a la ventana. Pero *mistress* Wetherby estaba nerviosa y había insistido en que se cerraran todas las ventanas; conque Robin no consiguió su propósito. Volvió derecho aquí y metió la fotografía en un cajón que, por desgracia para él, había registrado yo momentos antes. Yo sabía, por consiguiente, que habían metido el retrato allí. Y sabía también quién lo había hecho: la única persona que se encontraba en la casa… la que estaba escribiendo a máquina en la habitación de encima. Puesto que el nombre de Evelyn Hope figuraba en el libro hallado en Laburnums, Evelyn Hope tenía que ser *mistress* Upward… o Robin Upward… El nombre me había desorientado. Lo había relacionado con *mistress* Carpenter, puesto que se llamaba Eve. *Pero Evelyn era nombre de hombre además de serlo de mujer*. Recordé la conversación celebrada en el Little Rep, de Cullenquay, de la que me había hablado *mistress* Oliver. El actor que hablara con ella era la persona que yo necesitaba para que confirmase mi teoría… la de que Robin no era hijo de *mistress* Upward. Porque, a juzgar por sus palabras, parecía evidente que conocía la verdad del asunto. Y lo que contara acerca de la rapidez con que *mistress* Upward había castigado a un joven que la engañara respecto a su origen, se me antojó sugestivo. Lo cierto es que debí comprender la verdad mucho antes. Un serio error me sirvió de obstáculo. Creí que me habían empujado con la deliberada intención de arrojarme a la vía… y que la persona culpable de ello era, también, el asesino de *mistress* McGinty. Ahora bien: Robin Upward era prácticamente la

única persona de Broadhinny que no podía haber estado en la estación de Kilchester a la hora aquella.

Johnnie Summerhayes rio de pronto.

—Probablemente sería alguna mujer del mercado con un cesto. Usted no sabe cómo empujan.

Dijo Poirot:

—En realidad, Robin Upward era demasiado presuntuoso para tenerme miedo. Es característico eso de todos los asesinos. Afortunadamente quizá. Porque, en este caso, las pruebas y pistas escaseaban.

Mistress Oliver se movió.

—¿Quiere usted decir con eso —preguntó con incredulidad— que Robin asesinó a su madre mientras me encontraba en el coche, sin que yo tuviese la menor idea de ello? ¡No hubiera habido tiempo para todo ello!

—Ya lo creo que sí. La idea que la gente se forma del tiempo suele ser absurdamente equivocada. Fíjese alguna vez en la rapidez con que se puede hacer un cambio de escena. En este caso se trataba principalmente de unas cuantas piezas.

—Buen teatro —murmuró maquinalmente *mistress* Oliver.

—Sí; fue preeminentemente un asesinato teatral. Todo muy preparado…

—¡Y yo estaba allí, en el coche, sin tener la menor idea!

—Me temo —murmuró Poirot— que su intuición femenina se había tomado un día de vacaciones…

Capítulo XXVII

—No pienso volver a Breather & Scuttle —dijo Maude Williams —. Es una casa de mala muerte, después de todo.

—Y ya ha cumplido su misión.

—¿Qué quiere decir usted con eso, *monsieur* Poirot?

—¿Por qué vino usted a esta parte del mundo?

—Supongo que, siendo usted don Sabelotodo, lo sabrá.

—Tengo una pequeña idea.

—¿Y cuál es esa famosa idea?

Poirot le estaba contemplando, meditativo, el cabello.

—He sido muy discreto —dijo—. Se ha supuesto que la mujer que entró en casa de *mistress* Upward, la rubia que vio Edna, era *mistress* Carpenter, y que esta había negado haber ido allí nada más que porque estaba asustada. Puesto que fue Robin Upward quien mató a *mistress* Upward, su presencia allí tiene tan poco significado como la de *miss* Henderson. No obstante, yo no creo que *estuviera*. Yo creo, *miss* Williams, que a quien vio Edna fue a *usted*.

—¿Por qué a mí?

Tenía dura la voz.

Poirot le respondió con otra pregunta:

—¿Por qué le interesaba tanto Broadhinny? ¿Por qué, cuando estuvo aquí, le pidió a Robin Upward su autógrafo? Usted no es de las que van a la caza de autógrafos. ¿Qué sabía usted de los Upward? ¿Por qué vino a esta parte del mundo, en primer lugar? ¿Cómo sabía usted que Eva Kane había muerto en Australia y el nombre que tomó al salir de Inglaterra?

—Es usted un buen adivino, ¿verdad? Bueno, pues yo no tengo nada que ocultar, nada en realidad.

Abrió el bolso. De una cartera gastada sacó un recorte de

periódico, medio deshecho de puro antiguo. En él figuraba un rostro que Poirot conocía ya bien: el de Eva Kane.

Escritas encima se veían las siguientes palabras: *Esta mujer mató a mi madre*.

Poirot se lo devolvió.

—Me lo figuré. ¿Su verdadero nombre es Craig?

—Me criaron unos primos… y bien buenos que fueron. Pero cuando ocurrió todo eso tenía yo suficientes años para no olvidarlo. Solía pensar mucho en ello. En *ella*. Era una mujer de cuidado, en efecto. Los niños se dan cuenta de eso. Mi padre no era más que un hombre débil. Que se había dejado sorber los sesos por ella. Pero cargó con la culpa. De algo que, siempre lo he creído, hizo ella. ¡Oh!, ya sé que él resultaba cómplice. Pero no es lo mismo, ¿verdad? Siempre tuve el propósito de averiguar qué había sido de *ella*. Cuando fui mayor, contraté detectives para que le siguieran la pista. La siguieron hasta Australia, y acabaron informándome de que había muerto. Había dejado un hijo. Se llamaba Evelyn Hope. Bueno, pues con eso parecía saldada la cuenta. Pero luego me hice bastante amiga de un actor de teatro. Mencionó a alguien llamado Evelyn Hope, procedente de Australia, pero que ahora usaba el nombre de Robin Upward y que escribía obras de teatro. Despertó mi interés. Una noche me lo señalaron. Y estaba con su *madre*. Conque pensé que, después de todo, Eva Kane no había muerto. En lugar de esto, andaba por ahí dándose la buena vida con una espuerta de dinero. Me conseguí un empleo por aquí. Tenía curiosidad… y algo más que curiosidad. Bueno, lo reconoceré… Pensé que me gustaría encontrar la manera de vengarme… Cuando se presentó usted con todo ese asunto de James Bentley, llegué a la conclusión de que era *mistress* Upward quien había matado a *mistress* McGinty. Eva Kane haciendo de las suyas otra vez. Le oí decir por casualidad a Michael West que Robin Upward y *mistress* Oliver iban a visitar el Rep, de Cullenquay. Decidí entonces trasladarme a Broadhinny y abordar a la mujer. Tenía la intención… No sé, exactamente, qué intención tenía. Se lo estoy diciendo a usted todo. Me llevé una pistolita que había tenido siempre conmigo durante la guerra. ¿Para asustarla? ¿Para hacer algo más? Con franqueza, no lo sé… Bueno, pues llegué allí. No se oía ni una mosca en la casa. La puerta no estaba cerrada con llave.

Entré. Ya sabe usted cómo la encontré. Sentada allí, muerta, amoratado e hinchado el rostro. Todas las cosas que yo había estado pensando me parecieron entonces tontas y melodramáticas. Comprendí que jamás sería yo capaz de matar a nadie cuando llegara el caso… Pero me di cuenta de que pudiera costarme trabajo explicar lo que había estado haciendo en la casa. Era fría la noche y llevaba guantes. Conque estaba segura de no haber dejado huellas dactilares, y no creí que me hubiese visto nadie. Y nada más.

Hizo una pausa y preguntó bruscamente:

—Y ahora, ¿qué piensa hacer de mí?

—Nada —le respondió Hércules Poirot—. Le deseo muy buena suerte en esta vida: he ahí todo.

Epílogo

Hércules Poirot y el superintendente Spence estaban celebrando en La Vieille Grand'mere.

Cuando sirvieron el café, Spence se recostó contra el respaldo de su asiento y exhaló un profundo suspiro de satisfacción.

—No es mala la comida aquí —dijo, aprobador—. Un poco afrancesada, quizá; pero, después de todo, ¿dónde *puede* uno conseguir un bistec decente con patatas hoy en día?

—Había estado cenando aquí la noche que vino usted a verme —dijo Poirot, reminiscente.

—Y ha pasado mucha agua bajo el molino desde entonces. Eso he de reconocerlo, *monsieur* Poirot: supo usted ganar la partida —una leve sonrisa arrugó el rostro de palo—. Suerte que el joven no se dio cuenta de las pocas pruebas que en realidad teníamos. ¡Un buen abogado las hubiese hecho migas! Pero perdió la cabeza por completo y se delató él mismo. Habló y se comprometió sin esperanza de salvación. ¡Una suerte para nosotros! .

—No fue suerte del todo —le dijo en son de reproche Poirot—. Le trabajé como trabaja uno a un pez grande para sacarlo del agua. Creyó que tomaba en serio las pruebas contra *mistress* Summerhayes. Cuando vio que no era así, sufrió la reacción y se deshizo. Además, es un cobarde. Esgrimí el cortador de azúcar y creyó que iba a darle con él. El miedo intenso siempre hace decir la verdad.

—Suerte que no padeció las consecuencias de la reacción del comandante Summerhayes —rio Spence—. Tiene genio, vaya si lo tiene, y pies ligeros. Logré interponerme justamente a tiempo. ¿Le ha perdonado ya?

—¡Ah, sí! Somos los mejores amigos del mundo. Y le he dado a

mistress Summerhayes un libro de cocina, y le he enseñado personalmente a hacer una tortilla. *Bon Dieu*, ¡lo que llegué yo a sufrir en esa casa!

Cerró los ojos.

—Fue complicado todo ese asunto —murmuró Spence, sin el menor interés por los angustiados recuerdos de Poirot—. Demuestra cuán cierto es eso de que todo el mundo tiene algo que ocultar. *Mistress* Carpenter se salvó por un pelo de ser detenida como asesina. Jamás una mujer con sus actos dio más pruebas de ser culpable. Y todo, ¿por qué?

—*¡Eh bien!*, ¿por qué? —inquirió Poirot con curiosidad.

—Nada más que por un pasado un poco desagradable. Había sido tanguista… ¡Y una chica muy animada, con amiguitos a montones! No era viuda de guerra cuando llegó a Broadhinny a instalarse. Solo lo que hoy en día se llama «una esposa no oficial». Claro, nada de eso hubiera valido para un hombre tan pagado de sí mismo como Guy Carpenter. Le había contado un cuento muy distinto. Y estaba frenética ante la posibilidad de que saliera a relucir el asunto en cuanto nos pusimos a investigar la procedencia de todo el mundo.

Saboreó el café y se echó a reír.

—Luego; los Wetherby. Una casa la mar de siniestra. Odio y malicia. Una muchacha cohibida y frustrada. ¿Y qué se oculta tras todo eso? Nada siniestro. ¡Nada más que dinero! El simple y vulgar metal.

—¿Así de sencillo es?

—La muchacha tiene el dinero. Y en abundancia. Se lo dejó una tía. Así, pues, mamá la tiene bien sujeta, por si acaso se le ocurre casarse. Y el padrastro la odia, porque es *ella* quien tiene los cuartos y quien paga las cuentas. Tengo entendido que él ha fracasado en todo lo que ha emprendido. Un mal bicho. Y, en cuanto a Wetherby, es veneno puro disuelto en azúcar.

—Estoy de acuerdo con usted —Poirot movió la cabeza con gesto de satisfacción—. Es una suerte que sea la muchacha quien tenga el dinero. Así resulta más fácil combinar su matrimonio con James Bentley.

El superintendente pareció sorprendido.

—¿Que va a casarse con James Bentley? ¿Deirdre Henderson?

¿Quién lo dice?

—Yo lo digo. Me pienso ocupar del asunto. Ahora que nuestro pequeño problema ha quedado resuelto, tengo demasiado tiempo. Lo dedicaré a fomentar ese matrimonio. Ninguno de los dos interesados tiene aún la menor idea de semejante cosa. Pero se sienten atraídos. Si los dejáramos solos, nada sucedería. Pero tienen que contar con Hércules Poirot. ¡Ya verá usted! ¡El asunto marchará viento en popa!

Spencer rio.

—A usted no le importa meter la nariz en los asuntos ajenos, ¿verdad?

—*¡Mon cher!*, eso no está bien en sus labios —dijo con reproche Poirot.

—¡Ah! Ahí me ha pillado usted. De todas formas, ese James Bentley es una calamidad.

—¿Que si lo es? En estos instantes se siente hasta afligido porque no le van a ahorcar.

—Debiera estar de rodillas a los pies de usted en agradecimiento —dijo Spence.

—Más bien a los de usted. Pero, aparentemente, él no lo cree así.

—Bicho raro.

—Como usted dice. Y, sin embargo, dos mujeres han estado dispuestas a interesarse por él. La Naturaleza tiene cosas bien inesperadas.

—Yo creí que era con Maude Williams con quien le iba usted a aparejar.

—Escogerá él —dijo Poirot—. Será él quien… ¿cómo dicen?… otorgue la manzana. Pero yo creo que escogerá a Deirdre Henderson. Maude Williams tiene demasiada energía y vitalidad. Con ella se reconcentraría aún más en sí mismo.

—¡No concibo cómo puede quererle ninguna de ellas!

—Los designios y vías de la Naturaleza son, en verdad, inescrutables.

—De todas formas, trabajo le doy a usted. Primero ha de prepararle a él para que se lance. Luego ha de arrancar a la muchacha de las garras de esa madre venenosa… ¡que luchará contra usted con garra y colmillo!

—La victoria está de parte de los grandes batalladores.

—De parte de los grandes bigotes, supongo que quiere usted decir.

Rio Spence a carcajadas su propia gracia. Poirot se acarició, complacido, los bigotes y sugirió un coñac.

—No le digo que no, *monsieur* Poirot.

Este pidió las copas.

—¡Ah! —dijo Spence—, ya sabía yo que tenía que decirle otra cosa. ¿Se acuerda de los Rendell?

—Naturalmente.

—Bueno, pues cuando le interpelamos a él, salió a relucir algo un poco extraño. Parece ser que cuando su primera mujer murió en Leeds, donde ejercía la carrera entonces, la policía recibió unos cuantos anónimos bastante malintencionados referentes a él. Decían que la había envenenado. Claro que la gente suele decir cosas así. La había asistido otro médico, hombre de reputación, y él parecía creer que la muerte había sido natural. Lo único que había era que ambos se habían hecho un seguro de vida, cada uno a beneficio del otro, cosa que también es usual… Nada que pudiera servir de excusa para que nosotros nos inmiscuyéramos. Y, sin embargo… ¿Qué opina usted?

Poirot recordó el temor de *mistress* Rendell. Su mención de cartas anónimas y su insistencia en que ella no creía una palabra de lo que los anónimos dijeran. Recordó también su convencimiento de que la investigación del caso McGinty no era más que un pretexto.

Dijo:

—Se me antoja que no fue la Policía la única que recibió anónimos.

—¿Se los mandaron a ella también?

—Creo que sí. Cuando me presenté en Broadhinny, ella creyó que le seguía la pista a su marido y que el asunto McGinty no era más que un pretexto. Sí… Y él lo creyó también. ¡Así se explica! ¡Fue el doctor Rendell quien intentó tirarme debajo del tren aquella noche!

—¿Cree usted que tratará de liquidar a su mujer también? ¿Le considera usted capaz de cometer ese crimen?

—Creo que haría ella muy bien en no asegurarse la vida a favor suyo —contestó secamente Poirot—. Pero, si cree que le tenemos

echado el ojo, obrará con prudencia.

—Haremos lo que podamos. No perderemos de vista a nuestro genial doctor, y procuraremos que él lo sepa.

Poirot alzó la copa de coñac.

—¡A la salud de *mistress* Oliver! —dijo.

—¿Qué es lo que le ha hecho pensar en ella tan de pronto?

—La intuición femenina —contestó Poirot.

—Hubo una breve pausa. Luego dijo Spence muy despacio:

—Robin Upward comparecerá a juicio la semana que viene. ¿Sabe, Poirot, que no puedo por menos de sentir dudas…?

Poirot le intertumpió con horror:

—*¡Mon Dieu!* ¡No me diga que empieza a sentir dudas ahora de la culpabilidad de Robin Upward! ¡No me diga que quiere empezarlo todo otra vez!

El superintendente Spence sonrió tranquilizador:

—¡Santo Dios, no! *Él* es el asesino, de eso estoy seguro.

Y agregó:

—¡Es lo bastante perverso y está lo suficientemente pagado de sí mismo para hacer cualquier cosa!

AGATHA CHRISTIE, (Torquay, 15 de septiembre de 1890 - Wallingford, 12 de enero de 1976). Nacida Agatha Mary Clarissa Miller, fue una escritora inglesa especializada en los géneros policial y romántico, por cuyo trabajo recibió reconocimiento a nivel internacional. Si bien redactó también cuentos y obras de teatro, sus 79 novelas y decenas de historias breves fueron traducidas a casi todos los idiomas, y varias adaptadas para cine y teatro. Sus clásicos personajes Hércules Poirot y *Miss* Marple fueron muy populares. Sus cuatro mil millones de novelas vendidas conforman una cifra solamente equiparable con la de William Shakespeare, habiendo sido traducidas a aproximadamente 103 idiomas. Hasta su muerte, recibió múltiples reconocimientos y honores que incluyen un premio Edgar, el Grand Master Award de la Asociación de Escritores de Misterio, diversos doctorados honoris causa y la designación como Comendadora de la Orden del Imperio Británico por la reina Isabel II.

Notas

[1] Aunque están claras, por si algún lector no las ve, ahí van las metáforas mezcladas: Buscar una aguja en un pajar; al perro que duerme, no le despiertes; dar palos de ciego, o sea, palos a tontas y a locas; quien tiene tejado de vidrio, no tire piedras al de su vecino. *(N. del T.)* <<

[2] *Ursula Shipton* (1488-1560), conocida bajo el nombre de Mother Shipton (Madre o Mamá Shipton). Famosa profetisa inglesa que predijo la muerte de Cromwell, de Wolsey, Earl Percy y otros personajes notables. Se asocian dieciocho profecías más con su nombre. *(N. del T.)* <<

[3] Aquí hay un juego de palabras: *To gambol* significa juguetear, brincar, hacer cabriolas, etc. *(N. del T.)* < <

[4] V.A.D. *(Voluntary Aid Detachment)*. Destacamento de Ayuda Voluntaria. Cuerpo femenino que comprende también enfermeras. W.V.S. *(Women's Voluntary Services)*. Servicios Voluntarios Femeninos. *(N del T.)* < <

[5] El hecho de que ponga la palabra «madre» en bastardilla en este caso y en otros significa que esta en el original figura en español. Robin es algo afectado hablando *(N. del T.)* <<

[6] Por si alguno no lo supiese, el famoso detective Sherlock Holmes, creado por el escritor inglés Conan Doyle, se le representa siempre con sombrero de cazador de ciervos y era aficionado al violín. *(N. del T.)* < <

[7] *Hope* significa «esperanza». *(N. del T.)* <<

[8] La cita es bíblica. Véase *Deuteronomio*, cap. 5, vers. 9 y 10, donde dice «… Yo soy Jehová, tu Dios, fuerte, celoso, que castigó la iniquidad de los padres en los hijos hasta la tercera y la cuarta generación de los que me aborrecen. Y que hago misericordia a millares a los que me aman y guardan mis mandamientos». *(N. del T.)* <<

[9] Poema del famoso poeta inglés lord Alfred Tennyson. *(N. del T.)*
< <